# Unico grande amore

## Un viaje por Italia a través del fútbol

Toni Padilla

*Prólogo de Enric González*

Panenka

**Toni Padilla Montoliu** (1977, Sabadell) es algo parecido a un historiador, carrera que no acabó por poco. Siendo un crío ya retransmitía por radio partidos de su amado Sabadell. Después encadenó varios trabajos como periodista hasta llegar al *ARA* y a *Panenka*, de la que es miembro fundador. La prueba de texto de la selectividad del 2006 fue un escrito suyo: no le consta que a los estudiantes les haya ido mal. Un amigo lo definió una vez como un "*italiano mancato*", porque quiere ser italiano y no lo consigue.

# Unico grande amore

## Un viaje por Italia a través del fútbol

Toni Padilla

*Prólogo de Enric González*

Panenka

Primera edición: marzo de 2023

© Unico grande amore, 2023
© Toni Padilla
© Prólogo: Enric González
© Ilustración de portada: Maria Farré
Diseño y maquetación: Anna Blanco Cusó

© Grupo Editorial Belgrado 76, S.L.
C/Grassot 89, bajos
08025 Barcelona
www.panenka.org

ISBN: 978-84-124525-9-4
Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*A Valerio, Paolo,*
*Giorgio y Maria Vittoria*

“Nada se sabe, todo se imagina”,
Federico Fellini

**Prólogo**
**MANUAL DE INSTRUCCIONES**


**1 | Turín • La muerte**
**2 | Villar Perosa • La familia**
**3 | Aosta • Las montañas**
**4 | Casale Monferrato • La bicicleta**
**5 | Génova • La música**
**6 | Pavía • Los periodistas**
**7 | Piacenza • La madre**
**8 | Milán • El poder**
**9 | Como • La transgresión**
**10 | Bérgamo • Los ultras**
**11 | Brescia . El vino**
**12 | Saló • El *Scudetto***
**13 | Bolzano • Los no italianos**
**14 | Údine • Las lenguas**
**15 | Trieste • Las mujeres**
**16 | Venecia • El estadio**
**17 | Padua • Las supersticiones**
**18 | Verona • Norte y Sur**
**19 | Chievo • Los dulces**
**20 | Rávena • El pasado**
**21 | Bolonia • El sexo**
**22 | Módena • Los cromos**
**23 | Reggio Emilia • El queso**
**24 | Parma • La ópera**
**25 | Pisa • El campanilismo**
**26 | Livorno • El mar**
**27 | Empoli • El padre**
**28 | Florencia • La escultura**
**29 | Perugia • El chocolate**
**30 | Ancona • El café**

**31 | Pescara • Los helados**
**32 | Campobasso • La burocracia**
**33 | Castel di Sangro • Los pueblos**
**34 | Roma • Los muros**
**35 | Latina • El fascismo**
**36 | Caserta • El odio**
**37 | Nápoles • El cine**
**38 | Salerno • El tren**
**39 | Potenza • Los olvidados**
**40 | Foggia • Los milagros**
**41 | Bari • El amor**
**42 | Lecce • La traición**
**43 | Cosenza • La religión**
**44 | Crotone • La mafia**
**45 | Reggio di Calabria • La inmigración**
**46 | Mesina • La tragedia**
**47 | Catania • La radio y la televisión**
**48 | Palermo • La pintura**
**49 | Cagliari • Los bandidos**
**50 | Oliena • Los genios**

## PRÓLOGO

# Enric González

Supongamos que un viajero recorre, uno a uno, los 301.230 kilómetros cuadrados sobre los que se extiende Italia: no encontrará un kilómetro igual a otro. Cambian el acento o el idioma, las recetas culinarias, el clima, la geografía, la historia, las fisonomías e incluso la actitud de la gente ante la vida.

Un hombre tan sabio como Johann Wolfgang von Goethe, que viajó por Italia entre 1776 y 1788, escribió lo siguiente sobre el país, que por aquel entonces eran varios: "Aquí todos se malquieren, el uno contra el otro, de un modo que sorprende. Animados por un singular espíritu de campanario, no pueden soportarse mutuamente".

Las cosas no han cambiado. El autor de este libro ha realizado una investigación rigurosa sobre el asunto. Ha ido, por ejemplo, a Brescia para comer *casoncelli alla bresciana*, radicalmente distintos a los *casoncelli alla bergamasca*. Si los primeros se rellenan de queso, pan y mantequilla, los segundos, de ternera. Brescianos y bergamascos pueden mantener discusiones virulentas sobre sus respectivos *casoncelli*, y resulta inútil tratar de convencer a los participantes en el debate que Brescia y Bérgamo son ciudades lombardas que distan apenas 50 kilómetros: ambas partes de la polémica creen vivir en mundos muy lejanos.

Pero Italia existe, pese a todas sus singularidades. No se limita a existir: es uno de los países más hermosos, divertidos y amables; tal vez el más hermoso, divertido y amable. Y eso en su totalidad, desde los Alpes hasta la costa amalfitana.

Existen numerosas teorías sobre los elementos que mantienen a Italia sólidamente unida. Uno de ellos es, sin duda, su hermosa lengua italiana, pariente lejana del idioma que se hablaba en Florencia hacia el siglo XII y milagrosamente renacida. Durante siglos fue considerada una lengua muerta y a finales del siglo XIX, con el país ya unificado, solo uno de cada diez habitantes era capaz de hablarla. Hay otros elementos más circunstanciales: la epopeya nacionalista del *Risorgimento*, la ópera, los *carabinieri*, la bandera tricolor, la selección de fútbol...

Un servidor sugiere, con toda humildad, que existe algo que distingue a los italianos en su conjunto del resto de la especie humana: el detalle. Es decir, el amor por el detalle. El detalle explica muchas cosas, desde la elegancia en el vestir hasta la exquisitez de la cocina popular, pasando por la belleza urbana e incluso por ciertos rasgos del *calcio*, como llaman los italianos al fútbol.

Me limitaré a un dato: tengo contabilizados 102 tipos de pasta, sin incluir, por supuesto, las que se rellenan ni la compleja materia de las lasañas. El observador inexperto puede pensar que los *capellini* ligures y los *vermicelli* campanos son lo mismo. O asombrarse ante el hecho de que un romañolo elija *tagliatelle* o *fettucine* (hay que recurrir a la lupa para apreciar la diferencia de anchura) según la receta que tenga planeada. O confundirá los *penne* (*rigate* o *lisce*) con los *rigatoni* o los *tortiglioni* y acabará pensando, craso error, que no son más que macarrones llamados de formas diferentes. No, no. ¿Alguien cree que el casi imperceptible pliegue de los *trenette* está ahí por casualidad? Cada detalle sirve para algo concreto y mejora el plato. Es más: define el plato.

El amor por el detalle explica la portentosa artesanía italiana. Y no me refiero a canastos de paja o cerámica pintada. Un automóvil Ferrari es pura artesanía, igual que una lancha Riva. Podríamos seguir hablando de trajes, de muebles, de café, de helados, de la Vespa y de muchas otras maravillas. O, dando un paso (corto) hacia el arte, entregarnos a una vida de contemplación entre renacentistas y barrocos, desde Leonardo, Michelangelo y Rafael hasta Bernini o Caravaggio. Creo, como Arthur Schopenhauer, que las cumbres de la pintura y la escultura, inigualables por los siglos de los siglos, se encuentran en ese recorrido.

Confío en que Toni Padilla no se haya trotado cada uno de los 301.230 kilómetros cuadrados que componen este paraíso del detalle: nadie tiene derecho a tanto privilegio. Pero ha recorrido Italia con un

plan minucioso y los ojos bien abiertos. Ha aprendido los peligros que puede entrañar la confusión entre el queso *parmigiano* y el queso *reggiano*, indistinguibles para el profano. Ha comprobado que los asuntos futbolísticos italianos, con sus millones de historias, anécdotas y desastres, no son cosa de vida o muerte, sino algo mucho más importante.

Ha captado, en fin, ese espíritu, esa atmósfera especial, esa vía secreta entre el pasado y el futuro que caracteriza Italia. Y que se esconde en los detalles.

# MANUAL DE INSTRUCCIONES

1. Este es un libro de viajes y, como tal, muestra el punto de vista del autor. Es un libro que no pretende ser objetivo. Si el lector ha vivido experiencias opuestas a las que se explican en estas páginas, lo sentimos mucho.

2. El autor ignora las razones por las cuales, ya desde pequeño, animaba a la selección italiana o a cualquier deportista italiano que apareciese por televisión, ya que no tiene familiares en este país ni tenía ningún conocido entonces. Es más, a los padres del autor no les gustaban demasiado los italianos. Que no sea eso.

3. Este libro pretende ser un homenaje a esos maravillosos libros de viajes sobre Italia que se escribieron en los siglos XVIII y XIX. Aunque con un poco más de humor. Y, sobre todo, con bastante más fútbol, claro. También se han eliminado los prejuicios que tenían algunos de esos viajeros, que recomendaban llevar pistolas en el equipaje porque creían que todos los italianos eran ladrones o bandoleros. Muchos se enamoraban del paisaje, las ruinas romanas y los palacios, aunque les sobraban las personas. Todo lo contrario que al autor de este libro.

4. El libro también rinde homenaje a una determinada forma de entender el periodismo. Y como tal, critica otras tendencias y toma partido. Al autor no le gusta Berlusconi. Ni en lo referente a la comunicación, ni en lo referente a la política.

5. Casi todos los trayectos entre ciudades narrados en estas páginas se

pueden hacer en transporte público. El autor admite que no ha hecho el viaje entero del tirón, pero sí ha estado en los lugares de los que habla. Son pedazos de toda una vida viajando a Italia, unidos en un libro.

6. Todos los cafés, restaurantes u hoteles citados existen. Todos estaban abiertos cuando se escribió el libro. Y ojalá lo sigan estando por mucho tiempo, pues son lugares llenos de historia.

7. Algunos capítulos tienen mucho fútbol. Otros, menos. Al autor le entusiasma el deporte especialmente cuando puede hablar de equipos dentro del contexto de sus ciudades, porque un club sin hinchas es un engendro. Por eso lo mezcla todo, como se mezclan los ingredientes de una carbonara.

8. Si al lector no le gustó una ciudad italiana que el autor deja por las nubes, que haga el favor de darle una segunda oportunidad. Que vuelva. Siempre se debe volver a Italia. Si regresa y sigue sin enamorarse de ella, entonces ya puede culpar al autor, que admite que se entusiasma con demasiada facilidad en según qué lugares.

9. Italia es un país de extremos. Tiene muchos defectos que el libro no pretende ocultar. Y muchas virtudes, que el autor exalta. Si le gusta Italia es precisamente por esta imperfección, aunque en ocasiones duela.

10. *Il calcio non si discute. Si ama.*

# Macabras coincidencias

"Vendrá la muerte y tendrá tus ojos"
*Cesare Pavese*

*El viajero siente envidia de esos escritores que visitaban Italia y llegaban a ella en carrozas por carreteras de montaña. O en tren. Él no tiene más remedio que empezar en el aeropuerto de Turín. Feo, como casi todos los aeropuertos. Impersonal, sin hacer justicia a la ciudad. De los aeropuertos, grandes cadenas de montaje del turismo de masas, se debe escapar. El viaje empieza y el viajero promete no volverlos a pisar.*

En la pantalla gigante aparecen las imágenes de un noticiario de 1949 donde se informa del funeral de la plantilla del '*Grande Torino*'. Millares de personas se amontonan para ver pasar los féretros de los deportistas. Detrás de las carrozas, desfilan los jugadores de la Juventus, con sus camisetas blancas y negras. Parecen niños pequeños, un poco vergonzosos por vestir ese atuendo en un día de luto. La voz de un periodista recita los nombres de los futbolistas fallecidos. En el maravilloso Museo Nacional del Cine de Turín han instalado unas tumbonas en la sala central para ver las pantallas que cuelgan del techo. El viajero tiene suerte, pues en esta ocasión proyectan extractos de informativos que se solían visionar en los cines italianos, para recordar esos años en los que las salas eran más importantes que las iglesias. El viajero se siente pequeño dentro de la inmensa Mole Antonelliana, el edificio simbólico de Turín que nació destinado a ser una sinagoga y acabó convertido en museo.

Una vez al año, cada 4 de mayo, esta gigantesca construcción, que el director Davide Ferrario convirtió en decorado del delicioso film *Después de medianoche*, se ilumina de color granate para recordar a los caídos en Superga. El color de la camiseta del Torino, el club del que es hincha Ferrario. Italia es un gran escenario. Y Turín, su madre. Una ciudad donde la mitad de la población ama al Toro, como es conocido cariñosamente el conjunto, aunque no gane nunca. Es la Italia que resiste, la romántica e idealista. La otra mitad le entregó el corazón a la Juve para ganar siempre. En ello piensa el viajero mientras entra en el elegante Caffè Al Bicerin, fundado en 1793. Aquí nació una de las bebidas más amadas de los turineses, el *bicerin*, compuesta por café caliente, chocolate y nata. Pide un *bicerin*, pues. Y mientras juega con la cuchara, se percata de que esta mezcla nació antes que el país en el que está. El Reino de Piamonte-Cerdeña lideró junto a románticos como Giuseppe Garibaldi la lucha por unificar Italia en un solo Estado. Lo consiguieron en 1861, gracias a la hábil política del conde de Cavour, ministro del Reino, que logró sumar a la causa a Napoleón III. Con sus tropas, el emperador de los franceses colaboró en la unificación territorial de una península que hasta entonces era un mosaico de reinos y entidades políticas independientes, con los austríacos en el norte, el papa en el centro y el Reino de Nápoles en el sur. El precio pagado por el apoyo de la nación vecina fue entregar Niza a Francia, la ciudad natal de Garibaldi, y la región de Saboya, esa de la que eran originarios los monarcas. O sea, vendieron su tierra natal para ganar un Reino. Y el viajero sonríe, pensando que en Turín siempre han sido buenos con los negocios. Que se lo digan a los Agnelli, los padres de la Juve y la FIAT, que venderían su alma al diablo por ser campeones de Europa. Aunque, ahora que la aventura empieza, no les quiere conceder a los Agnelli el protagonismo. Los quiere castigar a ser los segundones, algo que ellos odian. Como si sirviera de algo. Y el viajero se ríe de sí mismo y sus ataques infantiles.

En Turín, como en toda ciudad italiana, se tiene que caminar. Italia es un país para gastar los zapatos. Quizás por ello se produce tan buen calzado. Y más aún en una urbe como esta, con su aire francés y su disciplina europea, donde todo funciona. Incluso Nietzsche, atormentado como era, dejó escrito sobre ella que era "una ciudad acorde con mi corazón. La única, digamos. Tranquila, casi solemne. Nunca hubiera pensado que una ciudad, gracias a la luz, pudiera llegar a ser tan bella". El

viajero no ve pasar una moto donde viaja una familia entera sin casco. El Mediterráneo parece lejos, aquí, cerca de los Alpes. Al visitante, Italia le recuerda a una boda. Como una aventura de opereta con un hombre recto y ordenado que se enamora de una mujer del sur pasional e indomable. El Piamonte lideró la unificación de Italia, atando su destino a esa zona meridional con la que no siempre se entiende. Y así el viajero llega a la Piazza Carignano, donde está el edificio que fue sede del primer parlamento italiano. Justo delante se encuentra el elegante restaurante Dal Cambio, donde aún esperan que todo el que entre lleve chaqueta y corbata. Cuentan que el conde de Cavour solía pasar horas en este local y que, en el edificio que hace esquina, tenía el piso donde se encontraba con sus amantes. La Italia moderna nació en esta plaza, en las reuniones entre Cavour y Víctor Manuel II, el último rey de Piamonte-Cerdeña y el primer monarca del nuevo Reino de Italia. El color de la casa real de los Saboya era el azul. Y por eso la selección italiana viste de *azzurro*. Italia dejó de ser una monarquía en 1946, aunque esa tonalidad se quedó. Porque aquí el pasado está más vivo que en otros lugares.

El viajero devora un polo que ha comprado en la heladería Da Pepino, en la misma Piazza Carignano. Aquí inventaron en 1938 el primer polo de la historia, bautizado 'pingüino', ya que era negro por fuera y blanco por dentro. Luego, se dirige al hermoso Caffè Mulassano, donde inventaron los *tramezzini*, los típicos sándwiches cortados de forma triangular. Y reflexiona sobre esta ciudad que ha dado tantas cosas a la humanidad. Algunos de los símbolos más amados por los italianos son turineses. ¿Los *grissini*? Turineses, pues fueron idea del médico Teobaldo Pecchio en 1679, cuando le encargó al panadero Antonio Brunero estos palitos para que el monarca Vittorio Amedeo II pudiera comer, ya que tenía problemas de digestión con el pan duro. ¿El *gianduiotto*? Turinés, del siglo XIX, cuando se vivía la fiebre del chocolate y se inventaron estas porciones con forma de barco boca abajo. ¿Y el café expreso? Turinés, gracias a Angelo Moriondo, el inventor de la primera cafetera *espresso* industrial en 1884. Por eso en la ciudad sobreviven muchas cafeterías centenarias. ¿Y el vermut? También cosa de los turineses, cuando mezclaron hierbas traídas por mercaderes venecianos con sus vinos locales. La marca Martini&Rossi es turinesa. Y la Cinzano, también.

Precisamente el conde Marone Cinzano era el presidente del Torino en 1926, cuando compró unos terrenos en el sur de la ciudad para que el

Toro pudiese tener un nuevo estadio de fútbol. No muy lejos, los Agnelli se hicieron con otra parcela, aunque no para levantar un campo. Aquí construyeron la fábrica de la FIAT de Lingotto, convertida ahora en museo y centro comercial, lugar de peregrinación de los amantes del motor. El viajero tiene otros planes y se dirige al estadio Filadelfia. El día de la inauguración del recinto, 30.000 personas vieron como el Torino goleaba por 4-0 a la Virtus de Roma con Umberto II de Saboya en la grada. Turín, la primera capital de Italia, la ciudad que había dado al nuevo Estado una casa real, ministros, líderes, bancos y empresas, ya estaba lista también para mandar en el fútbol. En el estadio de Filadelfia, el Torino empezó a ganar títulos, especialmente cuando juntó a una generación de futbolistas jamás vista antes en el balompié italiano. Era el '*Grande Torino*', campeón de liga en 1943, 1946, 1947, 1948 y 1949. Fue en ese último año cuando, volviendo de un amistoso en Lisboa, todos sus componentes perdieron la vida cuando el avión se estrelló contra el muro de la Superga, la basílica que preside la ciudad desde la cima de una montaña. El Torino jamás levantó cabeza después de aquella tragedia e incluso acabó perdiendo el viejo campo de Filadelfia en los años 90, cuando las autoridades decretaron que no cumplía con las medidas de seguridad. Después del accidente de 1949, solamente ganó una liga en 1976 y las copas de 1968, 1971 y 1993. Se convirtió en el sufridor a la sombra de la todopoderosa Juve. Un equipo marcado por la muerte. La historia del Torino es tan dramática que su mejor generación falleció en un accidente. Cuando en los 60 ficharon a Gigi Meroni, un futbolista maravilloso que escuchaba rock, pintaba cuadros y encarnaba la libertad, un hincha del club lo atropelló sin querer después de un partido y lo mató. Cosas del Toro: ese hincha, Attilio Romero, llegaría a ser presidente del equipo años más tarde. Y como el conjunto tiene mala fortuna, Romero, pese a sentir los colores, lo hundió y provocó su bancarrota en 2005. En el Corso Re Umberto, no muy lejos de la estación central de trenes, existe un monumento dedicado a Meroni. Lo situaron en una ubicación pésima, en medio de una transitada avenida de cuatro carriles. El viajero tiene la sensación de que para honrar la memoria del futbolista tiene que correr el riesgo de acabar como él. Y prosigue su andar hacia el sur de la ciudad pensando en cómo la vida puede llegar a ser de traviesa, pues el piloto del vuelo que se estrelló en Superga se llamaba Luigi Meroni. O sea, igual que el jugador fallecido en

1967. Otra macabra coincidencia.

En las paredes del bar Fragole&Barbera hay camisetas del Torino de diferentes épocas. Una tiene el nombre de Gianluigi Lentini. Cuando lo vendieron al Milan en 1992, miles de hinchas protestaron en las calles y llegaron a quemar coches, indignados. Al otro lado del cristal del bar, asoma el estadio Filadelfia. No, no es el mismo donde jugó el '*Grande Torino*'. Ese desapareció. El 25 mayo de 2017, el Toro inauguró la remodelación de este estadio donde ahora juegan sus juveniles. Casi 600 aficionados pagaron de su bolsillo más de 1.000 euros para comprar una silla en la tribuna principal de un recinto que se reformó gracias a la iniciativa de unos seguidores que se negaban a que levantaran pisos en el solar donde sus abuelos habían gritado los goles de Valentino Mazzola. En Turín, un estadio había resucitado. En pocos años pasó de ser un descampado con jeringuillas de drogadictos destinado a caer en manos de cualquier especulador inmobiliario a un templo donde celebrar las victorias de una nueva generación de jugadores mientras aprenden lo que significa defender la camiseta que lucieron los futbolistas del '*Grande Torino*'. Especialmente el gran capitán, Mazzola. El viajero nota cómo se le erizan todos los pelos cuando mira una foto que ya conoce y le sigue emocionando como la primera vez. En ella, Mazzola le ata los cordones de las botas a su hijo Sandro en el viejo Filadelfia. El niño debe de tener unos cuatro años. Dos décadas más tarde, sería campeón de Europa con el Inter, donde llegó para brillar. En el Torino no lo quisieron. Cruel destino, ese del Toro.

El viajero toma un bus para subir a Superga. Las vistas son imponentes. En la parte posterior de la basílica, donde descansan reyes y nobles, se encuentra el monumento dedicado a los jugadores fallecidos en 1949. Cada 4 de mayo, miles de hinchas suben en peregrinación para honrar la memoria de los héroes caídos. Cada 4 de mayo, la plantilla del equipo también visita el monumento. Y el capitán recita los nombres de todas las víctimas en voz alta. Mientras suenan esas palabras que recuerdan a los mejores talentos de Italia, el silencio es desgarrador. Bacigalupo, Ballarin, Maroso, Grezar, Rigamonti, Castigliano, Menti, Loik, Gabetto, Mazzola, Ossola.... Cada día del año, alguien se pasa por aquí para dejar una ofrenda o una bufanda de un club de fútbol, en un gesto de respeto. Como las familias que van al cementerio para limpiar las tumbas de los suyos, por Superga siempre se pasan hinchas que

cuidan las flores. Alguien ha dejado un taburete negro y le ha pegado la foto de Emiliano Mondonico, el entrenador del Torino cuando el conjunto perdió la final de la UEFA de 1992 contra el Ajax. En el partido jugado en Ámsterdam, el técnico se enfureció por una decisión del árbitro y levantó un taburete al cielo. En Italia, en ocasiones, uno está más vivo cuando muere. Y el viajero se dice que Turín tiene una relación curiosa con la muerte. Aquí los muertos siguen de pie. Los héroes del '*Grande Torino*' siguen vivos de alguna forma, en una ciudad donde también se conserva el santo sudario, la tela que protegió el cuerpo de Jesús después de su muerte en la cruz.

El viajero comienza su viaje por el final, cuando quería comenzar por el inicio. Empieza el viaje por la muerte. En muchas ciudades italianas podría pasear por criptas con muertos momificados vestidos como si fueran a salir a la calle en cualquier momento. En otras, los huesos de monjes fallecidos hace siglos se han dispuesto para formar dibujos, como si fuese un juego macabro. Incluso en algunas zonas, el Día de los Muertos los niños dejan una lista de deseos, como si fuese su carta a los Reyes Magos, para despertar el día siguiente y descubrir esos juguetes que querían. Les cuentan que los han dejado los muertos de la casa. Muertos vivos. En muchos estadios los rostros de hinchas que fallecieron en reyertas con aficionados rivales o con la policía siguen presidiendo las gradas, como sucede en la capital con el romanista Antonio De Falchi o el '*laziale*' Gabriele Sandri. Un país de templetes con la foto de los jóvenes que se han dejado la vida en sus curvas, con los viejos carteles en blanco y negro para recordar a los vecinos muertos y dónde ir a un funeral, como decía Jep Gambardella en *La gran belleza*, "es la cita mundana por excelencia", a la que hay que asistir elegante, para que te miren. Una tierra donde el equipo de fútbol más amado sigue siendo el '*Grande Torino*'.

El viajero decide pasar la última noche en Turín cerca de la estación de tren central, en el Hotel Roma, frustrado porque no se puede visitar la habitación número 43, donde un caluroso verano de 1950 el poeta Cesare Pavese se marchó después de ingerir una sobredosis de somníferos. Pavese dejó un papelito con cuatro líneas, escritas con una letra preciosa, testimonio de otros tiempos, cuando los escritores aún se manchaban los dedos de tinta. "Perdono a todos y a todos pido perdón. ¿Está bien? No chismorreen demasiado". Pavese sabía que la vida seguiría sin él. Y que la

gente hablaría. En Turín, la vida y la muerte parecen convivir en cierta armonía. La capital del Piamonte, que salía de las ruinas de la guerra, despidió en 1949 a los mejores jugadores que había visto y en 1950 a su poeta por excelencia, quien había escrito unos versos de amor preciosos: "Vendrá la muerte y tendrá tus ojos". Al viajero, esas palabras le vinieron a la cabeza delante de la tumba de Valentino Mazzola.

# Los Agnelli no lloran

"La unidad social más grande del país es la familia.
O dos familias: la regular y la irregular"
*Federico Fellini*

*El tren sale de la parada Torino Porta Susa y en menos de una hora ha llegado a Pinerolo, una preciosa población que fue sede de* curling *en los Juegos Olímpicos de Invierno de Turín. En la plaza que hay delante de la estación, el viajero espera a un autobús, que le llevará, durante 20 minutos de paisajes idílicos, a Villar Perosa.*

Cada verano, cuando empieza la temporada de fútbol, la plantilla de la Juventus llega a Villar Perosa. En un acto que podría parecer un ritual de vasallaje medieval, la familia Agnelli, que gestiona el club, les recuerda a los futbolistas quién manda. Desde hace casi 70 años, la '*Vecchia Signora*' juega un amistoso en este pueblo donde cuatro generaciones distintas de Agnelli han sido alcaldes. La primera exhibición fue en 1955, cuando Umberto Agnelli pensó que era una buena idea que la plantilla jugase contra los juveniles del club para subir la moral de cara a la nueva temporada, ya que la anterior había sido un desastre. Los profesionales perdieron 0-1.

Siguiendo la carretera que lleva al cementerio del pueblo, el viajero se topa con Il Castello. No hace falta decir nada más. Todo el mundo sabe que se trata de la residencia de los Agnelli. La carretera que conduce a ella está cortada, aunque, cuando se juega ese amistoso, se abre a los hinchas de la Juve para que puedan ver cómo las grandes estrellas

'*bianconeras*', se llamen Platini, Baggio o Cristiano Ronaldo, rinden honores a los propietarios en una casa que la familia compró en 1853. Se dice que Giuseppe Francesco Agnelli quiso quedarse con ella ya que pertenecía a los Turinetti, una familia aristocrática proveniente de Priero, el mismo municipio donde tienen sus raíces los Agnelli. Comprar la casa a los ricos del pueblo era una forma de decir que ahora mandaban ellos, una familia de origen humilde que supo encontrar su lugar cerca del Gobierno del nuevo Reino de Italia, en Turín. Sería en la capital piamontesa donde en 1897 el nieto de Giuseppe Francesco, Giovanni, recibiría una propuesta para invertir en la primera marca de coches italianos. La idea la había tenido un mecánico de bicicletas ambicioso, Giovanni Battista Ceirano, al que le sobraban los conocimientos pero le faltaba el dinero. Así nació en 1899 la Fabbrica Italiana Automobili Torino, la FIAT. El conde Emanuele Cacherano di Bricherasio sería su máximo accionista hasta 1904, cuando apareció muerto en la casa de un primo del rey Víctor Manuel III. Fue un fallecimiento extraño, ya que un suicida difícilmente se dispara en la nuca. En pocos meses, Giovanni Agnelli ya era el máximo accionista de la empresa.

En dos años, el negocio multiplicó por 70 su producción, en parte gracias a los primeros contratos públicos ganados por hacer crecer la red ferroviaria italiana. Giovanni Agnelli llegaría a afrontar un juicio por haber filtrado noticias falsas sobre un supuesto inversor estadounidense con el fin de hacer crecer el valor de las acciones de la FIAT. Pero salió adelante. En 1911, el presidente del Gobierno le concedió la Cruz del Mérito al Trabajo por ayudar económicamente en la invasión italiana de Libia. Después de la Primera Guerra Mundial, los Agnelli eran ya la segunda familia más rica del país, solo por detrás de los Feltrinelli. El sector del automóvil iba dejando de ser un lujo para unos pocos y se convertía en uno de los puntales de la economía italiana. Y en 1923 la FIAT inauguró la famosa fábrica de Lingotto, en Turín, la primera con una cadena de montaje inspirada en aquellas de la Ford que Agnelli había visitado en Estados Unidos.

Convertido en un animal político, Giovanni supo ganarse la confianza de Mussolini una vez que el fascismo subió al poder. Pese a ser monárquico, le convenía llevarse bien con '*Il Duce*', y este al mismo tiempo necesitaba cerca a un empresario como él. Aunque siempre desconfiaron el uno del otro, fueron socios. Y Giovanni le dio su apoyo a

Mussolini cuando fue sometido a una votación de confianza tras el asesinato del político socialista Giacomo Matteotti. A cambio, Agnelli pidió al dictador que no permitiera a Ford entrar en el mercado italiano. Y la FIAT creció sin competencia. Aunque la tragedia ya había empezado a perseguir a la familia. En 1928 murió por un problema de salud Aniceta, una de las hijas de Giovanni. Y en 1935, otro hijo, Edoardo, el hombre destinado a heredar el imperio, perdió la vida en un accidente en el puerto de Génova mientras pilotaba un hidroavión. Edoardo, por cierto, presidía en aquel momento la Juventus.

El viajero busca mesa en el Caffè del Corso, en el centro del pueblo. A lo lejos observa el campo de fútbol municipal, bautizado con el nombre de Gaetano Scirea, el gran capitán de la Juve fallecido en accidente de coche en 1989. Estamos en el corazón del juventinismo, el club con más hinchas de todo el país. En Italia, la mitad de la población los ama y la otra, los odia. Y en eso tienen mucho que ver los Agnelli. La Juventus había sido fundada en 1897 por un grupo de estudiantes que se reunían en el taller de bicicletas de Enrico Canfari, un mecánico que fue su primer presidente y que no sobrevivió a la Primera Guerra Mundial. Pese a ganar un título en 1905, en los inicios era un equipo de segunda fila. Todo cambió cuando Antonio Bruna, un defensa '*bianconero*' que llegó a ser internacional en los Juegos Olímpicos de 1920, entró en el despacho de su jefe pidiendo mejores horarios para compaginar su jornada laboral con los entrenamientos. Bruna trabajaba en la FIAT y su superior era Giovanni Agnelli. El patrón, que sentía curiosidad por todos los deportes, lo escuchó. El 24 de julio de 1923, Agnelli se hizo con el control de la Juve y puso al frente a su hijo Edoardo, para darle una distracción y alejarle de las malas compañías nocturnas. La apuesta funcionó y el vástago hizo de la entidad un club grande. Cuando este murió en el accidente de 1935, todas las miradas se depositaron en el hijo de Edoardo, Gianni.

Tanto quería Giovanni a Gianni, que pidió personalmente a Mussolini que lo sacara del frente ruso, donde lo había enviado con el ejército. El abuelo ya había perdido a un hijo y no quería perder al nieto. Los Agnelli dieron la espalda a Mussolini justo en el momento apropiado, cuando las tropas estadounidenses ya estaban a las puertas de Nápoles, contactando con el Gobierno de Estados Unidos para que les garantizara su apoyo durante la posguerra. Cuando Giovanni falleció en

diciembre de 1945, ya sabía que el futuro estaba atado y bien atado. Antes de morir, le daría un consejo al nieto: "Disfruta unos años de la vida y después entra fuerte en el mundo de los negocios". Dicho y hecho. En la posguerra, Gianni fue famoso por su vida sentimental, pasando las vacaciones con los Kennedy o los Rockefeller. Pese a que su madre había muerto en la carretera en 1946 en una nueva tragedia familiar, delegó la gestión de la FIAT a la mano derecha de su abuelo, Vittorio Valletta, y se centró en la Juventus. Valletta inundó el país de los Topolino, los coches más vendidos de Italia. Y Gianni, de hinchas de la '*Vecchia Signora*'. Así nació el mito del '*Avvocato*', como sería conocido aquel dirigente, uno de los italianos más poderosos del siglo XX.

En 1953, Gianni Agnelli se casó con Marella Caracciolo di Castagneto, una aristócrata licenciada en la Escuela de Bellas Artes de París que era amiga de Truman Capote y posaría como modelo para los cuadros de Andy Warhol. Con el apoyo de una mujer inteligente, Gianni dejó a la Juve en manos de su hermano pequeño, Umberto, en 1955. Y finalmente se puso al frente de la FIAT, demostrando tener el talento para entender las oportunidades que ofrecía la Guerra Fría. El '*Avvocato*' apostó por la internacionalización de la compañía, comprando marcas rivales como Ferrari o Alfa Romeo, y también por nuevos sectores. En los 60, la FIAT llegó a controlar el 80% del mercado del motor en Italia. Mientras plantaba cara a sus grandes enemigos, los sindicatos comunistas, era capaz de acompañar al presidente del Partido Comunista italiano, Palmiro Togliatti, en sus visitas a la Unión Soviética, asegurándose que su empresa firmase contratos con Moscú. Cuanto más importante era la FIAT, más ganaba el club de fútbol y más hinchas tenía. Para millones de italianos humildes, la Juventus significaba el sueño de una Italia mejor. O, simplemente, les permitía sentirse ganadores al final de una semana llena de derrotas.

En 1970, Gianni se metió en política y llegó a formar parte de las listas del Partido Republicano, un partido laico de centroderecha, para denunciar que la vieja Democracia Cristiana estaba podrida por dentro. Lo hizo en unas elecciones en las que su hermano Umberto iba en la lista... de la Democracia Cristiana, por si acaso. Los Agnelli siempre salen ganando. La otra hermana, Susanna, era alcaldesa de la preciosa población de Monte Argentario, en la costa toscana, donde publicó un *best seller* llamado *Vestíamos a la marinera*, en el que explicaba la

educación rígida que habían recibido ella y sus hermanos. En esas páginas recordaría cómo cada vez que lloraba cuando era niña, su institutriz inglesa le decía: "*Don't forget you are an Agnelli*". Los Agnelli no podían mostrar sus lágrimas en público. El libro fue un éxito, pues Italia se vuelve loca con los rumores sobre las familias que han decidido el futuro del país. Las mejores historias siempre se escriben dentro de las familias, y en esos años los Agnelli estaban siempre en la prensa rosa. Los Feltrinelli, que habían sido junto a ellos la dinastía más rica del país gracias al sector maderero y la construcción de autopistas, aparecían en las páginas de sucesos. En una historia puramente italiana, el heredero Giangiacomo Feltrinelli, fundador de una editorial y una cadena de librerías deliciosa, se radicalizó y se convirtió en miembro de un grupo terrorista comunista. Falleció en 1972 manipulando un explosivo.

Los Agnelli también tuvieron sus ovejas descarriadas. Gianni y Umberto consiguieron ver a su equipo campeón de Europa por fin en 1985, aunque de forma dolorosa, pues en la final, jugada en Bruselas, 39 aficionados '*bianconeros*' perdieron la vida en una estampida cuando escapaban de los *hooligans* del Liverpool. Cuando el '*Avvocato*' murió en el 2003, la '*Vecchia Signora*' ya era gigantesca. El funeral se celebró en la sala de reuniones de la fábrica de Lingotto, entre obras de arte que había comprado su mujer. Jugadores de la Juve de cinco décadas distintas desfilaron ante el féretro. Y miles de seguidores acudieron a ver pasar el cortejo fúnebre. Su muerte llegó en un mal momento, ya que la FIAT no tenía un sucesor claro. La tragedia, de nuevo, los había sorprendido. Edoardo, el hijo de Gianni formado en buenas escuelas y directivo de la Juve en 1986, había perdido la cordura. En pocos años, se declaró marxista, pacifista y se convirtió al islam tras un viaje en motocicleta por India y Tíbet en el que probó todo tipo de drogas. En el 2000, con 46 años, se quitó la vida lanzándose desde un puerto. El otro posible heredero hubiera sido Giovannino, hijo de Umberto, pero había muerto de cáncer en 1997.

El viajero espera el bus para iniciar su retorno pensando en estas grandes familias. El director de cine Federico Fellini siempre decía, con un toque de humor, que "la unidad social más grande del país es la familia. O dos familias: la regular y la irregular". Y de infidelidades no han faltado, en casa de los Agnelli. El presidente de la Juve hasta 2022, Andrea, se casó en la casa de Villar Perosa con una chica turca que era la

esposa de uno de sus mejores amigos, el jefe de marketing del club. Andrea no se llevaba bien con sus primos, los hermanos John y Lapo Elkann, los encargados de controlar la FIAT. Pese a este apellido, son Agnelli, pues son hijos de Margherita, la hija del '*Avvocato*' y hermana de Edoardo. Margherita se casó con el estadounidense Alain Elkann, un empresario descendiente de unos judíos italianos que dieron dinero a Mussolini para que llegara al poder y que acabaron escapando a Estados Unidos cuando los fascistas empezaron a perseguir a los semitas. Los dos Elkann se centraron en la rama del automóvil, aunque llegaron a ser vicepresidentes del equipo después de uno de los golpes más fuertes recibidos por la familia. En 2006, la justicia decretó que el administrador delegado del club, Luciano Moggi, había presionado a árbitros y rivales. La sanción fue el descenso administrativo de la '*Vecchia Signora*', que salió poco después del infierno gracias a los Elkann y a Andrea Agnelli, hijo del segundo matrimonio de Umberto. El cuarto Agnelli que presidió a la Juve solía acompañar por los campos de fútbol a su tío, el '*Avvocato*', cuando era un adolescente. Juntos vieron la segunda *Champions League* ganada por la Juve, en 1996. Siempre deseó ser como su tío, quizás por eso perdió el control. Fue juzgado por deudas, fichajes sospechosos y reuniones con un nuevo grupo ultra del conjunto, que resultó ser una tapadera de la mafia calabresa.

El viajero vuelve a Turín y se mete en una librería Feltrinelli. Muchos de los grandes clásicos de la literatura italiana han tratado la familia como escenario, prisión o refugio. En la sección de Historia, hay libros de ensayo sobre los Agnelli, los Moratti, los Versace, los Berlusconi o los Olivetti. Y el visitante presiente que se los irá encontrando en su camino.

# Vivir sin fútbol

"Las rocas, las paredes y la escalada
son una obra de arte"
*Reinhold Messner*

*Los trenes italianos de larga distancia son una bendición. En una tierra donde en ocasiones falla la burocracia, suelen ser puntuales. Y el café que se sirve a bordo es bueno. El tren deja la estación turinesa de Porta Nuova y parte hacia el sur, aunque en cinco minutos la vía gira hacia el norte para poner rumbo a los Alpes. Son dos horas de viaje hasta el Valle de Aosta, avanzando entre montañas que parecen gigantes dormidos.*

Cuando el viajero sale de la estación de Aosta, el viento frío hiere la piel de sus mejillas. Resoplando y escondiendo la cabeza dentro de un abrigo, cruza una plaza, gira a su derecha y en cinco esquinas ya ha llegado al estadio Mario Puchoz. Busca refugio en el bar del recinto, mira las fotos de viejos equipos en las paredes. Ya es tarde. Pide un café con leche, aunque muchos italianos consideran que solamente se puede tomar un café con leche por la mañana. Después de las once, pedirlo es una herejía. Después de las once, solo se debería tomar un café solo, corto, intenso. La costumbre es dejar un euro en la barra haciendo sonar la moneda, tomar el vaso y partir. Aunque ahora el viajero quiere sentir el calor de una taza caliente en sus manos mientras piensa en las montañas, así que acepta la mirada acusatoria del camarero.

El humorista Beppe Grillo, antes de revolucionar la política italiana fundando el Movimiento 5 Estrellas, partido que llegó a ocupar cargos en

el Gobierno a partir de 2018, se mofó de esos turistas que llegaban a Italia pensando que aquí siempre te baña el sol y podías tomar un helado en una terraza. Muchos italianos se cruzan miradas de complicidad cuando ven a un extranjero en chancletas y calzón corto pasando frío. No, Italia no se puede entender sin sus montañas. La columna vertebral son los Apeninos, que cruzan el país de arriba a abajo, con picos nevados a una hora en coche de Nápoles. E Italia tampoco se puede entender sin los Alpes. El viajero mira por la ventana el pequeño estadio Mario Puchoz mientras repasa la biografía de este alpinista que luchó en el frente ruso en la Segunda Guerra Mundial y falleció en una expedición al K2, en el lejano Himalaya. Allí fue enterrado.

Esta es una tierra de soñadores, aventureros y tipos con un ego desmesurado. Solamente los italianos podían ser capaces de ser los primeros en coronar en 1954 la montaña más difícil de subir del mundo, el K2, cuando lo consiguieron Lino Lacedelli y Achille Compagnoni. Si los británicos se habían adjudicado la más alta, el Everest, pensando siempre con su mentalidad imperial, los italianos prefirieron una mirada más artística y optaron por atacar la más compleja. Apostaron por el camino más arduo, subiendo una cima que aún hoy tiene la media más alta de fallecidos entre quienes persiguen la gloria en sus laderas. Únicamente los italianos eran capaces de ser los primeros y, a la vez, convertir ese éxito en un escándalo, pues Compagnoni, quien se retiró a vivir en Aosta, se enzarzó en una disputa legal con Walter Bonatti por el modo en el que se gestionó ese ascenso. Bonatti, junto a un escalador paquistaní, Ami Mehdi, debía subir oxígeno a sus compañeros para que estos pudiesen preparar el asalto final, pero cuando llegó al campo donde estaba previsto que estuvieran, no los encontró, pues estos se habían instalado un poco más arriba. Bonatti y Mehdi se vieron obligados a realizar vivac a más de 8.100 metros, escondidos en un agujero de 70 centímetros en la nieve, sobreviviendo a un infierno. Al día siguiente, dejaron las bombonas y bajaron como pudieron. Compagnoni y Lacedelli recularon para recoger las suyas, y con ellas llegaron a la cima. Y cuando Bonatti los acusó de ser malos compañeros, afirmaron a la prensa que este, en realidad, quería llegar arriba antes que ellos, pero que el plan le había salido mal. El caso, que acabó en los juzgados, aún genera debates en los cafés italianos, aunque se ha acabado por imponer el relato de Bonatti. El escalador bergamasco no pudo coronar el K2 en 1954, aunque

cuando falleció tenía un currículum que impresionaba, lleno de ascensos en solitario. Había perdido la fe en los otros alpinistas.

El viajero se acerca al busto de Puchoz, miembro de esa famosa expedición, que falleció por problemas pulmonares. Y piensa en la pasión que sienten los italianos por las montañas. Ese ascenso de 1954 lo realizaron por la vía del llamado 'Espolón de los Abruzzos', bautizado así porque en 1909 el noble italiano Luis Amadeo de Saboya ya había explorado la zona. El viajero repasa la biografía del príncipe, con sus expediciones al Ártico y su muerte en Somalia. ¿Qué sentido tiene escribir novelas en Italia cuando las biografías de muchos de sus habitantes ya parecen un libro de Emilio Salgari? El primer hombre que coronó las 14 cimas de más de 8.000 metros fue otro italiano, Reinhold Messner, quien definía la escalada como una forma de arte. ¿Y no fue arte la ascensión al monte Kenia de 1943? Tres italianos que habían sido capturados por los británicos en Etiopía y mandados a un campo de prisioneros, Felice Benuzzi, Giovanni Balletto y Vincenzo Barsotti, miraban cada día desde la distancia la imponente silueta del segundo pico más alto de África. ¿Qué hicieron? Fugarse del campo dejando una nota a sus captores: "Vamos a ascender el Monte Kenia y volvemos". Los británicos no se lo creyeron, claro. Y los empezaron a buscar por todas partes, excepto en esa cima de 5.199 metros. Cuando los italianos volvieron, delgados y cansados, los encerraron en celdas de castigo. Hasta que unos días después unos soldados encontraron otra nota que estos habían dejado rumbo a la cima. Fue entonces cuando entendieron que esos tres tipos no habían mentido. No querían escapar de sus captores. Querían escapar del aburrimiento.

En Aosta, tiene sentido que el estadio se llame como un alpinista, pues esta es la capital del Valle de Aosta, la región más pequeña y menos poblada del país. Una zona en la que aún se escucha el idioma franco-provenzal y en la que llegas a olvidarte que te encuentras en Italia cuando llega el olor de una *fondue* desde la cocina de alguno de sus restaurantes. El viajero se deja aconsejar y pide un plato local, un *civet di camoscio*. O sea, un estofado de carne de rebeco. Todo tiene personalidad en este enclave escondido en la triple frontera con Suiza y Francia, a la sombra de algunas de las montañas más altas de Europa, como el Mont Blanc, el Gran Paraíso o el hermoso monte Cervino. Aquí se mira siempre hacia arriba, hacia esas cumbres nevadas. Así que tiene sentido que sea una de

las pocas regiones italianas que jamás ha tenido un club de fútbol profesional. Es más, durante veinte años, en el estadio Mario Puchoz solamente jugaban los niños de las escuelas, pues ni existía un equipo en la ciudad.

¿Cómo es vivir sin fútbol? Los parroquianos cuentan que durante años les tocó mirarlo por televisión. Explican que el primer equipo se había fundado en 1911 gracias a la pasión de unos chicos que jugaban en el patio de la iglesia de Sant'Orso. En el oratorio. Pocas cosas más italianas que los partidos en el oratorio, toda una tradición. El club fue bautizado con el nombre de Augusta Praetoria, como era llamada la ciudad en tiempos romanos. En el centro de Aosta, las ruinas del teatro romano recuerdan que este valle lo han pisado decenas de ejércitos y banderas, por ser uno de los pocos senderos transitables de los Alpes. Por aquí podrían haber pasado algunos de los elefantes del cartaginés Aníbal y llegaban viajeros o peregrinos que cruzaban el paso de San Bernardo, donde nació una hermosa raza de perros especializada en salvar vidas. Ahora aceleran los coches camino del larguísimo túnel del Mont Blanc. Más cómodo, aunque menos romántico que viajar con esos gigantescos perros con un barrilete de ron colgando del cuello.

En 1991, el Aosta ascendió a la *Serie C2*, la cuarta división del fútbol italiano, de forma inesperada, con una goleada contra los toscanos de la Pistoiese (1-6). Fue el mejor momento del club, que buscó patrocinadores y dinero debajo de las rocas para poder competir en esta categoría de tres grupos nacionales que exigía a los conjuntos hacer largos viajes. La aventura duró cuatro años y dejó demasiadas deudas. Así pues, en 1998 la entidad desapareció. Y el estadio se quedó sin equipo, aunque se seguía usando para acoger finales de etapa de carreras ciclistas. Incluso una vez llegó el Tour de Francia. El viajero marca en rojo en su libreta que no debe olvidar que los italianos aman las bicicletas. El estadio Puchoz también fue sede del encuentro anual de los Alpini en 2003.

El viajero se cruza con jóvenes soldados luciendo orgullosos gorras con una larga pluma. Así son los italianos, tan presumidos que hasta el cuerpo de élite de la policía, los Bersaglieri, lucen plumas en su sombrero. Como los del ejército. Esta pluma es la seña identificativa del cuerpo de élite de montaña del ejército, los Alpini, que cada segundo domingo de mayo se encuentran en una ciudad para desfilar, en memoria de sus compañeros muertos en combate. En 2003 corrieron, plumas al viento,

por el césped del estadio Puchoz.

Las montañas, mágicas, tienen vida. Aunque tengan poco fútbol. En Aosta esperaron hasta el año 2021 para refundar la Unione Sportiva Aosta 1911. Ahora, el equipo juega en la novena división. Y para facilitar su crecimiento, forma parte de la federación del Piamonte. Los valdostanos lucharon durante décadas por tener autonomía y proteger su identidad, aunque a nivel deportivo han llegado a la conclusión de que les irá mejor caminando junto a sus vecinos. Es el eterno destino del fútbol en este valle, mirar hacia el sur. Sus mejores jugadores siempre han hecho las maletas rápido, marchando a Turín para perseguir su sueño, como el defensa Paolo De Ceglie, que jugó en la Juve, o el delantero Sergio Pellissier, formado en el Torino y famoso por defender durante 17 años la camiseta del Chievo de Verona, cuando este equipo de un barrio diminuto llegó a primera. Incluso algunos barrios de otras ciudades han llegado a la cumbre del fútbol italiano, mientras que en Aosta no se ha pasado de la cuarta división.

Aunque estos últimos años, el fútbol valdostano parece revivir gracias a los inmigrantes que han llegado buscando trabajo, especialmente gracias a las oportunidades que da el turismo, con las pistas de esquí, los senderos y las segundas residencias que han modificado poco a poco la pausada vida local. En 2017, antes del renacimiento del US Aosta, se fundó un equipo que permitía a chicos sin papeles procedentes de África unirse en un vestuario. Chavales que encontraron las puertas cerradas de esas personas que pensaban que en este valle siempre ha vivido la misma gente, cuando aquí ya llegaron africanos con Aníbal 200 años antes de Cristo. Hace poco un chico nacido en Aosta llegó a ser internacional, como consiguieron en su día brevemente De Ceglie y Pellissier. Se trata de Calvin Bassey, internacional con Nigeria, la tierra de los padres de este defensa que aguantó pocos años a la sombra de los Alpes. Si se quiere vivir del fútbol, toca marcharse de este valle. Lo sabía Pellissier. También Bassey. Y lo sabe también el viajero.

# El futbolista sobre ruedas

"¿Sirve de algo una cosa tan estrafalaria y absurda como dar la vuelta a Italia en bicicleta? Por supuesto que sí: es una de las últimas provincias de la fantasía"
*Dino Buzzati*

*Para llegar a Casale Monferrato, toca subir y bajar de trenes en Chivasso. Se dejan atrás los Alpes, altivos en su belleza, y se alcanza una zona de valles seductores, con arrozales y viñedos. La estación, delante de una plaza extrañamente grande para una ciudad pequeña, recibe al viajero. Este busca bicicletas. Y las encuentra por todos sitios.*

En 1914, un grupo de hombres con sombrero y pajarita llegaron a esta estación de tren procedentes de Roma. Acababan de ganar la liga italiana, que entonces se jugaba con un sistema de grupos regionales. En la final, golearon por 7-1 a la Lazio en la ida. El partido de vuelta fue un trámite. Lo ganaron por 0-2. Durante toda la temporada, barrieron a todos los rivales. Eran los años del llamado '*Quadrilatero Piemontese*', cuando cuatro poblaciones de esta región tenían equipos capaces de levantar títulos. Las gestas del Alessandria, el Novara, el Casale y especialmente la Pro Vercelli aún se recuerdan en esta zona de vida pausada. De gente emprendedora, seria, ambiciosa. Si en los albores del fútbol italiano la Pro Vercelli fue capaz de adjudicarse siete campeonatos nacionales con jugadores locales, ahora el Piamonte es la meca del *slow food*, movimiento nacido aquí en los años 90 que reivindica comer bien, sin prisa, usando productos de proximidad. El piamontés es un tipo

orgulloso. Le gusta presumir de su tierra, donde en cada colina parece tener una denominación de origen diferente de buenos vinos. El viajero sonríe. Parar en Casale Monferrato tiene premio.

Los habitantes de esta urbe tranquila invadida por la niebla, cuando llega el frío, sienten envidia de sus vecinos de Vercelli. Como estos tenían un equipo que impresionaba vestido de blanco, ellos crearon otro que vestía de negro, y le cosieron una estrella blanca en la camiseta. Con ese uniforme, ganaron la liga de 1914. Ahora, el club juega en séptima división. Aunque el viajero no ha venido aquí solo para hablar de fútbol. Ni siquiera para comer bien. Ha venido por las bicicletas. El fútbol y el ciclismo fueron claves en la construcción de la identidad nacional italiana a inicios del siglo XX. En el centro de muchas ciudades se ven más bicicletas que en otros lugares. Mucha gente mayor se desplaza con ellas. Al viajero le sorprende la cantidad de mujeres que pedalean con zapatos de tacón. Algunas de las marcas de bicicletas más antiguas del mundo, como las Bianchi, las Olympia o las Legnano, son italianas. Y hay italianos más fieles a estas marcas que a su pareja sentimental. En un pueblo con cierta tendencia a escribir su propio camino ignorando la autoridad, las dos ruedas dieron libertad a millones de personas. En los mismos años en los que en el Piamonte equipos de ciudades de 40.000 habitantes como el Casale Monferrato o el Vercelli podían hacerse con la liga, en la zona nacían los primeros ídolos ciclistas. Hombres como Giovanni Gerbi, conocido como el 'Diablo rojo', a quien dedicó una canción el genio del jazz Paolo Conte, nacido en la misma población, Asti (cuna también del Moscato, el vino de los postres). Otro genio sobre ruedas fue Costante Girardengo, el campeón de quien se cuenta que uno de sus mejores amigos, Sante Pollastri, fue un temido ladrón a quien la policía consiguió detener cuando iba a ver el final de una de las carreras de su compañero. A Girardegno y Pollastri les dedicó una canción Francesco de Gregori, ya que en Italia la vida de muchas personas es una obra de arte. También era piamontés Fausto Coppi, uno de los mejores ciclistas de la historia.

Aunque el viajero anda por las calles de Casale Monferrato por culpa de Giuseppe Ticozzelli. En los años 20, este defensa había jugado en el Casale a un nivel alto. Era duro, parece. No muy rápido, aunque peleón. Incluso defendió la camiseta de la selección italiana absoluta en 1920, en un partido que ganaron por 9-4 a los franceses en el velódromo de

Sempione, en Milán. Aún hoy, en algunos estadios de fútbol italianos, se pueden distinguir las pistas de los velódromos en la parte baja de las gradas. Durante años, el ciclismo y el fútbol compartían templo. Veterano de la Primera Guerra Mundial, Ticozzelli amaba los dos deportes. Así que en 1926 decidió participar en el Giro de Italia, cuando aún militaba en el Casale. Como entonces cualquiera se podía apuntar a la carrera sin formar parte de ninguna organización, Ticozzelli corrió el Giro con la camiseta de su club. La suerte no lo acompañó, pues antes de la cuarta etapa fue atropellado. El futbolista, incapaz de rendirse, se subió a un taxi y llegó a la salida, aunque después de unos kilómetros el dolor lo derrotó. Se metió dentro de un restaurante y pidió vino entre lágrimas. Su carrera había acabado, aunque empezaba la leyenda. Incluso en 1946 los organizadores del Giro de Italia decidieron inventar una nueva categoría: el maillot negro al último clasificado. En honor a Ticozzelli, el peor ciclista de la carrera luciría esa prenda inspirada en la camiseta del Casale. Aunque los organizadores cometieron el error de añadir un premio económico. De repente, quedar último ya no era un deshonor. Durante cinco años, muchos ciclistas se empeñaron en estar en la cola, bajando de la bicicleta para esconderse en posadas o dormir la siesta, calculando así como podían cruzar los últimos la línea de meta sin ser descalificados. Se vivieron duelos históricos para ver quién era el más pillo. Y el más listo solía ser el piamontés Luigi Malabrocca, un buen rodador que llegó a invitar a medio pueblo en un bar mientras dejaba pasar a sus rivales para vestirse de negro y llenarse los bolsillos. Italia es tierra de picaresca y de guiones imprevisibles. Solamente aquí se podía luchar con imaginación para ser último. Y todo lo narró Dino Buzzati, a quien *Il Corriere della sera* mandó a cubrir el Giro de Italia en 1946. El autor escribió: "¿Sirve de algo una cosa tan estrafalaria y absurda como dar la vuelta a Italia en bicicleta? Por supuesto que sí: es una de las últimas provincias de la fantasía, un baluarte del romanticismo, que, sitiado por las sórdidas fuerzas del progreso, se niega a darse por vencido".

En eso piensa el viajero. En la imaginación de los italianos, ya sea usada con buenos fines o para engañar. En su eterno romanticismo, en ocasiones hermoso y en otras hortera. En las pillerías de Malabrocca o Ricky Maspero, el futbolista del Torino que en 2001, durante un derbi, se paseó por delante del punto de penalti para crear con la punta de su bota

el agujero que provocó el error de Alessandro Del Piero, quien desperdició el disparo que hubiera significado la victoria de la Juve. Al italiano no le disgustan los tramposos, si considera que sirven a una buena causa. Su literatura está llena de estos personajes *furbi*, astutos. Un país donde incluso las personas más serias acaban por tener un lado juguetón. El piamontés siempre ha sido el italiano más serio, más recto. Metódico, trabajador, de esos que ocultan su riqueza. Una tierra de doctores, filósofos, empresarios que convierten en un arte la búsqueda de la mejor trufa, el mejor vino o la mejor bicicleta. Aunque tanta seriedad siempre esconde un punto excéntrico. Y en Casale Monferrato, el viajero descubre que las galletas tradicionales de la ciudad se llaman *krumiri* y tienen la forma de los bigotes del primer rey italiano, Víctor Manuel II. Cuando este falleció, crearon una galleta en su honor con la forma de su mostacho. Una forma de mantener vivo su recuerdo, con una sonrisa burlona debajo de los pelos. El humor, como la bicicleta, no deja de ser una forma de libertad. Como gritar un gol.

# Una canción de amor

"Con esa cara un poco así, con esta expresión un poco así,
que tenemos nosotros que hemos visto Génova"
*Paolo Conte*

*Un tren que para en todas las estaciones saca al viajero de Casale Monferrato y lo deja en Alessandria, donde el equipo de fútbol juega con una preciosa camiseta gris. Toca abandonar el Piamonte y subir a otro tren que en una hora llega a Génova. A la Liguria, donde las montañas se abrazan con el mar como si fuesen amantes que se tiran de los pelos, medio enfadados, medio enamorados.*

El sol besa la cara del viajero cuando sale de Genova Piazza Principe. La estación parece metida dentro de una montaña. Así es Génova, un puerto de gente de mar irreductible que domó las montañas, creciendo por una costa agreste. Un caos con cierta lógica, una ciudad llena de túneles y puentes que intentan imponerse a la naturaleza. Aunque el hombre no se debe fiar de ella, como saben los marineros y los genoveses, que sufren inundaciones y tempestades. Ni debe confiar demasiado en sí mismo, como ha aprendido por tragedias como el derrumbe del puente Morandi en 2018. O los incidentes del 2001, cuando la policía reprimió con una dureza pocas veces vista antes a los manifestantes que protestaban contra una cumbre del G-8. El joven activista Carlo Giuliani perdió la vida en esas movilizaciones. Otro joven, Vincenzo Spagnolo, ultra del Genoa, fue asesinado por el cuchillo de un neonazi aficionado del Milan en 1995. Su memoria sigue viva en un

monumento y en pintadas fuera del estadio Luigi Ferraris, en el barrio de Marassi, donde los edificios se adaptan a los desniveles del duro paisaje. El viajero recuerda sus días en Turín y la lección de cómo los muertos siguen vivos entre nosotros.

También piensa en Paolo Conte, quien cantaba en su *Genova per noi* lo que piensan los piamonteses cuando bajan de las tierras altas, siempre cubiertas por la niebla, para ver Génova. Una ciudad convertida en una idea. De su puerto salieron naves que dominaron el Mediterráneo. Los genoveses insisten en que Cristóbal Colón nació en una de sus casas. Y durante décadas, millares de europeos partieron hacia Estados Unidos o Argentina en los buques que salían de una ciudad que fue un Estado en sí mismo. En Italia, cada puerto fue un pequeño imperio. Esas salidas al mar tienen ahora un aire destartalado, melancólico, como un viejo marinero con tatuajes medio desdibujados que cuenta en una taberna sus aventuras. La viajera británica Anna Jameson escribió a mitad del siglo XIX que "aun en plena decadencia, Génova sigue siendo siempre soberbia, es como una dama noble, todavía en flor y digna". El viajero está de acuerdo.

Aunque más que una dama, es como una sirena, que con sus cantos te seduce. En los relatos griegos, las sirenas podían acabar con la vida de los marineros con sus canciones. Si escuchaban su voz, estaban perdidos. Sucede algo similar con la música italiana. Melodías que te atrapan para siempre. El viajero ocupa una mesa en el centenario Caffè degli Specchi, que transformó una antigua pollería en un local elegante. A los camareros les gusta hablar de fútbol. Génova es de las pocas ciudades que tiene dos equipos grandes. El Genoa sigue siendo el club decano del balompié italiano, fundado en 1893 por unos británicos que comerciaban en su puerto. En los años 20, el '*Grifone*' ya había ganado nueve ligas. Su último título fue la *Coppa* del año 1937. El peso de un pasado glorioso en ocasiones asfixia a un club que suele vivir en el limbo entre la *Serie A* y la *Serie B*. Aunque siempre con la grada llena. Y siempre enfrentado con la Sampdoria, el otro conjunto de la urbe, nacido de la fusión en 1946 de la Sampierdarenese y la Andrea Doria, un club que usaba el nombre del almirante nacido en la ciudad que sirvió a las órdenes de Carlos I de España. Los hinchas del Genoa llaman 'ciclistas' a los de la Sampdoria, mofándose de su uniforme. Los aficionados de la Sampdoria presumen de haber ganado la liga de 1991, además de cuatro copas, una Supercopa

y una Recopa entre 1984 y 1994, cuando la dirigía el magnate del petróleo Paolo Mantovani, un romano que echó su ancla en esta costa. Gracias al dinero de Mantovani, por la entidad pasaron algunos de los mejores jugadores del mundo. El viajero rescata en la memoria a Vialli, Mancini, Lombardo, Toninho Cerezo o Gullit. En 1992, perdieron la final de la Copa de Europa en Wembley contra el Barcelona. La noche en la que Koeman evitó que la Sampdoria fuese el mejor equipo del continente, la hinchada del Genoa salió a las calles a celebrar la victoria catalana. Todavía hoy, seguidores del Barça viajan por tierra, mar o aire para poder estar presentes en los derbis de Génova y animar al '*Grifone*', pues de aquel triunfo compartido nació una amistad entre aficiones.

En la Sampdoria todavía lloran la muerte de Mantovani en 1993. El Genoa, en cambio, ha tenido menos suerte con sus presidentes. Cuando el magnate de los juguetes Enrico Preziosi compró al conjunto, provocó su descenso a tercera porque lo pillaron comprando un partido con un maletín. No en un sentido metafórico, no. Lo cazaron literalmente con un maletín en sus manos. Y la afición del Genoa acabó cantando en campos regionales.

Porque en Génova se canta. El viajero canturrea canciones de Fabrizio De André mientras baja caminando hacia el mar, imaginando donde estuvo "la pensión Suiza junto a I Bianchi" de la que Stendhal dijo que se debía "pedir la habitación número 26 en el cuarto piso, desde dónde puede verse el puerto y el monte. Hay que decir 'deme la habitación que ocupó un ruso durante 22 meses'". Ojalá se pudiera dormir todavía en ese cuarto con vistas al famoso faro, construido ya por los romanos y modificado después. Un edificio que marca la ruta de las naves y sirve para bautizar el derbi de la ciudad, el '*Derbi della Lanterna*'. Al viajero le encantaría saber quién era ese ruso que se enamoró de Génova.

No muy lejos de la zona donde dormía Stendhal, se encuentra la famosa Via del Campo, seguramente una de las calles más conocidas de Italia, y eso que no destaca por su belleza. Aquí, durante décadas se ejercía la prostitución. Chicos apocados se acercaban para aprender cosas que no se enseñaban en las escuelas. Y en ocasiones se encontraban a sus propios padres haciendo cola. Via del Campo es famosa por la canción de Fabrizio De André, quizás el genovés más amado por sus paisanos. Esta ciudad, conocida por la *focaccia* y el pesto, su pasado como república marinera independiente y sus equipos de fútbol, se convirtió en los 60 en

un imán para músicos que exploraban nuevas vías. La escuela genovesa de música fue símbolo de una era, de unos tiempos en los que los chicos soñaban con cambiar el mundo escuchando a Bob Dylan. Si en Milán había nacido el rock italiano, en Génova se exploraría un folk que permitió a De André versionar el *Desolation Road* del cantautor estadounidense o hacer un álbum en dialecto genovés.

El viajero ocupa una mesa en el bar Mini Mixing, en el barrio de Foce, no muy lejos de Marassi. Hace 60 años, este local se llamaba Igea y en noches que se alargaban hasta que salía el sol era el punto de encuentro de músicos como De André, Gino Paoli, Luigi Tenco o Bruno Lauzi. Gino Paoli, con su voz tímida, le daría a toda una generación algunos de los himnos de amor más bellos. Cuántos italianos se han enamorado susurrando *Il cielo in una stanza* o *Senza fine*. Paoli era hincha del Genoa, como Fabrizio De André. Ninguno de los dos le dedicó una canción a su club, quizás por eso que decía el segundo: "Para escribir canciones se debe mantener cierta distancia sobre eso que escribes y para mí el Genoa es demasiado importante". En el estadio de Marassi, cuando juega el Genoa, en ocasiones suena *Creuza de ma*, una canción del propio De André que habla de las típicas calles empedradas que serpentean subiendo las colinas.

A De André lo hizo del Genoa su padre, pero no de la forma tradicional. Fue su progenitor el que lo llevó a ver un Genoa-Torino, pero porque él, como tantos italianos, había entregado su corazón a la entidad turinesa después de la tragedia de 1949. Pero en Marassi, el niño decidió animar a los locales. Le gustaba la idea de un equipo que había reinado y ahora era incapaz de encadenar dos victorias seguidas. El cantautor descubrió después que el día que nació, en 1940, su padre usó un viejo gramófono para poner música y aliviar el dolor de su esposa durante el parto. Puso *Il Valzer Campestre*, de Gino Marinuzzi, mientras el pequeño Fabrizio salía al mundo un domingo en el que el Genoa estaba ganando en Novara, situándose líder de la *Serie A*. Parecía que finalmente el equipo sería campeón de nuevo, pero alguien lo denunció por alineación indebida de su portero y le dieron el partido por perdido. La liga, que hubiera supuesto la décima del club, se esfumó. De André, que le cantó a los perdedores, nació el día de una dura derrota del Genoa.

Siempre que podía, el cantautor iba al estadio. También le gustaba lanzar pullas al eterno rival. "¿Cómo se puede amar un equipo que no usa

el nombre de Génova? ¿Qué es eso de Sampdoria?", decía. La voz amarga de De André puso la banda sonora a Italia entre los años 60 y los 80, época de terrorismo y violencia, de sueños rotos y amor libre. El músico cantó a marineros, putas, Cristos y homosexuales con la misma determinación con la que escupía hablando del poder. Cuando fue liberado de un secuestro durante unas vacaciones en Cerdeña, en vez de volver a casa con odio, lo hizo enamorado de la lengua sarda. Era un poeta que jugaba con las palabras. Y eso que no tenía una voz bonita, a diferencia de Francesco De Gregori, el otro gran cantante de esos años, un romano de voz aterciopelada que escribió la preciosa *La leva calcistica della classe '68*, donde canta a un niño que debe lanzar un penalti. Un tema célebre con el que De Gregori le rindió homenaje al gran capitán de la Roma, Agostino Di Bartolomei, nacido en 1968, sin imaginar que este se quitaría la vida a los 39 años de un disparo al corazón.

En Italia se canta al amor y a la muerte. En pocos lugares se ha conservado tanto la música popular. Algunos vecinos abrazaron ritmos que llegaron de fuera y los mezclaron con las canciones de sus abuelos. Incluso los partisanos inventaron el mejor de los himnos contra el fascismo, el *Bella Ciao*. Italia ha cuidado por igual las canciones cantadas en tiempo de cosecha por los campesinos y la música clásica. En Cremona se presume de los *stradivarius* más que de los goles de la Cremonese. En Parma, el equipo de fútbol sale a jugar con Verdi en la megafonía. ¿Qué sería de la ópera sin este país? En los estadios del *calcio* se canta para amar y odiar. Canciones populares se convierten en símbolos para animar a equipos de fútbol, como hacen los napolitanos con *O surdato 'nnammurato*. O se versionan *hits* modernos, como *L'estate sta finendo* del dúo pop Righeria, una pareja de turineses que en los 80 se especializaron en canciones con letra estúpida y ritmo pegadizo. Modificando los versos de este tema nació un cántico que medio mundo ha copiado después y que dice eso de "*Un giorno all'improvviso mi innamorai di te...*".

La música, como el fútbol y la cocina, es de la gente. Sale de las calles para inundar todas las ciudades. Si en Génova las montañas y el mar se funden como amantes, la música y el fútbol hacen lo mismo. Antonello Venditti, el rockero que ama más a su ciudad, Roma, que a las mujeres que han sido sus amantes, le ha dado a su club un himno precioso. Otro músico, Luciano Ligabue, soñó con marcar goles y llegó a jugar en la

modesta Correggese. Cuando ya era una estrella, se permitió el lujo de sacar la canción *Una vita da mediano*, donde hace una analogía entre los centrocampistas defensivos y los trabajadores comunes. En el tema, cita a Gabriele Oriali, el futbolista bregador del Inter y campeón del Mundo en 1982. Ligabue es interista, como otro rockero, Vasco Rossi. El cantante Gianni Morandi incluso llegaría a presidir el Bologna, club de sus amores. Una vez decidió recibir a los hinchas del Napoli con *Caruso*, de Lucio Dalla, otro hincha del conjunto. La canción narra la relación de amor del famoso tenor napolitano Enrico Caruso con una alumna y se ha convertido en un himno alternativo de la ciudad sureña. Los radicales locales, a los que no les parecía bien eso de dar la bienvenida a los partenopeos, abuchearon la preciosa canción de Dalla, un hijo de Bolonia como ellos. El odio, en ocasiones, se impone. Y Gianni Morandi acabó llorando.

Para muchos italianos, San Siro no solamente es la casa del Inter y el Milan. También és *Luci a San Siro* de Roberto Vecchioni, autor de esta balada en la que dos amantes no se encuentran en la niebla del estadio un día de partido. Y Marassi no solamente es un campo. Es un barrio. Y un álbum de los Ex-Otago, grupo local. En Italia, los nuevos ritmos también le cantan al fútbol. Y como hacía De André, el cantante Calcutta prefiere ahora ignorar a los ganadores y dedicar un tema a Dario Hübner, un delantero que fumaba y parecía un obrero de la construcción, que metió goles durante dos décadas en equipos de segunda fila.

El viajero se emociona cuando en la grada de Marassi aparece entre la hinchada del Genoa una bandera al viento con el rostro de Fabrizio De André. En el terreno de juego, la Sampdoria gana otro derbi. Y el viajero, rodeado de hinchas del Genoa que solo dejan de cantar cuando toca recriminar a sus jugadores otra actuación decepcionante, sonríe pensando en que en el fútbol, como en la vida, se puede dividir a las personas entre las que siempre siguen al ganador y las que son fieles en la victoria y en el fracaso. Buena gente, esos que jamás abandonan a quienes aman, aunque pierdan.

Así que el visitante se encamina al cementerio de Staglieno para dejar una flor donde yace Fabrizio De André y, de paso, visitar las tumbas monumentales con estatuas de ángeles caídos que acabaron siendo la portada del single *Love Will Tear Us Apart* de los ingleses Joy Division. Y se acuerda de otra tumba, a muchos kilómetros de aquí, la del cantante

del grupo de Mánchester, Ian Curtis, en la que dejaron escrito este verso grabado en piedra: "El amor nos separará". No, en Génova piensan diferente. Aquí se sigue amando al Genoa, aunque no gane nada. O a la Sampdoria, que también llora por sus años dorados perdidos. Se sigue amando a De André. Se ama tanto como lo hacía Luigi Tenco, el piamontés que creció en este puerto, visitando el bar Igea. Tenco se quitó la vida en 1967 en el Hotel Savoy de San Remo después de que su canción *Ciao amore, ciao* fracasase en un festival local. Tenía el corazón roto. Y ahora, gracias a su música, sigue más vivo que nunca. En Italia, ya se sabe, hay muertos que son eternos.

# El mago de las palabras

"En Italia, un verdadero revolucionario es alguien
que va a la oficina a las ocho y media de la mañana
y cumple con su deber por el resto del día"
*Gianni Brera*

*Los trenes que van de Génova a Milán paran en Pavía. Un trayecto corto y rápido sirve para despedir el mar y entrar en la Lombardía. En el famoso valle del Po, por donde han pasado todos los ejércitos habidos y por haber. Una zona rica y trabajadora. La estación de la ciudad, amarillenta, quiere engañar al viajero. No apetece bajarse en ella.*

Cinco minutos caminando son suficientes para enamorarte de Pavía. La historia, cruel, usa las ciudades con la misma frialdad con la que un don Juan rompe corazones. Ciudades que no eran más que pueblos, ahora son capitales, y Pavía, en cambio, ha quedado arrinconada, medio olvidada. Se conoce su famosa universidad, poco más. En su andar, el viajero rápidamente entiende que sus pasos cruzan un lugar con un glorioso pasado. Bien situada en la Via Francigena, el camino de peregrinación a Roma, Pavía fue capital de diferentes reinos, como el ostrogodo, el lombardo o el primer italiano, en 774. Algunos aún la llaman la 'segunda Roma' por los tesoros que esconde. Su centro histórico es un regalo para los ojos. Por todos lados asoman iglesias y palacios de diferentes épocas. La 'Ciudad de las Cien Torres', como la llaman, está rodeada de bosques frondosos, no demasiado lejos de las aguas del Po. Sus vinos son buenos y en ella no ha faltado la industria. El

viajero descubre que en 1895 Jakob y Hermann Einstein, el tío y el padre de Albert Einstein, abrieron aquí una oficina electrotécnica, al lado del Naviglio Pavese, como se conoce un canal que fue excavado entre 1812 y 1819 para unir la ciudad con Milán.

Pavía, ignorada por los principales *tours* turísticos, tiene demasiada belleza en sus calles. El viajero pide una *torta paradiso*, la más conocida de la ciudad, en la centenaria pastelería Vigoni, fundada en 1878. Luego busca una mesa en una sala con sillas de madera y saca un libro de Gianni Brera. ¿Crecer en un sitio tan bonito te condiciona la vida? El visitante duda. Multitud de genios han salido de barrios grises y de bosques de cemento. Brera sí se crió rodeado de hermosos paisajes. Uno de los mejores periodistas deportivos de la historia nació en 1919 en San Zenone del Po, cerca de Pavía, donde estudiaría. Su padre era el barbero. Su infancia, caminando por el monte o jugando al fútbol en la plaza, fue idílica. Para entender una de las mejores plumas italianas hay que estudiar esta región. Aquí también encontró la muerte en 1992, cuando un coche que iba en contradirección embistió el suyo en la carretera entre Codogno y Casalpusterlengo.

El viajero entra en la librería San Siro. Con casi 100 años de actividad, es un pequeño templo. Sí, un templo, ya que se especializa en religión. Cuando los antiguos propietarios cerraron, la curia episcopal ayudó para solucionar el problema. Hablar de San Siro nos hace pensar en fútbol, aunque antes del estadio milanés existió un santo. El viajero busca libros de Brera, pues le hace ilusión comprarlos en su ciudad, aunque toda su carrera la vivió en Milán. Con 16 años, ya estudiaba en la capital lombarda y escribía crónicas en una revista semanal llamada *Lo schermo sportivo*. El joven Gianni jugaba a fútbol en equipos de barrio y soñaba con ser como Giuseppe Meazza, el gran delantero milanés. Sus padres le convencieron de que era mejor estudiar y le dejaron de mandar dinero para que volviera a Pavía, donde acabó su formación. Lector empedernido, siguió mandando crónicas deportivas por correo a Milán. En 1943, se laureó en Ciencias Políticas en la centenaria Universidad de Pavía, pero en plena Segunda Guerra Mundial lo llamaron a filas para defender el fascismo. Brera desertó y se largó a Suiza, donde entró en contacto con miembros de la resistencia. En 1944 volvería a Italia para luchar como partisano. Jamás disparó un tiro.

Acabada la guerra, fue contratado por *La Gazzetta dello Sport*, el

periódico deportivo más viejo de Italia. Le encargaron escribir de atletismo. Al joven no le gustó la idea, aunque acató las órdenes y perseveró. En 1949, lo mandaron a cubrir el Tour de Francia justo el año en el que tres italianos lucharon por el triunfo: Fiorenzo Magni, Gino Bartali y Fausto Coppi. El viajero recuerda las bicicletas de Casale Monferrato y las frases de Brera sobre este deporte: "Solo en las provincias se cultivan las grandes melancolías, el silencio y la soledad imprescindibles para triunfar en un deporte tan fatigoso como el ciclismo". Sus crónicas, todo un éxito, emocionaron tanto que al regresar de territorio galo le ofrecieron ser el director de la *Gazzetta*. Solo tenía 30 años. Ocupó el cargo hasta 1954, cuando dimitió en señal de protesta por una reprimenda de los propietarios, que lo acusaron de comunista por destacar en portada el récord mundial de los 5.000 metros del soviético Volodymyr Kuc. Brera era de izquierdas, cierto, aunque no era comunista. Es más, militó en el Partido Socialista. Convertido ya en una pluma respetada, pasaría por *Il Giorno* y por la revista *Il Guerin Sportivo*, donde firmaría una disparatada sección en la que respondía a los lectores preguntas de todo tipo. Después, volvería a *La Gazzetta dello Sport*, pasaría por *Il Giornale* dirigido por Indro Montanelli, uno de los periodistas más respetados del país, y acabaría su carrera en *La Reppublica*, con la que firmó en 1982. Ese mismo año, había escrito que si la selección italiana levantaba el Mundial, iría a pie desde su casa de Milán hasta un santuario a las afueras de la ciudad. Como Italia ganó, se vistió de fraile penitente y realizó el peregrinaje entre bromas de sus amigos. Algunos lo criticaron por usar el hábito. Poco le importó: era ateo.

Además de periodista, Brera fue escritor, guionista y presentador de programas de radio. Aunque, por encima de todo, fue un revolucionario del lenguaje. Juguetón, con un cigarro siempre colgando de la boca, entendía que las crónicas podían ser literatura. Había leído los clásicos y se rodeaba de los mejores escritores del momento. Defendía que las lenguas debían estar vivas y en movimiento. Por eso inventó un montón de motes, apodos y palabras nuevas. Algunas de ellas cruzaron fronteras. Brera fue el padre del concepto 'líbero' para definir a un tipo de defensa. También fue suya la invención de 'goleador', jugando con la palabra española 'matador'. Brera era capaz de dar belleza a partidos feos, pues fue el gran defensor teórico del *catenaccio*. Siempre remarcó la necesidad

de tener un estilo a la italiana. Y que este fuera defensivo. En su opinión, sus compatriotas no tenían la fuerza física de otros, así que debían ser más listos que ellos. Tenían que saber guardar fuerzas, jugar con el enemigo e idear estrategias. Consideraba que los grandes políticos italianos, como el padre de la unidad italiana, Cavour, o el gran líder de la Democracia Cristiana, De Gasperi, eran así: avispados y oportunistas.

Su visión del juego lo llevó a torturar una y otra vez a los jugadores técnicos que no metían la pierna fuerte en defensa. Se cebó especialmente con Gianni Rivera, el talentoso jugador del Milan de los años 60 y 70. Su pluma afilada lo bautizó como "*abatino*". O sea, un abad de monasterio. Aunque, como criticaba de cara y con argumentos, Rivera no lo odiaba. En ocasiones, se desesperaba con sus crónicas, pero cuando en 1992 el periodista falleció, el exfutbolista fue uno de los impulsores de un foro que se abrió en su memoria. Brera siempre estará asociado a la gran época del fútbol milanés, cuando tanto Inter como Milan fueron campeones de Europa. Hay quien dice que, en realidad, él era interista, aunque lo ocultó para parecer neutral y que no lo encasillaran. Siempre que le preguntaron, afirmó ser hincha del Genoa. "Cuando el Genoa jugaba al fútbol, los otros solo recordaban tener pies cuando les dolían", escribiría. En 2017, esta frase se estampó en la camiseta del club genovés. El término para definir al Inter como '*Beneamata*', por cierto, fue otra idea de Brera. El fútbol italiano no existiría como tal sin sus textos. No pudo jugar con los pies, pero sí que lo hizo con la lengua. También él sería el primero en llamar a Silvio Berlusconi '*Il cavaliere*'.

El viajero se dirige al Ponte Coperto que cruza el río Tesino. En 1945, las bombas aliadas destrozaron esta obra del 1354, aunque la reconstruyeron. Brera fue el padre de una generación de periodistas maravillosos: los Gianni Mura, Candido Cannavò o Paolo Condò. La televisión, tal y como la entendió Silvio Berlusconi, acabaría manchando para siempre el periodismo italiano, aunque los textos de estos periodistas sobreviven. Sus libros son como los monumentos de Pavía, símbolos de un pasado grandioso. Mura y Cannavò fueron enterrados en el *famedio* del cementerio monumental de Milán, una zona reservada a locales ilustres. Cannavò, justo arriba de Giuseppe Meazza, campeón del Mundo en 1934 y 1938 y el hombre que da nombre al estadio milanés. Hacia allí se dirige ahora el viajero, a Milán. Donde otro estadio, la Arena Civica, lleva el nombre de Gianni Brera.

# Ah, la *mamma*

"Y escribiré poemas de amor solo para mi madre"
*Brunori Sas*

*En la estación de Pavía le comunican al viajero que la forma más rápida de llegar a Piacenza es subir hasta Milán y cambiar de tren. Se niega, pues quiere desplazarse siguiendo el curso del Po. Así que se sube a un tren regional cruzando la llanura Padana hasta el Casalpusterlengo. Cerca de donde falleció Brera. Le fascina el nombre de esta población y se emociona al saber que aquí pernoctaron Garibaldi y Napoleón. Un café en la estación y, en pocos minutos, llega el convoy procedente de Milán hacia Piacenza.*

Leonardo da Vinci definió esta ciudad como una "tierra de paso".

No hay que llevarle la contraria a los genios. Saliendo de la estación de tren el viajero siente la humedad que llega procedente del Po, no muy lejos de las vías, al norte. Piacenza, que vive pegada al río, es una ciudad difícil de definir. Aunque oficialmente forma parte de la región de la Emilia-Romaña, no parece una población emiliana, pues vive mirando a Milán. Aunque tampoco es lombarda, por más que la región esté a pocos metros, justo al otro lado del Po. Piacenza se encuentra en un cruce de caminos, entre regiones y dialectos. Una ciudad de paso, como decía Leonardo. Aunque esto era cuando en tiempos de carrozas los viajeros paraban en estas urbes; ahora pasan de largo en trenes bala. Pocos se adentran en esta ciudad trabajadora, rica en industria, donde no hay lujos. Aunque el viajero percibe rápidamente que se vive bien. Lo nota

por los detalles.

Piacenza es una ciudad muy italiana. *Italianissima*. Es la primogénita de Italia. El visitante piensa en ello delante del ayuntamiento, en la preciosa Piazza dei Cavalli. Una placa recuerda que en 1848 esta ciudad fue la primera que decidió su destino en un plebiscito: el 98% de los ciudadanos con derecho a voto manifestaron su voluntad de formar parte del Reino de Cerdeña y el Piamonte. O sea, ser italianos. Por eso Piacenza es oficialmente la primera 'hija' de la 'madre' Italia.

La madre. La *mamma*. Se suele decir que los italianos aman más a sus madres que a sus esposas. Algunas madres, celosas, hacen la vida imposible a sus nueras. Algunos hijos abandonan a sus parejas cada mediodía para ir a comer con sus madres. Y ellas, solas en casa, generan la misma dinámica con sus hijos. Medio en broma, medio en serio, más de un historiador dice que este país no existiría sin madres como la de Giuseppe Mazzini, uno de los grandes activistas que luchó por la unificación del Reino de Italia, quien siempre volvía cerca de su madre, provocando incluso rumores sobre una relación incestuosa. Maria Drago, la madre de la criatura, lo animó a luchar por Italia en cartas llenas de amor. Y cuando Mazzini marchó al exilio, lloró más por no poder ver a su progenitora que por estar lejos de su tierra. Fue en ese siglo XIX, durante el *Risorgimento*, que nació el mito de la *mamma* italiana. En una época de guerras y revoluciones, la madre se encargó de mantener unida una casa donde la figura paterna se volvió ausente, ya fuese por estar en el frente o exiliado, como terminaría Mazzini en Londres. Si las madres medievales normalizaban la muerte de los hijos en una época con la esperanza de vida más corta, en el siglo XIX todo cambió. Ahora se encariñaban de ellos, pues vivían más gracias a los descubrimientos de la medicina. Además, ya no se trataba de proteger a la familia, ahora las madres protegían al hijo, y le encargaban la misión de salvar la patria. Hablamos de mujeres como la milanesa Adelaide Cairoli, considerada la *madre della nazione*, ya que cuatro de sus hijos perdieron la vida luchando por Italia y ella animó a los otros a hacer lo mismo que sus hermanos.

La *mamma* italiana del *Ottocento*, como se conoce en Italia el siglo XIX, mantenía el orden familiar y se encargaba de la educación en una era en la que estaba naciendo la clase media. Era patriota, buena cocinera y

de armas tomar. Amaba tanto a su hijo que en ocasiones lo protegía demasiado y evitaba que fuese feliz en sus nupcias, como le sucedió al escritor siciliano Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el autor del célebre *Il Gatoppardo*, el gran libro sobre la unificación italiana. Giuseppe se casó con una mujer de raíces alemanas, pero esta acabó volviendo a Alemania cansada de su suegra. El escritor no se quejó. Le gustaba vivir bajo el manto protector materno.

El viajero le da vueltas a esos vínculos mientras ocupa una mesa en Il Barino, el café más antiguo de Piacenza, en la zona porticada de la Piazza dei Cavalli. Un local elegante que antes fue llamado el 'Café de los venecianos' o el 'Café de París', en función de las modas, pero que siempre ha sido Il Barino para los hijos de la primogénita de Italia. Ah, la *mamma*. La de veces que un jugador de fútbol, cuando marca un gol, busca una cámara y le dedica el gol a la persona que lo trajo al mundo. El romanista Florenzi incluso subió a las gradas para abrazar a su abuela. La abuela materna, claro, de las que siempre juegan en el mismo equipo que las *mammas*. Si Piacenza es hija de Italia, los romanos se sienten hijos de *Mamma Roma*, como el título de esa película de Pasolini con la gran Anna Magnani, la mujer criada por mujeres que encarna para muchos el ideal italiano. Menudo carácter tenía, la Magnani. Por eso también interpretó a mujeres víctimas del fascismo, como en *Roma ciudad abierta*, pues no encajaba en el ideal de madre de los *mussolinianos*. La *mamma* italiana no se podría entender sin el fascismo, cuando se creó para cada 24 de diciembre el Día de la Madre y el Hijo, donde se premiaba a las mujeres que tenían más descendencia. Los fascistas promocionaron esa idea de una madre dedicada a parir sin pausa y cuidar a sus bebés, convirtiendo a Rosa Maltoni en el prototipo perfecto de mujer fascista. Maltoni era la madre de Mussolini, claro. La figura de la *mamma* es el resultado de las heroínas de la unidad de Italia y de la insoportable retórica fascista. Y, afortunadamente, también del humor. En 1952, el escritor calabrés Corrado Alvaro acuñó el término '*mammismo*' para mofarse de esos señores que no podían vivir sin sus madres. Él mismo, afincado en Roma, volvía siempre que podía al pequeño pueblo de Caraffa del Bianco para ver a su madre, que hacía la comida todos los días al párroco del pueblo, el hermano de Alvaro. La italiana sigue siendo una sociedad donde muchos niños dedican su primera poesía de amor a su progenitora, como canta otro calabrés,

Brunori Sas. El viajero escribe en su diario la palabra '*mammismo*'. Y sonríe. Porque tiene gracia.

Los italianos no olvidan jamás a su madre. El hijo más famoso de Piacenza, tampoco. Cuando el diseñador de moda Giorgio Armani se compró un barco de lujo de más de 200 pies, lo bautizó como '*Main*', el apodo que tenía su madre, a la que también compró un palacete en Broni, una localidad a media hora de Piacenza. Pese a tener mansiones repartidas por medio mundo, su pasión era invitar al palacio de Broni a actrices como Sofia Loren o Claudia Cardinale para sentarlas en la misma mesa que su mamá. Actrices que en el cine han encarnado ese ideal de *mamma* italiana, como Loren en la deliciosa *Una jornada particular* de Ettore Scola, donde hace de madre de seis hijos en los años de Mussolini. El viajero se percata de que ha crecido medio enamorado de forma platónica de madres italianas, como la Loren o la Magnani. Y piensa en ello mientras pide si tienen *buslan*, el bizcocho típico de la ciudad, que se debe acompañar con un vino blanco. El camarero responde que sí. "La receta de la *mamma*, la típica", añade. Gracias a la relación de las madres con sus hijos, Italia debe de ser la tierra donde más se cuidan las recetas tradicionales, ya que no deja de ser un homenaje a las que mandan en casa. Benditas sean, se dice el viajero con el primer bocado.

Pese a ser conocido por haber diseñado los uniformes de la selección italiana o dirigir el equipo de baloncesto de Milán, Giorgio Armani también diseñó la camiseta del club de su ciudad, el Piacenza. Un conjunto que en 1993 ascendió por primera vez a la *Serie A*. Y que durante los años 90 fue protagonista del fútbol italiano, pues compitió de tú a tú con los grandes, aunque con una peculiaridad: solamente jugaba con futbolistas nacionales. En los años en que se habían abierto las fronteras gracias a la ley Bosman, el Piacenza fue contracultural por su italianidad. El viajero repasa mentalmente algunos de los nombres que defendieron la camiseta roja del club. El defensa Pietro Vierchowod, el portero Massimo Taibi, un Eusebio Di Francesco que después destacaría como entrenador, el goleador Dario Hübner, Gianpietro Piovani o Pasquale Luiso, autor de un memorable tanto de chilena en una victoria sobre el Milan por 3-2, en 1996. Y, cómo no, también le vienen a la cabeza los hermanos Inzaghi: Filippo y Simone.

En las afueras de Piacenza, los hermanos Inzaghi compraron una casa para sus padres en el pueblo donde tienen sus raíces, San Nicolò. En la

planta baja, la madre de estos dos tipos que aterrorizaron porteros marcando goles durante casi dos décadas ha creado una especie de museo *kitsch* con recortes de prensa, fotos, botas de fútbol e incluso una curiosa estatua de sus dos chicos. Marina se niega a llamar Pippo a su hijo mayor. Para ella siempre será Filippo, ese niño a quien los chicos más grandes venían a buscar a casa para que jugase con ellos, pues siempre metía goles. Y Filippo les respondía que sí, pero si se sumaba también su hermano pequeño, Simone. Si Pippo fue goleador en el Milan o la Juve, Simone ha destacado más en los banquillos. Pasan los años y Marina sigue recortando fotos de los periódicos para guardarlas. El padre, que era hincha del Milan y se llevó a sus hijos a ver un Mundialito en San Siro en 1983, las guarda en un ordenador. Ella sigue prefiriendo las imágenes en papel, como esas del debut de Pippo con el Piacenza en 1991. Dos temporadas más tarde llegaría al primer equipo Simone, aunque acabaría cedido a diferentes clubes y jamás jugaría en el conjunto local. En esos años, la entidad atravesaría una época dorada gracias al dinero del empresario Leonardo Garilli, un tipo particular, pues no le gustaba que lo llamasen presidente. Quería ser el '*Ingegnere*', y se dejaba ver poco por el campo. Garilli no hacía acto de presencia ni en los partidos, de hecho. Prefería ir a comer con su madre, cediendo su lugar en el palco a sus dos hijos.

Los Inzaghi, cuando el fútbol se lo permite, se siguen escapando a San Nicolò. Marina cuenta que tiene las habitaciones listas por si dos de los entrenadores más famosos del fútbol italiano paran una noche para comer con ellos. Marina dejó de trabajar cuando se percató de que no le gustaba que otra mujer cuidase de sus hijos. Estaba celosa. Décadas después, sigue esperando el día en que Filippo, campeón del Mundo en 2006, o Simone, que levantó una *Serie A* vestido de corto, lleguen en coche para sentarse a su mesa.

# La hoguera de las vanidades

"¿El Milan? Es como si tu mujer se pusiera algo puta.
Lo quieres igual"
*Toni Negri*

*Quizás Roma tiene las instituciones, pero el poder lo tiene Milán, comprueba el viajero. La capital económica de Italia está bien comunicada. En menos de una hora, el tren que deja Piacenza llega a la estación de Milán Porta Garibaldi, justo delante del imponente Cementerio Monumental.*

A diferencia de las otras grandes ciudades italianas, a Milán la mayoría de gente llega para hacer negocios, no para conocerla. Aunque sí, también la visitan turistas, porque atractivos no le faltan. Milán no para nunca. En ella se crean modas, se levantan imperios y se vive rápido. Puede ser dura, con su arquitectura racional, sus atascos y sus transeúntes que caminan deprisa. Y con su niebla. La mitad del año hace un frío considerable. Es lógico: no estamos lejos de los Alpes.

Milán es una ciudad vital. Y sus habitantes siempre sacan pecho de vivir en la única urbe con dos clubes campeones de Europa. Si el teatro de La Scala es el templo cultural, San Siro es el templo pagano. En este estadio, generaciones de milaneses se han hecho grandes llorando y enamorándose en las gradas, tal y como cantaba Roberto Vecchioni en *Luci en San Siro*, un éxito de 1971. Vecchioni fue el autor de la letra del

himno del centenario del Inter, un canto bastante olvidado, por cierto. "Milán tiene zonas preciosas, es preciosa en la niebla, es un poco como una mujer con velo", decía la cantante Ornella Vanoni sobre las calles que la habían visto crecer. Y debajo de este velo está la lucha por el poder y por el dinero. Aquí se deciden más cosas que en Roma, por mucho que no sea la capital. "En Milán todo estaba regido por el dinero. En los bares decían '*cappuccio*', en vez de '*cappuccino*', se ahorraban unas pocas sílabas", bromeaba el periodista Enzo Biagi.

El viajero decide rascarse el bolsillo en el Ristorante-Caffè Savini 1867, situado en el primer piso de la célebre Galería Vittorio Emanuele II, que comunica la plaza del precioso Duomo gótico con la Scala. Esquivando turistas asiáticos que se gastan millones en ropa, encuentra la puerta de este local tan milanés. Aquí el poeta Filippo Tommaso Marinetti firmó el manifiesto del futurismo en 1909. El escritor Eugenio Montale, por su parte, dijo del restaurante: "La pasión por la perfección siempre llega demasiado tarde. Para ciertos retos, 100 años no son suficientes. En este lugar lo han conseguido con la cocina". Pese a que como sucede en otras grandes ciudades quedan pocos milaneses que tengan todos sus abuelos nacidos en Milán, la ciudad sigue igual de perfeccionista y competitiva. En este restaurante han comido diferentes generaciones de los Moratti, por ejemplo. Aquí los conocen como la familia de las cuatro 'pes': petróleo, poder, política y *pallone*. O sea, balón de fútbol. Curiosamente, ninguna de estas cosas estaba en la cabeza del fundador de esta dinastía, Angelo Moratti, hijo de un farmacéutico de la popular Piazza Fontana, donde en 1969 perdieron la vida 17 personas por culpa de una bomba que colocó un grupo de extrema derecha. Al parecer, los terroristas estaban apoyados por miembros de los servicios secretos italianos. Volviendo a Angelo, en los años 40 cogió sus ahorros y decidió escapar a Francia. Antes de llegar a la frontera, sin embargo, perdió todo el dinero en una mala noche en una mesa de juego, y volvió a Milán con el rabo entre las piernas. Poco después, el olor del petróleo cambiaría su vida, cuando pidió un préstamo y compró una gasolinera. Entonces, todavía no pensaba en el poder, la política ni el fútbol, que no le gustaba nada. Pero la llegada de la primera 'pe' abriría la puerta a las demás. En 1962, cuando fundó la empresa Saras, ya había hecho fortuna suficiente para alcanzar la presidencia del Inter siete años antes. Su mujer, Erminia, era aficionada del club, porque en los 30 se había enamorado de aquel

delantero milanés que jugaba engominado como si fuera un cantante de tango y que tenía una carcajada de actor de cine mudo: Giuseppe Meazza. La pasión de la señora por la '*Beneamata*', como sería bautizada en esa época la *squadra* por Gianni Brera, era tan fuerte que convenció a su marido para que iniciara su aventura futbolística. Aventura que atrapó a Angelo Moratti, que se rascó el bolsillo para construir un equipo de gala con hombres como el técnico Helenio Herrera, Jair o los italianos Burgnich, Facchetti, Corso y Mazzola. Y el gallego Luis Suárez, por supuesto. Gracias a ellos, el Inter sería dos veces campeón de Europa.

Cuando en 1981 Angelo Moratti murió, dejó unos herederos a su altura. De sus seis hijos, cinco biológicos y uno adoptivo, dos estaban destinados a seguir el camino trazado por su padre emprendedor: Massimo y Gian Marco. Dos hombres que siguieron las enseñanzas del progenitor y trajeron a la familia la tercera 'pe': el poder. Porque, como decía Angelo, "los hombres del mundo del petróleo deben tener buenas relaciones con las instituciones y los políticos, pero deben vigilar porque, si no, pueden acabar siendo ellos políticos". Gian Marco Moratti, el hermano mayor, se convirtió en el presidente de Saras, y Massimo, en el administrador delegado de la empresa. En 1995, sería el propio Massimo quien recuperaría el control del Inter. Se había propuesto no parar hasta ver al club de nuevo levantando una Copa de Europa. Y lo consiguió.

Como Milán es una ciudad donde suceden cosas sorprendentes, las comidas navideñas de los Moratti se vieron afectadas por debates políticos en los 90: las esposas de Gian Marco y Massimo habían decidido adentrarse en ese mundo. Letizia Brichetto, la mujer de Gian Marco, adoptó el apellido de la familia del marido. Ya como Letizia Moratti, triunfó como política en varios partidos de derechas, siempre cerca de su héroe, Silvio Berlusconi, que la hizo primera ministra de Educación y, posteriormente, la primera mujer en dirigir la televisión pública italiana, la *RAI*. También fue elegida alcaldesa de Milán en 2006. Es decir, que Letizia Moratti hizo carrera en lo suyo gracias al propietario del eterno rival del Inter, el Milan. Para añadir picante al asunto, la mujer de Massimo, Milly Bossi, militaba en el partido de centroizquierda italiano, el Partido Democrático, después de haberse hecho un nombre en movimientos ecologistas. Fama que le llevó en el 2002 a ser candidata por la izquierda a la alcaldía de Milán. En la campaña, entre otras cosas, Bossi propuso un bus gratuito para evitar que la gente contaminase con

su coche. Pero jamás pudo llegar tan lejos como su cuñada. Y el Inter ahora está en manos de un grupo inversor chino. Tiene cierto sentido en un club que se llama Internazionale por abrirse a jugadores de todas las nacionalidades. Un nombre que en los años 20 sonaba demasiado a comunista. Por eso el fascismo lo rebautizó como Ambrosiana durante esa época, en honor a San Ambrosio, el patrón de Milán.

El viajero se aleja del centro y se dirige a la Arena Civica, que lleva el nombre de Gianni Brera. Solo en Italia puede darse el caso de que se jueguen partidos de fútbol en un estadio construido en 1808, antes del nacimiento del propio fútbol. La Arena fue construida por el arquitecto Luigi Canonica según el modelo de los anfiteatros romanos para ofrecer a la ciudad un espacio que acogiera espectáculos. Se inauguró con una recreación de las naumaquias, las batallas navales que organizaban los romanos llenando de agua los anfiteatros, con la presencia de Napoleón. Después de ver representaciones de ópera de Verdi o Puccini, con los autores presentes, conciertos e incluso el circo de Buffalo Bill, la Arena se abrió al deporte y fue la casa del Inter entre 1906 y 1925. Actualmente, en ella juega un equipo de séptima división, el Brera FC. A Gianni Brera seguro que le gustaría este detalle, aunque el nombre de la modesta entidad se refiera al cercano barrio de Brera, no al periodista.

Hoy en día, el estadio más famoso de Milán es el impresionante Giuseppe Meazza, que se alza solitario en medio de aparcamientos. Oficialmente, el campo se llama así. Lo decidió en 1980 su propietario, el Ayuntamiento de Milán. Anteriormente, era conocido como San Siro, por la barriada donde se ubica, cuyo nombre proviene de una pequeña iglesia que hace años fue derribada. A los hinchas del Inter les gusta más llamarlo el Meazza. Los milanistas prefieren San Siro, claro, ya que Giuseppe Meazza brilló en el eterno rival. Inaugurado en 1926 para los partidos de los '*Rossoneri*' bajo la presidencia de Piero Pirelli, el hombre que fundó la conocida empresa de neumáticos del mismo nombre, el estadio pasó a ser propiedad municipal en 1935. Y desde 1948 juegan los dos equipos, que siempre debaten sobre la necesidad de remodelar el recinto. De momento, resiste orgulloso el paso de los años, con sus famosas torres en forma de espiral.

Si el Inter lo ganó todo con los Moratti, el Milan también con Berlusconi. Y eso pese a que en los 80 el tópico decía que el Milan era el equipo de izquierdas y el Inter el de derechas. "¿El Milan? Es como si tu

mujer se pusiera algo puta. Lo quieres igual", justificaría Toni Negri su pasión por el club. Filósofo y pensador marxista, Negri llegó a ser detenido acusado de terrorismo en los 70, cuando creó grupos comunistas como Potere Operaio. Como a muchos hinchas '*rossoneri*' de izquierdas, a Negri le tocó ver cómo la entidad pasaba a ser controlada por '*Il Cavaliere*'. Aunque inicialmente, pocos pudieron imaginar que llegaría tan lejos. El viajero vuelve al centro, al barrio de Brera, para pedir un *cappuccio* en el bar Jamaica, un maravilloso lugar centenario que resiste como siempre rodeado de negocios caros. Por aquí pasaron grandes escritores como Piero Manzoni, Dario Fo o el poeta Salvatore Quasimodo, Nobel de Literatura en 1959. Sus fotos en blanco y negro cuelgan de las paredes. Sonríen, parecen un poco bebidos, felices.

En Milán se cruzan las historias. "Es una gran babilonia vital de relucientes edificios de departamentos, almacenes, oficinistas, corredores de bolsa, contadores, cafés, restaurantes y sastres", decía el periodista Guido Piovene. Por un lado, un futuro escritor bebe en el Jamaica y, no muy lejos, un político trama estrategias. Así creció Berlusconi, quien se ganaba la vida de joven cantando en barcos turísticos y vendiendo pisos en barrios humildes. A don Silvio le importaba poco el fútbol. Llegó a él gracias a la televisión, cuando, en 1980, Uruguay, que vivía una dictadura de derechas, organizó un torneo de selecciones: el 'Mundialito'. Fue el primer campeonato cuyos derechos televisivos en Italia los compró un canal privado. Concretamente, una televisión lombarda, *Canale 5*, propiedad de Berlusconi, que pagó millones a los militares uruguayos y revendió a mejor precio los derechos a la *RAI*. En ese momento, aquel hombre entendió que el fútbol podía mover cifras de dinero mareantes. Así, empezó a organizar en 1981 el 'Mundialito de clubes' en Milán, torneo jugado anualmente hasta 1986 con equipos en vez de selecciones. El siguiente paso era comprar un conjunto. En 1985, presentó una oferta por el Inter, pero fracasó. Y en 1986 se hizo con el Milan, que estaba a un paso de la quiebra económica, a la sombra de una gran Juventus. Berlusconi apareció como el gran salvador. Como si fuera un mesías, en verano de 1986 llegó a la presentación de la plantilla de su nuevo Milan en helicóptero. Bajado de los cielos para tocar el equipo con su varita y hacerlo mayor. Y lo hizo: en tres años, ya era campeón de Europa después de tumbar al Steaua de Bucarest en la final de Barcelona. Ese día, Berlusconi ya insinuó su discurso político al afirmar que "los valores de

Occidente han derrotado al socialismo".

En 1994, el Milan ganó su tercera Liga de Campeones con Berlusconi como propietario al golear al Barça en Atenas. Fueron tres títulos europeos en ocho años de mandato para un empresario que ayudaba a los grupos de ultras de derechas a echar a los de izquierdas de San Siro. Aquel también fue el año del anuncio de su salto a la política con la creación del partido conservador Forza Italia, formación que tomó el nombre de los cánticos de los aficionados de la selección italiana de fútbol. Berlusconi revolucionaría la política con una imagen nueva. Italia estaba entonces desorientada y el comunismo había perdido referentes con la caída del bloque del Este. Los grandes partidos, por otro lado, como la Democracia Cristiana o el Partido Socialista, desaparecieron cuando se destapó el escándalo más grande de corrupción de la historia del país, el caso Tangentopoli. La nación se había quedado en pocos meses sin aquellos que habían marcado su agenda durante casi medio siglo. Era un trauma. Y una ocasión para Berlusconi, que ya era famoso gracias al fútbol y a la pantalla. Poco importaba que en *Canale 5* hubiera apostado por un estilo donde denigraba la imagen de la mujer, convertida en un florero. Pese a que ya tenía investigaciones abiertas por fraude fiscal, consiguió el 21% de los votos y fue elegido primer ministro gracias a una coalición. Y pese a que en diciembre perdió su cargo por problemas internos, volvió a la carga. Revolucionó del todo la política italiana con su mandato extenso, con su populismo, su coqueteo con partidos neofascistas y sus escándalos, tanto en el mundo de los negocios como en su vida privada. Sus fiestas "bunga bunga", con chicas menores de edad, no acabaron con su poder. Tampoco que políticos de su partido fueran detenidos por tener tratos con la mafia. Cuando a una anciana que salía de misa le preguntaron cómo podía votar a un hombre que era infiel a su esposa y corrupto, su respuesta fue: "En Italia todos somos un poco cornudos".

El viajero, con la noche caída, se dirige a su restaurante favorito de la ciudad, la Antica Trattoria della Pesa, fundada en 1880 al lado de un canal de agua. De primero, un *risotto al salto*. De segundo, un *ossobuco*. En las esquinas aún conservan los recipientes donde se debía escupir cuando aquí venían trabajadores humildes hace un siglo. Y con un vaso de vino en la mano, paladeando esta maravillosa ciudad, que ha inspirado a cineastas, escritores y músicos. Y piensa en que no hay

manera de sacarse de encima a Berlusconi, aún clave en la política italiana pese a que, como le dijo un votante hace poco, "parece un muñeco", con tantas operaciones que se ha hecho en el rostro para tratar de rejuvenecer. Aquí sigue con el Monza, su nuevo juguete después de haber vendido el Milan. Lo subió a la *Serie A* y provocó nuevos escándalos, como cuando prometió a los jugadores un autobús lleno de prostitutas si ganaban un partido. Al recordarlo, el viajero siente ganas de escupir en uno de los recipientes del restaurante, pero no lo hace porque los propietarios no se lo merecen. Ha cenado bien.

# La gallina de Gigi Meroni

"Cuando escribas la historia de dos amantes felices,
colócalos a orillas del lago de Como"
*Franz Liszt*

*La estación central de Milán es gigantesca. Impresiona, con sus techos altos y arquitectura grandilocuente. El viajero mira las destinaciones de los trenes y se siente en el corazón de Europa. Pasa por la vía 21 para rendir homenaje a las víctimas del odio, ya que desde aquí mandaban a los judíos italianos hacia la muerte. Después sube a un tren que en menos de 40 minutos, tras cruzar suburbios grises, llega a Como.*

El viajero sospecha que antes los ricos tenían mejor gusto. No despilfarraban billetes en teléfonos con diamantes o chándales de 100.000 euros con el nombre de una marca de moda estampado en el pecho. Antes se gastaban el dinero en batas de seda con sus iniciales grabadas en oro y en villas que dieran al lago de Como. Bueno, muchos siguen comprando casas en este lago, si se lo pueden permitir. O un club de fútbol, como el grupo empresarial indonesio Djarum, que ha pasado de producir los famosos cigarros *kretek* a adquirir equipos como el Como. De presidente, la compañía ha colocado a Dennis Wise, el exjugador inglés del Chelsea. Wise, sin saber muy bien cómo, se ha sumado a la larga lista de extranjeros que tienen la suerte de vivir cerca del lago más famoso de Italia. Personalidades como George Clooney, Madonna, Sylvester Stallone o Gianni Versace han comprado casa aquí.

Lady Morgan, una escritora que visitó Italia para escribir un libro de

viajes en 1821, definió este lago como "el lugar de encuentro de personas refinadas y gentes cultas". Con su mirada atinada, fue de las primeras que verbalizó una realidad: el paisaje del lago de Como es la metáfora de lo que muchos turistas esperan encontrar en Italia: mansiones elegantes, árboles mediterráneos delante de un paisaje alpino, buena comida y gente que te puede robar el corazón. Suerte que este viajero se siente más cómodo en las gradas del estadio del Como que en un palacio, donde ni lo invitan, ni sabría cómo vestir. Aunque le gustaría husmear dentro, eso sí. La belleza atrae almas particulares. Hay algo de condena en tener que sufrir gente excéntrica por tu hermosura. En Italia, país marcado por un pasado glorioso, solo se puede avanzar hacia adelante con una pequeña dosis de locura. Tiene sentido que esta tierra haya visto el nacimiento del futurismo, corriente que lo quería reinventar todo. Si el pasado te acompaña cada día, solamente con una gran personalidad prosperarás. Y así, Italia ha dado grandes modistas, como Versace, nacido en el sur aunque vecino de Como. Y así, Italia es tierra de escándalos y revoluciones. Para ser transgresor, necesitas una sociedad conservadora y clásica a la que desafiar. Necesitas influencias extranjeras, como lo fueron los aristócratas europeos que llegaron a Como en el XIX o los norteamericanos después de la guerra. Necesitas individuos con ganas de llamar la atención. Necesitas a gente como Gigi Meroni.

El viajero encuentra mesa en el Crotto del Sergente, una cantina metida dentro de una cueva que ya operaba en 1730, aunque tomó la forma de restaurante en 1880. Ahora es un local sumado al movimiento *slow food*, ese que el viajero conoció en el Piamonte. El secreto de Como es este, unir pasado y presente. Viejos palacios y restaurantes, ruinas romanas y un precioso Duomo medieval rodeados de esculturas modernas y marcas de ropa contemporáneas. El viajero pide una carrillera de ternera estofada al vino tinto mientras mira en su teléfono fotos de Gigi Meroni. El viajero siempre ha admirado la capacidad de los italianos de ser atrevidos con la moda. Un gorro, un pañuelo de seda de colores, una corbata desenfadada o tacones para caminar sobre un pavimento irregular. A los italianos les gusta ser vistos. En las calles de una ciudad cualquiera sucede que los transeúntes se observan fijamente, sin darse cuenta. Lo hacen para analizar la ropa que visten unos y otros, curiosos. Así era Luigi Meroni. El viajero ya visitó el lugar donde perdió la vida en Turín, cuando era jugador del Torino y lo atropelló un hincha

que lo admiraba. En la prensa se publicaron imágenes del cadáver de Meroni, con un aparatoso vendaje en la cabeza, rodeado de directivos del Torino destrozados.

Meroni, bautizado como la '*Farfalla granata*' (la mariposa granate), es el símbolo de una época de transgresiones. Nacido en Como, era hijo de una trabajadora de una empresa textil que se había quedado viuda. En Como existe una gran tradición de negocios textiles, dedicados especialmente a la seda y las corbatas. Meroni, siendo adolescente, trabajó en una de estas fábricas, donde llamó la atención por su talento artístico. Siendo un crío ya proponía diseños. Era una alma libre que empezó a marcar goles, como tantos italianos, en el campo de juego de una iglesia, los famosos *oratorios*, palabra que en este país casi define más un campo de fútbol que a la parroquia en sí. Aunque aquel muchacho que creció asistiendo a misa con sus dos hermanos, rápidamente perdió interés en los sermones.

La Italia de la posguerra estaba dividida. Siempre mandaba la Democracia Cristiana, conservadora. Y el Partido Comunista se quedaba cerca de ganar. Media población miraba al pasado; la otra, al futuro. Las faldas de las chicas cada vez eran más cortas, los sueños más ambiciosos. "Meroni era el símbolo de los caprichos bizarros y las libertades sociales en un país de conformistas astutos", escribiría Gianni Brera. Su talento en el terreno de juego lo llevaría a debutar en el Como con solamente 18 años. El Genoa lo descubrió y la promesa acabó en la capital de la Liguria en la época en la que esa urbe era el corazón musical del país. Gigi, lejos de casa, descubrió la libertad. Empezó a comprar vinilos que llegaban de Inglaterra y se interesó por el arte. Si los años 50 habían sido los del milagro económico, los 60 fueron para soñar. Y Meroni empezó a pintar. Él, que ya era un jugador destacado en la *Serie A*, se paseaba por Como o Génova con grandes telas. Incluso llegaría a afirmar que no se sentía futbolista, sino un artista que jugaba al fútbol. Su madre lo definió como "un espíritu libre" cuando se supo que en vez de un perro tenía una gallina como animal de compañía. Cuando visitaba a los suyos, la paseaba atada a una correa por el centro de Como. La prensa se enamoró de un jugador al que definieron como '*beat*', pues también era lector de Kerouac y Ginsberg. "Raspó el molde de los hábitos, desenmascaró la hipocresía. Un revolucionario tierno que dio lo mejor de sí en su trabajo y luego reivindicó la libertad total", asentaría Candido Cannavò sobre aquel

extremo imaginativo con el balón en los pies.

Meroni dividió a una sociedad que aún consideraba un escándalo que un hombre se dejara el pelo largo. El seleccionador italiano Edmondo Fabbri le ordenó ir al peluquero si quería ser internacional. Meroni se negó. Como se dejó barba, fue acusado de comunista. Él no era ni una cosa ni la otra, era un chico independiente que acabó de escandalizar a todos cuando la prensa le preguntó por una chica rubia con la que salía a cenar y él respondió que era su hermana. Aquí pecó de inocente. Quiso desviar la atención ignorando que la gente es cotilla. Y aún más en Italia. En realidad era Cristiana Uderstadt, la mujer a la que amaba. Adriano Celentano y Claudia Mori cantaban "*siamo la coppia più bella del mondo*" en esos años en los que Meroni y Uderstadt se sentían así. Eran la pareja más bonita del país, aunque era un amor prohibido. Ella formaba parte de una familia alemana con raíces en Polonia que se dedicaba al mundo del circo. Se habían conocido en Génova, aunque se separaron poco después, cuando la chica volvió a Milán para ayudar en el parque de atracciones donde trabajaba su padre. Un parque elegido por Vittorio De Sica para rodar escenas del film *Boccaccio 70*, una obra coral realizada por cuatro directores a la vez. Un asistente de dirección de De Sica, 20 años mayor que Cristiana, se enamoró de ella y le pidió matrimonio. La familia la presionó para que aceptara, aunque dos meses después de una boda fría ya se había escapado para ir a encontrarse de nuevo con Meroni. En un país donde el divorcio aún no era legal, vivieron juntos en pecado.

Fichado por el Torino en 1964, cuando el entrenador era el veterano Nereo Rocco, Meroni alquiló un *loft* en la céntrica plaza Vittorio Veneto. Allí escuchaba jazz y pintaba. La afición del Torino lo idolatraba, mientras que algunos ciudadanos lo insultaban cuando se lo encontraban paseando su gallina acompañado de Cristiana. En 1966, Fabbri lo convocó para jugar el Mundial de Inglaterra, aunque lo dejaría en el banquillo. De vuelta a casa, fue linchado por los medios cuando corrió el rumor de que no había jugado por una discusión con el seleccionador por su peinado. Era falso, en realidad acabó de suplente porque en el único duelo que jugó, contra los soviéticos, no hizo caso a las indicaciones del técnico. También buscaba la libertad jugando.

Autor del gol que provocó la primera derrota del Inter de Helenio Herrera en casa en tres años, en marzo de 1967, Meroni acabó recibiendo

una propuesta de la Juve. La leyenda dice que la oferta fue retirada cuando centenares de trabajadores de la fábrica FIAT, hinchas del Torino, amenazaron con iniciar una huelga. El futbolista no pudo realizar su sueño de casarse con Cristiana, que estaba luchando para conseguir la anulación del matrimonio cuando su amante fue atropellado. Más de 20.000 personas asistieron a su funeral.

Meroni, buscando la felicidad, escandalizó a una sociedad que aún hoy disfruta fiscalizando a sus vecinos. Y pocos sitios como la ciudad natal de Meroni acumulan tantas historias de desamores y transgresiones. El viajero pasea por la puerta exterior del hotel más famoso del lago, el Grand Hotel Villa d'Este, en la cercana población de Cernobbio. Fue aquí donde el periodista Fedele Toscani hizo las fotos que sirvieron para documentar el romance entre Wallis Simpson y Eduardo VIII, el monarca inglés que renunció al trono por amor. El hijo de Toscani, por cierto, es Oliviero, uno de los fotógrafos más transgresores con sus campañas de publicidad para Benetton. Construida por Tolomeo Gallio, un cardenal apasionado del arte, esta villa fue comprada en 1815 por Carolina de Brunswick, princesa de Gales. Y se cuenta que se enamoró de un mozo italiano en el primero de los escándalos de esta villa transformada en hotel por donde han pasado Rita Hayworth y Orson Welles, Frank Sinatra y Ava Gardner o Aristóteles Onassis y Maria Callas. Elizabeth Taylor coqueteó con los empleados del hotel en su viaje de luna de miel con Nicky Hilton, ya que había descubierto tarde que su nuevo marido era aburrido.

¿Qué tendrá Como? El paisaje, bello, en vez de dar paz invita a la desobediencia. Por la Villa Pliniana, convertida también ahora en hotel de lujo, han pasado el poeta Percy Shelley y Giaochino Rossini, quien compuso la ópera *Tancredi* en 1813. Giovanni Anguissola, su primer propietario, había llegado al lago de Como escapando después de haber asesinado a Pier Luigi Farnese, duque de Parma, en 1547. Farnese, por cierto, era hijo natural del papa Paolo III. Si se trata de escandalizar, el Vaticano le gana incluso a Como en historias. El viajero mira el mapa. Roma aún queda lejos. De vuelta al centro de la ciudad, pide un *charlotte*, un dulce que se hace a base de pan y manzanas, y un vaso de vino, para brindar en memoria de Gigi Meroni.

# La afición que tenía un tanque

"Tal vez nunca te lo dije,
pero tú para mi eres como Bérgamo"
*Pinguini Tattici Nucleari*

*Para llegar a Bérgamo, toca retroceder hasta las puertas de Milán, pasando por Cantú, ciudad de baloncesto. El viajero baja en Monza, famosa por su circuito y ahora por el reciente experimento futbolístico de Berlusconi. Se queda poco aquí, no quiere pensar en ese tipo. En menos de una hora, otro tren lo deja a las puertas de su nuevo destino.*

Entre bengalas y gritos, unos chicos pidieron a los espectadores hacer espacio. Y cuando consiguieron abrir un agujero, apareció un MIG, un caza de fabricación soviética, decorado con el escudo y los colores de la Atalanta. De la cabina salió, con una camiseta del equipo, Antonio Percassi, el presidente del club. "Bombardearemos la *Serie A*", se podía leer en el cartel que colgaba del viejo avión de combate. Así inauguraba la temporada el conjunto. Cada verano, los ultras del equipo de fútbol de Bérgamo organizan la *Festa della Dea*. La fiesta de la diosa, ya que el equipo se bautizó con el nombre de una heroína de la mitología griega. Aunque en Bérgamo, lo más normal es hablar de la Atalanta como si fuese un lugar, una persona, un espacio común. El club es tan importante en la identidad de la ciudad que la gente no dice "vamos al fútbol". Dice "vamos a Atalanta". Sobran explicaciones.

El viajero baja de la estación de tren y rápidamente divisa edificios en la lejanía. Bérgamo está dividida en dos. Por un lado, la Città Alta, arriba de una montaña, con su precioso casco viejo medieval. El arquitecto francés Le Corbusier visitó esta zona y salió tan entusiasmado que afirmó que "en la Piazza Vecchia no se puede tocar ni una piedra, sería un crimen; cada estruendo, cada golpeteo de maquinaria deben ser desterrados como profanaciones execrables". La ciudad baja es un poco más moderna. En ella, el viajero se toma una pausa en el Caffè Pasticceria Balzer, fundado en 1850 por una familia originaria de Liechtenstein, aunque la ubicación actual data de 1936. En ese año eligieron mudarse justo delante del teatro Donizetti, bautizado así en honor al compositor, nacido aquí. Gracias a esta localización privilegiada, por las mesas del café han pasado Maria Callas, Marcello Mastroianni o Vittorio Gassman. El viajero pide una *torta del Donizetti*, con mantequilla, azúcar, huevos, piña y albaricoques confitados. Dicen que la ideó el cocinero del compositor para animarlo. Antes, le habían roto el corazón.

Pese a que Gaetano Donizetti era un romántico, los bergamascos tienen fama de ser gente trabajadora, seria, como buenos lombardos. El argentino 'Papu' Gómez, que durante unos años fue ídolo de la Atalanta, llegó al club procedente del Catania siciliano. Tardó poco en entender la diferencia de carácter entre el norte y el sur: "Gente seria, tradición de trabajo. Seas Obama o el 'Papu' Gómez, seguirás siendo un ciudadano más como los otros. En Bérgamo me adoran, pero jamás nadie me dijo en un restaurante o un negocio que me invitaban, que no tenía que pagar, como sí hacían en Catania". Pese a no ser una población grande, Bérgamo se ha ganado la fama de ser una plaza complicada para los equipos rivales. Y para las hinchadas, que saben que los ultras locales son de armas tomar.

El viajero inicia su lento caminar hacia el funicular que une las dos partes de la ciudad, pensando en la locura que desata el balón en estas calles. La *Festa della Dea* reúne cada verano a más de 10.000 personas en un aparcamiento delante del centro comercial de Oriocenter, al lado del pequeño aeropuerto de Bérgamo. En 2013, el presidente Percassi, junto al jugador Giulio Migliaccio y a Glenn Strömberg, futbolista del club en los 80, llegaron a la celebración montados en un viejo tanque americano de la Segunda Guerra Mundial. Un tanque que entró pasando por encima de dos coches viejos decorados con los colores de los eternos

rivales: el Brescia y la Roma. Strömberg, encaramado a la torreta, saludaba con su melena llena de canas. Cuando bajó del tanque, Claudio Galimberti, el '*Bocia*', el histórico líder de los ultras locales, lo abrazó. "Este es el único capitán que tenemos", dijo para recordar sus años como jugador. El caso acabó con un expediente de la federación por incitación a la violencia. En 2019, la fiesta se suspendió en señal de apoyo al '*Bocia*', ya que lo habían detenido acusado de violar en cuatro ocasiones la prohibición que le habían impuesto de ir al estadio. Galimberti presentó un recurso y, en 2022, la justicia le dio la razón. Pese a ello, no puede ir al campo. Tiene prohibido estar cerca del lugar donde juega la Atalanta tres horas antes y tres horas después de los partidos. Ahora vive lejos, en un pueblo de las Marcas donde tiene un garito de pescado y produce moluscos. Aunque siempre que puede, vuelve a Bérgamo.

Durante años, el '*Bocia*' ha sido más famoso que muchos jugadores de la Atalanta. Y eso que las últimas temporadas el conjunto ha jugado la *Champions League* gracias al buen ojo de Percassi, que fue futbolista antes que presidente. Llegó a debutar en primera y apuntaba maneras, pero en una decisión que no todos entendieron, se retiró a los 24 años. "El fútbol me encanta y era feliz, lo que sucedió es que tenía otras prioridades", explicó más tarde. Esas prioridades eran, según él, "ganar dinero" y "ser rico". Y lo consiguió. Como presidente del club, famoso por tener un buen fútbol base, Percassi ha intentado mantener una relación amistosa con los ultras. No siempre lo ha conseguido, pues los radicales bergamascos han sido muy beligerantes en su oposición a las diferentes leyes del Gobierno contra la violencia en los campos. Centenares de ultras, como el '*Bocia*', han sido sancionados con órdenes de alejamiento de los estadios los días de partido. También se han prohibido desplazamientos de hinchas visitantes o se han clausurado curvas enteras por incidentes o cánticos racistas. Todo, para intentar frenar la violencia en las gradas, un fenómeno nacido en Italia que se ha extendido por medio mundo.

En 1932, en un derbi romano, apareció la primera pancarta documentada de un grupo más o menos organizado, la *Paranza Aquilotti* de la Lazio. No eran ultras, claro. Aunque ya mostraban ese deseo de formar parte de un colectivo, de vivir su pasión por un equipo durante toda la semana. En los 50, en pleno milagro económico italiano, se pusieron de moda los clubes de aficionados, un fenómeno similar a las

peñas españolas. Aunque algunos seguidores empezaron a explorar otras vías. Italia comenzaba a vivir una tensión política entre derecha e izquierda que llegaría a casi romper el país en los 70. Llegaban nuevas modas, las primeras tribus urbanas. Y centenares de jóvenes dejaban los pueblos para buscar trabajo en las ciudades. Chicos que en Roma se unieron para formar bandas que a la larga serían el germen de los grupos ultras. La *Associazione Tifosi Giallorossi Attilio Ferraris* de la Roma y el *Circoli Biancocelesti* de la Lazio fueron pioneros, junto a los *Fedelissimi Granata* del Torino, en usar tambores en los campos o llevar banderas gigantes. Como eran chicos con pocos recursos, ocupaban las zonas más baratas del estadio, las curvas detrás la portería. Ahí se vive el fútbol de una forma muy italiana. Estos grupos ya protagonizaron alguna reyerta de forma esporádica. Aunque pelearse en el fútbol no es nada nuevo. Una mala semana en el trabajo unida a una pasión desmedida solía acabar en algún tortazo ya en los primeros años del siglo XX. Pero se estaba gestando una violencia más o menos organizada. La gran diferencia entre los nuevos ultras y los *hooligans* ingleses era esta. Los británicos sacaban su rabia de forma anárquica, con ataques gratuitos y desmedidos. Los italianos, que sintieron fascinación por los *hooligans* cuando los vieron por primera vez en directo, le dieron una vuelta de tuerca al concepto. Y se organizaron.

El primer grupo que usaría la palabra 'ultra' sería el *Ultras Tito Cucchiaroni*, de la Sampdoria, en 1968. Se cuenta que les gustó el término porque tenía fuerza y porque era un acrónimo de *Uniti Legneremo Tutti i Rossoblù A Sangue*. O sea, una cosa parecida a 'juntos daremos leña hasta que sangren todos los hinchas del Genoa', sus rivales. La federación italiana había bajado los precios de las entradas permitiendo a cada vez más chicos de barrios humildes entrar en las curvas. Muchos ya habían conocido la violencia organizada, ya fuese por política, por gustos musicales o por cometer delitos en la calle. El impacto de la televisión y los éxitos de los clubes italianos, por su parte, acabaron de crear el escenario para que el movimiento ultra se definiese. En el estadio del Milan nacieron los *Commandos Tigre* y la famosa *Fossa dei Leoni*, un grupo de izquierdas muy activo hasta que Berlusconi llegó al palco y los marginó. Qué era eso de tener marxistas en su club, pensaría el presidente. En el Inter nacieron en 1969 los *Boys-Furie Neroazzurre*, y en 1973 los *Ultras Viola* de la Fiorentina. El fenómeno se

extendió por todas partes, aunque muchos de los primeros ultras eran chicos nacidos en el sur que habían emigrado al norte, a ciudades como Bérgamo. Aquí el fenómeno despegó en 1970.

En esos años, los estadios italianos cambiaron para siempre. En las gradas, empezaron a aparecer cruces célticas, hoces y martillos, esvásticas y símbolos anarquistas. Las curvas se politizaron. Y con ellas, los clubes. El Perugia tenía dos jugadores abiertamente comunistas que simpatizaban con los ultras de la *Armata Rossa*. Eran Paolo Sollier, militante de Avanguardia Operaia, que levantaba el puño antes de cada partido, y Giancarlo Raffaeli, militante del PCI. En la Lazio, dos de las estrellas del primer *Scudetto* que levantó el club, en 1974, Luciano Re Cecconi y Gigi Martini, daban su apoyo al partido neofascista MSI. Y celebraban sus goles con los ultras del equipo, de extrema derecha. Precisamente, un hincha de la Lazio, Vincenzo Paparelli, perdió la vida en un derbi de 1979, cuando una bengala lanzada por un romanista cruzó el estadio e impactó contra su cuerpo. La muerte de Paparelli marcó un antes y un después. Pocos recordaban que ya en 1949 una pelea en un campo de fútbol entre los vecinos de dos pueblos cerca de Lecce, Supersano y Ruffano, acabó con el joven Antonio Prete asesinado por un seguidor rival. O que en 1969 un exmilitar, Giuseppe Plaitano, perdió la vida por culpa de un disparo policial durante la invasión de campo en un Salernitana-Potenza. Se consideraron casos aislados, a diferencia de la muerte de Paparelli.

La violencia en los estadios truncó la vida de muchas personas. Marco Fonghessi, un seguidor del Milan residente en Cremona, fue apuñalado por ultras de su propio equipo en 1984. Vieron que su coche tenía matrícula de Cremona antes de un Milan-Cremonese y lo atacaron, pese a que él intentó mostrar una almohada con los colores del Milan que llevaba en el vehículo. En 1989, de nuevo radicales del Milan apuñalaron al joven romanista Antonio De Falchi. Reconocieron el acento romano al pedirle un cigarro. Los grupos se organizaban cada vez más. Atraían a más chicos. Y jugar competiciones europeas añadía gasolina, con peleas dramáticas especialmente contra hinchas ingleses. Aquellas batallas campales se extremaron después de la tragedia de Heysel, en 1985, cuando 39 aficionados de la Juventus perdieron la vida al intentar escapar de una carga de *hooligans* del Liverpool, en la final de la Copa de Europa. Eran personas normales, fans que soñaban con los goles de

Platini. Y en un estadio belga viejo, poco preparado, encontraron la muerte al tratar de huir de la furia de los británicos. A partir de entonces, cada vez que un club de las Islas ha jugado en Italia, se han producido agresiones a los aficionados visitantes, perseguidos por los ultras italianos.

Algunas muertes parecían conmocionar más que el resto, como la del genovés Vincenzo Spagnolo, en 1995, apuñalado por ultras neonazis del Milan. O la del inspector de policía Filippo Raciti, en un derbi siciliano Catania-Palermo. Sería detenido el hincha del Catania Antonino Speziale, quien se convirtió en un símbolo entre los ultras, ya que se declaró inocente. En 2014, antes de la final de *Coppa* entre el Napoli y la Fiorentina, el hincha napolitano Ciro Esposito fue asesinado por un radical de la Roma. Cuando los ultras napolitanos intentaron que no se jugara el encuentro en el Stadio Olímpico, muchos de sus líderes iban con una camiseta donde se podía leer "*Speziale libero*", en referencia al seguidor del Catania.

El viajero llega a esa Piazza Vechia, donde no sobra ni una piedra, según Le Corbusier. Y busca el Caffè del Tasso, una posada del 1476 que remodelaron en el siglo XIX. Dicen que fue uno de los locales usados en 1860 para reclutar voluntarios en la famosa expedición de los 1.000 de Garibaldi, episodio clave en la unificación italiana. Bérgamo es conocida como la 'Ciudad de los Mil', pues más de 150 bergamascos tomaron parte en esa aventura. Enamorado del fútbol italiano, el viajero toma un café intentando describir su opinión sobre el movimiento ultra. No puede imaginar un estadio sin estos grupos, con sus *tifos*, sus cánticos y sus banderas. Pero tampoco puede entender uno en el que sea posible perder la vida. O tolerar la delincuencia que se oculta en muchas de esas gradas. En los últimos años, han sido asesinados dos líderes históricos de grupos ultras, el '*laziale*' Fabrizio Piscitelli, conocido como 'Diabolik', y el '*interista*' Vittorio Boiocchi. Los dos estaban metidos en negocios turbios, como el tráfico de drogas. Sus muertes poco tenían que ver con el deporte.

En Bérgamo, vuelve a recordar el visitante, el '*Bocia*' ya no va al estadio. Con cierto afán de protagonismo, ha dividido a los ultras por su costumbre de hablar con la prensa. Ha liderado debates que pueden parecer surrealistas, como si es lícito usar cuchillos en las peleas. Él defiende que no, mientras que los romanos dicen que sí, siempre que no

sea para atacar zonas vitales del cuerpo. El '*Bocia*' también ha recordado las virtudes de los ultras, como las campañas para recoger comida o juguetes en Navidad para las familias más desfavorecidas. En Bérgamo, ayudaron a las víctimas del coronavirus, ya que esta ciudad fue una de las más castigadas de Europa durante la pandemia. Cuando en 2022 la zona de las Marcas sufrió unas inundaciones terribles, el '*Bocia*', que vive allí, se apuntó como voluntario para ayudar a sacar barro. Coincidió con los ultras del Ancona, de extrema izquierda, y los del Ascoli, de extrema derecha. Todos unieron esfuerzos para ayudar.

El movimiento ultra no deja de ser un fenómeno 100% italiano, con sus luces y sus sombras. Una sociedad en la que se crean con facilidad estructuras que funcionan solas, alejadas del Estado, con liderazgos fuertes y gente con ganas de formar parte de un colectivo. El viajero recuerda que uno de los factores que explicó el nacimiento de la violencia en los estadios fue que Italia era una tierra de grandes rivalidades regionales. La violencia ya estaba allí: simplemente, se trasladó a los campos de fútbol. Luego pide unos *casoncelli a la bergamasca*, unos ravioli rellenos de carne de ternera. Sabe que no muy lejos, en Brescia, afirman que los *casoncelli* se deben rellenar con otros ingredientes. Así es la rivalidad. Ni en eso se ponen de acuerdo.

# Un brindis con Andrea Pirlo

"El vino, especialmente en Italia,
es la poesía de la tierra"
*Mario Soldati*

*Pese a no estar distantes en el mapa, el viaje en tren de Bérgamo a Brescia se alarga casi una hora, pues toca parar en un montón de pueblecitos. El viajero disfruta del trayecto, especialmente cuando hace frío y cae el sol, con una luz tenue en estaciones que esconden pueblos residenciales con un nivel de vida alto. Es el corazón de la Lombardía.*

El viajero llega a Brescia convencido de que en ciudades como esta se puede entender el país. La italianidad se disfruta más en urbes ignoradas por las grandes rutas turísticas, suficientemente grandes para tener atractivos culturales y suficientemente pequeñas para mantener cierto aire de pueblo. Los visitantes se pierden por rincones preciosos, en un *dolce far niente*. Brescia tiene sus encantos, como el museo de Santa Julia, un complejo donde se mezclan diferentes culturas, en capas, como un milhojas. Y pese a todo, su secreto no es un lugar en concreto. Es el conjunto. El viajero piensa que se quedaría a vivir en Brescia. Su alma pueblerina provocó que los brescianos se frotasen los ojos cuando tuvieron como vecinos a Pep Guardiola, Roberto Baggio, Gica Hagi o Luca Toni en los mejores años del club local. En los 90, en Brescia gozaron de un fútbol de primer nivel. Los hinchas iban al campo con

babero. Les gustó sentirse importantes, pues los brescianos presumen de su ciudad. De su tradición en el mundo del motor gracias a la carrera de las 1.000 millas. O de su industria, aunque les corrompió el corazón, ya que han tenido graves problemas de contaminación. Aprovechan cualquier excusa para sacar pecho, como por ejemplo de su metro, aunque solo tenga una línea. Saliendo de la estación de tren, el viajero observa la entrada al metro, donde han colgado del techo un cartel de 'Brescia' boca abajo. Les gusta llamar la atención. Aquí se mantiene un dulce equilibrio entre el provincialismo y la globalidad, entre el pueblo y la ciudad. El periodista Guido Piovene decía que "Italia es un país de contradicciones y sorpresas. De situaciones locales dispares. Y esta premisa vale especialmente para Brescia, una de sus provincias más contradictorias".

El viajero empieza a recorrer las calles del centro. Pedazos de historia salpican la ciudad, como la esquina donde se recuerda un atentado terrorista de extrema derecha en 1974 o las estatuas romanas cerca del ayuntamiento en el que los vecinos solían colgar papeles quejándose de los gobernantes. Tiene carácter, el bresciano. El tópico dice que los hijos de esta ciudad han levantado Milán con sus manos, trabajando en sus obras. Tipos duros, grandes, que van en manga corta cuando otros se esconden dentro de un abrigo. El bresciano encarna las virtudes del lombardo, trabajador y orgulloso. Tanto, que siempre sueña con plantar cara a los milaneses en el terreno de juego. Por eso tantos jugadores de buen pie han acabado vistiendo la preciosa camiseta del Brescia —azul y con la característica 'V' blanca en el pecho—, para intentar recordar a Milán que los brescianos no tienen amo. Pese a todo, jamás han ganado nada más allá de recuerdos que han marcado a toda una generación: una foto de Baggio lanzando una falta, un gol de Luca Toni, un autógrafo de Guardiola... El actual técnico del Manchester City aprendió mucho de Carlo Mazzone, el entrenador que lo dirigió aquí y que en un derbi ante la Atalanta corrió hacia la grada donde estaba la hinchada visitante. Lo hizo para encararse con los bergamascos que estaban increpando a los suyos, y ni aun así se libró unos años más tarde de pancartas en su contra en Brescia cuando no quería rescindir su contrato.

En el centro de Brescia abundan las enotecas. Destacan las botellas de Franciacorta, el típico vino espumoso local. El nombre de Franciacorta se refiere a la zona entre Brescia y el lago del Iseo, al norte de la ciudad,

donde durante siglos comunidades de monjes benedictinos cuidaban de muchas tierras, sin tener que pagar impuestos ni a señores feudales ni a obispos. El bresciano siempre ha sido muy independiente, celoso de sus libertades. Y amante del buen beber. Fueron los monjes los que produjeron durante siglos el vino. Y con el Franciacorta se ha puesto de moda una nueva bebida, parecida al Spritz. Si el Spritz es de origen veneciano y se realiza con Aperol y vino Prosecco, esta bebida bresciana mezcla Franciacorta y Campari. ¿Su nombre? El Pirlo. Cuando la bautizaron con el nombre del futbolista, parecía el inicio de una moda efímera, hasta que en 2019 el *The New York Times* la eligió como la mejor bebida del año. El viajero se dirige a la Osteria Al Bianchi, donde es recibido por bufandas del Brescia. Quiere comer *casoncelli alla bresciana*, que se diferencia de los *casoncelli a la bergamasca* por el relleno de los ravioli. Si en Bérgamo ponen carne de ternera, en Brescia apuestan por una mezcla de queso, pan y mantequilla. Para acompañar, el viajero pide un vino de la bodega Pratum Coller. El camarero sonríe, pues el propietario de estos vinos es Andrea Pirlo. Sí, de nuevo Pirlo.

Cuando habla, Andrea Pirlo no abre la boca. De sus labios, bajo una frondosa barba, salen sonidos guturales con un fuerte acento bresciano. No sería el tipo más expresivo. Sonríe poco. Marcello Lippi, su seleccionador cuando Italia ganó el Mundial en 2006, decía que era un líder silencioso que hablaba con los pies. Lippi, hijo de un sindicalista comunista que odiaba el poder, sabía hablar en público. Pirlo era descendiente de los campesinos brescianos, más callados. Su trabajo hablaba por ellos. Aunque los dos acabaron en la Juventus, el club más poderoso, odiado tanto por el padre de Lippi como por el de Pirlo. Las contradicciones italianas. Pirlo siempre demostró sus emociones jugando. Algo aprendió de maestros como Baggio. Si durante años el Brescia buscó fuera de casa a los ídolos de sus hinchas, a finales de los 90 encontró uno en casa. El padre de Andrea, Luigi, había nacido en una casita en el minúsculo pueblo de Coler, ahora parte del municipio de Flero, justo al sur de Brescia. Con el dinero que ganó vestido de corto, Pirlo ha comprado unos viñedos en Coler. Producen vinos naturales. Aspiran a que sean de primer nivel. Pirlo siempre ha vestido bien y ha tenido buen gusto. Cuando fichó por la Juve, compró un palacio en Turín. En los restaurantes turineses, mientras algunos jugadores pedían Coca-Cola, él era capaz de rechazar un vino después de catarlo. A Pirlo lo

disfrutaron poco en el Brescia. Tampoco lo gozaron en el Inter, el club que lo descubrió joven pero no lo supo cuidar. Lo ganaría todo con el Milan antes de acabar en la Juve como excelente organizador, jugando por delante de los defensas. Durante más de una década, Pirlo imaginó pases y carreras donde otros solo veían maleza. Luego ordenaría quitar los arbustos de los viejos viñedos que ha recuperado.

Saboreando uno de sus vinos, el viajero recuerda esa asistencia que Pirlo se inventó para que Fabio Grosso marcara el tanto definitivo en la prórroga de la semifinal del Mundial de 2006. Pirlo siempre fue un poeta del fútbol. En ocasiones parecía un artista urbano pintado sobre cemento gris, pues ponía luz en partidos oscuros. Como hace ahora en Brescia con su vino, una ciudad con problemas de contaminación por sus industrias, una urbe donde los extremos se tocan. El alma italiana se explica en esta dualidad, en esta pasión por los detalles. Un plato de pasta, un lanzamiento de falta o un buen vino. Instantes de belleza en estructuras rotas. Cuando Pirlo ganó la Copa del Mundo en Alemania, Italia vivía el *Moggigate*, el enésimo caso de corrupción en el deporte, que mandó a la Juve a segunda división. La belleza surgió después de tocar fondo.

Mientras baja el vino de la botella, el viajero piensa en esta dicotomía italiana. Y recuerda esa frase del escritor y cineasta Mario Soldati, quien dijo que "el vino, especialmente en Italia, es la poesía de la tierra". Soldati, fiel a su palabra, realizó tres largos viajes por Italia para descubrir las historias de su vino, plasmándolas en un libro. Defendía que, pese al irremediable avance de la tecnología, el arte del vino seguiría dependiendo de pies que pisan terruños de tierra, de manos con callos que cuidan los viñedos, de pequeños actos de amor como el de los Pirlo. Italia es uno de los mayores productores y exportadores de vino del mundo, con decenas de variedades locales, algunas de gran fama, como el Chianti toscano. A Soldati le gustaba recordar que antes del Imperio romano, Italia era conocida como Enotria. O sea, 'tierra del vino', gracias a los enotri, un pueblo del sur que aprendió de los griegos el arte de hacerlo, 500 años antes de Cristo. Italia no se puede explicar sin su vino. Y muchos jugadores se han dejado seducir por él, no solamente Pirlo. Su compañero en la Italia campeona del mundo, Andrea Barzagli, produce otro en Sicilia. Tres entrenadores muy populares, Nevio Scala, Luciano Spalletti y Alberto Malesani, han invertido en bodegas. Scala, gran maestro en el Parma de los años 90, era hijo de un campesino que

trabajaba en viñedos de otros. Así que cerró el círculo comprando tierras. Spalletti lo ha imitado con unos preciosos viñedos no muy lejos de Florencia. Y Malesani cuenta que decidió entrar en el negocio tras una cata en Burdeos, antes de un partido del Parma contra el Girondins. Pensó que los franceses tenían buen vino, aunque no era mejor que el de su tierra natal, Verona. El que su abuelo compraba a granel.

En su libro *Vino al Vino*, Soldati cuenta que "si uno se quiere sentir bien en Italia, debe descubrirla por su cuenta, quedando en manos de su buena fortuna y su instinto, pues una gran ley de Italia es esta: que entre nosotros, todo eso que tiene un título, un nombre, una publicidad, vale en cada caso mucho menos de todo eso que es desconocido, escondido e individual". El viajero subraya la frase y se promete seguir el consejo. Aunque en el fondo, hace años que lo lleva haciendo. Se enamoró del fútbol italiano descubriendo historias en revistas y almanaques, en charlas improvisadas. En anécdotas de cuando el Brescia jugó la Intertoto contra el PSG, o en la carrera alocada de Mazzone en un derbi contra la Atalanta. En ese gol de Roberto Baggio a la Juve en 2001, después de bajar al suelo el balón que le mandó Pirlo con un regate imposible. Poesía de la tierra, como el vino.

# El poeta que creó un escudo

"*Eja, Eja, Alalà!*"
*Gabriele D'Annunzio*

*Cuesta abandonar Brescia. Y más si toca subir a un bus, impersonal como todos los autobuses de línea, justo delante de la estación de tren. En poco menos de una hora, las aguas del lago de Garda saludan al viajero. Es demasiado hermoso para ser real, con sus villas elegantes y unas laderas verdes que no sabe si son mediterráneas o alpinas. O las dos cosas. Demasiado bello, sí. Tanto, que la belleza sirve para no hablar de un pasado incómodo.*

El viajero llega a Saló como quien llega al infierno: en guardia.

Siempre ha asociado el nombre de esta ciudad con el mal. Cuando Mussolini fue depuesto y encarcelado en 1943 por el mismísimo Gran Consejo Fascista, consciente de que la guerra se perdería, los nazis rescataron al '*Duce*' de un hotel en la cima de una montaña del Gran Sasso d'Italia, en los Abruzos, donde lo habían encerrado. Y lo instalaron en Saló, en el lago de Garda, para presidir un Estado títere al que se sumaron los fascistas más fanáticos. Otros, más pragmáticos, ya escondían la camisa negra afirmando ser demócratas de toda la vida. Saló fue durante unos meses el último refugio de la conocida como República Social Italiana, que no fue ni social ni italiana, pues los alemanes la supervisaban de cabo a rabo. Sus dirigentes ordenaban la muerte de

centenares de personas antes de bañarse en las preciosas aguas del Garda. En 1975, la última película de Pier Paolo Pasolini fue bautizada con el nombre de esta población. Una obra para recordar a todo el mundo que incluso esas personas que han gozado de una buena educación pueden acabar convertidas en monstruos. Una cinta perturbadora, ambientada en los últimos días del fascismo en la ciudad, cuando los jerarcas que habían jugado a ser dioses se entregaban a una orgía de violencia y sexo. Cuando el viajero llega a Saló, sin embargo, descubre una villa preciosa llena de negocios de moda, buenos restaurantes y con unas vistas pasmosas sobre el lago. Jubilados bronceados con ropa cara caminan con una sonrisa. Y, por un momento, olvida los libros de historia. Es el sitio ideal para esos turistas que jamás se cuestionan nada, que jamás se hacen preguntas, que aceptan las ciudades como si fuesen postales.

Ya nos lo había advertido Pasolini en su film: la belleza puede convivir con las peores pesadillas. ¿No explican que el relato de Frankenstein nació en la Villa Diodati del lago de Ginebra cuando Lord Byron, John Polidori, Mary y Percy Shelley se contaban unos a otros cuentos de miedo? Pues en Italia los monstruos que vivieron en el lago de Garda eran fascistas, aunque la ciudad se empeñe en ocultar su pasado. En las gradas del campo del Feralpi Saló, el club local, el viajero encuentra caras jóvenes y familias. No hay cabezas rapadas, así que se relaja. Cuando algunos equipos más grandes como la Sampdoria han visitado el estadio en partidos de copa, los hinchas incluso se han situado fuera del campo, tirados en la hierba de la montaña que descansa al lado del recinto, como si estuvieran de pícnic. Saló, llena de palacios y monumentos, puede llegar a seducir. Además, cuesta encontrar alguna referencia al paso de Mussolini por la ciudad. Puro maquillaje, pues el ayuntamiento local siempre se ha negado a quitarle al '*Duce*' el título de hijo predilecto. Y ya han pasado años desde su muerte.

A Mussolini lo enviaron a Saló. Muy cerca del pueblo de Gardone Riviera, donde pasó sus últimos días Gabriele D'Annunzio. Es un guiño del destino, sin duda. Escritor, poeta, político y soldado, D'Annunzio era conocido como '*Il Vate*'. O sea, el bardo. El poeta de toda una nación que se entregó a sus brazos con la misma pasión que muchas amantes. Y eso que guapo no era. Si coge un bus en Saló, el viajero puede llegar en 15 minutos al Vittoriale degli italiani, una ciudadela monumental que D'Annunzio ideó junto al arquitecto Giancarlo Moroni. Es un delirio. Fue

la última residencia del poeta y el lugar donde se encuentra su tumba. Aunque también tiene un jardín botánico, un anfiteatro, un museo... Es el testamento de un tipo que decía que el mundo era una representación de la sensibilidad y el pensamiento de unos pocos hombres superiores. Y él se sentía el mayor de esos elegidos.

D'Annunzio, quien había jugado a fútbol en su Pescara natal cuando un amigo volvió de Inglaterra con un balón, ya era un escritor renombrado cuando se alistó como voluntario en la Primera Guerra Mundial, poniendo en riesgo su vida mientras pretendía unir dos mundos tan opuestos como la poesía y la guerra. En una ocasión, sobrevoló Viena lanzando panfletos escritos por su puño y letra. En otra, participó en una misión casi suicida con pequeños botes para torpedear barcos enemigos. Incluso creó un cántico de guerra para iniciar cargas contra el enemigo que al viajero siempre le ha parecido muy ridículo: "*Eja, Eja, Alalà!*". No parecen las palabras más dignas para pronunciar antes de morir en el frente.

Cuando la guerra finalizó, Italia había perdido miles de vidas y ganado muy poco. D'Annunzio se negó a aceptar los tratados de paz, que consideraba humillantes para los suyos. Y se obsesionó con la idea de ocupar la ciudad de Fiume, donde millares de italianos que la habitaban habían votado en 1919 unirse al Reino de Italia; sin suerte, pues Yugoslavia, que la llamaba Rijeka (su nombre actual dentro de Croacia), también la reclamaba. La ciudad sería ocupada por un ejército grotesco de veteranos de guerra y aventureros liderado por el poeta, que se convirtió en el héroe de media nación. En Milán, un editor le ofreció escribir artículos en su periódico *Il Popolo d'Italia*. El editor era Benito Mussolini. Fue precisamente en esas páginas donde D'Annunzio explicó que había liberado Fiume después de recibir una carta del Consejo Nacional de la ciudad donde le pedían ayuda y le reconocían como "el único '*Duce*' intrépido del pueblo italiano". El '*Duce*', entonces, era D'Annunzio.

En la Navidad de 1920, el Gobierno italiano mandó el ejército para poner fin a la aventura de D'Annunzio, que había convertido Fiume en un agujero de drogas, sexo y descontrol. Pese a que su relato se acababa, D'Annunzio era entonces el italiano más famoso. Si hubiese querido, quizás hubiera podido liderar una marcha sobre Roma. No lo supo ver o no lo quiso hacer. Y Mussolini aprendió de sus aciertos y sus desgracias.

En octubre de 1922, fue él quien marcharía sobre la capital después de haber robado muchas ideas a D'Annunzio, como el uso de la palabra '*Duce*'. Cuando llegó al poder, Mussolini apartó al poeta a su villa del lago de Garda, para que no molestase. Murió en 1938.

El viajero intenta adivinar mirando los rostros de otros turistas que caminan por el Vittoriale si son nostálgicos del fascismo o simplemente curiosos. ¿Sabrán que uno de los símbolos más famosos del fútbol italiano fue una invención de D'Annunzio? Se cuenta que en febrero de 1920 el poeta organizó dos amistosos entre sus soldados y los civiles de Fiume, partidos que los militares perdieron pese a gritar "*Eja, Eja, Alalá*" antes del inicio. Ese día, D'Annunzio hizo que sus jugadores jugaran de azul, como la selección '*azzurra*', pero con un escudo en el pecho con los colores de la bandera italiana para remarcar su patriotismo. El fascismo haría suya esta idea. Y, en 1924, la federación italiana decidió que el campeón de liga sería premiado con el honor de lucir este *scudetto* en el pecho durante una temporada. El 10 de octubre de 1924, el Genoa fue el primero en salir a jugar un partido con este emblema en la camiseta, tradición que aún se mantiene. En 1947, también el combinado nacional usaría por primera vez el escudo en su zamarra, sin que muchos se preguntaran por su origen. Sin que muchos supieran que era una idea más que Mussolini le robó a D'Annunzio.

El viajero se pone los cascos al subir al bus. Y busca la preciosa canción que Francesco de Gregori escribió para hablar de esos padres de familia que, como la ciudad de Saló, parecían perfectos, cuando en realidad eran fascistas. Y la voz del cantante lo acompaña, mientras se va alejando del lago…

"*Mussolini ha scritto anche poesie*
*i poeti che strane creature*
*ogni volta che parlano è una truffa*"

("Mussolini también escribió poesía
los poetas qué extrañas criaturas
cada vez que hablan son un fraude")

# Süd-Tirol ist nicht italien!

"Para un tirolés del sur,
Italia no puede ser su patria"
*Joseph Zoderer*

*No hay tren entre Saló y Bolzano. Tampoco los autobuses cubren el recorrido con comodidad. Lo mejor sería conducir, parar en cualquier recodo y gozar de la belleza del lago de Garda. Y después, rumbo al norte. De nuevo hacia las montañas. Unas dos horas en coche, pasando por Trento, la urbe de los Concilios, hasta llegar a las tierras donde se habla alemán.*

Es una historia recurrente. Muchos italianos la cuentan, mientras remueven el café con la mano, en un gesto circular, antes del último sorbo. Durante muchos años, un coche con matrícula de otras regiones corría el riesgo de aparecer en Bolzano con una luna rota. O las ruedas pinchadas. En el Tirol del Sur, muchos no se sienten italianos. Se sienten tiroleses y hablan alemán. Pinchar una rueda está feo, aunque podría ser peor. En su momento, existieron grupos armados que hacían saltar por los aires centrales eléctricas, líneas de teléfono y cualquier monumento que les recordara que, les gustase o no, dependían del gobierno de Roma.

Sí, muchos tiroleses no se sienten italianos. Cuando los cañones de la Primera Guerra Mundial se callaron y sonaban marchas fúnebres por media Europa, un grupo de señores con sombreros de copa trazaban las nuevas fronteras de un viejo continente más viejo que nunca, pues en los campos de batalla habían muerto millones de jóvenes. Y el Tirol quedó

dividido en dos. El norte, para los austríacos. El sur, para los italianos. Cuando Mussolini subió al poder, inició una política de persecución de la lengua alemana. El '*Duce*' era capaz de saludar a Hitler con un "*guten morgen Mein Führer*" al mismo tiempo que intentaba que no se hablase alemán en el Tirol del Sur. Años más tarde, cuando el dictador ya era solo una marioneta que los nazis habían rescatado de una cárcel para usar a su antojo, fue precisamente Hitler quien ordenó que todos los tiroleses, como arios que eran, se convirtieran por decreto en ciudadanos alemanes. A ellos no les gustó demasiado. Muchos se escondieron en refugios de montaña para no tener que plegarse delante de una esvástica. Son gente independiente, los tiroleses. Aunque por suerte lejos quedan los años del terrorismo. Ahora luchan para proteger su autonomía en los comicios electorales, con el Südtiroler Volkspartei sacando siempre un buen número de votos.

En el centro de Bolzano, el viajero no siente que esté en tierras italianas. El campanario y el tejado de la catedral, con tejas de colores que brillan al sol, le conectan mentalmente con esa Mitteleuropa que tan bien explicó Claudio Magris. Y de fondo, como si fuese un decorado pintado en un escenario para una ópera, los Alpes. Una ópera de Mozart, claro. Aunque en el lugar predomina el italiano, pues a partir de 1920 llegaron oleadas de inmigrantes del sur. Si en toda la región se habla más alemán, Bolzano es un reducto de italianidad. Pese a todo, el viajero tiene la sensación de que la pizzería napolitana que hay cerca de la estación de tren central es más auténtica que los planes para italianizar la ciudad tomados de forma fría y calculadora por los políticos, bautizando puentes y calles con los nombres más italianos que se pueda imaginar.

También el nombre del club de fútbol local es en alemán: Fussball Club Südtirol. Aunque cuando el viajero llega a su estadio, situado muy cerca del sitio donde se encuentran los ríos Isarco y Adige, vuelve a escuchar italiano. El día de partido, unos chicos jóvenes cuelgan pancartas con nombres como *Gradinata Nord Bolzano* o *Centurie Biancorosse*. Basta mirar sus rostros para ver que juegan a ser ultras. Se los imagina cara a cara en una estación de servicio perdida en una autopista con los tipos duros de Nápoles y siente piedad por ellos. En 2022, el FC Südtirol se convirtió en el primer club de la región de Trentino-Alto Adigio en ascender al fútbol profesional. El histórico ascenso a la *Serie B* llegó en pleno cisma entre los aficionados y la

propiedad. ¿El motivo? La lengua. La mayor parte de aficionados al fútbol en Bolzano son italianos. Se trata de los hijos o nietos de esos inmigrantes que llegaron del sur para trabajar en las fábricas de una ciudad siempre rica, siempre próspera. El tópico, peligroso como todos, dice que a los tiroleses del sur les gusta más el hockey sobre hielo. Como si para reafirmar su identidad respecto a esos sureños de tez morena, decidieran abrazar toda actividad que tenga algo que ver con el hielo y el frío, ya sea el *curling*, el esquí o, cómo no, el alpinismo. Reinhold Messner, el primer hombre que dejó su huella en las 14 cimas del mundo de más de 8.000 metros, nació no muy lejos de Bolzano. Cada pico que alcanzaba era celebrado por toda Italia, aunque mientras ascendía, él hablaba consigo mismo en alemán. No todas las personas con pasaporte italiano se sienten italianas. En las periferias, en las fronteras, las líneas jamás explican la realidad. El escritor Joseph Zoderer, que escribe en alemán, admitía que "para un tirolés del sur, Italia no puede ser su patria. Aunque yo busco la mía, pues la Viena de otros siglos ya desapareció". Zoderer no defendía la independencia de su región ni quería unirse a Austria. Simplemente admitía sentirse desorientado.

Messner, quien no cree mucho en las fronteras como todo buen alpinista que ha visto que desde las alturas no hay líneas marcadas en la tierra, nació en Bresanona. Una urbe preciosa, en la que el italiano se habla poco, para atender a los clientes en cervecerías que parecen austríacas. Es un italiano seco, duro, como si se masticaran piedras, sin querer ocultar el acento tirolés, para que todo el mundo entienda que pueden hablar italiano, aunque no sea su lengua. También fue en Bresasona donde nació el FC Südtirol en 1973, en esos años en los que los vecinos se reunían en el bar de la plaza principal para escuchar por la radio las nuevas sobre su vecino en el Himalaya. Un grupo de futbolistas con mal pie, cuyo currículum estaba lleno de horas en el banquillo de clubes modestos, fundaron un club llamado Sport Verein Milland para poder estar seguros que jugarían cada domingo. Cuando vives en las montañas, el frío se te mete dentro. Y cuando estás demasiado tiempo quieto, quieres jugar. Fundar un club era algo parecido a un juego, aunque luego se convirtió en negocio. Esos chicos se juntaban en el estadio Reina Elena, bautizado así por la montenegrina que se casó con el rey Victor Manuel III, quien tenía un trono y un cetro justo cuando el Tirol del Sur fue anexionado por los italianos. Los nombres siempre

tienen un significado. No se bautiza un estadio sin una razón. Y en este menudo campo con nombre italiano, se gritaba "¡*Tor*!" cuando se perforaba la portería contraria.

Y llegó el año 1994. Messner ya había subido las montañas más altas del mundo. Y un empresario, Hanns Huber, intentaba encontrar la forma de comprar el conjunto más histórico de la región, el FC Bolzano. Huber tenía un proyecto para darle a la región un equipo profesional, así que pensó que podría entrar en la directiva del club de la capital, que encadenaba descenso tras descenso, mientras los números rojos ahogaban su economía. Pero no lo consiguió. Y acabó invirtiendo en el Sport Verein Milland, que pasó a llamarse Football Club Südtirol-Alto Adige. La idea era reclutar hinchas en cualquier rincón de una región dramáticamente bella. Costó lo suyo. Los tiroleses saben que forman una comunidad, aunque una cosa es hablar la misma lengua y otra, muy diferente, estar demasiado juntos. El paisaje ha moldeado su carácter árido. Y como ha dificultado las relaciones entre poblaciones, ya que durante meses las vías más directas podían estar impracticables, cada pueblo suele ser muy independiente, celoso del forastero y del vecino. Durante siglos, el cura de cada municipio mandaba más que el emperador, allá en la lejana Viena. Y siguió mandando más que el nuevo rey, allá en Roma. Así que crear un club en la zona que uniese a miles de personas era utópico. Las carreteras, el clima… Todo iba en contra.

Cuando Huber les contó a los otros directivos que su idea era trasladar el club a Bolzano, estalló el conflicto. Y una noche, una asamblea acabó mal. Se escucharon insultos y reproches. En alemán, claro. Huber fue expulsado del club, e inició una lucha en los juzgados para recuperar su posición dentro del mismo, sin suerte. Él, que había puesto el dinero que permitía a la entidad subir cada año de división, ahora se encontraba en la calle. Lejos de su alcance, el conjunto siguió ascendiendo, apostando por buenos entrenadores. Cuando llegó el ascenso a la *C2*, la cuarta división del fútbol italiano, los mismos directivos que expulsaron por la puerta de atrás a Huber tuvieron que dejar Bresanona para trasladarse a Bolzano. No tenían otra alternativa, pues necesitaban un campo más grande que cumpliera con los requisitos de la federación para jugar en la nueva categoría. Quién sabe qué debió de pensar Huber.

En la gran ciudad captaron a los hinchas que no encontraron en los

pueblos. El problema fue que el ascenso hasta la *Serie B*, que llegaría en 2022, cogió al equipo en plena crisis de identidad. La directiva había bautizado el club con otro nombre: FC Südtirol. O sea, quitaron el nombre Alto Adige, la onomástica italiana para referirse a la región. Incluso diseñó un nuevo escudo que no disimulaba bien estar inspirado en el del Bayern, mientras los colores de la camiseta eran el blanco y el rojo, los de la bandera tirolesa. El FC Südtirol no deja de ser un símbolo nacionalista tirolés, aunque en las gradas, los hinchas más ruidosos se expresan con banderas, pancartas y cánticos italianos. Coincidiendo con el ascenso, los seguidores emitieron un comunicado exigiendo recuperar el nombre 'FC Südtirol-Alto Adige', puesto que consideraban que la denominación Südtirol no los representaba como residentes de Bolzano ni como hablantes nativos de italiano del territorio del Alto Adige. El principal proyecto deportivo de la zona tiene dirigentes que hablan alemán, aunque los hinchas discuten sus ideas en otra lengua. El estadio Druso es otra gran metáfora de la complejidad del Tirol del Sur, empezando por su nombre. Lo bautizaron así en honor al militar romano Druso 'El Mayor', quien el año 15 antes de Cristo construyó el primer puente sobre el río Isarco, justo donde se encuentra hoy el recinto. No es un detalle sin importancia. Los romanos estaban en guerra con tribus germánicas. Es decir, el nombre recuerda el triunfo romano sobre los vecinos del norte. A buen entendedor, sobran palabras.

Victorioso en el terreno de juego, el FC Südtirol jamás ha conseguido que la gente baje de los pueblos a la capital para ver sus encuentros. Encaja con la forma de ser de los tiroleses del sur. Prefieren mirar hacia las montañas, hacia esa frontera con Austria donde aún hoy es posible encontrar carteles con el lema '*Süd-Tirol ist nicht italien*'. O sea, el Tirol del Sur no es Italia. Carteles que los grupos nacionalistas, hace unos años, instalaban en la parte austríaca del Tirol para que los vieran los policías italianos, que no podían hacer nada más que llamar a sus colegas austríacos para que los quitasen, aunque estos solían hacerse los sordos. No, no todos los italianos se sienten como tal. Y el viajero empieza a soñar con esas zonas donde el viaje lo llevará, en las tierras donde se sienten sardos, sicilianos o eslovenos. Deja rodar la imaginación mientras pide un buen vino blanco, tan rico en esta zona. Vinos como los que produce en unos viñedos entre Trento y Bolzano el exciclista Francesco Moser. Los grandes héroes deportivos del Tirol de Sur, como Messner o

Moser, le han dado gloria a Italia. Aunque tengan apellidos alemanes.

# ¡Zico o Austria!

"¿Dónde está mi patria? ¿Se llamará Italia?"
*Pier Paolo Pasolini*

*Al viajero no le gusta conducir. Prefiere la seguridad de las vías del tren. Aunque para llegar a su próximo destino, Údine, obligan a dar un rodeo para evitar las montañas, bajando hasta Verona y Venecia. Como ya llegará el momento de pisar estos lugares, decide ir por carretera bordeando la frontera con Austria. Cuando la calzada empieza a bajar para entrar en la región del Friul, se emociona con el primer cartel bilingüe: "Udine/Udin, 25 km".*

En 1941, Pier Paolo Pasolini tenía 19 años y estaba apoyado en el portal de madera de la casa de su madre, en el pueblo de Casarsa. De repente, escuchó a un campesino usar la palabra '*rosada*' en friulano. Las mentes de los poetas funcionan así. Pasa alguien hablando, escuchan una palabra y les llega la inspiración. Es un instante mágico. En otras partes del mundo, la paz ya estaba arrinconada en una esquina, y en Casarsa un escritor se preguntó por qué razón no escribía versos en friuliano. Fue con la *rosada*, o sea, con el rocío, como Pasolini empezó su primer poema en este idioma. El viajero sonríe, pues en catalán el rocío se llama igual, *rosada*. Y le gusta pensar que Pasolini, que tradujo muchas estrofas del catalán al italiano, un día descubrió esta coincidencia.

El friulano es uno de los 12 idiomas que la constitución italiana reconoce y se compromete a proteger, aunque la única lengua oficial del país sea el italiano. Un grupo de idiomas formado por el catalán, que se

habla solamente en la ciudad sarda de Alguer, el albanés, el alemán, el griego, el esloveno, el croata, el franco-provenzal, el francés, el ladino, el occitano y el sardo. Y el friulano, claro. En Italia, tierra de eternos debates, algunos consideran que el siciliano o el napolitano también deberían ser consideradas lenguas. A su favor, diremos que muchos italianos acaban con una mueca incómoda en el rostro cuando intentan entender a los napolitanos hablando en su dialecto. La musicalidad, la gramática y muchas palabras poco se parecen al italiano normativo, que tiene sus raíces en Florencia. Por eso, la Academia de la Lengua italiana tiene su sede en la ciudad, en un elegante palacio de los Médici. No es casualidad. Aunque lo que quizás sí que es una casualidad es el nombre de la institución: Accademia della Crusca. Parece ser que en el año 1500 muchos intelectuales toscanos se reunían en tabernas para beber y gozar de los placeres mundanos de la vida. Y una vez sus mejillas tenían el mismo color que el *chianti* que había desaparecido de las botellas, hacían concursos de *cruscate*, una especie de discursos humorísticos. Solamente en Italia una academia nacida con tono burlón acaba convertida en la protectora de las esencias de la lengua. En el fondo, todo es una gran comedia.

La vida es una gran broma y el viajero, un ser demasiado disperso. Siempre le ocurre lo mismo. Está llegando a Údine y pierde el tiempo pensando en Florencia y en el fascinante mundo de las lenguas y los dialectos. ¿Existe algo más bello que las palabras, como esa *rosada* friulana que enamoró a Pasolini? Seguramente no. Aunque las que ahora tiene delante son más terrenales. Son las de los carteles del estadio del Udinese, llamado, cómo no, estadio Friuli. O sea, el nombre de la región escrito en italiano, pues en lengua friulana sería Friûl. En 2015, el Udinese firmó un acuerdo con las autoridades regionales y una organización que promociona el uso del friulano para que todos los carteles dentro de su campo usasen también este idioma que hablan unas 600.000 personas. Pese a que en el estadio un día de partido se escucha hablar italiano, el Udinese, como la lengua, es una seña de identidad de los friulanos. Y sus expresiones se pueden ver en muchas pancartas o incluso en las pantallas del marcador electrónico, donde los últimos años suele sonar la música de DJ Tubet, quien canta hiphop en friulano. A Pasolini le hubiera gustado. Las lenguas, para estar vivas, tienen que avanzar hacia el futuro, para cantar goles o sonar con nuevos ritmos.

El '*bianconero*', pese a no tener títulos en sus vitrinas, presume de ser el equipo del noreste de Italia con más años en la *Serie A*. Es un ejemplo de estabilidad, como lo suele ser la economía en una región ahora rica, aunque en el pasado era una zona agrícola pobre que enviaba a sus hijos a trabajar al otro lado del Atlántico. Fundado en 1896, el Udinese nació cuando las enseñas en el balcón del ayuntamiento ya eran italianas, aunque aún andaban quitando bustos del emperador austríaco. Údine había pasado a formar parte del Reino de Italia solamente 30 años antes, pues hasta 1866 era parte del Imperio austríaco, que bombardeó cruelmente la ciudad en 1848, cuando los friulanos se levantaron en armas para intentar ligar su destino al país del que hoy forman parte. El Friul es tierra de frontera, aquí se juntan las culturas italiana y alemana con otra eslava, la eslovena. Y su idioma no deja de ser el resultado de la mezcla del latín con lenguas célticas. Un pie en el centro de Europa, con la frontera eslovena a solo dos pasos, y otro en el Mediterráneo. El viajero piensa en ello en el espléndido Caffè Contarena, un local *art nouveau* imponente situado en la planta baja del edificio del ayuntamiento. Quizás Italia sería un sitio mejor si admitiera sin tapujos que los cafés y sus charlas han hecho más por ella que los políticos que se reúnen en las salas de unos pisos más arriba.

En Údine, el viajero tarda poco en percatarse que hasta aquí llega la sombra de las torres de la plaza de San Marcos de Venecia. Durante siglos, la ciudad formó parte de la Serenísima República Veneciana. Los venecianos no solamente se expandieron por el Mediterráneo. También miraron hacia el interior, controlando el Friul durante décadas. Por eso, Giacomo Casanova, cuando se escapó de una cárcel veneciana, tuvo que ir hasta Bolzano, en dirección contraria al viajero, para escapar de las autoridades de la Serenísima. En Údine, la presencia del león alado de San Marcos, el símbolo veneciano, es constante. Aunque cuando el viajero pone los pies en un restaurante, le llegan aromas del centro de Europa. No deja de ser una casualidad que en el Friul se produzca el *tokaji*, el vino dulce húngaro, recuerdo de esos años en los que la autoridad del emperador austríaco llegaba desde la estepa húngara a los suaves valles de esta zona. El viajero, deseoso de aprender palabras locales, acaba pidiendo también una *broade*, un plato típico de la zona hecho a base de nabos macerados en vino y cocinados durante mucho tiempo en una olla, con aceite, hoja de laurel y, a menudo, un pedazo de

cerdo. O sea, una comida que aprovecha todo lo que sobra. El plato más rico de una cocina de pobres, como lo definió el periodista Guido Piovene. Una comida que rememora los años en los que en el Friul no existía industria y los jornaleros se partían la espalda en los campos, mientras las mujeres criaban a los niños y pasaban horas, pacientes, preparando la *broade*.

Mientras el plato se enfría, el viajero repasa la cantidad de nombres que han brillado en el Udinese, convertido en uno de los clubes más estables de Italia gracias a los Pozzo, empresarios locales que no dejan de ser un buen resumen de esta tierra, pues descienden de campesinos y ahora se dedican a las grandes máquinas industriales. Monstruos de metal con los que ganaron el dinero que les permitió incluso comprar al Ayuntamiento de Údine el estadio, para que fuera de su propiedad y poder remodelarlo. Gracias a su gestión, el Udinese llegó a jugar la *Champions*. Por aquí pasaron futbolistas como el alemán Olivier Bierhoff o el napolitano Antonio Di Natale. ¿Sabían ellos que tenía toda la lógica del mundo que jugarán en esta tierra, ya que la historia del Friul es precisamente la de las influencias germánicas del norte y las italianas del sur? Durante casi 900 años, esta ciudad fue controlada desde el interior del continente, hasta que en 1419 llegaron los venecianos. Y con ellos, nuevos líderes, que ocuparon los palacios para mandar. Los nobles locales no tenían permiso para ejercer en la administración veneciana, así que el friulano se convirtió en la lengua del pueblo. Un pueblo que, gracias a los venecianos, descubrió que el mundo era muy grande y el comercio, una fuente de ingresos provechosa. Quizás por eso, en el club siempre han abierto los brazos a futbolistas que vienen de fuera. Cuesta mucho encontrar un gran héroe local en la historia del Udinese. Aquí, se han cantado las gestas de goleadores como Carnevale, Iaquinta o Amoroso, las pillerías de Pizarro y Quagliarella, la garra de Muntari, las carreras de Jankulovski o las paradas de De Sanctis y Handanovic. Ninguno de ellos, paisano del público. Aunque el crack más amado llegó aún de más lejos. El viajero tiene que preguntar a los camareros por una historia que ha leído. En 1983, el equipo fichó al gran Zico, entonces uno de los mejores jugadores del mundo. La federación italiana sospechó de la operación. ¿De dónde había sacado el Udinese el dinero para pagar esa operación? Por unas semanas, la incorporación no fue autorizada, mientras se exigía un montón de papeles al club y se indagaba sobre la viabilidad

económica de su patrocinador, Zanussi. Los hinchas locales, con el orgullo herido, salieron a las calles a manifestarse con pancartas donde se podía leer "Zico o Austria". O sea, amenazaban con girar la espalda a Italia si no les permitían disfrutar del brasileño. Los camareros sonríen y confirman que es cierto. Que la pancarta existió, aunque era una exageración. Lo que no era exagerado era la rabia que sentían esos aficionados. Cuentan que, en esas movilizaciones, señores educados y elegantes usaron sus paraguas para amenazar a los policías. Y añaden que Zico ha usado palabras en friulano alguna vez, cuando se ha encontrado a un seguidor del Udinese por el mundo. El viajero duda que sea cierto, aunque quiere creer que es verdad.

En el Friul, tiene sentido que los mejores futbolistas fueran defensas duros o porteros, como Lorenzo Buffon, el padre de 'Gigi'. O el gran Tarcisio Burgnich, que parecía una escultura con ese físico imponente y una cara en la que estaba prohibido sonreír. Burgnich, héroe del Inter y finalista en el Mundial de 1970, cedió su testigo a Dino Zoff, el guardameta que en 1982 se encargó de bajar el volumen de la samba brasileña en Sarriá, rompiendo el corazón, entre otros, de Zico. Zoff, cómo no, también encarnaba la quinta esencia de los friulanos: gente calmada, ordenada y trabajadora. En la Italia campeona del Mundo de 1982 había otro defensa local, Collovati. ¿Y quién era el entrenador? Correcto, otro friulano, Enzo Bearzot. Se cuenta que en los años 80, los periodistas que seguían a la selección se sentían frustrados ya que Bearzot solamente quería hablar con el narrador de los partidos en la radiotelevisión pública, la *RAI*. Era el gran Bruno Pizzul. Los dos, en friulano, hablaban de las vendimias de su tierra natal en una lengua que los otros periodistas no acababan de entender. La tierra los llamaba. La añoraban, pues todos marcharon jóvenes fuera. En el Udinese jugaron poco, los que llegaron a hacerlo. Como si quisieran conectar con los friulanos que llegaban con sus trajes tradicionales a Ellis Island, en Nueva York, a finales del XIX, escapando de la miseria.

Aunque en una tierra con tantas palabras bellas y tanta gente seria, por fuerza tenían que nacer poetas destinados a escandalizar como Pasolini. Cuesta no creer en las casualidades cuando se descubre que en Casarsa, su pueblo, también nació Ezio Vendrame, otro poeta. Aunque él, en este caso, se expresara con los pies. Se cuenta que Vendrame pasó su infancia en un orfanato, donde marcó los primeros goles. Tras formarse

en el fútbol base del Udinese, saltó de club en club como un poeta errante, hasta brillar en el Vicenza primero y en el Padova después, donde la delgada frontera que separa la realidad de la fantasía se vuelve confusa. La leyenda dice que en un partido contra la Cremonese, con empate sin goles en el marcador, burló a toda la defensa rival, dejó al portero en el suelo y, cuando llegó a la línea de gol, decidió mandar el balón fuera. Otros dicen que siguió jugando, driblando rivales, hasta que lo perdió. O sea, se negó a marcar el tanto y, como consecuencia, un aficionado falleció de un ataque al corazón. En otro partido, durante la temporada 1975-76, subiendo la banda, vio en la grada a su amigo Piero Ciampi, un cantautor de Livorno con el que lo unía una gran amistad. Ciampi no le había dicho que estaría entre el público, así que Vendrame, emocionado, paró el juego, cogió el balón con las manos y saludó con una reverencia al músico. Cuando los periodistas le preguntaron por su gesto, el jugador fue sincero: "El fútbol se convierte en algo vulgar delante de un poeta como Piero".

Vendrame no era un tipo como los otros. Él también era un poeta maldito. Es más, cuando colgó las botas, se dedicó a escribir, aunque no tenía tanto talento como con los pies. En el césped brillaba, como ese día que volvió a Údine para enfrentarse al Udinese, que se jugaba el pellejo en la parte baja de la tabla. Cuentan que la directiva local le ofreció dinero para que no lo hiciera bien. Y que Vendrame aceptó, pues era una jugada redonda: trotar por el campo, evitar el descenso del equipo de su tierra y tener dinero para gastar en noches que terminan cuando sale el sol. Los hinchas, sin embargo, no sabían nada de este trato. Y cuando tocó el primer balón, lo insultaron. Vendrame, herido, decidió tomar cartas en el asunto: marcó dos goles y el Padova ganó 2-3. Al poeta con pantalón corto le dio placer escuchar esos insultos en friulano.

Cuentan que Vendrame no quería volver al Friul, zona que consideraba demasiado conservadora. Aunque ya retirado, sintió en su barriga un peso. Es difícil explicar la fuerza de tus raíces. No tiene una lógica aparente, pero algo te ata al lugar donde naciste. Y Vendrame volvió a Casarsa, para entrenar a niños y escribir, llorando por los poetas fallecidos. Piero Ciampi había muerto por culpa del cáncer, solo y alcohólico, en 1980. Pasolini había sido asesinado en 1975, uno de esos crímenes sobre los que los italianos aceptan que jamás se sabrá la verdad. Pasolini, que había llegado a decir que el fútbol era la última

representación sacra de nuestro tiempo. Que consideraba que el *calcio* ocupaba en la sociedad italiana el espacio que antes estaba reservado para el teatro. Este deporte no deja de ser, también, una gran obra.

Y así llega el viajero a la estación de tren de Údine. Todas las estaciones del país se parecen, son un símbolo de italianidad. ¿Cómo será la de Trieste, otra ciudad de frontera? Esperando el tren, el viajero vuelve a los poemas en friuliano de Pasolini, que se cuestionaba: "*Dulà ch'a è la me patria, si clamaràia Italia?*". Se preguntaba dónde estaría su patria. Y si esta se llamaría Italia. En ello se encuentra el viajero. En encontrar Italia y conocer su alma.

# El gol de las bailarinas

"El odio contra la mujer no lo inventaron ellos,
lo respiraron en la escuela, en los libros,
en la iglesia, en los campos..."
*Dacia Maraini*

*Mientras el tren realiza el recorrido de menos de dos horas entre Údine y Trieste, el viajero no puede dejar de pensar en la Primera Guerra Mundial, pues el trayecto pasa por el río Isonzo, donde tantos jóvenes perdieron la vida luchando por un palmo de terreno. Después, llega a la costa, que por momentos parece más nórdica que mediterránea. Y se sabe que detrás de la última curva, espera Trieste.*

Al viajero le gusta la estación de tren de Trieste, aunque no sea diferente de otras. Le gusta Trieste, en general. ¿Y a quién no? Se debe sospechar de esas personas. También de quien no vuelve a esta ciudad con cierto aire triste. Trieste siempre rompe el corazón. La estación de tren da la espalda a un puerto demasiado ordenado para parecer italiano, pues durante siglos fue la salida al mar de un imperio que nació sin mar, el austrohúngaro. Por su puerto, esta era una urbe cosmopolita. Siempre cuesta dar la espalda al mar. Aunque toca hacerlo para dirigirse a la sinagoga y empezar a afligirse, recordando el trágico destino de la antiguamente próspera comunidad judía local. Muchos caminaron escoltados por camisas negras por estas mismas calles, aunque en dirección contraria, hacia los raíles. Los mandaban a Auschwitz. Otros, los más viejos, fueron subidos al bus número 10 hacia el molino de San

Sabba, el único campo de exterminio nazi que existió en suelo italiano. Ahora es un museo con monumentos en los que se puede dejar una piedra. Bella tradición judía, esta. Las piedras, como las palabras, nos hablan.

La mirada del que viaja recupera brillo cuando entra en el Caffè San Marco, donde durante años los parroquianos no hacían caso a un señor con gabardina y ojeras, siempre perdido entre libros. Era el gran Claudio Magris, el escritor triestino que viajó por todo el Danubio para contar Mitteleuropa. Un italiano que amaba el centro de Europa: eso es Trieste. Hay que desconfiar de las sociedades sin cafés como el San Marco. O como el Garibaldi, donde discutieron los escritores y poetas locales Umberto Saba y Giani Stuparich. O el Stella Polare, en el que pasaron muchas horas James Joyce o Italo Svevo. Si la literatura fuese fútbol, la selección de Trieste sería campeona de Europa, piensa el viajero mientras pide un café de la marca Hausbrandt, tradición local. Si en alguna cosa siempre se han puesto de acuerdo vieneses e italianos, es en la cultura de los cafés. Y en el amor a esta ciudad, claro, pues los dos la querían dentro de sus fronteras. Y cuando nació Yugoslavia, llegó un tercer amante al puerto. Deseada por tantos, la ciudad acabó rota. Las guerras provocaron que su población, antes diversa, se esfumara. Trieste dejó de tener un lugar central en los mapas y acabó arrinconada en una esquina del mapa. Ahora, solamente quedan una pequeña comunidad judía y otra eslovena, que lloró la muerte de su gran pluma, Boris Pahor, el último testimonio de ese día infausto de 1920, cuando los fascistas italianos quemaron la casa de la cultura eslovena, a pocos metros del San Marco. Los autores de aquel despropósito quisieron borrar de la ciudad todo rastro eslavo, hasta el punto que italianizaron los apellidos de muchas personas. Así fue como los Maldic, eslovenos de Trieste, acabaron convertidos en los Maldini. Y Cesare Maldini, uno de los suyos, terminó en el Milan, el club donde su hijo Paolo sería leyenda. Los ojos azules de los Maldini los delatan. A Cesare lo descubrió Nereo Rocco, el entrenador con el que el Milan ganaría sus primeras Copas de Europa. Rocco también era triestino. Su abuelo era un vienés llamado Roch que se enamoró de una bailarina de Mallorca en esos años en los que en Trieste se podía encontrar a gente de medio mundo, como corresponde a todo puerto que valga la pena. Y en 1925, los Roch pasaron a ser los Rocco, no fuera a ser que los fascistas se enfadasen.

Aunque el viajero no ha vuelto a Trieste para hablar de literatura o de la Triestina, el equipo local. Ya le perdonarán sus hinchas. Ha llegado a la ciudad para desplazarse al año 1945, cuando el líder demócrata-cristiano Alcide De Gasperi se reunió con el líder comunista Palmiro Togliatti para tratar diversos asuntos con los que empezar a reconstruir Italia. Uno fue permitir que las mujeres votaran. El sufragio femenino no llegó hasta 1945. Y unos meses más tarde, en 1946, se logró el decreto que permitía a las mujeres expresarse en las urnas y que fueran electas. Qué miedo daba una mujer con cargo. Todo llegó muy tarde, piensa el viajero, que aprovecha para buscar una edición original de *Verde acqua*, el precioso libro de Marisa Madieri, la escritora nacida en la ahora ciudad croata de Rijeka cuando allí se hablaba italiano. Una hija adoptiva de Trieste, donde se casó con Claudio Magris. ¿Tendrá relación que una sociedad que ha tardado tanto en reconocer los derechos más básicos de las mujeres sea también esa de donde han salido algunas de las intelectuales más brillantes de Europa? El viajero se acuerda de esas pioneras que ya en 1866 recibieron al rey Víctor Manuel en Venecia con pancartas que exigían que las dejasen votar. Piensa en todas las mujeres que fueron partisanas y levantaron el puño cuando Mussolini colgaba de una gasolinera de Milán como un salame. Piensa en la poesía de la sarda Grazia Deledda, en las historias de Elsa Morante, en la irreductible neuróloga Rita Levi-Montalcini, en la '*romanità*' de la actriz Anna Magnani, en las lágrimas de Sophia Loren en el film *La Ciociara*, que habla de la violencia silenciada sobre las mujeres durante la guerra, en los libros de Natalia Ginzburg y Dacia Maraini, en periodistas valientes como Rosaria Capacchione u Oriana Fallaci, en las canciones de Mina y en Margherita Hack, la primera mujer en dirigir un observatorio astrónomo, precisamente en Trieste. Una divulgadora científica que fue activista a favor del derecho al aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo. De forma enfermiza, el viajero apunta nombres de mujeres italianas en una libreta. Y cuantos más acumula, más horrorizado se siente por el machismo de un país que perdió muchas cosas que había ganado cuando subió al poder Berlusconi, siempre dispuesto a denigrar a la mujer, convirtiéndola en un objeto de piernas largas en sus televisiones de mal gusto. Siempre rodeado de *velinas*, de mujeres vacías como un jarrón. Coleccionando amantes, bromeando sobre sus fiestas con chicas jóvenes. Al final de la lista, el viajante añade: "Jamás perdonar a

Berlusconi".

La primera vez que las italianas votaron fue en 1946, en el famoso referéndum para elegir entre una monarquía o una república para Italia. Ganó la república, aunque en Trieste no votaron, pues la ciudad era entonces tierra de nadie, un zona en disputa entre Italia y Yugoslavia. Durante un año, incluso existieron dos equipos locales compitiendo en dos ligas diferentes: la Triestina en la italiana y la Ponziana en la yugoslava. El uso político del fútbol para reafirmar la italianidad de la ciudad también permitió que aquí se jugase el que se ha considerado en muchos libros de historia como el primer partido de fútbol femenino. No se sabe muy bien de quién fue la idea, pero en pocas semanas nacieron un equipo femenino llamado Triestina, como el masculino, y otro llamado San Giusto, que cogía el nombre de un barrio. Disputaron un encuentro antes de iniciar una gira por otras urbes con el propósito de reforzar los lazos de la alejada Trieste con el resto del Estado. Durante años, no existieron fotos de esos equipos, hasta que en un archivo apareció una. Chicas jóvenes, tímidas, con un uniforme que parecía más ideal para la gimnasia que para el fútbol. Mirando la imagen, el viajero recuerda que la historia siempre la escriben en primer término los gobernantes. Y que ese partido no fue el primero, pues en los años 20, en Milán, ya había existido el Gruppo Calciatrici milanese, cuya historia ha sido rescatada en un precioso libro por Federica Seneghini, *Las futbolistas que desafiaron a Mussolini*. El fascismo, que prometía una revolución para cambiarlo todo, solamente modificó algunas cosas. El papel de la mujer siguió siendo el mismo: madre, cocinera y ama de casa. Hasta hace poco, todavía no se había recuperado la memoria de esas primeras jugadoras.

Pasan las horas en Trieste. El viajero salta de un café a otro, buscando en el camino las cuatro estatuas que el Ayuntamiento dedicó a escritores famosos: James Joyce, Italo Svevo y Umberto Saba. También a Gabriele D'Annunzio, que ni era triestino ni vivió aquí. Por qué una estatua en su honor, se pregunta el visitante, y no en el de Marisa Madieri. Cuanto más lee el viajero sobre la legislación contra las mujeres en Italia, de peor humor se pone. Una ley de 1859, que podía enviar a la cárcel dos años a una mujer adúltera y no metía entre rejas al hombre que cometía el mismo delito, no se lanzó al cubo de la basura hasta 1968. Hasta 1919, una mujer que tenía un sueldo no lo podía gastar, pues se lo tenía que dar

a su marido. Ese mismo año desapareció otra ley que obligaba a la mujer a pedir permiso a un hombre si quería realizar una operación comercial. ¿El divorcio? No llegó hasta 1970, siete años después de las primeras mujeres admitidas en la magistratura judicial. ¿El aborto? En 1978, y con muchas limitaciones. Y no fue hasta 1981 cuando desapareció la fórmula del 'matrimonio reparador': si una mujer era violada, el agresor podía evitar cualquier tipo de condena si la chica aceptaba casarse con él. Durante siglos, fue normal que la familia de la víctima la presionara para que aceptara la boda y salvara el honor familiar. Preferían tener un violador entre ellos antes que admitir que su hija había sido 'deshonrada'. La primera mujer que se opuso a esta salvajada fue la siciliana Franca Viola, en 1947. Su coraje permitió que encerrasen en prisión al violador, que además era miembro de un grupo mafioso. Y se convirtió en un símbolo, aunque muchos de sus familiares le retiraron la palabra para siempre. Decía Dacia Maraini que en Italia las mujeres "son las primeras que se dejan embaucar. Su necesidad histórica de contar con un jefe, interiorizada a base de recibir golpes reales y simbólicos, las transforma en presas dóciles". Durante décadas, la violencia de género no era un delito. Y así se entiende por qué existen italianas valientes y dignas. Son esas que, como Viola, se cansaron de recibir los golpes.

De la tristeza triestina, el viajante ha pasado a la cólera. Así que da un paseo por la Piazza Unità, abierta al mar, para que le toque el aire. Después, camina hacia la Antica Trattoria Suban, un restaurante fundado en 1865, cuando esta era la cuarta ciudad más grande del Imperio austrohúngaro y la capital de Adriatisches Küstenland, una de sus regiones. En la carta tienen *strudel*, efectivamente. Aquí comió alguna vez el poeta Virgilio Giotti, quien pedía *jota carsolina*, una menestra típica de la zona. Giotti nos dejó algunos de los textos más tristes que se recuerdan, en memoria de su hijo, fallecido en la guerra. En Trieste, la tristeza siempre vuelve. Y mientras espera que se enfríe la *jota carsolina*, el viajero medita sobre el coraje de las mujeres que decidieron jugar al fútbol en un país que sigue cargando la cruz del machismo. Cuentan que en 1946 se disputó un partido entre actrices y bailarinas de la Ópera de Roma. Y que en 1947, las mismas bailarinas desafiaron a un grupo de periodistas que se mofaban de ellas en Palermo antes de jugar un partido que sería arbitrado por el presidente del club de la capital siciliana. Ganaron ellas por 3-2, lideradas por una tal Nerina Colombo. El viajero

busca su nombre en internet. Encuentra poco, aunque descubre que en 1948 bailó en el Liceu de Barcelona. Da con una foto suya, en la que aparece sonriente. Tiene los ojos de quien no teme. Y el viajero también sonríe. Sería bonito escribir su biografía.

Antes de despedirse de la ciudad, el viajero pregunta por curiosidad en un negocio de juguetes si les queda alguna Barbie de Sara Gama. Nacida en Trieste en 1989, es una de las mejores futbolistas europeas. Hija de padre congoleño y madre italiana, se licenció en Literatura Extranjera, como corresponde a una buena triestina. Además, ha sido la capitana de la selección italiana en el Mundial. Cada vez que en un campo recibía insultos racistas, ella buscaba con los ojos al tipejo que la increpaba y lo desafiaba. No, Sara Gama no se amilana. Cuando llegó a ser la primera mujer vicepresidenta de la Asociación Italiana de Futbolistas, exigió a la federación mejor trato al fútbol femenino y mano dura contra el racismo. Y así se ha convertido en una de las deportistas más famosas del país, jugando en el Brescia y en la Juve en la liga femenina, que avanza con pasos de gigante. En 2018, la marca de juguetes Mattel sacó a la venta una edición especial de 18 muñecas Barbie inspiradas en 18 mujeres italianas para celebrar el Día de la Mujer Trabajadora. Y Sara Gama era una de ellas. Aunque el viajero se percata tarde de que quizás la mejor forma de luchar por los derechos de la mujer no pasa por comprar una Barbie. Y regresa a las tripas de Trieste sin esperar al dependiente, pensando que gracias a la inmigración africana o china, estas calles vuelven a ser una Torre de Babel, como lo fueron antes. La Trieste de Saba, de Magris y de Madieri. La Trieste de Sara Gama.

# Un balón flotando en el canal

"Venecia es una tienda temporal
para ciudadanos temporales"
*Tiziano Scarpa*

*De un puerto a otro. Un tren directo une Trieste con su vecina al otro lado del golfo, Venecia. Cuando aparecen las torres de las petroquímicas de Marghera, el viajero sabe que se acerca a su destino. Los últimos kilómetros, el vagón sobrevuela por un puente la laguna hasta llegar al corazón de Venecia.*

Venecia seduce tanto que muchos han llegado hasta ella para morir. Pocas ciudades han fascinado más en la historia de la humanidad. No existe otra igual. Un paisaje monumental, lleno de palacios, lujos y misterios, levantado encima de las aguas, como si fuese un milagro. Cuentan que los venecianos pensaron que, si construían una ciudad sobre troncos en medio de la laguna, estarían más protegidos de los ataques de los bárbaros que llegaban del norte en el siglo v. Y lo que era un refugio contra la violencia se convirtió en un refugio para soñadores. Sus formas, con el gran canal en el centro serpenteando de forma seductora, son únicas. La urbe tiene su toque oriental gracias a siglos de comercio con el este del Mediterráneo, iglesias armenias y griegas. La Serenísima República de Venecia, durante años un pequeño imperio, fue deseada por austríacos y franceses. Ahora le besan la mano americanos,

rusos o árabes. Todos quieren participar en sus bailes de máscaras.

El viajero piensa en Frederick William Rolfe, el llamado 'barón Corvo', que murió pobre en Venecia después de escandalizar a los ingleses por creer en el amor libre. Durante siglos, la ciudad fue destino ideal de libertinos que no querían vivir su sexualidad como se lo ordenaba un cura o un gobernante. El 'barón Corvo' descansa en una modesta tumba en el cementerio más bello del mundo, en la isla de San Michele. Todo es hermoso aquí. "Es una obra de arte, la mayor obra maestra que ha producido nuestra especie", decía el poeta ruso Joseph Brodsky, quien pidió ser enterrado en este mismo campo santo. Allí se dirige el viajero en un barco, a un cementerio que ocupa toda una isla. Visita la tumba de Helenio Herrera, uno de los mejores entrenadores de fútbol de la historia. El argentino, después de dirigir en España, fue el arquitecto del Inter de Milán que reinó en Europa en los años 60 y acabó sus días en Venecia con su pareja, la artista Fiora Gandolfi. Los dos se engañaban. Los dos lo sabían. Ella contó que en una ocasión visitó una perfumería de Milán y la dependienta la reconoció. "¿Es usted la señora de Herrera, verdad? Le preparo el perfume de mujer que él siempre nos compra". Gandolfi jamás había recibido una colonia del técnico. Ahora descansan juntos. La tumba de Herrera tiene un recipiente que imita la Copa de Europa.

El viajero se siente un poco triste. Tiene envidia de Herrera por haber disfrutado de otra Venecia. Esa que poblaban los venecianos. Ahora, los pisos turísticos han vaciado el lugar, expulsando a los autóctonos a la parte continental. Aún quedan algunos vecinos, pero cada vez son menos. Los venecianos, grandes comerciantes, han vendido su casa. Tiziano Scarpa, magnífico escritor local, autor de *Venecia es un pez*, la ha definido como "una tienda temporal para ciudadanos temporales". La plataforma cívica '25 de abril', que defiende proteger el legado de la ciudad y la laguna, publicó un estudio que demostraba que el 99% de los bares y restaurantes del barrio de la Piazza San Marco pertenecen a grupos inversores chinos, árabes y albaneses. Las grandes fortunas norteamericanas o rusas compran palacios. No se les puede culpar por enamorarse de Venecia, pero sí por conquistarla por la fuerza del dinero.

Ya no quedan turistas como el Gustav von Aschenbach de la *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, libro que Visconti convirtió en una película de culto. Ahora los ricos se mueven en transporte privado y no se quieren mezclar con la plebe. Y millones de personas llegan en manada dentro de

autobuses, trenes o, lo que es peor, esos grandes cruceros que pueden acabar con la ciudad. El grupo '25 de abril' insiste en prohibir su entrada en la laguna. Además de contaminar, provocan olas que deterioran los cimientos. Sumado al cambio climático que afecta las mareas, Venecia está en peligro. El viajero maldice los cruceros. ¿Cómo puede haber gente que llegue en estos monstruos a la laguna aún sabiendo que la ponen en riesgo? Piensa en esa frase de Woody Allen: "Es el lugar más romántico del mundo, pero aún mejor cuando no hay nadie". En algunas calles y puentes, en temporada alta no se puede ni caminar. Por eso el viajero siempre intenta dormir aquí, pues de noche la mayor parte del turismo se esfuma.

Cuando cae el sol y cuando amanece, se puede gozar un poco de Venecia. Y recordar los cómics de Hugo Pratt, el veneciano que inventó al Corto Maltés, el marinero que todos los adolescentes querían ser. Sus libros remiten a los viejos misterios de una urbe embrujada. El viajero pasa por delante del hotel Londra Palace. Venecia es la localidad italiana donde se acumulan más hoteles centenarios. En este, en 1877, Piotr Ilich Chaikovski empezó a escribir su *Sinfonía n.º 4*. D'Annunzio, quién si no, también lo frecuentó. Maldito poeta, siempre llegando antes que el viajero a los sitios, en una mejor época.

Toca rascarse el bolsillo para tomar un café en el Florian, quizás el más famoso del mundo. Desde su apertura en 1720, no ha cambiado demasiado, escondido debajo de los pórticos de la Piazza San Marco. El viajero imagina en sus mesas a Giacomo Girolamo Casanova, el escritor libertino que saltó de cama en cama con más de 125 amantes. Aunque fue mucho más que eso. Era músico, jurista, bibliotecario y espía. ¿De dónde sacaba el tiempo? El viajero cruza la plaza y se dirige al Gran Caffè Lavena, también centenario, con raíces ya en 1750. Aquí no siempre dejan entrar a los turistas si no van bien vestidos. Su interior impresiona. El Lavena puede presumir de haber recibido a escritores como Montesquieu, Voltaire o Moravia, pero sobre todo a músicos: Goldoni, Wagner, Liszt, Rubinstein, Rostropovich... Venecia es musical. Por eso, Nietzsche dijo que "si tuviese que buscar una palabra para sustituir la música, solo podría pensar en Venecia".

Curioso sitio, este, que atrae tanto que puede morir de gula, pisoteado por millones de visitantes. El viajero no deja de ser otro turista más. Se siente culpable. Una ciudad sin vecinos es como una cantante muda.

Aunque luego se emociona cuando en barrios periféricos aún descubre la colada colgada de una ventana, el cartero que llena de sacos una barca o la pequeña nave que lleva a los niños a la escuela. En una población llena de museos, teatros e iglesias, el viajero se siente estúpido por emocionarse más viendo ropa interior ondeando en la calle. Pero es que necesita sentirse vivo. Y sentir que este milagro también lo está. Uno de los lugares que lo redimen es el estadio Pier Luigi Penzo, en la isla de Sant'Elena. Para llegar a él, toca cruzar toda la ciudad, más allá del final del gran canal, la zona militar del Arsenal y el recinto donde se hace la Bienal de arte. Allí se encuentra el segundo estadio más antiguo de Italia, solamente por detrás del Luigi Ferraris de Génova. Aunque el campo genovés fue remodelado del todo para el Mundial de 1990, mientras que el Pier Luigi Penzo sigue anclado en el pasado. En una ciudad colmada de lujos, el estadio es viejo. Bautizado así en honor a un aviador local, fue inaugurado en 1913 con un amistoso contra el Genoa, que goleó a los locales por 0-7. Su época dorada llegó después de 1939, con el primer ascenso del equipo a la *Serie A* o la *Coppa* conseguida en 1941. En las imágenes que se conservan de esos años, el estadio parece el mismo de ahora.

El viajero cruza uno de los últimos barrios populares de Venecia para llegar al Penzo. Al norte, tropieza con un pequeño puerto donde atracan los barcos con los aficionados visitantes los días de partido. Maravillosa experiencia, esta. Los seguidores se desplazan en tren a Venecia y suben a naves para recorrer los canales hasta el estadio. Para entrar en el recinto, deben cruzar un canal donde en 2021 los jugadores del Venezia se tiraron al agua para celebrar el ascenso a la *Serie A* después de 19 años lejos de la élite. Como el éxito llegó en plena pandemia, la hinchada animó desde fuera del campo. La policía no le dejó cruzar el puente, así que cantó desde el otro lado de un reguero donde más de una vez han acabado balones que salen despedidos del terreno de juego. Los festejos los lideró Riccardo Bocalon, uno de los pocos futbolistas venecianos de un equipo lleno de extranjeros.

Como sucede con casi todo aquí, el club es propiedad de gente de fuera, que creían que adquiriéndolo se hacían con un trozo de Venecia. En 1987, el propietario era Maurizio Zamparini, un empresario de Údine que fusionó la entidad con el Mestre, el equipo de la parte de Venecia que está en tierra firme. Durante algunos años incluso ordenó desmontar las

gradas del Penzo para instalarlas en el campo de Mestre, decisión que enfureció a la hinchada veneciana. Zamparini, poco amado, acabó vendiendo a la entidad y compró el Palermo. Por la presidencia del conjunto, que ha sufrido un montón de descensos y ascensos, han pasado en los últimos años empresarios norteamericanos y rusos. Todos han soñado con construir un estadio moderno en tierra firme. Ninguno lo ha conseguido. Y cada 15 días, miles de venecianos que viven lejos de la laguna vuelven a sus raíces para ocupar un lugar en las viejas gradas del Penzo. Otros, los últimos resistentes, todavía lo alcanzan a pie. Son los últimos venecianos, muchos de ellos habitantes del barrio de Cannareggio, históricamente el más popular. Allí es donde hay más clubes de aficionados. El Venezia, ahora en manos norteamericanas, se moderniza, y en las últimas temporadas ha apostado fuerte por el diseño, sacando al mercado algunas camisetas preciosas, siempre jugando con los colores negro, naranja y amarillo. El club evoluciona. Su casa sigue igual.

El viajero se dirige al restaurante Antico Martini, justo delante del Fenice, el precioso teatro que renació después de un incendio. Cuando la urbe estaba en manos austríacas, aquí se encontraban los nacionalistas italianos que luchaban por la unidad del país. Se cuenta que dos de ellos, Niccolò Tommaseo y Daniele Manin, fueron llevados en volandas por una multitud en 1848 cuando salieron de la cárcel. Los trasladaron al Martini para que bebieran. Después, se convirtió en un restaurante más refinado. Aquí cenó Charles Chaplin, por ejemplo. En una mesa, el viajero sonríe pensando en el Penzo, que no deja de ser un símbolo. El fútbol italiano tiene estadios viejos, como si le costara avanzar. En los últimos años, algunas entidades han conseguido levantar recintos modernos, como la Juventus. Pero son una excepción. En general, los clubes no son propietarios de sus campos, ya que suelen ser municipales. Las disputas políticas y la burocracia han provocado que sea casi imposible remodelarlos. El Udinese lo ha conseguido, otros no. El propietario del Napoli incluso ha amenazado con sacar el equipo fuera si no le dan permiso para mejorar el viejo San Paolo. La Roma se ha cansado de buscar terrenos para construir un campo moderno que sea suyo, y de momento le toca seguir compartiendo el actual, propiedad del Comité Olímpico Italiano, con la Lazio. Cada vez que propone una posible localización, el Ayuntamiento le niega los permisos para construir.

En un país donde el pasado siempre se niega a desaparecer, muchas hinchadas mantienen viva la memoria de los primeros estadios míticos de su fútbol. El viajero ya ha visto cómo los aficionados del Torino han recuperado su viejo Filadelfia. La propia afición de la Roma ha hecho lo mismo con el antiguo campo de Testaccio, barrio donde en los años 30 existía un terreno de juego con gradas de madera que aún se recuerda en canciones. La Roma fue el primer club que apostó por un estadio de su propiedad pensado solamente para el fútbol, aunque en 1940 las autoridades fascistas lo derribaron en dos días. Donde estaba el campo de Testaccio ahora hay oficinas, un aparcamiento y un solar destartalado. En Milán, la Arena Civica, bautizada con el nombre de Gianni Brera, sigue siendo escenario de encuentros, una vida extra para el que fue el primer campo grande de la selección italiana, hace 100 años. Los estadios hablan de la evolución del país. La primera final, ganada por el Genoa, se jugó en Turín en 1898 delante de 153 espectadores que estaban de pie. El éxito del *calcio* obligó a que poco a poco se levantaran gradas. Y vestuarios, ya que los primeros años los jugadores se duchaban en sus casas o, como los futbolistas de la Lazio, se lanzaban al Tíber.

El gran impulso lo daría el fascismo, que supo usar el fútbol a su favor. La organización del Mundial de 1934 motivó la construcción de infraestructuras que aún existen hoy, como en los casos de Bolonia, Florencia, el Comunale de Turín o San Siro. El estadio Ascarelli de Nápoles no sobrevivió a las bombas de la Segunda Guerra Mundial. Durante el fascismo, se construyeron más de 2.500 recintos en todo el país. En los mosaicos exteriores del Olímpico de Roma aún se pueden ver símbolos fascistas, que se hicieron imitando la estética del Imperio romano. Los estadios de esa época solían tener pista de atletismo, para que pudieran aprovecharse para otros deportes. Allí siguen, algunas. El Comunale de Turín se ha lavado la cara gracias a los Juegos Olímpicos de Invierno, aunque es una excepción. En Italia lo normal es que entrar en un estadio sea viajar al pasado.

En los años 60, ciudades del centro y el sur que tenían campos pequeños pudieron construir otros más grandes, muchos de ellos de la mano de Costantino Rozzi, el presidente del Ascoli, que se especializó en levantar coliseos como los de Ascoli Piceno, Lecce, Avellino, Benevento o Campobasso. Desde entonces, pocas novedades. En el siglo XXI, solamente la Juventus, el Udinese o el Frosinone han podido inaugurar

un nuevo hogar. La prensa siempre informa de los planes de las directivas para levantar nuevos recintos, con zonas VIP y grandes pantallas. Pero casi ningún proyecto llega a buen puerto. Y mientras una pequeña capa de niebla entra desde la laguna a las calles de Venecia, el viajero se dice que ojalá el Penzo siga resistiendo un siglo más.

# El rockero y el santo

"Oh amado San Antonio, que tienes tu bendito
sepulcro en Padua, atiende a mis necesidades..."
*Oración a San Antonio*

*El viajero no puede dormirse en el trayecto en tren que va desde Venecia hasta Padua. Prohibido, pues es como un resumen de Italia en 30 minutos. Una Italia en miniatura. Primero, se deja atrás la laguna para entrar en la ciudad de Marghera, con sus fábricas, chimeneas y petroquímicas. De la belleza a la fealdad sin escalas. Después, aparecen los campos sembrados. Y cuando se llega a destino, vuelve el esplendor. Aunque la estación de tren sea un cubo sin personalidad. Todas las estaciones de esta zona fueron bombardeadas en la guerra. Y donde antes había edificios hermosos se levantaron otros más funcionales.*

El viajero siempre ha defendido que uno se enamora de Italia en ciudades como Padua. Aquí se encuentra menos turistas y la misma magia. Son como museos al aire libre, aunque llenos de vida. Muchas bicicletas en las calles empedradas del centro, mercados navideños y música que sale de las ventanas abiertas. Padua le despierta al viajero recuerdos de su infancia. Se emociona pasando por debajo de la barriga del gigantesco caballo del *Condotiero Gattamelata*, la estatua en bronce de Donatello que descubrió en los libros de arte cuando iba al instituto. Y se ve a sí mismo repitiendo en voz alta el nombre. *Gat-ta-me-la-ta*. Ya se había enamorado del italiano y aún no lo hablaba. Sigue reflexionando cuando entra en el imponente Caffè Pedrocchi, conocido popularmente

como el café sin puertas, pues parece ser que del 1831 al 1916 no cerró jamás, ni una sola hora. Con la mirada busca un agujero en el muro. Dicen que es una bala disparada durante la pelea entre un estudiante de la famosa universidad local y un oficial austrohúngaro. A los italianos les gusta contar que esa pelea prendió la mecha de la revolución de 1848. Los historiadores lo explican de una forma diferente, más certera, menos romántica.

Sentado en las imponentes salas por donde pasaron Stendhal, Marinetti y, cómo no, D'Annunzio cuando aún no había diseñado el *Scudetto*, el viajero rememora que cuando era un niño se enamoró del fútbol italiano. Una imagen que tiene grabada a fuego es el partido del 10 de junio de 1995 entre el Padova y el Genoa. En su libreta, el viajero escribe Padova. Ya le perdonarán los lingüistas, pero no le sale escribir el nombre del equipo en otra lengua que no sea la local. Ese año, por primera vez en la historia del fútbol italiano, el descenso a segunda se decidía en un *spareggio* entre dos equipos que habían finalizado empatados a puntos. Preciosa palabra, *spareggio*, para definir una idea cruel, una ruleta rusa futbolística. El encuentro se jugaba en Florencia y el cielo no tuvo clemencia de los miles de hinchas que se acercaron al estadio. Como si no fuese suficiente con sufrir por un posible descenso, a los 25.000 genoveses y a los 15.000 hinchas del Padova que poblaban las gradas les tocó aguantar un chaparrón monumental. Algunos aficionados del Genoa usaban los típicos chubasqueros amarillos de los pescadores, mientras que los aficionados del Padova rezaban. El partido acabó empatado a un gol y se decidió en los penaltis. Tres aficionados del Genoa fallecieron en las gradas por culpa de un ataque al corazón. No pudieron aguantar tanto sufrimiento. Ni tampoco tanto dolor, pues su club fue el que acabó perdiendo la categoría.

Mientras cae el sol en el centro de la ciudad, el viajero recuerda los jugadores del Padova celebrando aquel éxito con sus hinchas. Y le viene a la cabeza Alexi Lalas. En 1994, el Padova había vuelto a la *Serie A* después de 32 años perdido en ligas inferiores. El presidente era Marino Puggina, un empresario que había convertido el pequeño negocio familiar de sus padres en un imperio de supermercados aliándose con la marca neerlandesa Spar. Con él se rompió la maldición, pues el club parecía condenado a no conseguir jamás el ascenso pese a tener buen ojo con las cesiones de jugadores como Demetrio Albertini o haber

descubierto a un tal Alessandro Del Piero, que debutó con su camiseta. El Padova ascendió en 1994 gracias a un *spareggio*. Y su fichaje estrella fue Lalas, un tipo de Michigan que se había hecho famoso liderando la defensa de Estados Unidos en el Mundial de ese mismo año. Tenía una banda donde tocaba la guitarra, era pelirrojo y lucía una barba parecida a la del General Custer. Era una mezcla de estrella del rock, futbolista y *cowboy*. En un país apasionado de todo lo que llega de América, fue amor a primera vista. Aunque Lalas aterrizó en un plantel donde solo un jugador, Marco Franceschetti, chapurreaba algo de inglés. En ese equipo jugaba 'Pippo' Maniero, un delantero peleón nacido cerca de Padua. Lalas contaría años más tarde que cuando aprendía una palabra en italiano, llegaba Maniero al vestuario y le hablaba en dialecto del Véneto, confundiéndolo. "*Come xea, Alexis?*", le preguntaba. Y este ya no sabía cómo dirigirse a la gente, pues según Franceschetti debía decir "*come stai?*". Lalas superó los problemas de comunicación en un equipo que esa temporada sufrió hasta el último segundo para no bajar. Y ese día de junio del 1995, el norteamericano acabó celebrando la salvación con una bandera de su país, que se colgó del cuello, y una estatua de San Antonio. Durante todo el partido, un directivo del club había dejado esa figura detrás de la portería. La unión de lo sacro y lo profano. El viejo santo y el nuevo ídolo. Los dos llegados de fuera, pues San Antonio era lisboeta y Lalas, norteamericano.

Italia es tierra de supersticiones. De *scaramanzie*, preciosa palabra para definir todas las cosas que se pueden llegar a hacer para alejar la mala suerte. La lista no tiene fin. Esquivar gatos negros, comer lentejas el 31 de diciembre, colgar ajos, no entrar en la cama jamás con un sombrero y no abrir nunca un paraguas dentro de casa. Se suele decir que los más supersticiosos son los napolitanos, ciudad con la omnipresente presencia del *cornicello*, un pequeño cuerno rojo que trae fortuna. Durante siglos, muchos curas intentaron convencer a la población de que las supersticiones eran un pecado, aunque la batalla estaba perdida, ya que eran los mismos sacerdotes los primeros que no querían pasar por debajo de una escalera o hacían con los dedos el gesto de los cuernos, que en Italia, más que ofender, se supone que te protege. Lo saben bien en Padua, pues San Antonio es un santo generoso con los milagros. La tradición dice que si pierdes un objeto, el santo te ayudará a encontrarlo si pronuncias su oración: "Oh amado San Antonio, que tienes tu bendito

sepulcro en Padua, atiende a mis necesidades; habla a Dios de mi parte con tu lengua milagrosa, para que pueda ser consolado y escuchado". Aún queda mucha gente mayor que, en voz baja, recita esos versos mientras busca por casa las llaves del coche. Quizás algún delantero incapaz de ver portería hace lo mismo para encontrar los goles perdidos. De San Antonio también se dice que realiza trece milagros cada día, así que en junio de 1995 los directivos del Padova pensaron que le podían pedir que dedicase una de esas proezas al club de fútbol de la ciudad donde descansan sus restos. Así que dejaron la estatua detrás de la portería. Y parece ser que el santo los escuchó.

El famoso *spareggio* de 1995 se jugó tres días antes del día de San Antonio de Padua, celebrado cada 13 de junio. En esta jornada, miles de personas llegan de todos los rincones del país para pedirle que les eche una mano. Dentro de la basílica donde está enterrado, cuelgan fotos en las paredes de la capilla interior que protege su tumba. Imágenes de niños enfermos, de la persona que no responde a las cartas de amor, de estudiantes que suspenden exámenes o de maridos que no encuentran trabajo. En otros lugares de la iglesia, hay exvotos de metal centenarios con la forma de las partes del cuerpo enfermas que sanaron gracias al santo. A la gente le gusta creer en milagros, aunque incluso los sacerdotes saben que en ocasiones toca actuar, en vez de rezar. Como hicieron los de esta misma parroquia, que en los años 40 buscaban entre las imágenes colgadas en la capilla algunas que se parecieran a los judíos a los que tenían escondidos en pisos. Las fotos desaparecían, pues con ellas se confeccionaban documentos falsos para salvarles la vida.

En Padua se cuenta que ese verano de 1995 aparecieron instantáneas de los jugadores del Padova en la capilla. El viajero imagina a un viejo aficionado del club, de esos que había aguantado fiel en la grada del viejo estadio Euganeo en los años en tercera división, recortando con tijeras una foto de Lalas de una revista y llevándola a la iglesia. Y la mirada de su esposa, pensando que su marido no tiene remedio. Aunque, después de ganar en los penaltis, a ver quién les decía a esos seguidores que el santo no había sido generoso con ellos.

# *Terroni e polentoni*

"Julieta es una puta"
*Pancarta de los ultras del Napoli*

*El Véneto es una de las zonas más fáciles de recorrer. El tren que conecta Milán con Venecia cruza toda su zona central, uniendo Padua y Verona en menos de una hora. El viajero siente la tentación de bajar en Vicenza para recordar esa copa que ganó el equipo local en 1997 o los años en los que Paolo Rossi estuvo en el club. Quizás en otra ocasión.*

En este mundo cuesta encontrar un lugar como Verona. Los turistas se rinden a sus encantos con la misma facilidad que entra por la boca un sorbo de Valpolicella, el vino local. Muchos llegan ya con una idea preconcebida, pues no deja de ser la ciudad de Romeo y Julieta. Los versos de Shakespeare ayudaron a atraer a millones de personas hasta la supuesta casa de la protagonista. No hay ninguna evidencia histórica de que fuera esa. Tampoco que Romeo cantase a los pies de un balcón que el historiador Antonio Avena añadió cuando la casa fue remodelada a inicios del siglo XX. En su *Divina Comedia*, Dante Alighieri también cita a los Montesco y a los Capuleto, aunque los condena a arder en el infierno por sus disputas comerciales y políticas. Los dos jóvenes amantes, seguramente, no son más que una bella invención. Los historiadores, siempre destinados a decepcionar a los que creen, saben que existieron efectivamente dos familias llamadas Montesco y Cappelletti. Y que estos segundos, cuyo nombre se deformó en los libros, sí que estuvieron en la casa de Julieta, aunque la historia de amor

seguramente sea una adaptación libre de unos hechos reales.

El viajero se siente incómodo en Verona. Le encanta la ciudad, aunque sabe que oculta algo detrás de tanta belleza. Como la historia de Romeo y Julieta. Los turistas van desfilando hasta la famosa casa, dejando notas de amor en sus muros. Lo que quizás nació como un gesto hermoso ahora es casi un trámite grotesco, con personas que se empujan para poder encontrar un sitio donde poner sus votos amorosos. En unas semanas, los trabajadores del Ayuntamiento los barrerán y acabarán en un contenedor de reciclaje. La casa estaba en un estado ruinoso cuando Charles Dickens la visitó en el siglo XIX. Ahora es una máquina de sacar dinero a los turistas, que prefieren creer que la historia sucedió de verdad. Vivir en un sueño. Como es lógico.

El viajero cruza el río Adige por uno de los puentes hasta el barrio de la Veronetta, donde está el Caffè Carducci, un local que pronto celebrará sus primeros 100 años de vida. Es precioso. Entrar en él es recular en el tiempo. Al viajero le gusta más este café que la casa de Julieta. Aquí todo es sincero, con la familia detrás del mostrador cuidando de todos los detalles. Y en una mesa, piensa en la que muchos consideran que es la pancarta más famosa mostrada jamás en un campo de fútbol italiano: "*Giulietta è na zoccola*". O sea, Julieta es una puta, en dialecto napolitano. En un juego de extremos, una de las ciudades más bellas del mundo esconde un estadio desagradable. Por desgracia, los ultras del Hellas Verona han convertido su zona del Marcantonio Bentegodi en un nido de odio. Ellos fueron los primeros en mostrar esvásticas en encuentros de la *Serie A* y en un partido del Mundial, en 1990. Sus miembros militan en movimientos neonazis y muchos han sido detenidos por agresiones racistas. Odian a los extranjeros y a los italianos del sur. Por eso los napolitanos se vengaron atacando a Julieta. La pobre chica acabó insultada en una disputa en la que no tenía nada que ver. Suerte que no existió.

Todos los países sufren tensiones dentro de sus fronteras, aunque pocos tienen diferencias tan marcadas entre el norte y el sur como Italia. Pese a su glorioso pasado, el sur ya era más pobre cuando nació la nación moderna. Había estado controlado por reyes y barones, que apostaron por una economía basada en los latifundios, con poca industria, a diferencia del norte. Y así, la historia de la nueva Italia se ha escrito desde arriba, donde han emigrado millones de sureños para trabajar en las

fábricas de Turín, Milán o Verona. En los 50 y 60, en muchas pensiones del norte colgaban un cartel en sus fachadas: "No se alquilan habitaciones a meridionales". El racismo hacia la gente del sur no es nuevo. Los viajeros europeos que visitaron Italia en el siglo XVIII y XIX ayudaron a extender los prejuicios sobre urbes como Nápoles. Se hablaba de los '*lazzari*', los vagabundos buscavidas.

En esa época, se propagó la idea de que el clima condicionaba a la sociedad. Si hacía calor, las personas se volvían holgazanas, poco trabajadoras. Lo escribían viajeros del norte de Europa, claro, como el británico John Ruskin, que en una carta a su padre en 1845 desde Vogogna, al norte de Turín, apuntó: "Aquí y en Como la gente parece que pertenezca a una raza mucho mejor que la del sur. Al menos no se ve tanto haragán y huele a otra cosa". A estos viajeros les sobraban los italianos en general y solo los toleraban cuando parecían muy europeos. Al visitar el país, el francés Émile Zola afirmó: "La degeneración viene del sur". Y Ruskin añadió: "En el norte todo es puro, alejado de los hedores italianos". En vez de entender la esencia de esta tierra, la juzgaron desde su soberbia, sin entender que la historia no es lineal y que cuando Nápoles era una ciudad rica, Inglaterra estaba llena de barro. El visistante vuelve al centro para comer en el Ristorante Arche, justo al lado de la casa de Julieta, gestionado por la misma familia desde hace cinco generaciones. Por aquí han pasado Hemingway, Joseph Brodsky, Maria Callas o D'Annunzio. Verona es como la vida del poeta, con versos bellos, aunque también sentimientos oscuros. Quizás por tener amigos sureños, el viajero siente recelo del lugar.

El odio hacia los sureños lleva tiempo enquistado. Pese a que la mayor parte de los ultras de la Atalanta, con el '*Bocia*' incluido, son de izquierdas y contrarios al racismo, un grupo de aficionados de Bérgamo sacó hace años una pancarta en un viaje a Nápoles con el rostro de un señor con gafas. La policía no reconoció quién era y permitió que la entraran al campo. Se trataba de un retrato de Cesare Lombroso, un doctor de finales del siglo XIX que se especializó en analizar los cráneos de criminales para poder tipificar a los delincuentes y descubrir si estaban genéticamente condenados a cometer crímenes. Como en esos años existían muchos bandidos en el sur de Italia, algunos de ellos nostálgicos de un reino borbónico independiente y otros que intentaban escapar de la pobreza, Lombroso estudió muchos de sus cadáveres. Y escribió que en

la raza meridional había cierta tendencia a cometer delitos. Lombroso, por cierto, había nacido aquí.

En el estadio del Verona es donde más odio se ha mostrado. En 2022 los ultras colgaron fuera del estadio una pancarta con las banderas de Rusia y Ucrania y el siguiente mensaje: "Si hay que lanzar bombas, aquí tienen la dirección: 40° 50'N 14° 15'E". Es decir, las coordenadas de Nápoles. Fue la última fechoría en una rivalidad nacida en los 80, cuando la política acabó de penetrar en los campos italianos. Además, cuando el Napoli tenía el mejor equipo de su historia, con Maradona al frente, el Verona también disfrutaba de sus mejores años. Es más, el 'Pelusa' debutó en Italia en este césped, con una derrota frente al equipo local, que ganaría su única liga en 1985. El argentino entendió rápido que el racismo era real. Y empezó a disfrutar marcando goles a los equipos norteños.

Dos años antes, en 1983, el Napoli había fichado al brasileño Dirceu, jugador del Verona. Indignados, los ultras hicieron otro de sus carteles: "Ya no eres extranjero, Nápoles te ha acogido en el continente negro". Además de abuchear a jugadores de otras razas, los ultras veroneses estrenaron otro cántico, "¡Vesuvio, lávalos con fuego!", en referencia al volcán en activo que emerge al lado de la ciudad partenopea. Y de paso siguieron insistiendo en los tópicos que denigran a sus vecinos. Como en 1973 Nápoles sufrió una epidemia de cólera, también pasó a ser normal que en las gradas se leyeran mensajes como "Napoli cólera". En una era en la que empezaban a nacer partidos políticos que proponían más autonomía para el norte, primero, y romper Italia en dos, después, los cánticos contra los equipos del sur fueron cada vez más frecuentes. La Lega Nord, que defendió en su momento crear un estado llamado Padania para separar el norte del resto del país, tenía uno de sus feudos en Verona. Padania, por cierto, es una palabra que sirvió inicialmente para definir el valle del Po. Y que acuñó Gianni Brera para revivir los paisajes de su infancia, sin saber que acabaría siendo usada con otros fines.

Aunque ya no se trata solo de la rivalidad con el Napoli. En Verona, cualquier duelo con equipos sureños acaba marcado por el odio. En los últimos años, la rivalidad con la Salernitana ha provocado muchos accidentes, especialmente después de la final de ascenso a la *Serie B* de 2011, que ganó el Verona. En el partido jugado en Salerno, a un futbolista

veronés le lanzaron un teléfono a la cabeza. Y en las celebraciones posteriores, el entrenador del Hellas, Andrea Mandorlini, cantó una canción mofándose de los sureños usando la palabra '*terrone*'. En Italia, a los norteños los llaman '*polentoni*', pues siempre comen polenta. A los sureños, '*terroni*', pues, como son pobres, comen tierra. La mafia y el crimen organizado, que durante décadas creció en el sur aprovechando que el Estado era incapaz de ofrecer un futuro a los ciudadanos, no ha ayudado a crear una buena imagen de los meridionales, aún destinados a sufrir el desprecio en muchas regiones.

El viajero se acerca a la Arena. El gran anfiteatro romano que se alza desafiante en medio de Verona, para atestiguar que por esta ciudad han pasado diferentes imperios y reinos. La Arena veronesa se conserva mejor que el Coliseo romano, y en un acierto de las autoridades locales, tiene vida, pues cada año acoge un festival de música clásica. Incluso se jugó un amistoso de voleibol entre las selecciones de Estados Unidos y la Unión Soviética en 1988. Quien ve un concierto en este sitio, no lo olvida jamás. La música, redentora, siempre salva. Y por aquí han pasado grandes músicos del sur, llenando sus gradas, como el siciliano Franco Battiato o el napolitano Pino Daniele. Cuando Battiato falleció, fue el lugar elegido para realizar un precioso concierto de homenaje con músicos actuales versionando sus canciones. El viajero se reconcilia así con Verona, ciudad que deja marca. Todos los que la visitan se rinden a sus encantos. "¡Deliciosa Verona! Con sus hermosos edificios antiguos y su encantador paisaje que se ve a lo lejos desde senderos practicables y sólidas galerías con balaustradas", escribió Dickens. El poeta británico George Gordon Byron recordaría como "la belleza de la ciudad contrasta con la tristeza del sarcófago de Julieta, triste como su amor. He tomado unos pedazos de recuerdo para mi familia". Un británico saqueando patrimonio cultural ajeno, ninguna sorpresa. El francés Paul Valéry no se llevó más que bellos recuerdos de una ciudad "con sus antiguas murallas que la rodean, sus puentes con antepechos almenados, sus largas y anchas calles, sus vestigios de la Edad Media, con un aire grandioso que inspira respeto". Los extranjeros se enamoran de sus monumentos, más que de sus gentes. Y los italianos, que saben como son los veroneses, recitan un dicho local del Véneto: "Venecianos grandes señores, padovanos grandes doctores, vicentinos comedores de gatos y veroneses, todos locos".

En 2022, Verona eligió como alcalde a un político de izquierdas que defiende la lucha contra el racismo y se niega a odiar a los sureños, pues muchos amigos suyos lo son: el exfutbolista Damiano Tommasi. Después de años de gobierno de la derecha en la urbe, convertida en un pequeño laboratorio de las ideas que han acabado aupando a Giorgia Meloni al poder, los vecinos han apostado por Tommasi, que jugó en el Hellas y en la Roma. Incluso estuvo dos años en el Levante. El viajero acaba su vino Valpolicella brindando por el nuevo alcalde. Y caminando, ya de noche, pasa por delante del hotel Due Torri, donde durmió en 1770 un joven músico de 13 años llamado Mozart. Y en el que, desde uno de sus balcones, en 1867 Giuseppe Garibaldi hizo un discurso a favor de la unidad de Italia. Una unidad que no acaba de llegar, en un país con demasiados desequilibrios, donde los jóvenes del sur siguen emigrando. El viajero ya tiene ganas de que su ruta descienda hacia abajo.

# El *pandoro* mecánico

"Cuando el burro vuele jugaremos
el derbi en la *Serie A*"
*Pancarta de los hinchas del Verona*

*A primera hora de la mañana, pocas personas suben al autobús número 33 que sale del centro de Verona, no muy lejos de la imponente Arena. A medida que avanza, lo toman más pasajeros, que después van bajando por el larguísimo Corso Milano. Cuando han pasado 35 minutos, el viajero se queda en Via Gardesane, donde un cartel indica: "Estamos en Chievo". No hay nada más.*

El viajero avanza por el centro de Chievo. Hay una empresa del sector de la agricultura y un agroturismo. Unas pocas casas reunidas en cuatro calles, las otras esparcidas entre prados. Cerca, un canal. Chievo, un pueblo de 2.500 habitantes, pasó a ser un barrio de Verona hace años, aunque en él se sigue respirando un aire tranquilo. El viajero se acerca a un campo de fútbol sin apenas gradas. Aquí empezó a jugar el equipo local, protagonista de una de las historias más sorprendentes y dulces de la *Serie A*.

A unos diez minutos del césped, el viajero se esconde bajo las hojas de parra del Ristorante alla Bassona. Está lleno de parroquianos, lo que permite intuir que se comerá bien. Detrás de la barra, una foto de la plantilla del Chievo de hace unas temporadas. En una mampara, repostería. El viajero no sabe qué postre elegir. Si te gustan los dulces, Italia es tu lugar. Cada ciudad tiene su torta, sus galletas, sus

especialidades. No muy lejos de Verona nació en los años 50 el tiramisú. En el Piamonte crearon la *panna cotta* y en Sicilia, los *cannoli*. Los napolitanos sacan pecho con sus *sfogliatelli*. Y por toda la bota italiana el viajero queda condenado a ganar peso con los *zuccotto*, los *panforte*, la *crema carsolina* o los profiteroles, que provocan una disputa con los franceses por su paternidad.

Varias invenciones italianas se han convertido en productos de éxito a nivel internacional, concretamente algunas dedicadas a la Navidad, como el *panettone*, que ya tenemos documentado en Milán en 1450. En 1930, Dino Villani, director publicitario de la firma milanesa Motta, quiso aprovechar la misma maquinaria de los *panettone* para producir un dulce de Semana Santa, la *colomba pasquale*. En Verona, sacan pecho con el *pandoro*. Pese a que sus orígenes podrían derivar del pan de oro, dulce veneciano de la Edad Media, fue en 1894 cuando Domenico Melegatti obtuvo la patente de un postre caracterizado por su cuerpo con forma de estrella de ocho puntas, obra del pintor impresionista Angelo Dall'Oca Bianca. Y lo bautizó como *pandoro*. Ahora no puede faltar en ninguna mesa de Verona cuando llegan las fiestas.

Sin el *pandoro*, el Chievo no hubiera llegado a jugar la *Champions*. Esta zona era un lugar tranquilo, en el que los vecinos se tomaban con buen humor las peripecias de su equipo, fundado en 1929, aunque llegó a desaparecer por falta de apoyos en 1936. Después de la Segunda Guerra Mundial, se refundó. Para ahorrar, se hicieron con unas camisetas amarillas y azules de segunda mano. En 1950, llegaron a abandonar el campo cuando perdían 7-0 contra el Bardolino para evitar una goleada mayor. Algo cambió una década después, cuando el párroco Silvio Venturi logró que la diócesis prestase fondos al club para mejorar su campo de fútbol. El Chievo dejó de perder, aunque seguía siendo un equipo de regional. Y entonces llegó Luigi Campedelli. Bueno, volvió, ya que había nacido en Chievo en 1931 y había trabajado de casi todo lejos de Verona. Cuando Campedelli aterrizó en la entidad en 1964, se llamaba Cardi Chievo, ya que una empresa local del mismo nombre ponía cuatro liras para maquillar el presupuesto. La media de espectadores no llegaba a las 100 personas. Campedelli, inicialmente, no tenía demasiado tiempo para pensar en el equipo, porque seguía invirtiendo en muchísimos negocios. En 1968, junto a su socio Gino Cordioli, se hizo con el poder de la empresa de dulces Paluani, que había entrado en bancarrota y salido a

subasta. Campedelli empezó a transformar esa empresa casi familiar en un negocio gigantesco que pasó a producir miles de *pandoros*.

El éxito de los *pandoros* Paluani, que se vendían en supermercados a precios más asequibles que los artesanales, permitió a Campedelli invertir dinero en el Chievo. Y el equipo empezó a ascender categorías hasta el punto que tuvo que pedir permiso para jugar sus encuentros como local en el estadio Marcantonio Bentegodi de Verona. Mientras, el Hellas vivía sus mejores años, levantando la liga en 1985. Así que en la urbe pocos prestaban atención a las gestas del Chievo, que alcanzó la *Serie C1*, la tercera división italiana, a inicios de los 90. Pero en 1992 Luigi Campedelli falleció de un ataque al corazón y su hijo Luca pasó a hacerse cargo del proyecto. El sucesor prometió continuar la obra de su padre. Y de qué manera lo hizo. En 1994, se colaron en la *Serie B* con un joven entrenador llamado Alberto Malesani, el amigo del buen vino que acabaría comprando viñedos no muy lejos del barrio. El día del ascenso, el sacerdote Silvio Venturi subió al campanario de su iglesia para hacer sonar las campanas. Como a todo esto el Hellas Verona había bajado castigado por las deudas, en 1994 se jugó por primera vez el derbi de la ciudad. Los hinchas del Verona no se lo podían creer. Ellos, que habían sido campeones nacionales cuando el Chievo jugaba en la quinta división, ahora debían mirar a los ojos a sus pequeños contrincantes. Además, en ese choque inaugural, perdieron. En 1997, el Chievo incluso ganó 2-0 un partido que jugó con unas camisetas diseñadas por el mismo Luca Campedelli. La herida fue tan grande que los ultras del Hellas sacaron en el siguiente enfrentamiento su famosa pancarta: "Cuando el burro vuele jugaremos el derbi en *Serie A*". O sea, ante la ambición de Campedelli, le decían que antes verían un burro volar que a su club en la élite. Cuando en 2001 el Chievo ascendió, los hinchas del modesto equipo le pusieron alas a un burro de cartón gigante durante las celebraciones.

Aunque muchos pensaron que el conjunto duraría poco entre los mejores. No fue así. Campedelli, fiel al consejo de su padre de no gastar demasiado en el fútbol para no poner en riesgo a la marca Paluani, se especializó en fichar jugadores baratos para venderlos caros. Y todo mientras se proclamaba campeón de Italia en Espada Medieval, ya que era un gran apasionado de la esgrima. En sus años en lo más alto, el club llegó a tener más socios que habitantes tenía Chievo. El equipo jugaba

bien y el ambiente en el estadio era familiar, a diferencia de los partidos del Hellas, caldeados por sus ultras. Pese a un descenso que lo obligó a competir en la *Serie B* en la temporada 2008-09, el Chievo encadenó 17 años de 18 entre los más grandes. Jugadores como Simone Perrotta, Nicola Legrottaglie o Massimo Marazzina fueron internacionales con Italia mientras defendían la camiseta del club. También lo fue Sergio Pellissier, el jugador nacido en Aosta que defendió a los 'Burros alados' del 2002 al 2019.

Y fue el propio Pellissier quien acudió al rescate en 2021, cuando el Chievo desapareció. Luca Campedelli, después de un descenso a segunda en 2018, olvidó el consejo de su padre y gastó demasiado dinero pensando en volver rápido a la *Serie A*. Aquella decisión fue el inicio del fin. La entidad desapareció entre deudas y la familia Campedelli perdió el control de la Paluani, que salió a subasta pública y fue comprada por un grupo inversor alemán. Pese a que el sector juvenil del Chievo ha seguido en activo, su espacio ahora lo ocupa la Clivense, conjunto fundado en 2021 por Pellissier. El excapitán creó un club pidiendo ayuda a los hinchas del Chievo en las redes sociales. Y en su primer año, con una media de 700 espectadores, ya celebró el primer ascenso. En Chievo, Pellissier gusta. Aunque duele que el nuevo equipo ya no use el nombre de este lugar perdido en medio de la nada.

# Las lágrimas de la vieja capital

"Nosotros, herederos de un imperio;
vosotros, de un pobre campesino"
*Pancarta de los ultras del Ravenna*

*Un tren cómodo transporta al viajero de Verona a Bolonia en una hora. Luego toca esperar otro tren que se dirige a la costa para llegar a Rávena, situada en el corazón de la Romaña, uno de los graneros de Italia.*

Cuentan que fue en uno de los pocos derbis que se ha jugado entre el Ravenna y el Cesena. Los ultras del club local sacaron una pancarta que atacaba a los visitantes: decían que eran herederos de un pobre campesino. Como si eso fuese algo malo. El partido lo ganaron los de Cesena, por cierto, como casi siempre. En el derbi de la Romaña, los herederos de un imperio suelen perder. El viajero mira por fuera el estadio Bruno Benelli, inaugurado en los años 60 con un amistoso entre el club local y la Juventus. Se nota que hace mucho que no se juegan partidos grandes aquí.

El viajero, por fin, ha vuelto a una de las regiones más interesantes de Italia, la Emilia-Romaña. No hace tanto ya pisó Piacenza, aunque la ciudad, en este momento, queda lejos, en el tiempo y en el espacio. Piacenza se ubica en la punta de la Emilia. Ahora está en la Romaña, uno de los corazones agrícolas del país, aunque en las últimas décadas ha llegado otra fuente de ingresos: el turismo. No muy lejos emerge Rímini,

ciudad que ya fue un puerto activo en tiempos romanos, aunque ahora es un destino de vacaciones para millones de personas. La costa romañola, larga y llena de playas, ha visto cómo crecen los hoteles y los apartamentos como setas. La Juve hace mucho que no juega en Rávena. En Rímini jugó en 2006, el año en que la todopoderosa '*Vecchia Signora*' fue enviada a segunda en los despachos.

El viajero ha bajado en la estación de tren de Rávena, justo al lado de las dársenas, en un canal que conecta con el mar. La leyenda cuenta que hace siglos esta urbe fue como Venecia, una población levantada sobre estructuras de madera en unas marismas. El agua se fue apartando, en parte por el curso de la naturaleza, en parte por la mano del hombre. Y Rávena se convirtió en una de las ciudades más bonitas de Italia durante siglos. Cuesta imaginarlo hoy en día, convertida en un entramado de calles donde solamente las preciosas iglesias y monumentos recuerdan que fue capital hasta en tres ocasiones. El viajero busca mesa en la terraza del Caffè Cavour, en el centro. Y repasa su historia. Cuando el Imperio romano se dividió en dos, el emperador Honorio decidió trasladar la capital de la parte occidental desde Roma hasta aquí. Se consideraba que estaba mejor conectada con los hermanos orientales. Aunque en 476, cayó el Imperio romano de Occidente, dando paso a unos años caóticos con reyes ostrogodos, que aun así también hicieron de Rávena su centro neurálgico. En el año 540, el Imperio romano de Oriente invadió la zona y la conquistó. Y la ciudad se convirtió en la sede de su Gobierno hasta 751, cuando fue conquistada por los lombardos. En tres siglos, fue capital de tres entes políticos diferentes y estaba bien conectada con Oriente, desde donde llegaron artistas que crearon iglesias de estilo ortodoxo, con sus famosos mosaicos, que parecen más griegos que italianos. El viajero podría estar horas y horas mirando esas obras, como la iglesia de San Vitale, la basílica de San Apolinar o el mausoleo de Gala Placidia, la hermana del emperador Honorio que ejerció de regente y ayudó en la consolidación del cristianismo.

Durante siglos, los viajeros han llegado hasta aquí para visitar los monumentos. Las iglesias gustan, pero la urbe decepciona. El checo Karel Capek escribió en los años 30 que "es una ciudad medio muerta, sin nada de particular". El poeta ruso Aleksandr Blok le dedicó otras palabras: "Todos los regímenes transitorios que se derrumbaron, todas las reglas fugaces que fueron borradas, no han perturbado el sueño de

Rávena, arrullada en el abrazo de la eternidad". El viajero tiene esa sensación. Es una ciudad que carga la cruz de saber que fue una gran capital y ahora simplemente es una capital de provincias agradable que recibe turistas que llegan para ver esos monumentos que recuerdan su gran pasado. El viajero busca mesa en la centenaria Trattoria al Gallo, donde comió en una ocasión el escritor catalán Manuel Vázquez Montalbán. Ofrecen pescado, espárragos y pasta hecha a mano. Pese a que el negocio abrió en 1906, parte del edificio es de 1945, pues las bombas aliadas destruyeron muchos metros del centro de Rávena, incluido el restaurante. Se podría pensar que la ciudad que se levantó en lugar de la vieja, alrededor de los monumentos, pretendía de forma deliberada no tener demasiado encanto, para que todas las miradas fueran a parar a los mosaicos de las iglesias. El pasado manda. Y el viajero piensa en las frases del periodista Indro Montanelli, quien, reflexionando sobre los problemas de su país, apuntaba a uno en concreto: el peso del pasado. Quien duerme rodeado de restos romanos y de arte del Renacimiento es imposible que no sienta nostalgia por aquello que no ha vivido. No ayuda a avanzar. "Uno de los problemas de Italia es tener este pasado. Es tener como capital una ciudad desproporcionada, por el peso de su nombre y su pasado. Y todo, comparado con un pueblo modesto que cuando chilla '*Forza Roma!*' lo hace para hablar solo de fútbol", argumentaba el cronista.

El viajero siente que en Rávena pasa algo parecido. Todo gira alrededor del pasado, que convierte a algunos de sus vecinos, como los hinchas que sacaron la pancarta comentada, en personajes un poco fanfarrones. Durante la Edad Media, en el centro de Italia cada ciudad era un ente independiente dominado por familias que rendían pleitesía al papa o un emperador. Cada generación tenía su guerra, con cambios de alianzas. El gran poeta florentino Dante, favorable al emperador, acabó exiliado en Rávena, donde falleció y fue enterrado. Esta ciudad se levantó en armas contra los Estados Pontificios en diversas ocasiones. En una de ellas, las tropas papales la derrotaron y entraron en Cesena, que hasta entonces había estado bajo su control. Las crónicas hablan de saqueos y masacres, como el llamado 'Baño de sangre de Cesena', cuando los escuadrones religiosos, poco piadosos, asesinaron a miles de civiles. Aunque, curiosamente, serían los papas los que cambiarían la suerte de Cesena. A partir del 1500, la ciudad se convirtió en la segunda en

importancia de los Estados Pontificios. En Cesena nacieron Pío VI, Pío VII y Pío VIII, así que se ganó el título de la ciudad de los tres papas. Rávena, con sus iglesias orientales, empezó a quedar a la sombra de su vecina, con sus iglesias romanas. Hoy en día Cesena aún depende de la agricultura, y en ella viven unas 100.000 personas.

Y cómo no, fue alguien que venía de los campos quien consiguió que Cesena también fuese famosa por el fútbol. En los 60, el Cesena era un equipo de regional, nada más. Hasta que llegó Dino Manuzzi, un empresario del sector de la fruta que había levantado él solito un pequeño imperio. En 1964 asumió la presidencia del club, relevando a un conde que estaba más pendiente de las fiestas que de los partidos. Y no paró hasta verlo ascender a la *Serie B* en 1968 y a la *Serie A* en 1973. Cesena irrumpió en el mapa futbolístico con fuerza. Y en la temporada 75-76 acabó en la sexta posición de la máxima categoría, consiguiendo un billete para la UEFA. El entrenador era Gigi Radice. Manuzzi controlaba los fichajes de jugadores baratos, a los que luego vendía a precios altos. Uno de ellos, por cierto, fue Ariedo Braida, futuro director deportivo del Milan. Aunque el Cesena bajaría a segunda en 1977, el mismo año de la aventura europea.

En 1979, Manuzzi sufrió un accidente del que no se recuperaría. Así que cedió la presidencia a su sobrino Edmeo Luganesi, un tipo sin estudios que había trabajado de camarero y de ayudante de barbero. Luganesi siempre reivindicaba que no hacían falta diplomas en el fútbol. Y con su carácter, consiguió que el Cesena, en los 80, jugase siete años en la *Serie A*, apostando por entrenadores como Arrigo Sacchi o Marcelo Lippi. O por jugadores como Sebastiano Rossi, Dario Hübner o Ruggiero Rizzitelli. El equipo era tan famoso, que incluso el actor Alberto Sordi se inspiró en Manuzzi y Luganesi para interpretar el personaje de un mandamás en la comedia *Il presidente del Borgorosso Football Club*. Los campesinos se habían labrado el camino hasta la élite. Y en Rávena dolía mucho, pues ellos, pese a ser más habitantes, seguían sintiéndose una y otra vez derrotados. En la vieja capital imperial solamente podían sacar pecho con su voleibol, ya que dos entidades locales habían ganado la liga y una fue campeona de Europa. El club de fútbol, fundado en 1913, era una sombra hasta que los Corvetta, una familia de armadores de barcos, se pusieron al timón de la nave a inicios de los 90. Gracias a ellos llegaría el primer ascenso a la *Serie B* en 1993 y con él, los únicos derbis jugados

con el Cesena en segunda. En Rávena, el día que los hinchas locales sacaron su pancarta, ganó el Cesena 0-2. Aunque en la vuelta, el derrotado se impuso por el mismo resultado con un gol de un joven delantero llamado Christian Vieri. Igualmente, descendería. La vieja capital sigue triste.

El viajero piensa en el pasado y sus heridas. Cosas sucedidas antes de nuestro nacimiento nos pueden condicionar y a veces ni lo sabemos. Y recuerda la preciosa película *La mejor juventud*, de Marco Tullio Giordana, con escenas rodadas en Rávena, donde un padre no quiere saber nada de su hija. En ocasiones, romper con el pasado es un error. En otras, un acierto. Desgraciadamente, no existe una guía que permita saber qué hacer en cada caso.

El viajero se despide de Rávena delante de la venerada tumba de Dante. Falleció en el exilio, derrotado. Sin saber que con el paso de los años, él formaría parte de ese pasado glorioso e inmortal que sigue tan vivo en Italia.

# Los besos robados

"Qué bonito es hacer el amor,
yo estoy lista, ¿y tú?"
*Raffaella Carrà*

*El tren abandona la Romaña para entrar en la Emilia, pasando por uno de los templos del motor italianos, Imola. Cuando el viajero llega a la estación central de Bolonia, visita la placa que recuerda el peor atentado sufrido en Italia después de la Segunda Guerra Mundial, cuando una bomba fascista mató a 80 personas en agosto de 1980. El Gobierno culpó inicialmente a las Brigadas Rojas comunistas. Después se probó que los servicios secretos del Estado habían creado pistas falsas para entorpecer las investigaciones.*

Solamente cruzar la plaza que hay delante de la estación, el viajero sabe que ha llegado a una ciudad especial. Bolonia tiene alma. Y él, ganas de quitarse de encima el mal cuerpo que le ha dejado la placa que recuerda la bomba de 1980. Decide usar la música para cambiar su humor. Duda entre dos de los hijos ilustres de Bolonia, el gran Lucio Dalla o la maravillosa Raffaella Carrà. La elige a ella. Y su voz empieza a cantar. "*A far l'amore comincia tu / Scoppia, scoppia mi sco / Scoppia, scoppia mi scoppia il cuor!*". Algunos aún no se toman en serio a Carrà, cuando fue una revolucionaria. Hizo caer velos, rompió prejuicios, se expresó con libertad. La Italia de los años 60 y 70 aún seguía siendo muy conservadora. Y ella empezó a cantarle al sexo usando la imaginación. ¿Qué hay de malo en cantar sobre sexo si todos piensan en él?

Para muchos, Italia es una tierra de romances, amantes y deseos. Ya en el siglo XVIII, algunos libros de viajes nos hablan de encuentros furtivos. En el XIX, muchas damas soñaban con entregar su corazón a jóvenes italianos. El escándalo formaba parte del día a día del vecindario, como en las villas de Como. En Venecia, los bailes de máscaras daban paso a noches de locura. El mito de Casanova se basaba en hechos reales, no era una invención. Esta es una sociedad apasionada, quizás por herencia del Imperio romano, cuando el deseo de la carne no estaba mal visto. Italia es una gran contradicción, con los frescos sensuales de Pompeya y los sermones del Vaticano, que hasta mediados de los 70 presionaban a la *RAI* para que no se mostrasen ombligos en la pantalla. La primera mujer que lo enseñó en directo fue Raffaella, cómo no. Dijo que el top que lucía era demasiado pequeño y que en un descuido se le había destapado. Años más tarde, una genovesa, Sabrina Salerno, también hablaría en los mismos términos cuando mostró un pezón. Era otra época. Sabrina encarnaba la idea femenina que ya le gustaba a la televisión de Berlusconi, era más un objeto que una mente con discurso. Raffaella sí le daba voz a las mujeres, hablaba de libertad cuando decía que había tenido "muchas experiencias" y que lo más importante era hacerlo "con quien quieras tú". En esa Italia de piropos por la calle, donde el hombre con muchas amantes era un campeón, la mujer no podía tener iniciativa. Carrà se sublevó contra todo eso. A ella nadie le decía a quién debía desear.

La cantante, que entrevistó a la Madre Teresa de Calcuta, defendió los derechos de la comunidad LGTBI y bailó en la Plaza Roja de Moscú, había nacido con el nombre de Raffaella Maria Roberta Pelloni en Bolonia en 1943, el mismo año y en la misma ciudad que Lucio Dalla. En 1970, Dalla escribió una canción que bautizó con el nombre de *Gesù Bambino* (niño Jesús), donde hablaba de la historia de una chica joven que tiene una relación con un soldado aliado que perderá la vida poco después en la guerra. Ella, embarazada, cría a su hijo en un puerto, sola, con una falda cada día más corta. La primera vez que cantó la canción fue en el teatro Duse de Bolonia. Gustó. Así que la llevó al prestigioso festival de San Remo, donde la censuraron. La letra decía: "Y aún ahora que digo palabrotas y bebo vino, para los ladrones y las putas soy el niño Jesús". Lo obligaron a cambiar la letra por "y aún ahora que juego a las cartas y bebo vino, para la gente del puerto mi nombre es Niño Jesús". El

título de la canción también fue modificado por presiones de la iglesia, cambiando a *4 de marzo de 1943*. O sea, su fecha de nacimiento. Los boloñeses son de armas tomar. Stendhal ya dijo de ellos en el siglo XIX que "están llenos de fuego, pasión, generosidad y, a veces, imprudencia".

Raffaella invita a liberarse bailando y Lucio Dalla enamora con sus letras, de las más bellas de la música italiana. Cuando llega Navidad, el centro de Bolonia se llena de luces y el Ayuntamiento, en ocasiones, cuelga sus versos para iluminar las calles. De ser censurados en su momento, a convertirse en adornos navideños. Una pequeña victoria. El viajero se siente feliz en la ciudad con el segundo casco antiguo más grande de Europa, solo por detrás de Venecia. La urbe con más kilómetros de calles con pórticos. Aunque llueva, se puede ir de un sitio a otro sin mojarse. A Bolonia la presiden dos gigantescas torres, más torcidas que la de Pisa. Se cuenta que llegó a tener centenares, ya que cada familia competía con la vecina para tener la más alta. Han sobrevivido las dos más amadas, la Garisenda y la Asinelli. La primera tiene un grado de inclinación con respecto a la vertical de 3,2 metros, y la segunda tiene una altura de 97,6 metros. Las vistas desde abajo impresionan. Desde arriba, aún más. A sus pies, miles de estudiantes han vivido los mejores años de su vida en la universidad local, la más antigua de Europa, tras más de 1.000 años en pie.

El viajero se pasa por la pastelería Paolo Atti & Figli, uno de los hornos más antiguos de Italia, donde se puede comprar pasta hecha a mano y dulces. Muchos llaman a esta ciudad la 'Gorda', pues es uno de los rincones del país donde mejor se come. Comer mal en ella, de hecho, es casi imposible, aunque siempre habrá turistas que se metan en locales de *fast food* americanos. Les deberían prohibir la entrada, piensa el viajero. Otros, la llaman la 'Roja' por ser un feudo de las izquierdas donde mandaron los comunistas de 1945 a 1993. Solamente del 1999 al 2004 la derecha pudo llegar a la alcaldía con una gran alianza que duraría poco en el poder. El nombre de la ciudad, ideal para hacer rimas, provocó que la prensa titulara "*Bologna vergogna*" cuando su histórico equipo de fútbol bajó a tercera en los 80. Cuando ganan, en cambio, escribe: "*Bologna sogna*". Con siete títulos de liga, el Bologna es todo un clásico del deporte italiano, aunque sus mejores años han pasado. La urbe, siempre vitalista, es una de las que más tradición deportiva tiene, especialmente por sus dos grandes equipos de baloncesto, la Virtus y la

Fortitudo. Tanto se vive el deporte en la capital de la Emilia-Romaña que durante los primeros años del fascismo aquí tenían su sede el Comité Olímpico Italiano y la federación de fútbol, en parte gracias a Leandro Arpinati, el hijo de un socialista que más tarde sería un fiel aliado de Mussolini. Arpinati participó en la masacre del Palazzo d'Accursio de 1920, cuando las escuadras fascistas atacaron a los militantes de izquierdas que celebraban haber ganado las elecciones municipales. Empezó así una cruel ola de violencia que llevaría al poder a las camisas negras. En 1927, Arpinati decretó que el título de liga quedaba desierto después de la derrota de su Bologna en la final contra el Torino, acusando al conjunto turinés de haber usado un jugador que pertenecía a la Juve. En Turín aún defienden que les robaron.

El viajero, en su deambular por unas calles que invitan a caminar sin rumbo, pasa por delante del histórico Grand Hotel Majestic, donde han dormido Frank Sinatra, Lady Di y Ava Gardner. En 1914, una reunión de futuristas dentro de este edificio acabó con una pelea, pues estos habían acusado a la sociedad boloñesa de estar controlada por los profesores de la universidad, previsibles y sin alma. Filippo Tommaso Marinetti, Umberto Boccioni o Carlo Carrà lanzando sillas a estudiantes locales. El apellido del pintor, Carrà, por cierto, sería el elegido por Raffaella cuando le tocó buscar un nombre artístico por consejo del director Dante Guardamagna. La de historias que esconde este lugar. Pier Paolo Pasolini dejaría escrito un pequeño verso: "¡Hermosa y dulce Bolonia! Allí pasé siete años, quizás los más hermosos...". El poeta y director de cine era hincha del club local. Lo seguía siempre que podía por media Italia.

La temporada 1963-64, el Bologna ganó por última vez la liga italiana. Y de qué forma. Fue la única ocasión en la que se jugó un *spareggio*, un partido de desempate, para decidir el campeón. El Inter que había reinado en Europa acabó igualado a puntos con los '*Rossoblú*', que llegaron al encuentro definitivo de Roma tristes, pues cuatro días antes de la final falleció de un ataque al corazón Renato Dall'Ara, su presidente, mientras estaba reunido con su colega Moratti para preparar el choque. Dall'Ara era un tipo de orígenes muy humildes que había empezado a ganar dinero con un negocio textil. Buscavidas, se afilió al partido fascista más por oportunismo que por ideología, sin imaginar que Arpinati se fijaría en él y le encargaría presidir el Bologna en 1934. Cuentan que Dall'Ara no entendía mucho de fútbol, aunque una vez

entró en el palco, se enamoró del club. Sería suya la apuesta por un entrenador húngaro llamado Árpád Weisz, con el que el Bologna ganó ligas y un torneo de la Exposición de París en 1937. Los boloñeses defienden a capa y espada que era como la *Champions* de la época. En 1938, Weisz abandonó la entidad. ¿El motivo? Era judío e Italia había sancionado las leyes raciales. Falleció en Auschtwitz y Dall'Ara lloró cuando lo supo. Después de la guerra, seguiría como presidente del club. Tan amado era que una ciudad roja le perdonó su paso por el partido fascista. En 1961, eligió como entrenador al romano Fulvio Bernardini, quien después de golear por 7-1 al Modena en el gran derbi local afirmó sobre su propio equipo de forma altanera que "así solo se juega en el paraíso". Y cierto es que ese conjunto cuidaba el balón, con una propuesta más estética que la del defensivo Inter de Helenio Herrera. Decididos a ganar para homenajear a su presidente, los jugadores del Bologna impusieron su juego y se llevaron por 2-0 el *spareggio*. El viajero entra en el precioso Caffè Pasticceria Gamberini, donde Mario Monicelli rodó escenas de su film *Amici miei*. Y en una mesa busca la crónica de aquel partido de Roma que firmó Gianni Brera. "Los boloñeses se abrazan con alegría: los hinchas del Inter sacuden la cabeza y se enojan. Se acabó. Suárez falla el último tiro. Los boloñeses sacan a Bernardini al campo y se lo suben a hombros. Comienza la fiesta", escribió.

Bernardini fue el héroe de esa temporada. Y Pasolini lo festejó, aunque admitió que se había sentido culpable por descentrar a los jugadores a inicios de curso. A finales de 1963, el director rodó el documental *Comizi di amore*, en el que salió a la calle con una cámara y un micrófono para hablar sobre sexo. Charló con campesinos, militares y actores. Visitó ciudades, pueblos y playas. Preguntó a jóvenes y a ancianos, a hombres y a mujeres. Y también visitó a la plantilla del Bologna. A Mirko Pavinato, un defensa, le preguntó si su idea de vida sexual estaba relacionada con el placer o con la inquietud. El chico respondió que con el placer. Luego le deslizó si la gente del Véneto, una región muy católica, tenía "la típica inhibición católica en este aspecto". El jugador, que era de Vicenza, dijo que él no la tenía. Respondía casi con monosílabos. Pasolini, feliz de hablar con los jugadores que admiraba, los incomodó, pues no estaban acostumbrados a tocar estos temas. El gran capitán del equipo, Giacomo Bulgarelli, diría que "casi todos hemos aprendido del catecismo... Sobre todas estas cosas, en la iglesia, en la

parroquia, y cada uno de nosotros siente en el fondo del fondo esa represión". A Carlo Furlanis le preguntó: "En el terreno profesional, es una obligación frecuentar poco a las mujeres, en el sentido de que tenéis deberes precisos de tipo atlético, físico, ¿no? ¿Usted piensa que esta continencia que les imponen es por razones fisiológicas o también psicológicas?". El defensor respondió que solo fisiológicas.

Pasolini, como la Carrà, tenía una visión del sexo libre, pura. Años más tarde, el director, uno de los primeros italianos en hablar públicamente de su homosexualidad, dirigió tres películas preciosas con las que versionó tres clásicos de la literatura universal para demostrar que el deseo, el sexo y la pasión forman parte de nuestras vidas. Con *El Decamerón*, *Los cuentos de Canterbury* y *Las mil y una noches*, el poeta se aproximó al sexo desde la belleza y la inocencia. Las cintas provocaron debates, y aunque fueron un éxito, este hecho no dejó tranquilo a Pasolini, que entendió que mucha gente acudió al cine solo por el morbo. Italia seguía siendo demasiado conservadora para un librepensador como él, que sería asesinado en un crimen que aún nadie sabe muy bien por qué sucedió en 1975, cuando se disponía a pasar una noche haciendo el amor con un chico que conoció en las calles de Roma.

Quizás en este país han aflorado tantos deseos, precisamente, a causa de la represión que siempre hubo sobre el sexo. El viajero recuerda esa preciosa escena del final de *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore, cuando el protagonista mira el viejo rollo con las imágenes de besos y desnudos que el cura del pueblo censuró durante años. Aparecen Ingrid Bergman, Greta Garbo, Marcello Mastroianni y el humorista Totó, asustado cuando le dan un beso. Otro momento icónico son las piernas descubiertas de Silvana Mangano en *Arroz amargo*, película en la que se besa con Raf Vallone, el actor que fue jugador del Torino y partisano. O la actriz livornesa Doris Duranti enseñando desafiante los pechos en *Carmela*, la maravillosa Anna Magnani con Gastone Renzelli en *Bellissima* o los films mudos de Rodolfo Valentino, que para muchos fue el primer gran seductor de Hollywood. Italiano, claro. El viajero cree que a varias generaciones les robaron los besos en la gran pantalla y que por esto los buscaron, torpes, en las calles.

# El Imperio dentro de un sobre

"¿Mi Módena?
Un sitio bastardo aunque lleno de vida"
*Francesco Guccini*

*En solamente 30 minutos, el viajero se escapa de la sombra de las dos torres de Bolonia para llegar a Módena. Es extremadamente cómodo viajar por la Emilia-Romaña, pues las principales ciudades se encuentran en fila, alineadas con la vía del tren, esperando al visitante. Aunque no todos se paran en Módena. Craso error.*

En abril de 2001, un accidente de coche cerca de Florencia en una noche de niebla provocó un atasco descomunal. Enzo Vizzari, un prestigioso crítico gastronómico, quedó atrapado en esa cárcel de pitos de claxon y humo, así que escapó por una salida de la autopista. Lo que debía ser un viaje rápido entre Roma y Milán se convirtió en una pesadilla. Vizzari acabó en Módena, donde decidió pasar la noche. En la recepción del hotel, preguntó si había algún restaurante diferente en la ciudad, para saciar su curiosidad. Le dijeron que un cocinero que en el pasado había regentado un local de cierto éxito había vuelto a casa casado con una norteamericana después de años fuera, y había abierto un lugar para comer que no tenía ningún tipo de sentido. Vizzari, intrigado, se dejó caer por ese pequeño comedor que tenía seis mesas. No había clientes. Acababa de descubrir la Osteria Francescana de Massimo

Bottura, considerado hoy en día uno de los mejores restaurantes del mundo.

"A los modeneses nos cuesta cambiar, pues vivimos bien. Tenemos productos tan perfectos que no pensamos en evolucionar. Por eso me querían matar, pues estaba repensando la cocina de nuestras abuelas y madres", suele decir Bottura, quien se enamoró de la cocina robando los *tortellini* crudos de su abuela Ancella. Cuando años más tarde creó un plato que eran seis *tortellini* caminando hacía una sopa, un vecino lo insultó. ¿Qué era eso de poner solamente seis *tortellini* en una ciudad donde te sirven 40 en una sola ración? Ahora que es famoso y da trabajo a mucha gente, Bottura es amado por los suyos. Los mismos que hace poco lo odiaban por hereje. El viajero piensa que no es buena idea enfrentarse a un tipo de Módena. Por eso hay tantas caras de mártires caídos luchando contra el fascismo en un monumento al pie de la catedral. Por eso un modenés, el editor Angelo Formiggini, protestó contra las leyes raciales de Mussolini saltando del campanario de ese mismo edificio. Formiggini, judío, protagonizó la acción "de protesta más trágica y artística en la lucha contra la odiosa persecución racial", como escribiría Indro Montanelli. Por eso los modeneses han destacado en tantos campos, porque van sobrados de personalidad. Esta ciudad une artesanía con industria, cultura con gastronomía. Es famosa por sus aceites, sus vinos y su pasta. Y un paraíso para todos los amantes del motor, pues la región también es la casa de los Ferrari. Para muchos italianos, Ferrari es más importante que el papa de Roma, su padre y su trabajo. Enzo Ferrari nació aquí. Dicen que de niño quería ser cantante de ópera. No pudo ser como otro modenés, Luciano Pavarotti, aunque creó una leyenda con sus bólidos rojos. En Módena también tienen su sede otras marcas como Maserati y Pagani, una empresa que produce pocos automóviles al año para gente sin problemas bancarios. Otra compañía mítica de bólidos, Stanguellini, tiene un museo en las calles modenesas. ¿Imola? No está lejos. ¿Maranello? A pocos kilómetros. ¿Los Lamborghini? De Sant'Agata Bolognese, a diez minutos.

Módena es un tesoro, una exposición de arte sin paredes. La ciudad de Pavarotti, quien convirtió su casa en las afueras en una exposición. En Módena cuidan los detalles. Su centro histórico, con muchas calles peatonales llenas de bicicletas, son un canto a la vida. Esta urbe, un poco bastarda porque los empresarios que han triunfado en ella tenían poca

ética y mucha ambición, sigue estando llena de ritmo, como explica uno de sus cantautores, Francesco Guccini. Pocas ciudades pueden presumir de haber dado tanto a su país. El mejor restaurante de Italia, la Ferrari, Pavarotti y el aceite de Módena. Ser así de cabezota ya forma parte de la identidad local, como lo ejemplifica la leyenda de la guerra que mantuvieron en 1323 contra Bolonia. Guerra provocada por un cubo que soldados modeneses robaron de un pozo de sus vecinos.

Por si fuera poco, Módena también es la capital de las *figurine*, los cromos. Qué preciosidad de palabra, '*figurine*'. El viajero la murmura y la anota en su libreta, en una mesa del Caffè Cibo. Un negocio moderno justo en la esquina de la Via Duomo con la plaza de la catedral, en una de las numerosas calles porticadas que tanto abundan en esta región. Aquí, donde hoy se encuentra el café, en 1945 existía un quiosco que fue comprado por Olga Cuoghi, una madre de familia que había perdido a su marido en la guerra. Eran años duros, posteriores al conflicto, así que sus hijos la ayudaban después de la escuela. Benito y Giuseppe vendían tabaco y periódicos, hablaban con los distribuidores, recortaban a escondidas algunas fotos de mujeres enseñando las piernas, y leían las crónicas de todos los partidos de fútbol. Les encantaba ese deporte. Además, el Modena, entonces, tenía buen equipo. En 1947 incluso acabó tercero en la *Serie A*. Los dos chicos convirtieron ese quiosco en su vida y fundaron una empresa de distribución de prensa que poco a poco dio beneficios. En 1960, les dijeron que la editorial Nannina suspendía pagos y se deshacía de un montón de material que ya no iba a ser usado. Los hermanos compraron un lote gigantesco de cromos de fútbol sin usar, los metieron en sobres y los sacaron a la venta a diez liras. Vendieron tres millones de sobres. Tardaron poco en entender que habían dado con la tecla. En 1961, pues, encargaron sus propios cromos, con un álbum para coleccionar las figuras en cuya portada aparecía el delantero sueco del Milan Nils Liedholm. La colección fue bautizada con su apellido: Panini. En la temporada 1961-62 vendieron 15 millones de sobres. Y el primer cromo Panini impreso, con la cara del capitán del Inter Bruno Bolchi, hoy es un objeto de coleccionista por el que se pagan miles de euros.

El viajero observa la placa que el Ayuntamiento situó en el lugar donde estaba el quiosco de los Panini, con el precioso Duomo de fondo. Es un relieve que imita esa primera portada del álbum. Dos hermanos más, Umberto y Franco, se unirían años más tarde a un proyecto que en

esa primera edición tenía una doble página final dedicada al '*Grande Torino*' de 1949. Los ejemplares todavía se pueden ver en el museo de los cromos de Módena, fundado gracias a la colección personal que Giuseppe Panini donó al archivo público después de años recopilando cromos de otros países y otras épocas. Cromos franceses de mitad del siglo XIX, cuando nacieron. Y cromos italianos de los años 20, que eran muy grandes y que se escondían dentro de los paquetes de chocolate. A los italianos, las *figurine* les han gustado siempre. Aunque tuvieron que ser unos modeneses como los Panini, gente con visión empresarial y pasión por los detalles, los que elevaran ese juego de niños a otro nivel, creando un imperio que ha llegado a 120 países. Giuseppe no solamente lideró la empresa. También creó la liga italiana de otra de sus obsesiones, el voleibol.

El único problema para la gente de Módena es la casi inexplicable razón por la cual una ciudad como esta, con tanta gloria por metro cuadrado, no consigue tener un buen equipo de fútbol. Como si fuese castigada por su soberbia, provocando que, curiosamente, sean sus vecinos los que disfruten. En la provincia, los últimos años, dos equipos han tocado el cielo. El Carpi, club de una ciudad de 60.000 habitantes, jugó en la *Serie A* en la temporada 2015-16. Y, cómo no, el Sassuolo, conjunto de una ciudad vecina que gracias al dinero de la empresa Mapei se ha convertido en un proyecto de éxito. Para los hinchas del Modena, que solamente pueden recordar un breve paso por la élite en la temporada 2003-04, no es fácil ver cómo son sus vecinos los que gozan cada fin de semana, mientras ellos han sufrido dos bancarrotas y un montón de descensos. Quizás por eso, cuando en 2022 el Modena jugó en la *Coppa* contra el Sassuolo y lo eliminó por sorpresa, los ultras modeneses lo celebraron lanzando con rabia piedras al bus del rival.

# La guerra del queso

"Había una montaña toda de queso *parmigiano*
rallado encima de macarrones y raviolis"
*Giovanni Boccaccio,* El Decamerón

*En los años 50, el Gobierno italiano impulsó el proyecto de la llamada 'Autostrada del Sole', para unir Milán y Nápoles pasando por las principales ciudades del país. Cuando la autopista cruza la región de la Emilia, los locales se mofan del nombre, pues normalmente les toca conducir con lluvia y niebla. El viajero, cómo no, prefiere ir en tren hasta Reggio Emilia. Tarda menos de 15 minutos desde Módena.*

El viajero llega con hambre. Cruzar la Emilia-Romaña significa poner a prueba todas las dietas y caer en las garras del pecado capital de la gula. En cada ciudad puedes encontrar cocineros que abrazan un trozo de carne de vaca o un queso con amor, como si fuesen sus hijos recién nacidos. La forma con la que un chef italiano toca algunos ingredientes es pura poesía. En estos lares, los especialistas golpean los gigantescos quesos con cariño. Tac, tac. Con el puño cerrado, aunque sin violencia, pues el ruido les indica el grado de maduración. Esos hombres cuidan más a los quesos que a sus amigos. En estas tierras, el viajero se siente feliz. Adentrándose en las calles del centro de Reggio Emilia llega al restaurante Italo. Manteles de cuadros rojos y blancos, viejos dibujos en las paredes y el vino servido en botellas *fiasco*, de culo redondo, que llegan dentro de una canasta fabricada a mano con una hierba que crece en los pantanos. Es exactamente lo que el visitante deseaba. Giovanni

Boccaccio, en *El Decamerón*, ya citaba estas botellas. Y también hablaba del queso de la zona, el *parmigiano*, puesto encima de una ración de macarrones. Así que el viajero se decanta por un plato de pasta bien abundante y cuando toca pedir queso para rallar, no comete un error. Pide queso *reggiano*.

En Italia no se juega con el queso. Con más de 480 variedades y 300 tipos diferentes de denominación de origen, el país es un paraíso para los queseros. En la Lombardía, el viajero había descubierto que Gorgonzola es una ciudad. Ni se le había pasado por la cabeza que pudiese ser algo más que un queso. También había descubierto que el club de Gorgonzola se llama Giana Erminio, imaginando que lo bautizaron en honor de una señora. Pero no: Erminio Giana fue un chico de Gorgonzola fallecido en la Primera Guerra Mundial. En Italia, especialmente cuando toca ponerse firme, siempre se dice primero el apellido. El tal Erminio, por cierto, provenía de una familia de productores de queso. Italia es la tierra de la *burrata*, la *mozzarella*, el *grana padano*, el *provolone*, los *pecorinos*, la *ricotta*, la *scamorza*, el *taleggio*... La sonoridad de los nombres ya invita a dar un bocado. Aunque estos alimentos lácteos se toman tan en serio que cualquiera puede acabar con un ojo morado por su culpa.

En Reggio Emilia aman su queso, aunque sus vecinos de Parma se han vendido mejor al mundo. En esta ciudad se come queso *reggiano*. En Parma, en cambio, hablan del *parmigiano*. Y como se cuenta que en algunas ferias de alimentos productores de una y otra ciudad habían llegado a las manos por el tema, el Ministerio de Agricultura italiano tuvo que poner paz creando una etiqueta que no gusta demasiado en ninguno de los dos lados: el *parmigiano reggiano*. Si en Brescia y Bérgamo se pelean por los *casoncelli*, aquí se pelean por el queso. Básicamente, producen el mismo producto, pero cada localidad afirma haber empezado antes. Nadie lo sabe a ciencia cierta.

El viajero sonríe imaginando empresarios del queso a tortas en una feria gastronómica en el extranjero. Y se entusiasma mirando las fotos de personas famosas que han pasado por el restaurante Italo, el más viejo de Reggio Emilia. No pueden faltar los dos grandes músicos nacidos en la ciudad: Adelmo Fornaciari, más conocido como Zucchero, y el rockero Luciano Ligabue, quien escribió *Una vita da mediano*, donde rinde un homenaje a Gabriele Oriali, el campeón del mundo de 1982 conocido por trabajar de forma incansable en el terreno de juego. Y claro, allí está

también Carlo Ancelotti, nacido en un pueblo no muy lejano. Que el restaurante lo visite Ancelotti puntúa más que aparecer en la Guía Michelin. En Reggio Emilia saben apreciar la calidad, aunque les duela mucho que la vecina Parma suela salirse con la suya. Incluso Ancelotti, hijo de la provincia, se formó en el Parma y no en el club local, la Reggiana. La rivalidad entre estas dos ciudades es de esas que pasa de generación en generación. Los clubes se enfrentan poco en el llamado Derby dell'Enza, por un río de la zona. Aunque muchos lo llaman directamente el 'Derbi del Queso'. Cuando la actriz Nicole Kidman afirmó en la prensa que le encantaba el queso "*reggiano*", en Parma apareció un grafiti insultando a la australiana. En Reggio Emilia se cuenta que han expulsado turistas americanos de restaurantes por pedir queso *parmigiano* en su ciudad.

Los vecinos de esta urbe son muy orgullosos. Por todos sitios se encuentran referencias a que la bandera italiana nació en sus calles. Así que el viajero se encamina al ayuntamiento para visitar la preciosa 'Sala del tricolor', donde un 7 de enero de 1797 se mostró por primera vez la futura enseña nacional. Tierra de patriotas, Reggio Emilia también fue una de las ciudades condecoradas por su papel en la lucha contra el fascismo gracias a sus partisanos. Uno de ellos era el abuelo de Ligabue. Zucchero no tenía un abuelo partisano, aunque fue portero de la Reggiana de joven. Un club fundado en 1919 por Severino Taddei, el bisnieto del patriota Rainiero Taddei. El viajero acaba dibujando árboles genealógicos, ya sea de Ligabue o del fundador del equipo. Rainiero Taddei falleció en la primera batalla que el Reino italiano luchó como tal, en 1866, contra los austríacos en Custoza. Era un idealista que en 1860 ya había formado parte de la famosa expedición de 'Los Mil de Garibaldi', cuando ataviado con su camisa roja desembarcó en tierras sicilianas para iniciar la conquista del Reino de las Dos Sicilias, en esa aventura llena de bergamascos. Lo hizo sacrificando una vida cómoda, pues los Taddei eran ricos. Producían, entre otras cosas, queso. Cuando, liderada por Severino, la Reggiana empezó a jugar derbis contra el Parma, el asunto del queso ya era motivo de peleas, pues movía mucho dinero. Se trata del tercer queso italiano a nivel de producción y el más imitado en el extranjero.

La Reggiana siempre ha sufrido. Especialmente en los 90, cuando los vecinos de Parma se convirtieron en uno de los mejores clubes de Europa gracias al dinero del grupo agroalimentario Parmalat. Su especialidad no

era el queso, sino la leche. En Reggio Emilia aún duele el derbi de 1990, cuando el Parma ascendió a la *Serie A* por primera vez en su historia ganando a sus vecinos. En 1993, la Reggiana también lograría subir de categoría. Se vivieron seis derbis en primera, y muchos de ellos estuvieron marcados por la violencia en las gradas. La Reggiana, que en la temporada 1993-94 fichó al crack portugués Paulo Futre (con la mala fortuna de que se lesionó y jugó poco), ganó solamente uno de esos enfrentamientos, en 1994. Luego le tocó volver a la *Serie B* e incluso cayó a categorías inferiores. Y todo por culpa de su estadio. En esa década en la que el Parma brillaba en la UEFA o la Recopa, la Reggiana también quería destacar y lanzó un ambicioso proyecto de remodelación de su viejo estadio Mirabello. Uno de los pocos que advirtió de que aquella decisión podía ser un error fue el presidente de los años del ascenso, Ermete Fiaccadori, hijo de partisano y dirigente comunista que había llegado a ser enlace sindical en huelgas de trabajadores de fábricas y empresas queseras. El nuevo estadio fue inaugurado en 1995 y costó tanto dinero que las deudas marcaron el día a día de la entidad hasta el año 1999, cuando descendió a la *Serie C*. Finalmente, el club fue declarado en bancarrota en 2003 y perdió su casa. La Reggiana se refundó en cuarta división, jugando y perdiendo un humillante derbi con el Brescello, equipo de un pueblo de 5.000 habitantes que está al lado de Reggio Emilia.

Aunque lo peor aún estaba por llegar. Los años duros de la Reggiana coincidieron con el ascenso de un proyecto ambicioso en una localidad no muy lejana llamada Sassuolo, en la provincia de Módena. El Sassuolo tenía detrás la marca Mapei, una empresa química que había invertido en el ciclismo muchos años antes de fijar su atención en el fútbol. La Mapei compró los derechos de explotación del estadio de Reggio Emilia en 2013, coincidiendo con el ascenso del Sassuolo a la *Serie A*, pues su campo no cumplía con los requerimientos para acoger partidos de élite. Así que el Sassuolo decidió ir a jugar a Reggio Emilia, a 26 kilómetros, después de negociar con los administradores concursales del estadio, que se había rebautizado como Ciudad del Tricolor, en honor a la bandera italiana. Con la llegada del Sassuolo, su nombre pasó a ser Mapei Stadium. A los hinchas de la Reggiana todo esto les duele mucho. Juegan en un estadio administrado por un club vecino, mientras intentan encontrar el rumbo. En 2016 incluso fueron comprados por Mike Piazza,

un exjugador de béisbol de Estados Unidos que había vestido la camiseta de Los Angeles Dodgers y los New York Mets. Piazza, al ser descendiente de sicilianos, había aceptado jugar con la selección italiana de béisbol, y decidió buscar un club de fútbol para invertir. Hubiera preferido comprar el Palermo, pero no pudo. Por eso acabó en Reggio Emilia con su mujer, una exmodelo de *Playboy*. En dos años arruinó el club y se largó. En la ciudad, cuentan que una de las primeras veces que apareció por Reggio Emilia pidió queso *parmigiano*. Y todo el mundo supo que la cosa acabaría mal.

# Giuseppe Verdi en el estadio

"No es difícil vivir en Parma, siempre que sepas ponerte de acuerdo con el interlocutor en una conversación de carácter musical o gastronómico"
*María Luisa de Austria*

*El viaje continúa por las entrañas de la Emilia-Romaña, saltando con facilidad de ciudad a ciudad, todas ordenadas en el mapa. El trayecto entre Reggio Emilia y Parma no dura más de 15 minutos.*

Un trayecto corto y toca cambiar de chip. Aquí ya se puede pedir queso *parmiggiano*. El *reggiano* es cosa del pasado. El viajero creció en esos años en los que el Parma era uno de los mejores equipos del mundo. Aún recuerda los tantos de Sandro Melli en la final de la Recopa, las volteretas del 'Tino' Asprilla o los golazos de Hernán Crespo. Durante 15 años, los mejores futbolistas pasaron por esta hermosa ciudad. Luego, llegó la bancarrota. Toda buena historia debe tener una introducción, un romance y un desenlace, feliz o trágico. Como las óperas.

Cada vez que los jugadores del Parma saltan al terreno de juego, por la megafonía del estadio Ennio Tardini suena la marcha triunfal de *Aída*, una de las mejores obras de Giuseppe Verdi. Pese a los intentos de los alemanes, la ópera habla italiano. Este género nació aquí, así que ellos eligen cómo se canta. Si alguien no se emociona con las primeras notas de la marcha triunfal, no tiene alma. Cuando suena en los auriculares del

viajero, este modifica de forma inconsciente su forma de caminar. Se pone firme, levanta la cabeza, siente que todo es posible en esta vida. En 2006, cuando Italia ganó el Mundial, alguien tuvo la buena idea de ponerla en los altavoces del Olímpico, mientras Fabio Cannavaro levantaba la copa y un montón de papelitos volaban en el cielo de Berlín. Cannavaro, por cierto, también jugó en el Parma. En ocasiones, la ópera y el fútbol se dan de la mano. Cuando en Inglaterra el Leicester City ganó por sorpresa la *Premier*, lo celebró con el tenor italiano Andrea Bocelli cantando el *Nessun dorma* de la ópera *Turandot*, de Puccini, ya que era la favorita del técnico triunfal, Claudio Ranieri, que también dirigió el Parma. La de personajes que han pasado por este lugar.

El viajero entra en el viejo Caffè Cavour, bautizado en honor a uno de los padres de la unidad italiana. El siglo XIX fue una época emocionante, en la que la península itálica dejó de estar dividida. *Il Risorgimento*. Cómo le gusta esta expresión al viajero. Garibaldi y sus aventureros, espías, sociedades secretas y la música de Giuseppe Verdi, nacido justo al lado de Parma, en Le Roncole. Cuando el compositor falleció en 1901, más de 300.000 personas acompañaron su cuerpo por las calles de Milán hasta la Casa di Riposo per Musicisti, una residencia para cantantes de ópera que él mismo había creado. Allí fue enterrado, lejos de una ciudad que cada año lo recuerda con un festival que llena las calles de música. Pocos italianos han sido tan amados como Verdi, pues, además de tener talento, era un patriota. En las poblaciones dominadas por los austríacos, en el siglo XIX se hacían pintadas en las paredes con el lema "Viva Verdi". No te podían detener por eso, aunque todos los italianos sabían que las letras del compositor eran también las iniciales de "Viva Víctor Manuel II". O sea, el rey piamontés que uniría la nación.

Verdi amaba a su país. A partir de 1841, vivió los peores años de su vida, cuando su esposa perdió a dos bebés y acabó falleciendo. Le ofrecían escribir óperas que no lo motivaban. El empresario Giovanni Merelli lo perseguía con una propuesta para poner música al libro de un poeta llamado Temistocle Solera. Verdi no quería, pero necesitaba el dinero. Una noche, desesperado, lanzó el libro al suelo. Cuando lo recogió, se quedó mirando la página que se había quedado abierta, y tan solo leyó una línea: "*va, pensiero, sull'ali dorate*" ("ve, pensamiento, con alas doradas"). Desde ese preciso instante, confesó, "no pude alejar el *Nabucco* de mi cabeza". El libro estaba dedicado al pueblo judío cuando era

tiranizado en Babilonia por Nabucodonosor. En pocos días, la obra estaba acabada. Y los italianos consideraron que su aria *Va pensiero* contenía un mensaje: los italianos, como los judíos en la obra, eran un pueblo oprimido que luchaba por su libertad. Los austríacos no prohibieron la pieza, aunque sí que censuraron otras de Verdi, que en 1859 representó a su pueblo natal en la asamblea que decidió la anexión libre del ducado de Parma al Reino de Cerdeña y Piamonte, paso previo a la creación del Reino italiano.

El viajero se escapa a las afueras de la ciudad para comer en el restaurante Al Vedel. Cuando aquí sirvieron el primer plato de pasta, en 1780, Verdi todavía no había nacido. El restaurante, inicialmente un almacén de queso y *salumi*, se encuentra en unas tierras que pertenecieron a María Luisa de Austria, la hija del Emperador Francisco I de Austria a la que casaron con Napoleón Bonaparte. Quererse, no se querían. Más que una boda, aquello fue una alianza política. Cuando el corso cayó en desgracia, a María Luisa le entregaron el ducado de Piacenza. Y el de Parma. Buen sitio para acabar tus días, piensa el viajero mientras degusta un *culatello di Zibello*, un tipo de embutido local.

Parma, como cualquier rincón de la Emilia-Romaña, es tierra de buena mesa. Y de música. El fútbol llegó después. Además de ser la ciudad de Verdi, aquí nació uno de los mejores directores de orquesta, Arturo Toscanini, quien, además de poseer un buen oído, también tenía valores. Murió lejos de Italia porque era opositor de Mussolini. Nacido en Génova, el quizás violinista más virtuoso de todos los tiempos, Niccolò Paganini, está enterrado en Parma, donde residió rodeado de admiradores y de una extraña leyenda negra que afirmaba que era un asesino en serie. Él pudo tocar en los diferentes teatros de la ciudad. El Regio, construido en el siglo XIX por petición de María Luisa. O el Farsene, del 1617, quizás el primer teatro del mundo con un arco de proscenio permanente. Todos los cantantes de ópera de cierto nivel han visitado Parma. María Callas, Montserrat Caballé, Plácido Domingo y un vecino, Luciano Pavarotti, hijo de Módena. E hincha de la Juve, por cierto.

Aunque en los 80, el ritmo de este núcleo urbano lo empezó a marcar el balón. El Parma de esa época obtuvo dos ascensos desde la *Serie C*: el primero, en 1983-84, gracias a los goles de un delantero que todavía hoy es muy querido en la ciudad, Massimo Barbuti, y el segundo, en 1985-86,

con un entrenador llamado Arrigo Sacchi al mando. En un partido de copa contra el Milan, Silvio Berlusconi se enamoró del atrevimiento de aquel conjunto, así que años después ficharía a Sacchi para que le ganase dos Ligas de Campeones. En esos tiempos, el entonces presidente del Parma, Ernesto Ceresini, cerró un contrato con la empresa local Parmalat para dar el salto a la *Serie A*. En la gesta también tuvo mucho que ver el buen trabajo de otro técnico, Nevio Scala, que hizo que la entidad alcanzara por primera vez la cima. Ceresini no lo pudo ver, pues falleció de un ataque al corazón en la temporada de ese ascenso contra la Reggiana que tanto dolió en la vecina Reggio Emilia. Era 1990.

Parma por fin tenía a su club entre los mejores, aunque con un vacío de poder. Lo ocuparía el propietario de la Parmalat, Calisto Tanzi. Ya el primer año, se clasificaron para la UEFA. En 1992, ganarían la *Coppa* contra la todopoderosa Juventus. Y en 1993, llegó el primer título internacional, la Recopa, alzada en Wembley después de superar al Amberes belga. Tanzi empezó a fichar a algunos de los mejores jugadores del mundo. Con ellos, de 1992 a 2002, el club celebró ocho títulos, aunque no pudo ser campeón de liga. Tanzi era un tipo que se había hecho a sí mismo. Con 22 años, en 1961, creó una pequeña planta de pasteurización. Cuatro décadas después, la compañía había crecido hasta convertirse en una empresa multinacional que producía leche, repostería y otros productos lácteos. Tanzi siempre quería más y la Parmalat se expandió al sector de los mercados financieros, sufragando varias adquisiciones internacionales, especialmente en el hemisferio occidental, con sus consiguientes deudas. Era el inicio del fin. El empresario fue detenido en 2003 horas después de que el negocio fuera declarado oficialmente insolvente. Delante del juez, admitió que había un agujero de 8.000 millones de euros en las cuentas de Parmalat, pero negó cualquier encubrimiento. Finalmente, fue acusado de fraude financiero y lavado de dinero y condenado a diez años de prisión.

A partir de entonces, el Parma, sin un euro, empezó a cambiar de manos. En 2007 llegó al club el empresario Tommaso Ghirardi, en su momento el presidente más joven de la *Serie A*. Ghirardi sufrió un descenso, lo remedió con un ascenso y, cuando volvió a meter al club en Europa por primera vez en ocho años, la Alta Corte de Justicia Deportiva italiana le negó al equipo la licencia UEFA para jugar la *Europa League*, alegando que no había abonado los impuestos requeridos de algunos

fichajes. Sin jugar por el continente y cada vez con más deudas, Ghirardi decidió vender su juguete a Dastraso Holdings, un conglomerado chipriota con capital ruso, que nombró como presidente a Ermir Kodra, un albanés de 29 años. Luego, este vendería el Parma por un euro al grupo esloveno Mapi Group, y este pondría de presidente a Giampietro Manenti, un tipo que prometió pagar sueldos y acabó en la cárcel acorralado por las deudas. Finalmente, el equipo desapareció con una deuda de más de 200 millones. Era el acto final de una historia que había empezado en 1913, precisamente, durante las fiestas para celebrar el centenario del nacimiento de Giuseppe Verdi. Por eso, durante los primeros cuatro años de vida el Parma se había llamado FC Verdi.

El viajero pasea por el imponente centro de la ciudad. Al otro lado del río, el viejo Palacio Ducal, con sus jardines, invita a seguir caminando. Es una ciudad hermosa. En la que, cada cuatro pasos, se encuentran referencias a la tradición musical. El Parma ha quedado un poco en segundo plano, desde esa bancarrota del 2015. Se refundó en la *Serie D*, la cuarta división italiana, en un golpe muy duro para una hinchada que se había acostumbrado a ver desfilar por el césped a los mejores rivales. Viejos exjugadores del club, como Luigi Apolloni o Lorenzo Minotti, volvieron para levantar de nuevo la bandera de la entidad, a la que pasó a presidir Nevio Scala, el entrenador de los primeros títulos. En tres años, se lograron tres ascensos, algo jamás visto en el fútbol italiano. Pero el retorno a la *Serie A* también significó vender el club a un grupo inversor chino, pues se necesitaba músculo económico. Y este, a su vez, lo vendió a unos empresarios de Estados Unidos después de bajar a la *Serie B* en 2021.

El Parma siempre acaba volviendo. De la misma manera que sus mitos regresan a ella. Esta tierra tiene algo. El veterano 'Gigi' Buffon también decidió que acabaría su carrera como portero aquí, donde la empezó. Y el viajero piensa en el *Va pensiero* que se cantó en los funerales de Verdi, en esa letra que para muchos italianos significaba el símbolo del resurgir de un país. También sirve para cantar las gestas del club que nació con el nombre del compositor y que ahora lucha por recuperar su sitio entre los mejores.

# Los ultras leen libros de Historia

"Mejor un muerto en casa
que un pisano en la puerta"
*Refrán toscano*

*El viajero se da cuenta de que no sabe nada de Pontremoli, donde baja de un tren que ha salido de Parma, esperando otro destino a Florencia. Este segundo recorre la costa toscana: Massa y Carrara, famosas por sus canteras de mármol, Forte dei Marmi, lugar de turismo veraniego, y Viareggio, con su carnaval. Y al final, después de tres horas, aparece Pisa.*

Millones de personas pasan cada año por Pisa. Pocas duermen en ella, pues consideran que pueden verla en medio día. Una vuelta por el centro y directos a la Piazza dei Miracoli, donde compiten por ser las más originales sacándose una foto delante de la torre inclinada. Visto desde fuera, parece un gran torneo de estupidez, aunque algunas de las imágenes tienen gracia después. Entre la torre y el estadio del Pisa, la Arena Garibaldi, hay cinco minutos a pie. Solo hay que caminar una calle y cruzar una puerta de las murallas medievales de la ciudad. Se trata de uno de los campos más viejos de Italia. El primer partido fue un Pisa-Livorno disputado en 1919.

Al viajero le gustan los pisanos. Y eso que tienen mala fama. "Florentinos ciegos, sieneses locos, pisanos traidores y los de Lucca, señores", dice un dicho toscano. Otro afirma que "mejor un muerto en

casa que un pisano en la puerta". Ellos disfrutan con esta fama. El viajero camina por el exterior del estadio. La de veces que se ha hablado de proyectos para construir uno nuevo y jamás sucede. El campo lleva el nombre del presidente del club en los 80, Romeo Anconetani, un tipo de Trieste hecho a sí mismo que en los 50 había sido directivo de diferentes conjuntos toscanos. Tenía buena nariz y olía el dinero que movía el balón. Aunque lo sancionaron por comprar a un equipo rival cuando era vicepresidente del Empoli y recibió un castigo ejemplar: no poder ser nunca más directivo. Después de aquella condena, Anconetani le dio un giro a su carrera y creó una red de contactos por toda Italia que le pasaban informes de buenos jugadores. Él los ofrecía a clubes grandes como mediador, sacando tajada. Incluso llegó a colaborar en periódicos firmando con seudónimo, publicando artículos donde potenciaba las virtudes de los futbolistas que controlaba para poder subir su precio. Con el paso de los años expandió el negocio al extranjero, pagando dinero a italianos que vivían en el norte de Europa o en América del Sur para que le mandaran recortes de prensa con las puntuaciones de los jugadores otorgadas por los cronistas. Así los podía valorar sin verlos jugar. En 1978, ya tenía dos villas y caballos de pura raza que ganaban carreras. Lo llamaban 'Míster 5%', pues ese era el porcentaje de cada fichaje que acababa en su bolsillo.

Pero quería más, así que compró el equipo de fútbol de Pisa. Le habían prohibido ser presidente, no propietario. Además, en 1982 Italia ganó el Mundial y la federación aflojó la cuerda, concediendo la amnistía a todas las personas sancionadas por triquiñuelas. Anconetani pudo por fin pisar el palco del Pisa, al que llevaría a la *Serie B*, ganando incluso una Copa Mitropa en 1986, un torneo que unía a equipos italianos con otros del centro y el este de Europa. Se convirtió en el primer amo de un equipo con un programa de televisión propio, *Parliamo con Romeo*. Se emitía en una canal privado. Dicen que un tal Silvio Berlusconi tomó nota de esa aventura. En el programa, llegó a decir "el Pisa soy yo". Y en parte era cierto: él fichaba jugadores como el brasileño Dunga o el argentino Simeone, lanzaba kilos de sal en el terreno de juego para ahuyentar la mala suerte u ordenaba al cocinero cómo cocer la pasta en las concentraciones. Aunque el personaje se lo comió y acabó perdiendo el control. En 1992, propuso crear el Pisorno, un nuevo club nacido de la fusión entre el Pisa y el Livorno que jugaría en un estadio de 40.000

espectadores construido a mitad de camino entre ambas poblaciones. Menuda idea. Pocas aficiones tienen peor relación que estas dos. Fue la gota que colmó el vaso. En 1994, el Pisa sufrió una bancarrota y su polémico propietario perdió un ojo al recibir una pedrada de un hincha indignado.

Se debe estar muy loco para querer fusionar el Pisa y el Livorno. En su largo periplo, el viajero ya ha conocido algunas de las viejas rivalidades del fútbol italiano, aunque pocas puedan equipararse a esta. En el estadio del Pisa siempre se canta una canción: "El sueño del pisano es levantarse de la cama a mediodía, mirar hacia el mar y no ver más Livorno". Y eso que los dos clubes tienen hinchadas muy de izquierdas. En los dos campos se pueden ver banderas con la cara del Che Guevara, aunque eso de "trabajadores del mundo, uníos" no funciona cuando hay una pelota de por medio. Pueden estar cerca en lo político, pero la rivalidad va por delante. Pueden votar lo mismo, luchar contra el racismo o manifestarse a la vez para exigir el cierre de una de las bases militares del ejército de Estados Unidos más grandes de Europa, Camp Darby, situada entre las dos ciudades. Pero en el campo, la policía los tiene que separar. ¿De dónde nace este odio? Pues es puro '*campanilismo*', el término italiano que describe la rivalidad entre poblaciones. No se trata de una pugna deportiva, no. Hablamos de vecinos que llevan siglos enfrentados. El fútbol solamente ofrece un nuevo escenario a esas históricas disputas.

El viajero entra en el Caffè del Ussero, situado en un precioso palacio del siglo XV. Pisa es una ciudad famosa por su prestigiosa universidad, así que muchos de sus mejores alumnos pasaron por las salas de este elegante espacio con más de 250 años de vida. En las paredes, retratos de clientes ilustres como el poeta Giosuè Carducci. Y grabados que representan los días de gloria de la República de Pisa. Sí, para entender de rivalidades, toca girarse al pasado. Del 1000 al 1500, Pisa fue una república independiente. Sus embarcaciones llegaron a conquistar Cerdeña y Córcega. En 1114 se alió con el condado de Barcelona. Y así, las naves catalanas y pisanas conquistaron Mallorca, para acabar con los piratas musulmanes. La República pisana abrió consulados en Grecia, Tierra Santa, Constantinopla o Túnez. Los hinchas del club de fútbol aún hoy usan la enseña que la representaba, roja con una cruz blanca. El viajero pide una *mattonella ai pinoli*, una torta de crema de leche con piñones tostados típica del lugar. Y sigue con su lectura sobre la historia

de la región. No es fácil, la historia italiana. Desde la caída del Imperio romano hasta la unificación en el siglo XIX, Italia jamás estuvo unida en una sola entidad política. Al contrario, toda la bota se llenó de repúblicas, ducados y pequeños estados, además de reinos invasores. Un país fragmentado, un gran rompecabezas donde gozaron de cierta fama las repúblicas marineras. Las más famosas fueron las de Venecia, Génova, Pisa y Amalfi. Cada año, naves medievales a remo de las cuatro ciudades se enfrentan en una regata a la que acuden los ultras del Pisa. Está en juego su identidad. Y a los toscanos les encanta competir.

En 1406, Pisa fue ocupada por un grupo de mercenarios al servicio de la República de Florencia. Fue el inicio de su decadencia. Los florentinos decidieron castigar a los pisanos arrinconando su puerto y convirtiendo un pueblo de pescadores al sur en la nueva entrada por mar a la Toscana. Ese pueblo, correcto, era Livorno. O sea, el florecimiento livornés coincide con una derrota pisana. Muchas de las grandes rivalidades del fútbol italiano parten de batallas medievales. En Pisa aún se mofan de los livorneses, afirmando que sin la ayuda del vecino poderoso todavía serían un pueblo con olor a sardina. Como Florencia acabó por ser la ciudad toscana más importante, también es la más odiada. Fieros eran los derbis con los pisanos, especialmente en los años 80. Cuando en 2003 el Siena ascendió por primera vez a la *Serie A*, sus duelos con la Fiorentina también fueron de lo más calientes. Los ultras del Siena usan el nombre '*ghibellini*', una referencia a las guerras medievales, crueles y sangrientas que enfrentaron a ambas ciudades. Florencia era güelfa, o sea, tenían el apoyo del papa de Roma, mientras que Siena era gibelina, pues prefería al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. En un derbi, la hinchada de los segundos sacó una pancarta con un nombre: Montaperti. El lugar de una batalla del año 1260 en la que la República de Siena, con el apoyo del rey Manfredo de Sicilia, derrotó a los güelfos florentinos. Los derbis italianos son un paraíso para los historiadores. Aquí, los ultras leen libros de Historia.

El viajero pasea cerca del río Arno. Italia es tierra de '*campanilismo*'. El origen del término podría hacer referencia a las disputas entre pueblos, que podían luchar por el control de una fuente, un paso o unos campos. Y enfrentados, rivalizaban en todo, incluido en quién tenía el campanario más alto o más bello. Otros sostienen que la semilla fue una contienda que mantuvieron los pueblos napolitanos de San Gennaro

Vesuviano y Palma Campania, justo en la falda del Vesubio. Los primeros inauguraron un nuevo campanario aunque en su muro que daba al este, hacia el municipio vecino, no pusieron reloj. Así, los habitantes de Palma Campania no podían saber la hora. Aunque donde han llevado más lejos ese clima hostil es en la Toscana, región en la que cada ciudad, en su momento, fue un Estado. Con sus propias peleas internas.

En Florencia tienen el *calcio fiorentino*, también llamado *calcio storico*. En 1930, la ciudad preparaba los actos para recordar los 400 años del asedio de las tropas imperiales de Carlos V. El dirigente fascista Alessandro Pavolini propuso recrear los partidos de *calcio florentino* que se jugaban en la localidad cuatro siglos atrás. Su iniciativa sirvió para crear la versión actual de este deporte que divide el mapa en cuatro barrios: los blancos de Santo Spirito, los rojos de Santa Maria Novella, los verdes de San Giovanni y los azules de Santa Croce, que presumen de haber ganado más veces. Durante toda la Edad Media, se practicaron juegos similares en buena parte de Europa. Tantos disturbios provocaron los jóvenes florentinos que, en 1580, el conde Giovanni Bardi se vio obligado a redactar unas reglas. Bardi, por cierto, también es uno de los padres de la ópera moderna. En Florencia, el arte convive con la brutalidad. Ambos despiertan el mismo orgullo. Con el regreso en 1930 del *calcio storico*, se recuperó una tradición que en su día era cosa de aristócratas. En el pasado, fue practicado por tres papas de Roma, todos miembros de la célebre familia de los Médici. Uno de ellos, Clemente VII, llegó a organizar partidos en la plaza de San Pedro del Vaticano.

En Siena, por su parte, tienen el *palio*, la carrera de caballos que enfrenta a los barrios de la ciudad dos veces al año en la plaza central. Aún hoy algunos residentes ven con malos ojos que su hijo se enamore de una chica de otro barrio, pues el *palio* suele acabar con peleas si hay finales ajustados o alguien considera que un jinete ha jugado sucio. ¿Y los pisanos? También poseen sus rivalidades internas, claro. Tienen dos. Una es el 'Juego del puente', que se celebra cada año el último sábado de junio sobre el Ponte di Mezzo, con dos equipos tirando de un carro para ver quién gana, si los barrios de *Mezzogiorno* (en el sur) o los de Tramontana (en el norte). También en junio, los cuatro barrios históricos de Pisa se enfrentan en una regata que se celebra el día de San Ranieri. La noche anterior, por cierto, la urbe se ilumina con más de 100.000 velas en la preciosa 'Luminaria de San Ranieri'. Unas horas después, dos señores se

pueden pegar puñetazos discutiendo por una regata. Cosas de los toscanos.

Si se pelean entre ellos, no es difícil imaginar cómo son los derbis con los vecinos. Cuando se reencontraron en los 90, algunos Pisa-Livorno no se pudieron acabar. Si el Pisa disfrutó una década antes, con el nuevo siglo el viento empezó a soplar a favor del Livorno, que llegaría a jugar en Europa gracias a jugadores como Cristiano Lucarelli, el delantero comunista que rechazó una oferta millonaria para renovar por el Torino en 2003. Esa temporada, después de 54 años, su Livorno volvió a la *Serie A*, y él aceptó regresar a casa cobrando menos, como contaría en su libro *Tenetevi il miliardo*. O sea, os podéis quedar los millones. Durante esos años, especialmente calientes fueron los partidos que el conjunto costero jugó contra la Lazio. El Livorno, con una hinchada comunista y un capitán que levantaba el puño, se medía a un club con una afición fascista y un capitán que levantaba el brazo derecho extendido, Paolo Di Canio. No era '*campanilismo*', en este caso. Aunque saltaron chispas.

Cuando cae el sol, el viajero vuelve a la Piazza dei Miracoli para ver el impresionante Duomo y la torre, grandes exponentes de ese románico pisano que nos recuerda la era dorada de la República. Cuando Lucarelli volvió a Livorno, el Pisa jugaba en cuarta división. Lo compró un empresario, Maurizio Mian, que anunció que el nuevo presidente honorario del club pasaría a ser Gunther IV. Un perro. Sí, un perro. Un pastor alemán, en concreto. Mian explicaría a la prensa que era el gestor de la herencia de la condesa Karlotta Liebenstein, fallecida en 1991. La dama había dejado todo el dinero a su perro, Gunther III, el padre de Gunther IV, aunque la gestión del mismo recaía en Eneo Mian, director del Instituto Dermatológico de la Universidad de Pisa, padre a su vez de Maurizio. Era una forma de agradecer al progenitor que curara una enfermedad que sufrió el can. Los Mian invirtieron en muchos equipos toscanos, como el Livorno de waterpolo o el Agliana, de fútbol jugado por mujeres, que en 1995 levantó la liga. En las celebraciones del título, en un programa de televisión, su mejor jugadora, la popular Carolina Morace, besó en la boca a Vittorio Sgarbi, un crítico de arte que había evolucionado a tertuliano político. Maurizio Mian lo consideró un escándalo y dejó de poner dinero en el club. Por culpa de un beso, el perro se largó. Y con él, su dinero. Y acabaron comprando el Pisa, al que llevaron hasta la *Serie B* ganando de paso un derbi copero contra una

Fiorentina que había sufrido una bancarrota y vivía días complicados. La hinchada pisana celebró la victoria con Gunther IV, que llevaba una bufanda al cuello. Poco después, la prensa descubrió que todo era un invento. Que ni existió la condesa, ni la herencia. Lo único real era que Mian tenía bastante dinero gracias a los negocios de su padre. "La idea de Gunther era una filosofía de vida inspirada en el *cyberpunk* californiano. Gunther incluso produjo un disco, la gente no lo entendió", se justificaría Mian. Un perro llegó a presidir, de alguna forma, el Pisa. Cómo no amar este fútbol, sus rivalidades y sus giros de guion inesperados.

# Una jaula junto al agua

"Livorno es una ciudad extraña, llena de piernas
desnudas y posturas muy personales"
*Motta*

*Eternamente enfrentadas, Pisa y Livorno están tan cerca una de la otra como dos hermanas peleadas. El tren tarda menos de 20 minutos en llegar hasta la estación central livornesa, en un trayecto que evita la costa. Cuando el viajero baja en la estación, el mar aún queda lejos. Deberá caminar media hora hasta descubrir el olor del puerto.*

El escritor Curzio Malaparte decía que "los toscanos tienen a los livorneses, de la misma forma que los ingleses tienen a los australianos". O sea, que se parecen, pero no son lo mismo. El viajero empieza su andar por Livorno pensando en estas palabras del escritor de Prato, de quien seguirá sus pasos más adelante. Ahora toca oler, escuchar y degustar la ciudad menos toscana de la Toscana. Hablar de esta famosa región es hacerlo de cipreses que bordean caminos en campos verdes, iglesias de mármol reluciente y pueblos dedicados al vino. Pero Livorno no es nada de eso.

El viajero llega al monumento de los Cuatro Moros, uno de los símbolos de la ciudad. Francisco I de Médici aparece victorioso, como un emperador romano, encima de un pedestal. A sus pies, las figuras musculosas de cuatro musulmanes, atados, como símbolo de los piratas berberiscos que fueron derrotados por el Gran Duque toscano. Para Simone Lenzi, un cantante y escritor local, nada explica mejor que este

monumento la forma de ser de los livorneses. En una localidad progresista, la gente siempre ha simpatizado más con los moros que con Francesco de Médici. Aunque, como los piratas de la estatua, los livorneses están encadenados. Lenzi defiende que esta es una ciudad atrapada en el tiempo, que no avanza. Como dice un proverbio local: "Mejor desocupado en el *moletto*, que ingeniero en Milán". En el *moletto* (muelle), vecinos de todas las edades ven partir las naves. Este sitio, en el fondo, es la historia de una derrota.

La derrota del comunismo, que llegó a ser tan poderoso en Italia y ahora es residual. El viajero pasa por delante de los restos del teatro San Marco, donde en 1921 se fundó el Partido Comunista italiano. El teatro fue destruido por bombas norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial, un anticipo alegórico de lo que sería la Guerra Fría. Solo se ha conservado la fachada. La derrota de Livorno es también la de una sociedad activa, con mucha iniciativa, en parte gracias a su comunidad judía, perseguida por los nazis. Estos últimos años, las grandes familias locales han optado por llenarse los bolsillos vendiendo terrenos y propiedades. Y la ciudad se ha ido apagando al mismo ritmo que se hundía su club de fútbol, capaz de llegar a Europa a inicios de este siglo. Ahora, tras desaparecer y refundarse, juega en categorías regionales, con sus hinchas fieles detrás, eso sí. No lo pudo ayudar Cristiano Lucarelli, que además de intentar salvar al equipo de su vida, también intentó que no cerrara el periódico *Il Corriere di Livorno*, sin fortuna. Según Lenzi, Lucarelli podría haber sido millonario, pero en el fondo solo quería recibir el amor de los suyos. Y Livorno no se toma nada muy en serio. Los livorneses tienen ese aire burlón del que parece disfrutar viendo fracasar a los otros. Así que la gente con iniciativa se larga. La cantante Nada marchó para triunfar. El cantante Piero Ciampi también se fue y encontró la muerte en Roma, después de haber hecho amistad con Ezio Vendrame, el futbolista que lo saludaba en mitad de los partidos. También se despidió de Livorno el director de cine Paolo Virzì, aunque volvió para rodar la deliciosa película *Ovosodo* en 1997, un clásico sobre los sueños rotos de los chicos de la ciudad. O el músico Motta, que triunfó en un *talent show* y ha escrito letras preciosas, como en *Vivere o morire*, donde habla de su Livorno como una población "extraña, llena de piernas desnudas y posturas muy personales. Los silencios de mi madre y mi justificada distracción". El hogar al que se vuelve para morir.

El viajero busca mesa en el restaurante Il Antico Moro, donde venían a comer hace muchos años los artistas que estaban de paso, como Alberto Sordi o Marcello Mastroianni, para degustar delicias como los *penne al favollo*, macarrones con cangrejo, o las *triglie alla livornese*, un pescado acompañado de patatas. El negocio lo tiraron adelante los Bulletti, una familia que luchó por conseguir una indemnización, ya que su anterior restaurante lo habían expropiado los soldados de Estados Unidos cuando ocuparon esta tierra. En Livorno, los fascistas no gustaban. Los americanos, tampoco. Al sur del plano, en Castiglioncello, aún resiste el hotel Miramare, que los estadounidenses también ocuparon. Aquí, los generales norteamericanos George Marshall y Dwight Eisenhower recibieron a Winston Churchill en 1944, ocupando las habitaciones donde había dormido años atrás el Nobel de Literatura Luigi Pirandello. La de páginas destacadas que tiene el gran libro de Livorno, aunque muchos de sus vecinos digan que no pasa nada en sus calles y muelles.

El viajero se dirige precisamente al sur de la urbe, aunque sin llegar a Castiglioncello. Deja atrás el estadio de fútbol Armando Picchi y se detiene en Bagni Fiume, una zona de playa privada donde hay una jaula. Se trata de un pequeño balneario gestionado por la familia Neri, que ya tenía aquí un pequeño embarcadero en 1870. A inicios del siglo XX, Tiro Neri creó un balneario con un restaurante, duchas y un muelle más grande. El viajero se entera de que, si pagara 700 euros, tendría dos tumbonas y un parasol en el lugar durante todo el verano. Y si el desembolso fuera mayor, incluso también podría disponer de una caseta. Lo descarta por razones obvias, aunque sopesa la posibilidad de reservar por un día en el próximo viaje.

En estos baños, los chicos se pasean sin camiseta. Los adultos, también. Livorno, con sus dudas y su tono burlón, solo tiene una certeza: el mar. No deja de ser un puerto, el fin con el que nació. Siempre ha mirado hacía las aguas, ya sea para despedir a emigrantes o para recibir a recién llegados, como los judíos expulsados de la península ibérica que recalaron aquí, haciendo que Livorno tuviese una de las comunidades sefarditas más importantes de Europa. Hasta que llegaron los nazis. El pintor Amedeo Modigliani, que creó belleza con sus retratos de personas con largos cuellos, era uno de esos judíos. Su casa natal está justo delante de esa donde nació Ciampi, el cantante maldito. Los dos abandonaron una localidad en la que, quien decide quedarse, lo hace delante del mar. Y

puede disfrutar del fútbol en las jaulas, una postal inconfundible. En Livorno existe una tradición única en el mundo que se ha convertido en motivo de orgullo de una ciudad que necesita sacar pecho: la *Gabbionata*.

La primera de estas jaulas está en Bagni Fiume. En 1953, el futbolista Armando Picchi disfrutaba de estos baños. Y, siempre que podía, jugaba al fútbol en una pista de baloncesto que ocupaban con sus amigos. Entonces era una joven promesa del juvenil del Livorno, un adolescente avispado que tuvo una idea: poner unas rejas de cinco metros de alto en el campo de baloncesto para evitar que el balón acabase en el mar. Los propietarios accedieron. En 1954, Picchi debutó en el primer equipo del Livorno, que entonces jugaba en tercera. Defensa aguerrido con buen trato de balón, lideró un ascenso a la *Serie B* y fue fichado por la SPAL de Ferrara, donde siguió creciendo como futbolista. En 1960, llegó la llamada del Inter. Y Picchi se convirtió en campeón de Europa a las órdenes de Helenio Herrera. Si el entrenador argentino se peleaba cada mes con los Moratti pidiéndoles más dinero para vivir en palacios venecianos, Picchi solo quería volver por vacaciones a su jaula de Livorno. Y así, lo que empezó como un juego se convirtió en una tradición, ya que cada verano invitaba a sus compañeros en el Inter a jugar partidos en esa jaula con el suelo de cemento donde le queman los pies al que vaya descalzo. Los propietarios de los baños estaban eufóricos: la gente pagaba para poder entrar y ver a sus ídolos jugando en esa cancha improvisada. Picchi decidió organizar un torneo. Un equipo de estudiantes podía enfrentarse a algunos de los mejores jugadores de Europa en jornadas de calor que parecían no acabar nunca. Por la jaula de Bagni Fiume pasaron el español Luis Suárez, el brasileño Jair o mitos del Inter como Giacinto Facchetti, Tarcisio Burgnich, Mario Corso o Aristide Guarneri. Rápidamente, visto el éxito, se empezaron a construir otras jaulas en todo el litoral livornés. Y nacieron más campeonatos.

En la *Gabbionata*, el balón jamás sale del campo, ya que rebota contra las rejas. Juegan cuatro futbolistas por equipo durante 40 minutos en un terreno de juego de 25 metros de largo por diez de ancho. El portero no puede usar las manos para defender una portería muy pequeña. Si las usa, se pita un penalti que se lanza desde el centro del campo y sin la presencia del guardameta. Como hay poco espacio, manda la técnica. Dentro de los *gabbione*, las jaulas, los niños empiezan a jugar

con tres años y no dejan de hacerlo hasta que son ancianos. Este juego se ha metido debajo de la piel de los livorneses. Y quien lo practica cada verano es Massimiliano Allegri, el entrenador de la Juventus. Allegri no puede ni quiere ocultar que es de Livorno: su acento lo delata. Cuando era un crío, pasaba todos los veranos dentro de las jaulas. Se declara hijo de la *Gabbionata*. Quizás por eso fue un centrocampista de buen pie en clubes como el Pescara o el Cagliari. En una rueda de prensa, le preguntaron si creía que ganaría la *Champions* con el club '*bianconero*' en 2015. Allegri respondió: "En la vida existen categorías. Algunos entrenadores ganan y otros no ganan jamás. Dentro del *gabbione* yo ganaba los torneos. Los gané todos excepto uno. Debe existir algún motivo". La '*Vecchia Signora*' acabaría llegando a la final, aunque la perdió contra el Barcelona en Berlín. Decepcionado, el técnico volvió a Livorno a pasar las vacaciones. Y ganó el torneo anual dentro de la jaula, que sirve para recordar la figura de Armando Picchi, fallecido a los 39 años de edad por culpa de un cáncer.

Si Livorno existe, es gracias al mar. Muchos hijos marchan de una ciudad en la que creen que pasan pocas cosas, aunque todos acaban volviendo, para rodar una película, hacer un concierto, ver a los padres o marcar un gol. En la vida, todos necesitamos certezas, se dice el viajero. Demasiadas sorpresas tenemos ya, como ver al Livorno refundado en una liga tan modesta, en la que puede enfrentarse con el Armando Picchi, un club formativo donde jugaron los hermanos Lucarelli o Allegri de jóvenes. Sin rumbo en la política, sin equipo en la élite, al menos queda el convencimiento de que cada mes de agosto será especial. En pocos países como en Italia las vacaciones de verano marcan tanto a su gente, con los primeros amores, los baños en el mar, la fiesta de *ferragosto* y las jaulas de Livorno.

# El sacrificio del hijo

"Así me he convertido en mi padre,
matado en un sueño anterior"
*Fabrizio de André*

*El tren abandona Livorno hacia el norte y después de llegar a Pisa se encamina hacia el interior de la Toscana. La vía discurre a la par de la autopista que se dirige a Florencia, donde siempre hay atascos. El tren los evita hasta llegar a Empoli, setenta minutos después de partir. Al bajar en la estación, el viajero respira una calma absoluta.*

El escritor Curzio Malaparte decía que "la Toscana es un paisaje mágico donde todo a su alrededor es amable, todo es viejo y nuevo". Pero en Empoli el viajero no tiene esta sensación. Desde hace siglos, gente de todo el mundo llega a la Toscana para visitar sus paisajes de ensueño, aunque para alcanzarlos toca pasar por zonas más mundanas e industriales. Pocos se paran en ellas. Empoli no llega ni a los 50.000 habitantes. Su centro histórico tiene una plaza bonita, aunque parece poca cosa comparada con Pisa o Florencia. Se podría pensar que la gente de Empoli se puede sentir intimidada por vivir rodeada de algunas de las ciudades más bellas del mundo, aunque no es el caso. Son toscanos. Malaparte también lo era. De Prato. Al final de su vida, escribió un librito que bautizó con el título de *Malditos toscanos*. Era un elogio. Malaparte definía a su paisano como ese soldado que desde la última fila de una formación escucha la arenga patriótica de un general y sonríe de forma irónica. En Empoli son así. En Prato, también. Tan enamorado estaba

Malaparte de su región que pidió ser enterrado en la cima del Monte Le Coste, zona que los lugareños llaman '*Spazzavento*', pues siempre sopla el viento. Para llegar a la tumba toca caminar más de una hora. Las vistas valen la pena.

El viajero llega a Empoli con un libro de Malaparte en el bolsillo. En verdad, se llamaba Kurt Erich Suckert, ya que su padre era un alemán que había llegado a la Toscana para trabajar en el sector textil, muy potente en esta ciudad al norte de Florencia. Malaparte se buscó un pseudónimo y, cuando aún era menor de edad, se escapó de su padre para alistarse como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Después sería fascista de primera época. Y también de los primeros en romper con Mussolini, hasta el punto que fue detenido y exiliado a una isla, de donde lo sacarían para mandarlo al frente ruso a escribir crónicas. A la que pudo, volvió a huir y acompañó a las tropas de Estados Unidos en la liberación de Nápoles y Roma, aventuras que plasmó en su imprescindible libro *La piel*. Después se hizo comunista maoista y se construyó una preciosa casa en la isla de Capri que bautizó con el nombre de '*Casa come me*'. Afirmaba que su mejor amigo era un perro y falleció en China, soñando siempre con sus paisajes toscanos. Biografía completa, la suya.

Como tantos escritores e intelectuales italianos, Malaparte se peleaba con un padre autoritario. Si la figura de la *mamma* es sagrada, la del padre en ocasiones está maldita. Hay quien piensa que la figura materna encarna la vida mientras que la paterna significa la muerte. Se tiene que salir de la sombra del padre y matar su influencia para escribir su camino. La literatura italiana está llena de padres autoritarios, distantes. Hombres que pasan poco por casa, ya sea porque están en la guerra, en el trabajo, en palacios o con sus amantes. Incluso los que tuvieron uno presente lo pasaron mal, como Giacomo Leopardi, el gran poeta del siglo XIX. Como la madre, una mujer muy supersticiosa, enloqueció, el padre cuidó tanto de su hijo que casi acaba con él. Leopardi sufrió una enfermedad de adolescente, cuando su cuerpo dejó de crecer. Su estatura se detuvo en 1,40 metros y se le formaron dos grandes jorobas, una en el pecho y otra en la espalda. Quedó encerrado en casa, que tenía una gran biblioteca. Y si el progenitor era muy conservador, el chico nació soñador, creando una nueva poesía, marcada por el dolor de quien quiere ser libre y no lo consigue.

En un país más machista que algunos de sus vecinos, el personaje paterno ha provocado incontables debates. Muchos no se sienten cómodos con los nuevos conceptos de masculinidad. El director de cine Nanni Moretti ha explorado las dudas de los padres modernos en algunos de sus films, con humor y sensibilidad. El padre del pasado, que siempre tenía la última palabra, se ha desvanecido. El viajero cruza el centro de Empoli en dirección al estadio de fútbol, el Carlo Castellani. Y piensa en su padre o en el de su amigo Paolo, hincha del Empoli, un viejo obrero comunista que vivía en un pequeño piso, ya jubilado. Las manos gastadas de quien ha trabajado duro, las orejas grandes y una mirada penetrante. Fue esa generación que no tenía tiempo para buscar palabras de amor, ya que le tocó vivir épocas muy duras. Habían escondido su corazón para tirar hacia adelante. No fueron los padres más cariñosos del mundo, aunque supieron cuidar de los suyos. Un amor paternal basado en silencios y sacrificios.

Empoli, en la actualidad, es conocida por el fútbol y poca cosa más. Ya queda poco de su pasado agrícola, con una variedad de alcachofa local. Las cristalerías, antiguamente numerosas, ya han cerrado. Solamente resiste la fábrica más grande, la de la Sammontana, una popular marca de helados que patrocina al club del lugar. Gracias a su apoyo y el buen hacer de los directivos, el Empoli rompe esquemas. Desde los años 80, cada década consigue sacar la cabeza en la *Serie A*, demostrando tener buen ojo pidiendo cesiones a equipos grandes y fichando jugadores que luego vende más caros. Por el Castellani han pasado talentos de la talla de Vincenzo Montella, Luca Toni, Antonio Di Natale, Francesco Tavano, Sebastian Giovinco, Leandro Paredes o Alberto Gilardino. Algunos años, incluso han conseguido derrotar a la Fiorentina y presumir, por unos días, de ser el mejor conjunto toscano. Un pequeño milagro que también se explica por la contribución de entrenadores como Luciano Spalletti o Maurizio Sarri, el trabajador de un banco que decidió dejar un buen empleo para dirigir a clubes regionales y que acabó en el banquillo del Chelsea. Antes estuvo aquí, donde fumaba cigarros sin parar y participaba en talleres de lectura sobre John Fante y García Márquez.

El viajero llega al estadio y mira la placa en honor a Carlo Castellani, quien hasta el año 2011 fue el máximo goleador del club con 61 goles en 145 partidos. Su historia es trágica. En 1944, la represión de los nazis en esta zona fue muy dura. En marzo, los alemanes y sus aliados fascistas

hicieron subir a 597 personas en un tren destinado al transporte de animales que salió de la estación de Santa Maria Novella hacia el campo de exterminio de Mauthausen. 117 eran de Prato y 20, de Empoli. De ellos, solamente 10 volverían con vida. Entre ellos no estaba Castellani, quien fallecería víctima de la disentería en agosto de ese año en el campo de Gusen, que dependía de Mauthausen. El delantero podría haber salvado su vida, ya que en un primer momento no lo habían detenido. Los fascistas se habían llevado a su padre, David. No se tiene constancia de que fuese miembro de la resistencia. Simplemente lo eligieron a él porque se llevaba mal con los fascistas de Empoli. Castellani, cuando lo supo, se ofreció a subir al tren en lugar de su padre, que tenía una salud maltrecha. Y así fue. Sacrificó su vida para salvar a su progenitor. Justo en las mismas fechas en las que el hijo fallecía en Gusen, las tropas aliadas liberaron Empoli. Sería un regimiento formado por soldados maoríes de Nueva Zelanda el primero en entrar en la ciudad.

El viajero mira la placa en memoria de Castellani con otros ojos porque conoce su pasado. ¿Cómo debía ser la relación entre el jugador y su padre para que el primero entregara su vida por el segundo? Un relato triste, sin duda, aunque oculta algo hermoso. Ese gesto de amor. El viajero quiere pensar que era una familia unida. Y se emociona cuando habla con su amigo Paolo, que ahora lleva a sus hijos a los partidos del Empoli. Mientras algunos debaten y dudan, otros saben ser buenos padres. Solo se trata de tener un corazón gigante.

# ‘Batigol’ en los Uffizi

“Muchos mueren en Florencia
al no haber podido nacer allí”
*Ennio Flaiano*

*En solamente 30 minutos, el viajero se despide de la calma de Empoli y llega a la estación de Santa Maria Novella de Florencia. Antes, el tren pasa por el aeropuerto florentino, que no hace justicia a una ciudad como la capital toscana. En Santa Maria Novella siempre hay ajetreo, aunque de lejos ya se pueden ver las cúpulas que anuncian la belleza del lugar.*

Cuenta una antigua leyenda que cuando Michelangelo Buonarroti terminó su estatua de Moisés, ideada para la tumba del papa Julio II, el escultor quedó tan maravillado del realismo de su obra que le dio un golpe en la rodilla y le gritó: “¡Habla!”. Moisés, por suerte, no dijo nada.

El viajero se escabulle del gentío de Santa Maria Novella e inicia su deambular por Florencia. Pocas ciudades son más esclavas de su fama. Cuando muchos extranjeros, especialmente norteamericanos, piensan en Italia, piensan en la Toscana. Paisajes perfectos de cipreses, villas imperiales, buenos vinos y arte por doquier. A los toscanos les deben parte del sentido estético. Aunque en estos tiempos ser una ciudad bella significa que te invadan. Muchos visitan Florencia solamente para poder decir que han estado delante de las iglesias y puentes que han visto en fotos, más que para admirarla. El viajero piensa que, muchos días de agosto, cruzar la Piazza della Signoria o el Ponte Vecchio, colmados de

palos *selfie*, es un deporte más peligroso que el *calcio storico*. Ya hace mucho que decidió que solo pisaría esta ciudad en temporada baja, pues no la quiere odiar.

Hoy en día, Stendhal hubiera sido pisoteado por uno de esos grupos turísticos que recorren Florencia en seis horas antes de seguir su estresante ruta. "Levántese del suelo, apártese, loco", le gritarían al escritor francés, que en 1817, delante de la basílica de la Santa Croce, sufrió un mareo y unos sudores al contemplar tanta belleza. "Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las bellas artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme", escribiría. En 1979, la psiquiatra florentina Graziella Magherini documentó cómo cada año una cifra bastante alta de visitantes sufrían síntomas parecidos, especialmente en la Galleria degli Uffizi. Así que Magherini se inventó el término 'Síndrome de Stendhal'. Florencia actúa como un imán. "Muchos mueren en Florencia al no haber podido nacer allí", dijo el guionista Ennio Flaiano. El viajero, en un tranquilo día de primavera, mira la cúpula de Brunelleschi. No se marea, pero acaba sonriendo solo, como un tonto, maravillado por la obra. En el pasado, el viajero se emocionaba por cosas más triviales, como los rizos de Giancarlo Antognoni, ese delicioso jugador que parecía tener un pincel en los pies y le fue fiel a la Fiorentina durante 15 años. En Florencia tienen buen gusto con los jugadores. Le regalaron un lienzo gigante de color verde a artistas como Baggio, Rui Costa o el brasileño Sócrates.

La belleza salvará el mundo, decía Dostoievski, aunque en la Florencia actual se puede llegar a dudar de ello. El viajero mira triste la puerta del centenario Caffè de Le Giubbe Rosse, en la céntrica Piazza della Reppublica, cerrado a la espera de que lo vuelva a abrir su nuevo propietario, un millonario kazajo investigado por corrupción que se dedica a comprar edificios y negocios en la Toscana. Cuando unos alemanes lo inauguraron en 1897, se llamaba Caffè Reininghaus, aunque los clientes lo empezaron a llamar el 'Café de las Chaquetas Rojas', por el atuendo de los camareros. Poco a poco se convirtió en el punto de encuentro de un grupo de intelectuales que se reunían en torno al crítico Ardengo Soffici. En 1911, Soffici estaba leyendo cuando entraron en el local cuatro hombres elegantes que se dirigieron hacia su mesa y le

pegaron un guantazo. Los amigos salieron en su defensa, pero aquellos jóvenes con acento de Milán utilizaron sus bastones para repartir golpes, convirtiendo, de paso, las sillas en armas de defensa. El café quedó destrozado, con cristales por el suelo y más de un ensangrentado. Cuando los carabineros preguntaron a los milaneses las razones de la pelea, uno de ellos, el más decidido, respondió que era un acto de justicia. Se trataba de Tommaso Marinetti, el artista que se consideraba el padre del futurismo, que había irrumpido en el establecimiento acompañado por Umberto Boccioni, Carlo Carrà y Luigi Russolo. Estaban enfadados por las críticas negativas que había escrito Soffici sobre la primera exposición de pintura futurista. Aquellos tipos acabaron en comisaría y al día siguiente fueron conducidos a la estación de tren de Santa Maria Novella, donde se encontraron con los intelectuales florentinos, que llevaban garrotes. Soffici, con el refuerzo de Scipio Slataper, un joven escritor de Trieste que moriría durante la Primera Guerra Mundial, buscaba revancha y la obtuvo; los milaneses subieron al tren llenos de moratones. Si hoy en día bandas de ultras viajan para asaltar los bares de sus rivales, en 1911 eran los artistas los que entraban en los cafés repartiendo leña.

Soffici y Marinetti, por cierto, hicieron las paces poco después y se unieron en proyectos artísticos que escandalizaron a muchos florentinos, que no entendían por qué se tenía que hacer arte futurista si con el del pasado ya era suficiente. Los futuristas cenaron juntos muchas veces en Florencia en la mansión de Luigi Ridolfi Vay da Verrazzano, un mecenas del arte local que militó en el partido fascista y que en 1926 fundó un club de fútbol: la Fiorentina. Sería él quien decidiría que el equipo usara una vistosa camiseta violeta. Y también fue cosa suya que la federación italiana decidiese construir su ciudad deportiva y su museo en Coverciano, a las afueras de la ciudad toscana. En muchas cosas, Florencia aún se siente la capital italiana. Por la lengua, por el arte y por Coverciano. Los jugadores de la selección visten de azul porque era el color de la casa real de los Saboya, piamonteses. O sea, de Turín, la primera capital. Aunque se concentran en la segunda, Florencia. Y suelen jugar en la tercera, Roma.

Como el Le Giubbe Rosse está cerrado, el viajero cruza la plaza y entra en el Caffè Paszkowski. Sabe que venden unos bombones muy ricos. Cuentan que el escritor Dino Campana se paseaba por las mesas vendiendo sus *canti orfici*. En una de ellas ahora el viajero anota en la

libreta todas las cosas que quiere ver en la ciudad. Siempre falta tiempo. Siempre hay que volver a Florencia. Una de las citas obligadas, aunque toque usar los codos para abrirse paso entre el gentío, es el *David* de Michelangelo. Y pensar que durante años estuvo en la Piazza della Signoria, a la vista de todos. Ahora hay una réplica con la que se conforman quienes no pueden o no quieren pagar la entrada de la Galleria dell´Accademia, donde está el original. A su lado, en la Loggia della Signoria, un espacio porticado donde antiguamente se realizaban asambleas, se exponen decenas de estatuas de una belleza sin parangón. Algunas, piezas romanas. Otras, más modernas, como el imponente *Perseo con la cabeza de Medusa* de Benvenuto Cellini.

Algunas de las esculturas más célebres del mundo se encuentran en Italia, tierra de genios. La herencia clásica ha jugado un papel clave. En un país en que al abrir una línea de metro o al practicar pesca submarina puedes descubrir mármoles preciosos o estatuas de bronce, los escultores han sido bendecidos. Algunos de los primeros pintores del Renacimiento, como Cimabue, Duccio di Buoninsegna o el Giotto, también fueron escultores. No solamente querían pintar, también querían tocar con las manos sus creaciones. El arquitecto que ideó la cúpula más bonita del mundo, Filippo Brunelleschi, también esculpió, de la misma forma que Donatello, Piero della Francesca, Sandro Botticelli, Pinturicchio, Leonardo da Vinci, Rafael o, cómo no, Michelangelo. Muchos de ellos eran toscanos, ya que Florencia fue la meca de las artes. ¿Quién puede rivalizar con Italia si hablamos de escultura, cuando han tenido a una de las primeras mujeres que rompió barreras ya en el siglo XVIII, Artemisia Gentileschi? Hay que añadir a Bramante, Francesco Borromini, Antonio Canova y, en tiempos modernos, a Umberto Boccioni, Giorgio de Chirico o Maurizio Cattelan. Y a Gian Lorenzo Bernini, claro. El viajero defenderá, si es necesario lanzando sillas en un café, que no existen obras más hermosas que las de Bernini. Especialmente su *David*, su *Apolo* y *Dafne* y el *Rapto de Proserpina*, todas resguardadas en la Galleria Borghese de Roma. ¿Cómo pudo con solo 23 años dominar el mármol de una forma tan magistral como se percibe mirando los dedos de Plutón apretando el cuerpo de Proserpina?

El viajero sale del café pensando en las estatuas de Roma. Ya llegará a la ciudad eterna. Aunque tampoco se puede entender Florencia sin ella, pues siempre han rivalizado. Florencia fue la capital italiana del 1865 al

1871, años en que Roma seguía en manos del papa. La decisión provocó disturbios en Turín, que perdía así su antigua condición. Aunque nadie puede culpar al Gobierno que decidió instalar la Cámara de Diputados en el Salón del Cinquecento del Palazzo Vecchio, en un nuevo hemiciclo construido bajo las pinturas de Leonardo y Michelangelo. Turín siempre ha tenido un aire afrancesado. Y trasladar el peso administrativo a Florencia era conectar con un pasado que envidiaba el resto de Europa. La relación entre turineses y florentinos se enturbió, como ocurriría más adelante con el fútbol, ya que la Juventus siempre le ha robado los mejores jugadores a la Fiorentina. La lista es larga, con nombres destacados como Baggio, Chiesa, Bernardeschi o Di Livio. Además, en 1982, la Juve ganó la liga en la última jornada quedando por delante de los toscanos con un arbitraje muy dudoso que algunos juran que fue comprado por los Agnelli. Turín, lista, tiene empresas y el club más ganador. A Florencia le queda presumir de sus museos y de su lengua, ya que el italiano normativo es el florentino. Por eso la Academia de la Lengua tiene su sede aquí, la famosa Accademia della Crusca que ya entusiasmó al viajero en Údine. Hace unos años, esta Academia recibió una propuesta curiosa. Un niño de 8 años llamado Matteo había inventando una palabra y su maestra, en vez de corregirlo, le animó a pedir a los académicos si la podían reconocer, pues era muy bonita. La palabra era '*petaloso*'. O sea, un adjetivo para definir algo lleno de pétalos, como puede ser una flor. La Academia de la Lengua respondió con una carta en la que le explicaban al pequeño que la construcción del término era muy acertada, pero que para validarla primero tenía que ser utilizado en la calle. Y las redes sociales se llenaron de personas usando '*petaloso*'. Cuando jugaba, Baggio era *petaloso*, ¿verdad?

El viajero mira la población desde las alturas. Ha decidido gastar un poco de dinero en La Loggia, un restaurante que ideó el urbanista Giuseppe Poggi en 1865 al lado del Piazzale Michelangelo, en las colinas que dominan la urbe. Dicen que el barón Bettino Ricasoli, alcalde de Florencia y segundo primer ministro de Italia en 1861, era asiduo a este restaurante, al que además le vendía los vinos que producía en su pueblo, Gaiole in Chianti. Sí, Ricasoli fue el padre de los vinos Chianti, de los más valorados del mundo hoy en día. ¿De dónde sacaba el tiempo, si también formaba parte de la Accademia della Crusca? "Malditos toscanos". El viajero mira el panorama desde su mesa. Stendhal también se hubiera

mareado aquí, con estas vistas. Y también se hubiera asustado si llega a ver a Marinetti en acción, pues en 1916 decidió rodar en este local la escena de *Vita futurista*, un film del que desgraciadamente no queda ni rastro.

Un jardín de estatuas. Tuvo todo el sentido que el pueblo de Florencia, cuando quiso premiar a uno de sus héroes por sus servicios, le dedicase una escultura. Era el 5 de noviembre del 1995 y la Fiorentina jugaba en casa contra la Lazio. El delantero argentino Gabriel Omar Batistuta afrontaba su partido número 100 con el club '*viola*'. En ese tiempo, ya se había ganado la complicidad de la hinchada con goles imposibles. Con sus cabellos largos al viento, parecía un león que corría por el terreno de juego ilusionando a una afición marcada por un trauma: la Fiorentina nunca ha estado a la altura de la fama de su ciudad. Dos títulos de liga en 1956 y 1969, la Recopa de 1961 y seis copas. Nada más. En los 90, el productor de cine Vittorio Cecchi Gori gastó mucho dinero para intentar levantar una tercera liga, sin suerte. Gastó tanto, de hecho, que provocó la bancarrota del club, que acabó perdiendo derbis ridículos cuando al Pisa lo presidía un perro. Aunque antes, la afición se ilusionó gracias a 'Batigol'. Por eso, delante de la curva donde se ponen los ultras, apareció aquel noviembre una estatua que representaba al delantero celebrando un gol. "Guerrero nunca derrotado, duro en la lucha, leal en el alma", se podía leer en la base. Batistuta, ese día, marcó los dos goles de la victoria, que celebró debajo de su estatua. Era un regalo destinado a desaparecer, ya que estaba hecho de cartón. Batistuta, por cierto, acabaría marchando a la Roma, como Michelangelo Buonarroti. Y allí sí que fue campeón nacional.

El viajero vuelve al centro de la ciudad. Cerca de la hermosa iglesia de Santa Maria Novella pide permiso para entrar en el Grand Hotel Minerva, un recinto de lujo donde tienen expuesta una obra de Emilio Greco. El arte aparece por todas partes. Y se dirige al Antico Paoli, un clásico de la cocina toscana en el que cenó Charles Chaplin. Toca pedir más Chianti y un ossobuco a la florentina. De camino al restaurante se pierde intencionadamente, mirando iglesias y estatuas como la Fontana del Porcellino, un jabalí de bronce al que la gente toca el morro para que le traiga suerte. Es curioso que en un país como este no existan más esculturas dedicadas al fútbol, como sí sucede en Inglaterra. El viajero recuerda que cuando llegas al Olímpico de Roma pasas por el *Stadio dei*

*Marmi*, una obra del toscano Enrico Del Debbio, quien en 1932 imaginó un estadio de atletismo rodeado de estatuas clásicas que parecen del Imperio romano. O que en Nápoles inauguraron una dedicada a Maradona cuando falleció. Pero no hay muchas más. Quizás no hace falta, ya que la más famosa la diseñó un italiano, Silvio Gazzaniga, en el taller GDE Bertoni de Paderno Dugnano, cerca de Milán: la Copa del Mundo.

# La culpa es de los bombones

"La nostalgia tiene olor a chocolate caliente"
*Federico Fellini*

*Toca despedirse de la Toscana. El tren tarda poco más de dos horas en detenerse en Perugia, pasando por las preciosas Arezzo y Cortona. La vía recorre la vieja Etruria, la tierra de los etruscos, una zona de colinas y castillos, también de otoños casi perfectos. Cuando sale de la estación, el viajero ve a lo lejos la parte vieja de la ciudad, en las alturas.*

Como va a dormir en el casco antiguo de Perugia, en ocasiones el viajero tendrá la suerte de mirar hacia el valle y no verlo, pues un mar de niebla lo cubre a menudo. La capital de la Umbría se encarama en un monte, aunque la población ha crecido con el paso de los años en las tierras bajas. Con pasado etrusco, Perugia es una ciudad de arte, letras y ciencias. Llena de museos, de sedes de su prestigiosa universidad y, por supuesto, de chocolate. Para muchos italianos, hablar de Perugia es hablar de chocolate. Cuando el viajero abandona la estación, rápidamente encuentra la Piazza del Bacio. O sea, la plaza del beso. No se crean que es un acto de amor, no. Se trata de una plaza dedicada a un bombón de chocolate.

Italia fue de los primeros países europeos que se enamoró del chocolate. Cuando aún hacía poquitos años que había llegado por primera vez el cacao al puerto de Sevilla, un florentino llamado Francesco

d'Antonio Carletti consiguió el permiso para exportar a la Toscana las llamadas "semillas de las Américas". Poco después, Catalina Micaela de Austria, hija de Felipe II de España, lo puso de moda en la corte piamontesa cuando se casó con Carlos Manuel I de Saboya. En 1606, ya se producía chocolate en Florencia, Venecia y Turín. Fue un amor a primera vista. Aquel tesoro se extendió rápido por todo el país y en algunas regiones, como en la ciudad siciliana de Ragusa, dio trabajo a centenares de personas. Giacomo Casanova afirmaba que lo usaban con fines afrodisíacos mientras se convertía en el producto estrella de los primeros cafés venecianos. En Perugia también lo amaban. Y fueron los más listos para sacarle partido.

El viajero hace caso al consejo del novelista Henry James, que escribió: "Le haré un favor al lector si le digo cómo tiene que transcurrir una semana en Perugia. Su primera tarea será no tener prisa, caminar por todos los sitios muy lentamente y sin un destino final, observando todo lo que encuentra". Lo que el viajero encuentra es la vieja pastelería Sandri, del año 1860. Más que una pastelería, parece un museo, con sus preciosos frescos en el techo. Cuentan que tenían una tarta tan buena, la *Bignè alla Pompadour*, que hicieron un pacto de caballeros con el pastelero austríaco Franz Sacher: el vienés podría venderla a sus paisanos a cambio de que ellos pudieran hacer lo mismo con la famosa tarta Sacher de chocolate. El viajero piensa en lo feliz que sería si tuviera un piso en el Corso Vannucci, una de las arterias principales de la ciudad. Sería feliz, sí, aunque estaría obligado a practicar deporte, pues no se puede vivir solamente de comer chocolate. De la pastelería Sandri salta al Caffè Vannucci y de aquí, a la vieja sede de la Perugina, la marca de bombones y chocolatinas locales. En la Antica Latteria Perugia, los vecinos piden chocolate caliente cuando llega el frío. Y el viajero se acuerda de la frase del director de cine Federico Fellini que abre este capítulo.

Aunque ahora pertenece al grupo Nestlé y tenga la sede en Milán, la Perugina sigue marcando el ritmo en la ciudad con sus iniciativas. Cada octubre, la ciudad recibe miles de visitantes que acuden para participar en *EuroChocolate*, un festival creado en 1993 por la compañía. En vez de cerrar la puerta a marcas rivales, las invita para llenar las calles de la ciudad de actividades. La Perugina creó la fama de Perugia como la capital del chocolate, un museo, una feria y hasta una academia. Por

motivos empresariales, los despachos quizás están lejos, pero las raíces las tienen en la Umbría. Aquí empezó todo en 1907, cuando se juntaron un grupo de empresarios para crear un laboratorio artesanal de chocolate. Uno de ellos era Giovanni Buitoni, descendiente de una familia de Sansepolcro, una ciudad toscana famosa por tener un imperio gracias a la pasta. Como estudiaba en Perugia, Buitoni se sumó al proyecto chocolatero. La Buitoni, cómo no, sería famosa por la publicidad que puso en la camiseta del Napoli en los años de Maradona, aunque acabó desapareciendo hace poco por culpa de una crisis. Fue Giovianni Buitoni quien entendió que la Perugina debía crecer y por eso en los años 20 compró unos terrenos justo delante de la estación de tren, en la parte baja de la ciudad, donde se levantó una fábrica. La Perugina empezó a exportar chocolate con éxito, aunque todo cambiaría cuando Luisa Spagnoli, una de las socias fundadoras que tenía un negocio de moda, tuvo la idea de aprovechar el chocolate y los pedazos de avellanas que sobraban. Con ellos, ideó unos pequeños bombones con el corazón de *gianduia*, que tenían una forma redondeada asimétrica. Los bautizó como *cazzotto*, es decir, puñetazo, pues le recordaban a un puño cerrado, aunque Buitoni propuso un nombre más comercial: *il bacio*. El beso. Federico Seneca, el director artístico, se encargó de idear un envoltorio brillante con frases de amor escritas dentro. Y lo metió todo en una caja azul con la imagen de unos enamorados. Fue un gran éxito que impulsó a la empresa, capaz de abrir sedes en Estados Unidos o París en los años 30. Aún hoy, los bombones Baci son muy populares. Pueden encontrarse en todas partes.

Por ese famoso bombón, la plaza con la que el viajero tropieza saliendo de la estación de tren se llama Piazza del Bacio, ya que aquí existió la primera gran fábrica de la Perugina. Ahora se han trasladado a un nuevo complejo. Cuando llega una nueva edición de *EuroChocolate*, es habitual ver a los jugadores del Perugia visitando las instalaciones. La localidad es famosa por su universidad, su chocolate y su club de fútbol. Tanto, que en 2016 aparecieron pancartas contra el portero Alberto Brignoli, que llegaba cedido de la Juventus, por haber dicho en el pasado que no le gustaba el chocolate. Aunque la frase tenía trampa. Brignoli había jugado en la Ternana, el club de Terni, la segunda ciudad más importante de la Umbría. Y el derbi es muy sentido. El '*campanilismo*', ya se sabe. Cuando Bagnoli jugaba en este equipo y le preguntaron por su

rival, respondió con ironía. Decir que no le gustaba el chocolate era criticar a Perugia; hasta tal punto se asocia esta ciudad con la dulzura. Cuando llega la feria del chocolate, también se celebra un torneo de equipos de fútbol infantil. Hace algunos años, el Perugia aprovechó para organizar un amistoso con el US Pergocrema, un equipo de la ciudad lombarda de Crema. ¿El lema del partido? El derbi más dulce entre la nata y el chocolate, pues en italiano crema quiere decir nata.

En Terni no destacan por sus dulces. Y a la Ternana siempre le ha tocado vivir a la sombra de su rival, el '*Grifone*', como se conoce al Perugia por el animal mitológico que aparece en su escudo. El Perugia tiene hinchas por todo Italia: algunos siguen al equipo porque se enamoraron de él en sus años universitarios en la ciudad y otros lo animan por los recuerdos de la extraordinaria plantilla que tuvieron en los 70, que firmó una gesta sorprendente en el último curso de la década: no levantar la liga pese a cerrarla sin perder un solo partido. Acabaron tres puntos detrás del Milan, campeón pese a encajar tres derrotas. Al Perugia lo penalizó sumar demasiados empates, 19 en 30 jornadas. El resto, fueron victorias. El éxito había empezado gracias a los Baci, de alguna forma.

En 1966, el Perugia era un conjunto que no podía presumir de demasiados éxitos. Fue entonces cuando llegó a la presidencia del club Lino Spagnoli, un chico de buena cuna con mala fama en la ciudad, pues le gustaba demasiado la noche y gastaba el dinero de sus padres en fiestas en el mar. En las costas de la Toscana, donde veraneaba, se enamoró de la motonáutica y sorprendió a todos cuando en 1969 se proclamó campeón mundial de la clase Racers 800kh. Un año después, entrenando en el lago Albano, cerca de Roma, sufrió un accidente que casi acaba con su vida. Obligado a abandonar las carreras, sentó la cabeza. Y demostró tener tanto olfato con los negocios como su abuela, Luisa Spagnoli, la creadora de los bombones Baci. El nieto gestionó con éxito las acciones familiares en la Perugina y el otro negocio de su familia, una casa de moda. Y del 1966 al 1974 presidió el equipo, al que subiría a la *Serie B*. En 1974, Spagnoli vendería la entidad a un empresario del sur de Italia, Franco D'Attoma, que se había quedado a vivir en Perugia después de haber estudiado en ella. Era hijo de unos exportadores agrícolas, le sobraban los billetes. D'Attoma convenció a otros empresarios locales para que se sumaran a su proyecto y así convertir, por primera vez, al Perugia en un equipo de la *Serie A*. Tardaron solamente doce meses en

conseguirlo. El ascenso de 1975 también permitió construir un nuevo estadio, levantado en tres meses por Spartaco Ghini, un industrial del sector de la metalurgia. El estadio sería bautizado con el nombre de Renato Curi, jugador del club que en 1977 fallecería por culpa de un problema cardíaco en un partido contra la Juventus.

Fueron años muy locos. La muerte de Curi rompió el corazón de sus compañeros, mientras fuera del campo el jugador Paolo Sollier compraba a los obreros periódicos comunistas. Y celebraba los goles con el puño cerrado, como un *cazzotto*. D'Attoma, después de quedarse a un paso de ganar la liga en 1979, quiso fichar al mejor delantero italiano del momento, Paolo Rossi, el mismo que en 1982 le daría a Italia un Mundial con sus goles. Aunque entonces, el Perugia ya había gastado demasiado dinero y tenía deudas. D'Attoma no sabía cómo encontrar la fórmula para sacar a Rossi del Vicenzo. Así que decidió burlar la ley, que entonces no permitía a los equipos lucir publicidad de marcas comerciales en su camiseta. Pactó con una empresa de pasta local llamada Ponte, que pondría el *cash* para firmar al goleador. A cambio, el Perugia jugaría con el nombre de la compañia bien visible en su equipación. ¿Y cómo lo consiguieron, si la normativa prohibía esas colaboraciones? Pues inventando una marca de ropa deportiva llamada igual, Ponte. Cuando la federación les quiso multar, D'Attoma argumentó que no era ilegal que en la camiseta apareciese el nombre del fabricante. Un año después, el organismo regulador permitió que entrara la publicidad en los clubes.

El viajero busca un sitio para contemplar la deliciosa Piazza IV Novembre y se pregunta qué tendrá Perugia que ha conseguido atraer a personajes tan curiosos como D'Attoma o el presidente del conjunto en los 90, Luciano Gaucci, un gran aficionado al chocolate. La última era dorada del club, con jugadores que serían campeones del Mundo como Materazzi, Gattuso o Grosso, se dio gracias al bolsillo de este empresario romano que había empezado su carrera profesional como conductor de autobuses. Gaucci hizo fortuna gracias a una empresa de limpieza privada, entrando en la directiva del club que siempre amó: la Roma. Pero como no pudo llegar a ser presidente, compró el Perugia, que entonces andaba perdido en tercera división. Y lo llevaría hasta las competiciones europeas, pese a tener ideas tan raras como hacer ofertas a jugadoras como Hanna Ljungberg o Solveig Gulbrandsen para que

jugasen en el equipo masculino. Como le funcionó el fichaje del japonés Hidetoshi Nakata, decidió fichar al chino Ma Ming Yu. Fracasó. Después, a un coreano, Ahn Jung-hwan. Y como este marcó el gol que eliminó a Italia del Mundial en 2002, lo despidió. En 2003, el fichaje estrella fue el líbio Al-Saadi Gaddafi, el hijo del coronel que tiranizaba el país africano. Gaucci, un tipo peculiar, también ficharía a Serse Cosmi, un entrenador que motivaba a sus jugadores proyectando cine porno en los desplazamientos.

El Perugia ya no es lo que era a nivel futbolístico. Aunque la ciudad y toda la Umbría, en general, siguen siendo un refugio ideal para escapar de los problemas. El viajero repasa los últimos años de vida del escritor Curzio Malaparte, que los pasó caminando por la vieja Etruria, buscando tumbas y comiendo bien en pueblos remotos. Así que toma asiento en un restaurante típico del centro y degusta el frijol del lago Trasimeno –donde encontraron barcos romanos casi intactos–, la lenteja de Monteleone di Spoleto y pasta con trufa negra. Porque aquí no todo es chocolate.

# Un misterioso brebaje

"¡Heroína de los mares y de la tierra!
Ancona, mi patria, te amo"
*Maria Montessori*

*El viajero se sube a un viejo vagón que deja atrás Perugia con un ritmo trotón. El tren está lleno de peregrinos, pues la vía para en Asís, donde nació San Francisco. Después de pasar por Foligno, el recorrido empieza a bajar hacia el mar, entrando en la región de las Marcas, hasta llegar a Ancona. Ciudad pecadora. De la fe al pecado, en línea recta. Cosas de Italia.*

Saliendo de la estación de tren, el viajero mira hacia todas las esquinas de la Piazza Rosselli. Aquí existió durante años el Caffè Sport. No encuentra ni un viejo cartel que lo recuerde, por eso se enfurruña. Ancona puede parecer desagradable, como tantos puertos. A la espalda de las vías, se levantan torres metálicas, se amontonan contenedores y llegan los cánticos de las sirenas de los barcos, como si fuesen grandes ballenas de metal. La ciudad está llena de indicaciones que orientan a los transeúntes por si quisieran tomar un ferry rumbo a Albania, Croacia o Grecia. Ancona es una invitación al viaje, por lo que pocos se quedan en ella. Un error.

Caminando en dirección contraria al centro, cruzando puentes y esquivando motos, el viajero llega a la Via Flaminia. Una carretera moderna sobre una vieja ruta romana, siguiendo la costa, donde se encuentra el Caffè Centrale Manfrini, fundado en 1850. Han pasado más

de 170 años desde que abrieron al público y el local sigue gestionado por la misma familia. No es un bar elegante. Es un café de toda la vida, con su esquina para comprar lotería y tabaco. Con viejos lobos de mar en la barra, que pasan una hora con la mirada perdida y se despiden. Volverán el día siguiente a la misma hora. El viajero piensa en el pasado de esta urbe, destrozada por las bombas aliadas en 1943, cuando en un solo día fallecieron más de 1.000 personas antes de que los nazis fueran expulsados. La ciudad que se levantaría de las ruinas sería más práctica, aunque menos bella que la que se intuye en las viejas fotos colgadas en las paredes del Centrale Manfrini. Y pese a todo, Pasolini dijo de ella que es una urbe "simple y feliz. Y pese a la triste reconstrucción, de las más bellas. No la había visto jamás, y reconozco un amor a primera vista, aunque me resulte a la vez extranjera".

Ancona ha tenido mil vidas y en sus muelles se han hablado mil lenguas. Los puertos significan despedidas, emigrantes que dejan atrás su tierra, sueños que no se cumplirán, polizones y náufragos. Por eso el británico Edward Hutton la definía como "una ciudad difícil de penetrar, porque lleva dentro de sí el sentido trágico de la vida, aunque más difícil de olvidar o abandonar". El viajero despierta de su sueño cuando pasa a toda velocidad un tren hacia el norte. No le gustan las vías pegadas al mar, pues separan las casas de los vecinos de la arena. Esta no es nueva. En 1856, Ancona pertenecía a los Estados Pontificios. Ese año el papa firmó un decreto para construir la línea de tren entre Bolonia y Ancona. Una línea que seguiría la costa pasando por poblaciones como Rimini o Riccione, zonas que el viajero ha preferido evitar por el turismo veraniego masificado. La ruta se inauguró en 1860, justo cuando Ancona dejaba de ser parte de los Estados Papales, derrotados en el campo de batalla por el joven Reino de Italia. Fue ese mismo año cuando Eugenio Borghetti, propietario de una destilería, abrió las puertas del Caffè Sport delante de la estación, pues entendió que con la nueva línea de tren llegaría el dinero. Era un tipo listo. En mayo de 1863, el lugar se llenó de autoridades para despedir el tren que estrenaba un nuevo trayecto, el que unía Ancona con Pescara hacia el sur. Y Borghetti entregó un termo a un mozo y lo mandó al andén para que ofreciese bebida gratis a los pasajeros. Casi todos volverían al Caffè Sport, intrigados por ese brebaje. Había nacido el café Borghetti.

El viajero se fija en esas botellitas pequeñas, con una tapa de rosca

roja, que ha visto en todos los campos italianos. Una bebida vigorizante que se ha convertido en uno de los símbolos del *calcio*. No se puede entender la cultura futbolística local sin este licor de café de alta graduación, gran orgullo de los anconitanos. Ugo Borghetti, el hijo de Eugenio, se encargaría de iniciar la producción en masa de una bebida que se inspiraba en la tradición de pescadores y marineros. En toda la costa de las Marcas aún existen bebidas donde se mezcla el café con ron o anís de nombres juguetones, como la *moretta* de Fano o el *turchetto* de Senigallia. Palabras que recuerdan los viajes de antaño hacia las costas de los moros o los turcos. Y en esas noches en alta mar, un poco de café y licor bajando por el cuello daban la vida.

El viajero ocupa una de las mesas exteriores con mantel blanco del Caffè Giuliani. Este es un sitio ideal para ver la vida pasar. Por delante desfilan turistas arrastrando maletas por el suelo empedrado, marineros de todas las nacionalidades y estudiantes camino del Teatro delle Muse. Precisamente en su buhardilla se fundó en 1905 el club de fútbol de la localidad, cuando un grupo de alumnos que debían de estar ensayando obras clásicas se pusieron manos a la obra para imitar a los marineros ingleses que hacían escala en Ancona. Ellos querían marcar goles. Y los primeros los anotarían en estas calles donde el puerto se mimetiza en un extraño caos que funciona con la ciudad. Aquí los vendedores de fruta pasan por delante de barcos enormes y los estudiantes se mezclan con los albaneses que, con el coche lleno de regalos, van a pasar las Navidades en casa de sus padres. Ancona tiene vida. Siempre ha sido así. Cuando la viajera francesa Madame de Staël la visitó en 1807, describió "la locura de los griegos, que trabajan delante de sus negocios sentados en el suelo al modo oriental, y la diversidad de vestidos orientales en las calles". Los puertos adriáticos italianos siempre tienen este toque oriental. Aquí los Balcanes están más cerca que Milán. Por eso Pasolini percibía algo extranjero en estas calles. Ancona es italiana y a la vez no lo es.

Y como buena ciudad de mar, siempre ha sido rebelde. El viajero recuerda las páginas de *Cristo se detuvo en Eboli*, de Carlo Levi, el libro donde este escritor y pintor turinés narra su experiencia en el exilio interior. A las personas peligrosas, las autoridades fascistas las mandaban a municipios remotos, aislados, para que no molestasen. En el pueblo de la Basilicata donde acabó Levi, descubrió que lo trataban mejor que a un marinero de Ancona, siempre bajo sospecha. Castigado a la soledad, lejos

del mar. Incluso Victor Hugo cita cómo los anconitanos se levantaron en armas inspirados por los parisinos en *Los miserables*. Son gente brava. La doctora y filóloga Maria Montessori, nacida en un pueblo cercano y famosa por sus teorías sobre la educación, se emocionaba con las mujeres anconitanas, pues en 1906 fueron las primeras que consiguieron el derecho a voto en Italia, antes que el resto del país. Tiene sentido que el equipo local vista de rojo, aunque en este caso se debe a que uno de los fundadores del club había estudiado en Liverpool y había asistido a un partido de los '*Reds*'. Ancona late, siempre joven. En los 70, en cada esquina había una asamblea de trabajadores o estudiantes. Ahora el hiphop suena en sus calles. Un rapero local, Daz Jay, fue ultra del Ancona. Y bebió mucho café Borghetti, claro.

El estadio del Conero se encuentra en las afueras de la ciudad. Es feo. Como un agujero en el suelo, medio escondido. El día de partido, los botellines de 30 mililitros de café Borghetti son omnipresentes. La etiqueta de la bebida es una estrella roja de cinco puntas con el nombre de la marca dentro. Y el viajero se pregunta si tendrá algo que ver con la tradición política de la ciudad, feudo de la izquierda italiana. En el estadio del Ancona siempre se ven símbolos comunistas. Quizás por eso sorprende que el año 2007, cuando el club sufría problemas económicos, fuese comprado por una sociedad controlada por el Vaticano. La Iglesia quiso invertir en el fútbol para aportar sus valores cristianos. A la mayor parte de hinchas del Ancona, ateos y rojos, les pareció una tomadura de pelo ver a su capitán en la plaza de San Pedro siendo bendecido por el papa. La aventura duró poco. Fue un episodio más en la caótica historia de un club que se ha refundado cuatro veces en los últimos 20 años y que solamente ha jugado en la *Serie A* en dos ocasiones. La primera, en la temporada 1993-94. La segunda, en la 2003-04, cuando solo logró ganar dos partidos. Al final del torneo, sufrió una bancarrota y se refundó en cuarta, pasando de jugar contra el Milan a disputar derbis regionales con la Fermana o la Sambenedettese en pocas semanas. El Ancona sube y baja como la marea.

En el club cambian los escudos, los propietarios y las categorías, pero no los botellines de café. En la década de los 50 se empezaron a vender fuera de los estadios. Entonces era normal tomar bebidas alcohólicas dentro de los recintos deportivos. En muchos campos del norte, como en Údine o Trieste, existía la tradición de dar a los aficionados visitantes *vin*

*brulé*, para combatir el frío. En Ancona se daba café Borghetti. Y como la compañía se supo adaptar a los nuevos tiempos, se expandió por toda Italia. En estadios como los de la Roma o el Napoli, no se puede entender la animación local sin esta bebida, convertida ya en una superstición, un rito, una seña de identidad de los jóvenes rebeldes. El nacimiento del movimiento ultra coincidió con la popularización de este licor, pues los botellines se podían ocultar más fácilmente para entrarlos en el estadio que una botella de cristal. En Ancona recuerdan esos señores romanos que vivían de vender el producto. Compraban centenares, llenaban el maletero del coche y cada domingo elegían un estadio para ponerse a vender, aunque les tocase conducir cinco horas. Si el Ancona jugaba fuera de casa, esos vendedores siempre hacían acto de presencia. Eran los *borghettaro*. O sea, los vendedores de Borghetti.

Los hinchas anconitanos cuentan que el día que más Borghetti se vendieron fue en un partido de *play-off* final jugado una calurosa fecha de junio de 2001 contra su eterno rival, el Ascoli. Menudo encuentro. El viajero mira el vídeo en Youtube una y otra vez, mientras grupos de turistas pasan camino del puerto. Ese día no solo se trataba de la rivalidad regional entre dos equipos de las Marcas. Si la curva del Ancona siempre ha sido roja, la del Ascoli es un feudo de extrema derecha. Al Ancona le valía el empate para ascender a la *Serie B*, ya que había terminado por encima en la fase regular. Eddy Baggio, el hermano de Roberto, puso por delante al Ascoli ya en la prórroga con una chilena preciosa. Y el Ancona, nervioso, acabó con un hombre expulsado. El equipo parecía muerto, aunque en el 118' empató aún no se sabe muy bien cómo. Las escenas de celebración son grotescas. En estos partidos, todo el banquillo entra dentro del terreno de juego. Es casi una tradición italiana más, como el café. De vuelta a los autobuses, los hinchas del Ancona soportaron una lluvia de piedras de sus rivales. Respondieron lanzando botellines Borghetti.

El viajero se quiere despedir de Ancona subiendo a la colina que preside la ciudad. Aquí es donde los adolescentes quedan para besarse a la sombra de la catedral, construida donde ya existió un templo griego. El puerto impresiona desde lo alto. Cuando cae el sol vuelve a pasar por el Caffè Centrale Manfrini y pide un Borghetti. El camarero sonríe y le cuenta que esta bebida la inventaron ellos, los Manfrini. Mientras pasan los trenes por delante, explica que sus antepasados tuvieron una

destilería. Y que expandieron el negocio abriendo dos en Libia, aunque los acabarían cerrando cuando los italianos fueron expulsados del norte de África. A los Manfrini solo les quedó su café, pues perdieron el resto de sus negocios. Y ellos insisten en que también perdieron la gran oportunidad de ser ricos, pues los Borghetti les copiaron la receta del licor. ¿Existen pruebas? Ni una. Pero como la abuela de los Manfrini lo contó, así lo explican en este café. ¿Qué sería de Italia sin sus disputas? ¿Qué sería de Italia sin sus cafés, con o sin alcohol?

# El verano es la única estación

"Solo hay dos cosas por las que vale la pena vivir.
Un buen helado... y un helado aún mejor"
*Fabrizio Caramagna*

*El tren desciende por la costa adriática, pasando por localidades de gran tradición futbolística como San Benedetto del Tronto, casa de la Sambenedettese. En la estación de Porto d'Ascoli, el viajero piensa en ese equipo que llegó a ser cuarto en la* Serie A *de 1980. Finalmente, deja las Marcas para entrar en los Abruzos y su ciudad más poblada, Pescara.*

¿Cómo debía de ser Pescara antes de la Segunda Guerra Mundial?

El viajero baja en la estación central con esa pregunta en la cabeza, después de leer que las bombas aliadas destrozaron su casco antiguo. Es cierto que transmite la sensación de ser una ciudad moderna. La ruta ha llegado a los Abruzos. Aunque, como decía el periodista y viajero Guido Piovene, "se puede decir que Pescara es la más abruzana de las ciudades de los Abruzos por un lado, aunque por el otro es lo más opuesto a la región". Este es un territorio lleno de parques naturales con cumbres nevadas como el Gran Sasso, bosques frondosos y lagos. Poco tiene que ver L'Aquila, su capital, con Pescara, la urbe más poblada. Una es fría, la otra caliente. Una está rodeada de cimas y la otra es un puerto que invita a la felicidad. "Pescara es nueva, Pescara es geométrica, Pescara es ruidosamente extrovertida, Pescara es rica, Pescara no mira las montañas,

Pescara no tiene historia. Parece haber borrado los siglos que la precedieron", decía de ella el periodista Giorgio Manganelli. La ciudad que se reinventó.

Caminando por delante del mar, el viajero tiene la tentación de dejarse ir. "Pescara es espléndida. Es el único caso de una ciudad, una ciudad real, que existe totalmente como ciudad costera, como un balneario. La gente de Pescara está orgullosa de ello. El paseo marítimo es un río de gente elegante, bella y bronceada", decía Pasolini. El viajero recuerda que en los 80 era una de las capitales del waterpolo mundial. En ella jugaban referentes de la disciplina como Manel Estiarte. Los cuerpos musculosos y tostados de los habitantes le dieron gloria deportiva, para demostrar que aquí también se puede sudar y trabajar duro. Que, pese al clima y el paisaje, es posible escapar de la tentación de gandulear. En 1953, Fellini visitó el lugar para rodar su película *I vitelloni*, una historia escrita por su amigo Ennio Flaiano, hijo de Pescara. Flaiano se inspiró en los jóvenes que pasaban los días en los bares sin querer trabajar. Aquí, los vecinos se llaman a sí mismos '*vitello*' (ternero), de forma burlona, así que Flaiano bautizó su obra de esta forma. Los abuelos y padres de esos chicos, que habían sufrido la guerra, no podían entender esa nueva generación de '*nullafacenti*', que solamente querían pasarlo bien. Flaiano lo explicó con maestría y un toque de humor, aunque Fellini le dijo que sospechaba que rodar en Pescara relajaría demasiado al equipo de filmación. Así que todos se trasladaron a Rímini. La ciudad natal del Fellini, por cierto.

El viajero entra en el Caffè Excelsior, inaugurado en los 40, donde se cuenta que dos décadas después de abrir acogía a centenares de personas para escuchar los partidos del Pescara por la radio. Luego, cuando la población, siempre reinventándose, estrenó un festival de jazz y una semana de la moda, por aquí pasaron diseñadores como Armani o Versace para tomar cafés y degustar helados. Flaiano también venía cada verano, de vacaciones. Y el viajero sonríe por el sentido del humor de un tipo que diría que "el italiano solo tiene un enemigo real: el árbitro de fútbol, porque juzga". Razón no le faltaba. Se perdonan los pecados a políticos corruptos, pero jamás a los colegiados. La ciudad le dedicó a Flaiano un monumento y un puente sobre el río, que durante años separaba dos localidades. Al norte, Castellammare Adriatico. Al sur, Pescara. Luego, en 1927, se fundieron en una. ¿Y de quién fue la

propuesta de unión? Pues del hijo más famoso de Pescara, Gabriele D'Annunzio. Después de encontrar su rastro durante todo el viaje en cafés, restaurantes y hoteles, el viajero ha llegado a su lugar de nacimiento. Así que visita la casa natal, en el casco viejo. D'Annunzio, en los años 20, tenía tanto poder y tanta fama que podía unir ciudades, impulsar la creación de clubes de fútbol o conseguir que le dedicaran estatuas, plazas y un teatro. En vida, claro. Así, él, megalómano perdido, se daba baños de masas. Aunque con la caída del fascismo, pasó a estar mal visto por haber inspirado demasiado a Mussolini. Pescara siguió un camino alejado de su *vate*, de su poeta. Se reinventó. Si D'Annunzio, siempre serio, era el pasado, en los años 50 y 60 el presente era Flaiano, con su don para escribir guiones.

El viajero cruza el puente que el Ayuntamiento dedicó a Flaiano, una estructura moderna pensada para peatones y bicicletas. Debajo, muchas barcas en un amarradero. Al fondo, la desembocadura detrás de un puente más pequeño y feo que lleva el nombre de D'Annunzio. El visitante recupera otra frase de Flaiano: "Solo hay una estación: el verano. Tan hermosa que las demás la rodean. El otoño lo recuerda, el invierno lo invoca, la primavera lo envidia y puerilmente trata de estropearlo". Ah, los veranos junto al mar italiano. Jugar a fútbol en la playa, los primeros amores, la piel quemada y los helados.

Pocos países aman tanto a los helados. Aquí afirman que los inventaron ellos, pese a que hay indicios de que ya se usaba el hielo de una forma similar en China en tiempos inmemoriales. Cuando los árabes estaban en Sicilia en el siglo IX, utilizaban la nieve del Monte Etna para preparar unas bebidas con jugos destilados de limón, naranja, granada, cereza y tamarindo. El Istituto del Gelato Italiano, que tiene sede en un palacio de Roma, sostiene que el inventor del helado artesanal fue el arquitecto Bernardo Buontalenti, en la corte florentina de Caterina de Médici. En 1686, el cocinero siciliano Francesco Procopio dei Coltelli creó la primera mezcla perfecta para envasar helados gracias a una máquina que había inventado su familia. Con ella se trasladó a París para abrir el histórico café Procope y hacer los primeros helados modernos. El primer polo también fue cosa italiana, como el viajero descubrió en Turín. ¿Y el padre del cucurucho? Italo Marchioni, un heladero originario del Véneto que emigró a Nueva York.

El helado es muy democrático. Aunque algunos pueden llegar a ser

caros, en general todo el mundo se lo puede permitir. En Italia, donde muchos turistas llegan con unas ideas preconcebidas erróneas y no entienden que la gastronomía del país es diversa, el helado es una apuesta segura. Tanto los extranjeros como los locales los compran. De norte a sur. Algunas tiendas artesanales, como la florentina Venchi, se han convertido en marcas globales. Otras heladerías siguen teniendo un solo local, convertidas en tesoros que los vecinos defienden. Después de la Segunda Guerra Mundial, nacieron empresas que empezaron a fabricar helados a lo grande para que fueran vendidos en supermercados o áreas de servicios. Ya no se producían en heladerías, ahora salían envasados de fábricas. Una de ellas sería la Sammontana de Empoli, que ha ayudado al equipo local desde que se fundó en 1948 en un modesto bar de la ciudad toscana. Ese mismo año, Teofilo Sanson compró un quiosco en Turín donde vendía helados. En menos de dos décadas ya había creado la marca Gelati Sanson, instalando las oficinas cerca de Verona, donde tenía sus raíces. Como la Sammontana, también la Sanson invirtió en el mundo del deporte. Teofili Sanson era un enfermo de la bicicleta que puso dinero de su bolsillo para que Verona fuese sede de dos mundiales de ciclismo en 1999 y en 2004, creando el equipo profesional donde brilló Francesco Moser, el ciclista que ahora produce vinos. Aunque Sanson también patrocinó el Rovigo Rugby y entró en el mundo del fútbol comprando en 1976 al Udinese, al que llevó de tercera a primera en dos años. En 1981, vendió la entidad, decepcionado porque la normativa vigente no le dejaba usar el logo de su compañía en la camiseta del club. Cuando se jubiló, la empresa entró en crisis y fue comprada por la Sammontana, que la engulló.

Muchos italianos todavía hablan con afecto de algunos de los helados de la Sanson. Son un recuerdo de la infancia y de los veranos sin fin. Otra marca célebre que ya no existe es la Gis. Para el viajero, la Gis es la publicidad que lucía el Pescara que jugó en la *Serie A* en la temporada 1992-93, con una camiseta chillona y jugadores destacados como Allegri. Pese a que perdieron la categoría, dejaron para el historia partidos alocados como su goleada por 5-1 a la Juve o una derrota en casa por 4-5 con el Milan en un partido que a los 25 minutos ya iba 4-2 para los locales. Hasta que Van Basten, con tres dianas, puso un poco de orden. Fueron años de buen fútbol en Pescara. Y todo, gracias a los helados. La Gis había sido fundada por Pietro Scibilia, un calabrés que, de

adolescente, fue detenido por ayudar a contrabandistas de sal y tabaco. Con 20 años emigró a Argentina, donde vendía coches de segunda mano. Más de uno cree que él mismo los robaba. Fuera como fuese, en los 60 volvió a Italia y fundó la marca de helados Gis en un pueblo del interior de los Abruzos. Y, como la Sammontana y la Sanson, empezó a invertir en el deporte. Primero, en el equipo de baloncesto de Roseto. Después, en el modesto Giulianova de fútbol. Y en 1978, tumbó la puerta del ciclismo para levantar el equipo GIS Gelati. Su gran éxito llegaría en 1984, cuando Francesco Moser, que había abandonado a la competencia, ganó el Giro corriendo para él.

En 1987, Scibilia presentó una oferta para hacerse con el Pescara, que jugaba en la *Serie A*. Dijo que pondría tantos billetes que la entidad llegaría a Europa. Los hinchas, entusiasmados, llegaron a lanzar piedras a los propietarios, pues estos se negaban a vender. Al final, cedieron. Y Scibilia, en un movimiento extraño, ni invirtió tanto dinero ni ocupó la presidencia, que cedió a otro empresario, manteniendo un perfil bajo. El conjunto descendió. Y en 1991, Scibilia decidió asumir la presidencia. Se rumoreó que esos años había salido del radar porque lo estaban investigando por posible fraude. Siempre fue un tipo misterioso que intentó ocultar su pasado. Y acabó a golpes con varios jugadores después de bajarles el salario.

En 2011, la entidad sufrió una bancarrota y se refundó con el nombre de Delfino Pescara, un guiño al animal que aparece en el escudo del club. El Pescara, como la ciudad, se reinventó, y volvió a entusiasmar a la afición gracias a la decisión del nuevo presidente, Daniele Sebastiani, de fichar al veterano entrenador Zdenek Zeman. Todo el mundo consideraba que el checo estaba acabado después de una carrera venida a menos. El técnico tenía en su plantilla a un chaval de la cantera llamado Marco Verratti. Pidió al Napoli la cesión de Lorenzo Insigne y a la Juve el préstamo de Ciro Immobile. Y con este tridente, el Pescara ascendió a la *Serie A* tras firmar 90 goles. Cada partido era una montaña rusa, pues apenas defendían. Esa temporada, el Pescara no empató a cero en ninguna jornada. Quien lo vio jugar fue tan feliz como un niño con un helado una tarde de verano delante de la playa, con los dedos y la cara manchados. En 2021, Insigne, Immobile y Verratti fueron campeones de la Eurocopa con Italia. Y se sacaron una foto imitando otra que se hicieron después de su gran año en Pescara, cerca del mar. En ambas no

podían sonreír más.

# Una montaña de papeles

"El destino del italiano: hacer cola frente a un mostrador.
El ideal italiano: sentarse detrás de un mostrador"
*Danilo Arlenghi*

*El tren sigue hacia el sur serpenteando la costa. Deja atrás los Abruzos. El Molise es una de las regiones más desconocidas de Italia y Térmoli, su único puerto. El viajero dedica un rato a descubrir su precioso casco antiguo, encerrado entre murallas encima de la playa, antes de subir a un bus y dirigirse al interior. En una hora y media está en Campobasso.*

Hace tiempo, un amigo del viajero se sorprendió cuando este le dijo que había estado en el Molise. "La mayor parte de los italianos jamás la han visitado", soltó. En los últimos años, se ha creado una campaña, 'Moliste no existe', para que la gente se acerque a la zona. El viajero conoce poco el lugar. Su tradición futbolística es escasa. Cuando pregunta por un jugador local, le sueltan el nombre de Giuseppe Rossi, el delantero internacional que brilló en el Manchester United o el Villarreal. "¿Pero no había nacido en Estados Unidos?", desliza el viajero. "Claro, la molisana era su madre", le responden.

Solamente la Val d'Aosta tiene menos habitantes que el Molise. Aunque allí, en el norte, cerca de los Alpes, llega mucho turismo gracias a las pistas de esquí. En el Molise, donde no viven más 250.000 almas, también suele nevar, pero no hay pistas. Viajar por la región es adentrarse en una aventura por carreteras pequeñas que cruzan ciervos o lobos. Sus pueblos, llenos de ancianos y con pocos jóvenes, tienen nombres

preciosos que invitan a soñar. Pietrabbondante está situado, como advierte su nombre, en un monte lleno de piedras. Roccasicura está escondido, claro, en una montaña que parece segura. Algunos municipios, como Poggio Sannita, recuerdan a los '*sannita*', una tribu que resistió a los romanos durante bastante tiempo. En Agnone el viajero visita la Pontificia Fonderia Marinelli, una empresa donde una familia suma más de 800 años fabricando las campanas del Vaticano. Los propietarios recuerdan que la misma campana puede sonar el día de tu bautizo y el de tu funeral.

El Molise es la única región italiana que surgió separándose de otra. En 1945, los mapas se reestructuraron después de la guerra y una de las regiones creadas fue Abruzos-Molise. El Gobierno admitía con este nombre que el Molise tenía personalidad propia, pero como se trataba de una tierra poco poblada, la metieron en el mismo saco que los Abruzos. No duraría demasiado. Los lugareños pidieron más autonomía y la consiguieron después de años de debates, reclamaciones e interpretaciones de la ley. En Italia, es fácil perderse en los despachos y oficinas de la Administración. Si de alguna cosa no se sienten orgullosos los habitantes es de su burocracia, demasiado anticuada, lenta, compleja e ineficaz. Los que residen en el extranjero, cuando les preguntan por las cosas buenas que han encontrado lejos de casa, suelen responder que un sistema burocrático ágil. Aunque por muy lejos que escape, al italiano le sigue persiguiendo el papeleo. Por ejemplo, cuando le toca votar por correo, toda una odisea. Los Erasmus becados en Italia se pierden por los trámites. El jurista Alfonso Celotto, que inventó un pseudónimo para hacer artículos burlones sobre este defecto nacional, define la burocracia italiana como "un cuerpo de 190.000 leyes y 6.000 sentencias cada año, un número horrible que convierte el día a día en una trampa, a la que toca sumar un cuerpo funcionarial envejecido y resistido a la modernidad". La región con la media de funcionarios más vieja es la del Molise.

Aquí, cuando pidieron ser una región, se pasaron muchos años atrapados en los despachos romanos, hasta que entendieron que la clave era encontrar una persona que tirara de los hilos. Una serie de movimientos políticos permitieron al Molise pasar a ser región en 1963, gracias a una disposición transitoria. Así, se saltaron los límites del artículo 132 de la Constitución, según el cual no se podían tener regiones

de menos de un millón de habitantes, con la excepción de Val d'Aosta, que se rige por otra ley al ser un territorio especial. Siempre hay excepciones. Siempre hay letra pequeña. Siempre hay alguien que consigue saltarse las normas. Los molisanos lo lograron pese a que la Constitución decía lo contrario, ya que interesó al partido que mandaba, Democracia Cristiana, por una cuestión de colegios electorales.

Un estudio de la OCSE, la Organización para la Cooperación y la Seguridad en Europa, situó a Italia en descenso de la eficacia a nivel burocrático, pese a que fue uno de los Estados de la UE que más fondos había recibido para modernizar sus procesos. De 36 países analizados, Italia ocupaba la posición número 34, solamente por detrás de México y Turquía. El estudio apuntaba a la corrupción, la baja calidad de los servicios con funcionarios demasiado veteranos y las leyes vigentes como causas que explican por qué los italianos pasan muchas horas de su vida haciendo cola. Por qué, pese a la llegada de los servicios *online*, todo sigue costando demasiado. Y por qué el sueño de tantos ciudadanos es llegar a ser funcionarios y optar a un buen sueldo. En ocasiones, la prensa publica historias que parecen ideadas por un guionista cómico, como la de Salvatore Scumace, quien en 2005 encontró trabajo en un hospital público de Catanzaro y en 15 años jamás pisó las instalaciones.

El viajero llega a Campobasso, la capital del Molise. El centro está lleno de cafés, eso le gusta. Ambiente relajado, tranquilo. Nota el frío, pues está a casi 1.000 metros. Se mete en el Caffè Brisoti, de los más tradicionales. Y busca en un periódico los resultados del Città di Campobasso, el equipo local. Juega en una categoría regional. Su mejor época fue en los años 80, cuando llegó a competir en la *Serie B*, empatando en San Siro en 1983 contra el mismísimo Milan, que había descendido en los despachos por un caso de corrupción. Ningún otro club molisano ha llegado tan lejos. El capitán entonces era Michele Scorrano, un hombre de la tierra. "Teníamos una misión: defender el honor de una región siempre olvidada por todos y dar alegrías a nuestra gente con partidos como el de la Juventus", recordaría. Sí, en 1985 el Campobasso jugó en la copa italiana contra la todopoderosa Juve. Un encuentro que casi no se disputó por culpa de la burocracia.

Eran los octavos de final del torneo. En la fase de grupos, el Campobasso había empatado sin goles contra el Hellas Verona de Briegel y Elkjaer, equipo que ese año ganaría la liga de forma sorprendente. El

partido se había jugado en agosto en el viejo campo del club, justo cuando se estaba poniendo en marcha el proyecto para levantar un estadio nuevo, el Nuovo Romagnoli, con capacidad para más de 20.000 personas. Cuando a finales de septiembre se sorteó el cuadro de los octavos, la siempre sosegada Campobasso enloqueció: la '*Vecchia Signora*' visitaría en febrero la ciudad. Y el presidente, el constructor Tonino Molinari, se propuso construir el recinto en menos de 190 días. Para lograrlo, se puso en contacto con el presidente del Ascoli, el también constructor Costantino Rozzi. Este le dijo que se podía hacer. Y se pusieron manos a la obra. Los obreros empezaron a hacer turnos dobles. Se cuenta que incluso algunas personas se ofrecieron para trabajar gratis. Y se completó el milagro pese al frío y hasta la nieve, que apareció en Navidad.

El día del partido llegaron a la ciudad hijos de Campobasso que vivían en Nápoles, Milán o Suiza. Aún había nieve cuando la Juventus bajó del autocar. Giovanni Trapattoni, su entrenador, había convocado a casi todas las grandes estrellas, como el polaco Boniek, el francés Platini, Paolo Rossi, Antonio Cabrini o Gaetano Scirea. Miles de personas los rodearon en la puerta del hotel. La directiva del Campobasso pidió al ejército, con base área en la ciudad, si un grupo de paracaidistas podían saltar sobre el terreno de juego. La banda municipal llegó para interpretar canciones. Molinari, eufórico, habló con la prensa y afirmó que "con paciencia y constancia todo se puede conseguir". Aunque fallaba algo: el permiso de las autoridades.

Con las prisas, los funcionarios del Ayuntamiento no habían pedido el permiso a un ingeniero civil que debía documentar que el estadio cumplía con los requisitos para albergar encuentros. Esos mismos trabajadores que, en cambio, sí que habían solicitado entradas para ver el choque en la grada. El juez local, pues, actuó y pidió incautar la documentación relativa al campo, negándose a autorizar que se jugase el duelo. Platini ya estaba en Campobasso. Los paracaidistas, también. Y se había colgado el *sold out*. De hecho, se habían vendido más entradas que capacidad tenía el espacio. Si no se jugaba, sería un desastre sin precedentes. Molinari no sabía qué hacer. Así que llamó a Rozzi, que era un tipo listo. Este sugirió que el Ayuntamiento de Campobasso encargara a otro ingeniero la tarea de dar el permiso. Y propuso a uno de la lejana ciudad de Ascoli Piceno. En resumen, un trabajador pagado por él. El

tipo llegó en coche, firmó los papeles en pocos minutos y estos fueron entregados a la policía, que autorizó el partido. El juez local y el primer ingeniero se quejaron de la operación, aunque Rozzi sabía que si el caso llegaba a los juzgados, se decidiría años más tarde, con lo lenta que es siempre la justicia. Qué le podían poner, ¿una multa? Habían burlado a la burocracia. Y fue una suerte, pues el Campobasso batió a la todopoderosa Juventus por 1-0. La '*Vecchia Signora*' remontaría la eliminatoria en un partido de vuelta que ninguno de sus hinchas recuerda. Pero en Campobasso nadie olvida ese primer duelo.

El viajero se mete casi bajo tierra, en el restaurante La Grotta da Concetta, que tiene una sala en una cueva en el centro de la ciudad. Desconoce la gastronomía molisana. Así que se deja aconsejar y degusta una *trippa in bianco*, unos callos con vino. Detrás del mostrador, colgados, ve los certificados de calidad de un técnico de Sanidad y otro de Hacienda. También hay una pegatina con el lema 'Molise no existe'. Han existido proyectos para que la región vuelva a perder la independencia y se integre en la Campania o la Apulia. A los vecinos de aquí no les gusta la idea. Aunque no les preocupa. Si depende de la burocracia, ya estarán muertos cuando suceda.

# Un milagro con dos caras

"Aviso a la gente de este Castel... como se llame,
que si aman a sus mujeres, las escondan.
Pues si son bellas, follaré con ellas"
*Robert Raku Ponnick*

*Existe una línea de tren que une Campobasso con Isernia, la otra gran ciudad de Molise. Bueno, aquí esto de 'grande' es relativo. Después, entra en los Abruzos para llegar a Castel di Sangro. El problema es que no circula un tren por ella desde hace décadas. Así que el viajero debe tomar dos buses. En menos de dos horas, eso sí, completa el trayecto.*

En italiano, a los pueblos se los puede llamar '*borghi*' o '*paesi*'. Es un hermoso juego de palabras, que un pueblo sea llamado con el mismo término que sirve para definir un país entero. Pero es que, en el fondo, cada municipio no deja de ser la patria de sus habitantes. El poeta Cesare Pavese escribió: "Este pueblo donde nací, creí durante mucho tiempo que era el mundo entero. Ahora que realmente he visto el mundo y sé que está formado por muchos pueblos pequeños, no sé si me equivoqué mucho de niño". Su pueblo era Santo Stefano Belbo, en el Piamonte.

Muy lejos, en medio de las montañas de los Abruzos, el viajero llega a Castel di Sangro y mira de reojo la estación de tren, abandonada. Sus casas se encaraman a la falda de una montaña. En la cima, están los restos del castillo que da nombre al lugar. A su lado, una ermita. La gente asciende hasta aquí para asistir a misa algunos domingos en una caminata agradable por el bosque, donde han instalado los pasos del

*viacrucis* para la Semana Santa. Alguien debe subir cargando una cruz, piensa el viajero.

No se puede entender un país sin visitar sus pueblos. Las ciudades, en ocasiones, mienten. Solamente te hablan de ellas o te explican dinámicas más globales que locales. Los pueblos, no. "En los pueblos pequeños, y entre hombres y sociedades de escaso espíritu, se aprende mucho más sobre la naturaleza humana, y tanto del carácter general como de las características accidentales de los hombres, que en las grandes ciudades y en la conversación perfecta", decía el poeta Giacomo Leopardi, nacido en Recanati, las Marcas, cuando la población no tenía más de 10.000 habitantes. Castel di Sangro todavía es más pequeño, cuenta con 6.000 vecinos. Solían estar bastante aislados, hasta que las nuevas carreteras abrieron rutas inexploradas. El pueblo se encuentra cerca de la frontera entre los Abruzos, el Molise, la Campania y el Lacio. Toda esta zona, en la que nieva cuando llega el frío y donde no es raro ver osos, es un destino turístico para muchos napolitanos que escapan del calor. Incluso el equipo de fútbol de la localidad suele hacer pretemporadas en Castel di Sangro, aprovechando que sus instalaciones deportivas son muy buenas.

Hace algunos años, pocos italianos conocían este sitio. Un pueblo anónimo más, hasta que en 1996 su club se convirtió en el equipo de una población con menos habitantes en llegar a la *Serie B*. Los directivos de los conjuntos grandes, a partir de ese instante, tuvieron que buscar en el mapa donde se encontraba el pueblo. No había aeropuerto cerca, no llegaba el tren. Tocaba subir a los jugadores en autobús. El viajero mira las fachadas que lo rodean desde la plaza, delante de la iglesia principal, que queda elevada. El núcleo antiguo tiene calles empinadas. En el valle ha nacido un barrio moderno, más ordenado, donde se ubica el estadio de fútbol.

En todas partes se recuerdan las gestas de clubes minúsculos que, durante unos años, desafiaban a otros gigantes. El eterno relato de David contra Goliat, que tantas veces se repite en el fútbol. En 1947, un club llamado Vita Nova de Ponte San Pietro, cerca de Bérgamo, llegó a la *Serie B* con 11.000 habitantes. En 1999 fue el turno de otro conjunto bergamasco, el Alzano Virescit, de una ciudad de 13.000. El viajero descubre que en 1971, el Sorrento, entidad de una preciosa población costera cerca de Nápoles, llegó a segunda división con sus 16.000 habitantes y pidió jugar los partidos de local en San Paolo, donde se dio

el lujo de golear 4-0 al Brescia.

Ninguna de estas aventuras, sin embargo, fue como la del Castel di Sangro, por lo bueno y por lo malo. El nombre de este pueblo se ha convertido en una prueba de que, incluso en los lugares más remotos, pueden escribirse historias surrealistas. Aunque en su momento solo una persona tuvo la intuición de que algo raro había detrás del ascenso de un club de pueblo a la *Serie B*. No, no era italiano. Era un reportero norteamericano, Joe McGinnis, el autor de *The Selling of the President*, uno de los mejores trabajos periodísticos en décadas, en el que siguió la campaña presidencial de los Estados Unidos de 1968 desde dentro del equipo de Richard Nixon. El extenso reportaje dio a conocer la estrategia que se siguió para vender bien a un político que había sido derrotado por Kennedy en 1960. McGinnis, un tipo especial que falleció en 2014, rompió un contrato que había firmado para escribir un libro sobre el juicio a O.J. Simpson, la gran estrella del fútbol americano, para desplazarse hasta el corazón de Italia y vivir un año en Castel di Sangro. Parecía una locura. Y lo era.

No hay muchos libros que se hayan escrito sobre este deporte que sean mejores que *El milagro del Castel di Sangro*. Fundado en 1953 por un sacerdote, este modesto conjunto ascendió en 1989 a la *Serie C2*, la cuarta categoría del fútbol italiano. El propietario, por aquel entonces, era un tal Pietro Rezza. Y el presidente, Gabriele Gravina. De la mano lograron otro ascenso en 1995, ayudados por el temperamental entrenador Osvaldo Jaconi. La temporada 1995-96, el Castel di Sangro, con sus vistosas camisetas amarillas y rojas, recuerdo de las enseñas de cuando esta zona perteneció al Reino de Aragón, consiguió colarse en el *playoff* de ascenso a la *Serie B*. En semifinales, eliminó al Gualdo, gracias a un gol en el 90'. Y en la final, disputada en el estadio Pino Zaccheria de Foggia, se enfrentaron a un Ascoli al que apoyaban 15.000 hinchas. La otra mitad del estadio parecía vacía, con solo 4.000 espectadores. Parecían pocos, aunque eran muchos: casi toda la población del municipio. El partido acabó sin goles. Y justo antes de la tanda de penaltis, Jaconi quitó al portero titular para que entrara Pietro Spinosa, de 34 años. Nadie lo entendía: Spinosa no había jugado ni un solo minuto en toda la temporada. Pese a ello, paró el penalti clave que le permitió al club hacer historia.

McGinnis se ganó la confianza de todo el pueblo y empezó a

preguntar por la vida de los protagonistas de la gesta. ¿Quién era Pietro Rezza? Nacido cerca de Bari, había ganado mucho dinero en el sector de la construcción y conoció durante unas vacaciones a una chica de Castel di Sangro. Se casaron y, cuando pudo, Rezza compró el club. Presumía de poseer un zoo, de haber intentado cambiar el color de las aguas de un lago donde tenía una casa en Suiza y amenazaba a los comensales que no se terminaban toda la comida del plato. McGinnis consiguió entablar cierta relación con un tipo que siempre llegaba con guardaespaldas al municipio, donde no vivía, pues tenía otros negocios más allá del valle. En el día a día, la entidad la gestionaba el marido de su sobrina, un tal Gabriele Gravina, nacido en otro pueblo de la Apulia, Castellaneta. Gravina era alguien obsesionado con poder ascender socialmente. En Castel di Sangro lo consideraban un charlatán, un impresentable. El típico chaval que armaba revuelo cada vez que salía de fiesta. Nadie se fiaba de él, solamente Rezza. Cuando ascendieron a segunda, anunció el fichaje de un delantero nigeriano, Robert Raku Ponnick, que venía de marcar muchos goles en Inglaterra. En la rueda de prensa de presentación, el recién llegado pidió a los vecinos que encerrasen a las chicas guapas en casa, pues, si salían, él se acostaría con ellas. Los periodistas no entendían nada, aunque cuando lo vieron en acción en un amistoso se dieron cuenta de que era una farsa. Raku Ponnick discutía con sus compañeros, fingía faltas y, cuando el colegiado sacó una tarjeta, se la robó e hizo el gesto de expulsar al colegiado. Gravina había contratado a un actor para gastar una broma a todo el mundo.

Pero McGinnis también supo ganarse a ese personaje. De hecho, descubrió que se iba a la cama con la mujer de uno de los jugadores, Gigi Prete. O sea, le era infiel a su esposa, la sobrina de Rezza. Fue un año alocado, donde la desgracia golpeó al club. Como el equipo no podía inicialmente jugar en su estadio, los primeros partidos de la temporada los disputó en Gubbio, a más de 60 kilómetros. Y en esas carreteras de montaña fallecieron en accidente dos jugadores: Danilo di Vincenzo y Pippo Biondi. En otro giro de guion, el propio Prete y su esposa, la amante de Gravina, fueron detenidos en un caso relacionado con el narcotráfico. Fue Rezza quien los sacó de la cárcel. La epopeya de aquel modesto tenía dos caras. Una hermosa, pues contra todo pronóstico evitó el descenso ganando contra históricos como el Genoa o el Torino. Y otra oscura, con los negocios turbios de Rezza, Gravina y algunos futbolistas.

En la última jornada de la temporada, con el Castel di Sangro ya salvado, McGinnis escuchó al vestuario discutir sobre cómo debían afrontar el choque contra el Bari, que necesitaba la victoria para subir. Hablaban de dejarse ganar por 3-1, marcar su gol de penalti y aceptar el dinero del adversario. Y así fue. El Bari se impuso por el resultado pactado y ascendió. McGinnis cerró así su periplo.

El viajero pide una mesa en el restaurante La Rimessa, en la parte nueva del pueblo. Cocina de toda la vida, aunque el local lo cuidan chicas jóvenes. Pide quesos, embutidos y el plato tradicional de la zona, los *arrosticini*, brochetas de carne de oveja ensartados en un palo que le sirven dentro de una jarra. En su maleta lleva el libro de McGinnis. En él, ya no se cuenta lo que sucedió a partir de la temporada 1997-98, cuando el periodista había regresado a casa. Ese segundo año en la *Serie B*, el Castel di Sangro descendió. Pese a todo, en el curso siguiente siguió enamorando al eliminar al Perugia y a la Salernitana en la *Coppa*. Después, caería con polémica contra el Inter en los cuartos de final, en un partido donde Roberto Baggio jugó en el estadio Teofilo Patini, un recinto bautizado así en honor a un pintor, con capacidad para 7.000 espectadores. O sea, más que toda la población del pueblo junta. El año 2000, Gravina y Rezza vendieron a la entidad y llegaron más descensos. Rezza se quedó en Suiza, pues la justicia lo buscaba por fraude fiscal y tratos con la mafia napolitana. ¿Y Gravina? Había aprovechado los dos años en segunda para hacer contactos dentro de la federación italiana. El club acabó en manos de una empresaria llamada Fausta Bergamotto, que lo compró por un euro bajo la promesa de devolverlo a la *Serie C1*. En el verano del 2005, el conjunto cayó en una cruel bancarrota mientras Bergamotto era detenida junto a su hermano por formar parte de un entramado de evasión fiscal y apropiación de dinero de la Unión Europea. Acabaron en los juzgados más de 50 personas, entre políticos y empresarios de los Abruzos.

Refundado bajo el nombre de Pro Castel di Sangro en la sexta división, a partir de entonces el equipo se convirtió en un vagabundo. Muchos de sus antiguos seguidores le dieron la espalda a un proyecto manchado. Y en 2012, volvió a desaparecer. Fue el alcalde quien lideró la creación de un nuevo club para evitar que el precioso estadio fuera un fantasma. Su andadura arrancó en un grupo *amateur* de la octava categoría. Aunque, gracias a Gravina, la gente aún visita el lugar por su

fútbol, ya que el coqueto campo suele acoger encuentros de la selección femenina o de la sub-21. Gravina ha llegado lejos. Muy lejos. En 2018, fue elegido presidente de la federación italiana de fútbol aprovechando que Carlo Tavecchio había perdido el puesto humillado por el fracaso de la '*Azzurra*', que no se había clasificado para jugar el Mundial. Gravina jugó bien sus cartas y fue el escogido para sustituirlo. Ocupó un lugar destacado en Wembley cuando Italia ganó la Eurocopa en 2021. Unos meses después, el combinado nacional regresó al infierno y se volvió a quedar fuera de una Copa del Mundo. Aunque Gravina, a diferencia de Tavecchio, no dimitió.

El viajero se acerca a un viejo monasterio abandonado a las afueras del pueblo. Aquí se fragua el segundo milagro de Castel di Sangro, este sin sombras. El cocinero local Niko Romito ha creado el Reale, uno de los mejores restaurantes del mundo, con tres estrellas Michelin, aprovechando los productos locales. Lo que gana recibiendo a gente de otros países lo invierte en una escuela de cocina para jóvenes de la zona y una cadena de comida rápida. Romito cuida sus platos al detalle. Y da de comer al presidente del Napoli cuando se deja caer por el valle. Aunque, para no olvidar que es un chico de pueblo, sirve un plato que únicamente es un pan, elaborado como lo hacían sus abuelos. Ese pedazo de pan, como los *paesini*, es todo un mundo en sí mismo.

# Que venga el apocalipsis

"Qué bonita sería una película hecha solo de casas,
de vistas panorámicas de casas. Garbatella, 1927.
Villa Olímpica, 1960. Tufello, 1960"
*Nanni Moretti*

*Un autobús tarda unos 35 minutos en llegar a Isernia, donde los trenes, a diferencia de Castel di Sangro, sí llegan. El viajero se sube a uno que, deslizándose lentamente por las colinas de la Lacio, en dos horas y media parará en Roma Termini.*

El viajero sostiene que todos somos hijos de Roma, aunque no lo sepamos. Porque Roma es mujer. Lo tenían claro Fellini y Pasolini, dos directores de fuera que vivieron y murieron en la ciudad. El primero creó un polémico cartel para su película *Roma*, con, en lugar de una loba capitolina, una mujer desnuda con senos grandes, que representaba a las *mammas* que dan de comer a sus hijos. El segundo decidió que *Mamma Roma* era una prostituta, interpretada por Anna Magnani. Porque Roma, hace siglos, era la ciudad del mundo con más curas, pero también la que tenía más prostitutas. No es una casualidad. La castidad y el pecado suelen ser vecinos. Una teoría afirma que detrás de la leyenda de la loba capitolina estaría en realidad una puta que, generosa, cuidó de Rómulo y Remo, dos pequeños refugiados.

Roma es mujer y por eso los romanos hablan de la Roma. De su Roma. El equipo de fútbol, claro, pues a diferencia de Milán o Turín, aquí no hay debate sobre cuál es el club más amado. Se puede pensar que la

Roma es femenina por eso de ser una '*squadra di calcio*'. El viajero cree que no es así. Es la Roma porque es como una madre.

El viajero se siente feliz cuando baja en Roma Termini. Y eso que la estación es fea. Puede asustar un poco, con sus delincuentes de tres al cuarto rondando las calles adyacentes, como siempre. Pequeños rateros, camellos, chulos y prostitutas. Pasolini, que no encontraba el amor, recogió aquí al chaval con el que quería mantener sexo la noche que lo mataron. Amar y morir, así es la capital. Roma Termini fue construida porque así lo quiso el sacerdote belga Francesco Saverio de Mérode, arzobispo muy cercano al papa Pío IX. Eran los últimos años de los Estados Pontificios y Roma necesitaba una estación de tren. Saverio de Mérode, hijo de un ministro del rey belga Leopoldo I, lideraba un proyecto para modernizar la ciudad, aunque ocultando un pequeño detalle: proponía construir las nuevas infraestructuras en terrenos que él había comprado previamente. Así es Roma. Muchos se escandalizan por un taxista que quiere cobrar de más, un ladronzuelo del metro o un hincha de fútbol que lanza una piedra. Luego, parecen no querer ver los escándalos de corrupción que afectan a todos los partidos políticos, a las grandes empresas y al mismo Vaticano. Así es esta ciudad, que nació con un hermano matando a otro. Donde la lucha por el poder es igual de cruel en los palacios del Gobierno, los pasillos de las iglesias o en la curva de ultras de la Lazio. Roma la deseada, Roma la santa, Roma la puta.

El viajero sale de la estación y pasa por delante del hotel Ristorante Massimo D'Azeglio, donde dicen que un día centenares de curiosos cortaron el tráfico para ver a Louis Armstrong, hospedado en el lugar, y exigirle que tocase la trompeta desde un balcón. El viajero recuerda cuando los fascistas, en su propósito de italianizarlo todo, traducían incluso el nombre de los artistas extranjeros. A Armstrong lo rebautizaron como Luigi Braccioforte. Parece divertido, pero no lo es. Caminando un poco más, llega al restaurante La Matriciana, donde afirman que crearon los *bucatini all'amatriciana* en 1880. Ese mismo año, en la cercana Porta Pia, las tropas italianas abrieron una brecha en el muro y entraron en Roma, que por fin pasó a ser la capital italiana. Fue el final de los Estados Papales. Ya pueden cambiar los que mandan, que estas calles siguen enamorando. Especialmente por esa luz de los atardeceres de otoño que tiñe los muros de tonalidades ocres. Roma es una urbe presa de su nombre y de su fama. También de su pasado.

Muchos viajeros se sienten decepcionados cuando la visitan, porque, pese a las altas expectativas, de repente se encuentran en un sitio donde puedes morir atropellado, ver una rata o esperar una hora bajo el sol para entrar en el Coliseo. ¿Qué esperaban, la grandeza del Imperio romano? No han entendido que Roma pertenece a los romanos. Que no es un museo, sino una ciudad habitada. Una metrópolis que late, grita, se pelea y se enamora. Por eso el viajero siempre la ha disfrutado más cuando la camina, sin destino, sin obligarse a ver todos los museos, iglesias o yacimientos que la componen. Si quisiera ver en pocos días todo lo que tiene, Roma lo derrotaría. Lo aplastaría. Tiene tanta personalidad como Anna Magnani, la actriz que según Fellini encarnaba la '*romanità*'. En *Roma*, el director la sigue hasta la puerta de su casa para decirle que es un símbolo de una ciudad "loba y vestal, aristocrática y harapienta...". Ella sonríe, le cierra la puerta en los morros y le suelta, en dialecto romano: "*A Federì, va a ddormì*". Lo manda a dormir. Esta sería la última aparición de la Magnani en la gran pantalla. Sus últimas palabras en una película no pudieron ser más romanas.

A muchos italianos no les gusta como hablan los romanos. Es un dialecto demasiado popular, que corta las palabras y los nombres, eleva el tono y cambia los artículos. "*Il sole*" se transforma en "*er sole*". A mitad de las frases, además, añaden pequeños sonidos parecidos a un "*aoh*". Y su cuña es el "*daje*", que sirve para muchas cosas. También para animar, cuando dicen "*Daje*, Roma". Al viajero le gusta tanto que lo intenta imitar sin suerte. Magnani hablaba así, como lo hace Francesco Totti. Si Magnani era Roma, Totti es su hijo predilecto. El hincha que se negó a abandonar su hogar, pese a que le hacían ofertas millonarias en otros sitios. ¿Quién quiere ganar una *Champions League* en Londres si puede levantar una liga, aunque sea una sola vez, en Roma, y con ello sacar a casi dos millones de personas a la calle? Totti: el de los chistes, el de la boda retransmitida en directo por la televisión y el que no se quería retirar. Cuando el año 2000 Italia se jugaba llegar a las semifinales de la Eurocopa contra Países Bajos en Ámsterdam, en los penaltis, decidió que lanzaría el suyo a lo Panenka. Y lo anunció a sus compañeros. "*Mo je faccio er cucchiaio*". Algunos no lo entendieron bien, por culpa de su acento romano cerrado. *Er cucchiao*. La cuchara. Chutar a lo Panenka. Marcó, claro.

El 28 de enero del 2001, Totti metió un gol al Napoli y lo celebró

levantando el dedo. La imagen de la celebración apareció en todos los periódicos. Ese año, la Roma se encaminaba al título de liga con un equipazo formado por Batistuta, Aldair, Cafú, el futuro alcalde de Verona Tommasi, Montella, Nakata y, por supuesto, Totti. Un grupo de estudiantes de arquitectura, todos aficionados del equipo, tuvieron una idea. Imprimieron la fotografía, la utilizaron de modelo y justo al lado de donde solían estudiar, en un callejón del barrio de Monti, hicieron un mural. Lo acabaron de pintar de madrugada y, cuando se marchaban, las abuelas que iban a comprar les felicitaban, ya que aquel rincón escondido había ganado vida. Cuando a los pocos meses la Roma conquistó el campeonato por tercera y última vez, los vecinos pidieron a los jóvenes que hicieran más murales para celebrarlo.

Pocos días después de aquel éxito, unos seguidores de la Lazio destrozaron con *spray* la obra. Los estudiantes la volvieron a pintar. Más de 20 años después, ya son padres de familia. Aunque si alguien mancha el mural, lo siguen rehaciendo. Totti ya no juega y la gente peregrina hasta esta pared no muy lejana del Coliseo para rendir honores al '*Capitano*'. Se ha convertido en un templo pagano en una ciudad donde los emperadores fueron tratados como dioses. A Totti, la condena por ser un Dios en vida le privó de poder pasear tranquilo por la calle. La gente se le tiraba encima. Cuando llegó la pandemia y el mundo paró, el ídolo, con la mascarilla y aprovechando que las avenidas estaban desiertas, bajó al centro. Y feliz, constató lo que ya sabía: Roma no puede ser más bonita. El gesto recordó al de un amigo suyo, el también futbolista Daniele De Rossi, que una vez se camufló para poder volver a ver un partido entre los hinchas, en la curva, como cuando era un niño.

Una ciudad que se reinventa. Sus maravillosos museos y monumentos no dejan de ser una foto que nos recuerda un momento. Luego están sus calles, sus barrios y sus muros, donde se escribe el presente. La imagen de Totti celebrando un tanto el día que ganó la liga en 2001 puede verse en Garbatella, uno de los barrios considerados el corazón del 'romanismo', junto con Testaccio. En el que nació el capitán, Porta Metronia, el Ayuntamiento autorizó que el artista Lucamaleonte le hiciera un retrato gigante en la fachada de la escuela Pascoli. Otro artista, TVBoy, esparció por la capital unas imágenes de Totti como si fuera San Francisco de Asís. Caminando por Garbatella o Testaccio, el viajero encuentra viejas pintadas que se hicieron para festejar la liga de la Roma

en los 80. Los vecinos ya las consideran parte de su patrimonio, como un palacio o un templo.

Las urbes las construyen sus gentes y estas gentes, en 1983, vivieron uno de los mejores veranos de su vida. Las paredes nos hablan. El viajero es feliz deambulando por estos barrios, recordando al director de cine Nanni Moretti, que paseaba por aquí en su vespa e imaginaba estrategias para poder entrar en las casas de las personas. Moretti miraba Roma y veía historias por descubrir detrás de sus muros, así que jugaba a imaginar que llamaba a las puertas para husmear dentro y saciar así su curiosidad, con la excusa de buscar localizaciones para una película que tenía en la cabeza sobre un pastelero trotskista en la Italia de los 50. "Es un musical", especificaba a veces. ¿Qué excusa podría encontrar el visitante para colarse en estos viejos palacios de techos altos o en los áticos del Esposizione Universale Roma? El EUR, un barrio construido durante el fascismo, tiene una arquitectura que quita la respiración, con su famoso Palazzo della Civiltà Italiana. El viajero decía antes que los monumentos son fotos del pasado. Quizás se equivoca. En el EUR presentaron al nuevo jugador de la Roma Paulo Dybala.

Roma también podría ser un musical, con o sin pastelero trotskista. En los años 70, en el Trastevere empezaron a destacar muchos músicos y cantautores, como Francesco De Gregori, el boloñés Lucio Dalla o Antonello Venditti, el cantante que escribió *Roma, Roma, Roma*, el himno del club. Amigo personal de los jugadores, Venditti también compuso *Grazie, Roma*, la canción que suena cuando terminan los partidos y de la que rodó su videoclip en 1983, aprovechando que la entidad se había adjudicado su segunda liga. Lo hizo en el Coliseo, con una estética ochentera demoledora. El entonces presidente romanista Dino Viola, un empresario conservador, se vio obligado a aceptar que el himno del conjunto fuese obra de Venditti, un cantante de izquierdas. Viola prefería el *Forza, Roma*, de Lando Fiorini, otro símbolo de la '*romanitá*', aunque más clásico. Pero, por suerte, cedió. Pocas cosas emocionan más que escuchar el himno de la Roma cantado por un mar de bufandas amarillas y rojas.

Los colores de la capital son el rojo, el amarillo y el naranja. Por esto, es especialmente bella en otoño. Cuando se filtra la luz del atardecer, los romanos aún dicen que es una maravillosa *ottobrata*, jugando con unas fiesta paganas, las *ottobrate*, en las que los vecinos subían a carros llenos

de flores y se dirigían a alguna colina cercana para cantar y beber. Venditti, con su letra, también le canta a unos colores: "Roma bella, te he pintado yo. Amarilla como el sol, roja como mi corazón".

En los últimos años, la Roma ha promovido grandes murales en edificios de la ciudad que rindan homenaje a romanos ilustres. La campaña homenajea a actores como Gigi Proietti o Anna Magnani, al compositor Ennio Morricone, al director Sergio Leone o a cantantes como Lando Fiorini, que competía en popularidad con Renato Rascel, intérprete de temas populares como *Arrivederci Roma* o *Roma nun fa' la stupida stasera*. Alberto Sordi, cómo no, también tiene su mural en Garbatella. Muchos turistas compran camisetas con la imagen del intérprete comiendo un plato de espaguetis en la cinta *Un americano... de Roma*, de 1954. El viajero recuerda la escena de otra comedia de Sordi, *Il Marchese del Grillo*, en la que una aristócrata extranjera, a quien un marqués mentiroso y pícaro ha llevado a una taberna modesta, pide saber exactamente qué demonios está comiendo. Le han servido *pajata*, un plato típico de la zona. Al final, el personaje de Sordi se sincera: "Esto es mierda, mierda de ternera. Son los intestinos llenos, cocinados". La cocina romana es cocina de pobre, de aprovechamiento. Es la doble identidad de la urbe, princesa y criada, monja y ladrona. La Roma "*dentro le mura*" y "*fuori le mura*". La de los barrios del norte, donde la Lazio tiene un poco más de apoyo, y la del resto de la ciudad, donde mandan los de rojo y amarillo. La Roma de los restaurantes caros y de la *pajata*. La del Olímpico, estadio que los hinchas de la Roma no aman porque les gustaría tener un campo al sur, que recordase el viejo Testaccio.

El viajero pide unos *rigatoni alla pajata* en Al Pompiere, un restaurante familiar con camareros que se niegan a jubilarse. También unas alcachofas a la romana, ingrediente central de la cocina judía. Roma, la cristiana, también tiene una de las comunidades judías más antiguas del mundo, la que sobrevivió a los nazis, que se llevaron hacia la muerte a centenares de personas un día de octubre de 1943. Esta ciudad sigue siendo la misma de siempre, pese a todo. Sobrevive una y otra vez, sin perder su alma. En la Roma imperial ya existían las casas de los patricios y la *suburra*, el barrio superpoblado de personas que malvivían, ubicado en las cuestas de las colinas del Quirinal y Viminal. La historia tiene estas cosas. En el Quirinal, donde antes se juntaban los más

desfavorecidos, ahora está la residencia del presidente de la República. En Testaccio, que quedaba fuera de los muros, existía un vertedero donde se lanzaban tantos desechos, especialmente trozos de ánforas, que creció una montaña. Ahora se puede comer en el lugar. O sea, dentro de un viejo vertedero del Imperio romano.

Así es Roma, llena de sorpresas que recuerdan que si es necesario se puede degustar mierda y vivir en un palacio. Roma son los museos vaticanos, aunque también los barrios periféricos de Ostiense, Tor Marancia, el Quadraro o Tor Bella Monaca, donde nadie quería ir antes y ahora llegan turistas para ver su arte urbano. En el bar Necci dal 1924, en el barrio del Pigneto, el viajero toma un *spritz* mientras mira las fotos de cuando Pasolini buscaba aquí extras para sus películas y jugaba pachangas de fútbol en las calles. El día lo ha empezado en el centro, en el viejo café Al Greco, con más de 350 años de vida. Sus muros hablan de viajeros de todo el mundo que se enamoraron de la población. Por él pasaron Liszt, Bizet, Wagner, Goethe, Stendhal e incluso Buffalo Bill. El escritor Gogol escribió un libro entero en sus salas. El sitio es hermoso. Es una Roma real, que encaja con la imagen que muchos turistas buscan. Los mismos que se indignan con la suciedad de las calles. Quizás piensan que en el Imperio romano no había porquería ni grafitis, pero están equivocados. En Pompeya, por ejemplo, se han encontrado pintadas de ánimo a equipos de carreras de cuadrigas o gladiadores. ¿Cómo puede escandalizar que un hincha haga un garabato en favor de su club, si lo lleva en la sangre? El escultor norteamericano William Wetmore Story escribió en 1862: "Roma está sucia, pero es Roma. Y para cualquiera que haya estado en Roma durante algún tiempo, esa suciedad tiene una fascinación que la limpieza de otros sitios nunca ha tenido".

No existe una ciudad como esta, concluye el viajero. Es única. Tiene tanta vida que es normal que sea caótica. "Roma no está sucia, es desordenada, y este desorden a menudo te hace pensar que está sucia", decía el guionista Raffaele La Capria. ¿Cómo ordenar este enjambre en el que tiras una pared y aparece una columna romana? ¿Cómo domar un laberinto al que llegan millones de peregrinos, turistas, ultras o empresarios? Y la pregunta más difícil de todas: ¿cómo conseguir que la Roma sea campeona, si cuando gana un partido los aficionados ya se ven campeones y cargan de presión a sus jugadores? De tanto amor, matan sus propios sueños.

Y pese a todo, en la Ciudad Eterna las cosas más improbables siguen sucediendo. Cuando la Roma ganó la *Conference League*, las calles se llenaron de carteles para celebrarlo. Esa misma temporada el artista urbano Harry Greb había pintado en Testaccio una imagen que representaba al nuevo entrenador del club, José Mourinho, encima de una vespa. Miles de personas se acercaron a la obra. Y la marca de motos sacó al mercado una edición especial imitando la del dibujo y le regalaron una al portugués. El grafiti salió del muro y se convirtió en realidad.

Los romanos, en ocasiones, se rebelan contra esta madre pasional que es su ciudad. Ennio Flaiano decía que "vivir en Roma es un modo de perder la vida". Un transporte público lento, una burocracia de otro siglo, taxistas que discuten, gente por todos sitios. "No atribuyamos los males de Roma a la superpoblación. Cuando solo había dos romanos, uno mató al otro", decía Giulio Andreotti. En su excelente libro *La ciudad de los vivos*, el periodista Nicola Lagioia abordó un crimen sin sentido, cuando dos jóvenes de clase media asesinaron a un tercero. Muchos vieron en esas páginas una muestra del descenso a los infiernos de la urbe. ¿Qué sentido tenía ya el primer crimen, ese de Rómulo y Remo? ¿Qué sentido tenía incendiar la ciudad en tiempos de Nerón? ¿Y el asesinato de Pasolini, del que aún no se sabe exactamente qué sucedió? ¿Qué sentido tenían las muertes de los hinchas romanistas Antonio De Falchi o el '*laziale*' Gabriele Sandri, que no volvieron a casa un domingo? La muerte jamás tiene sentido. Aunque Roma sea un buen sitio para esperarla.

Al viajero le gustaría que lo enterrasen en el cementerio para personas no católicas, situado debajo de la pirámide de Cayo Cestio, donde los gatos pasean entre las tumbas de personas que se enamoraron de Roma. Aquí descansan poetas, escritores o pintores que decidieron que su camino finalizara en la capital. Algunos de los mejores narradores que ha tenido la ciudad no nacieron aquí. El director napolitano Paolo Sorrentino, autor de *La gran belleza*, admitía que pasaban los años y seguía sintiendo fascinación por lo que veía en estas calles. Sus amigos romanos no les daban importancia, pero para él eran arte. La película empieza en el Gianicolo, la colina que se levanta encima del Trastevere, con unas fabulosas vistas. El viajero termina el día aquí, a los pies de la estatua de Garibaldi, donde están grabadas sus palabras: "*Roma o morte*". Y piensa que debería haber dicho: "*Roma e morte*". Descubrir la ciudad y quedarse en ella. Fellini aseguró que Roma era un buen lugar para

esperar el final del mundo. Si viviera en una de estas casas de tonalidades ocres, al viajero le daría igual que llegase el apocalipsis.

# Viaje al corazón del mal

"Leo el periódico, está el papa Francisco.
Y el Frosinone en *Serie A*"
*Calcutta*

*Cuesta despedirse de Roma. Ni siquiera las miradas perdidas de los vagabundos de Roma Termini evitan que el viajero se sienta triste por partir. El tren abandona la Ciudad Eterna bordeando el Parque de los Acueductos, con sus imponentes arcos romanos. ¡Y pensar que hay gente que ha normalizado hacer deporte en este escenario milenario! 45 minutos después, se baja en la estación de Latina Scalo para subir a un bus que lo conduzca hasta Latina. Si en Roma todo es viejo, en Latina todo es relativamente nuevo.*

En su periplo, el viajero ha visitado cafés más antiguos que todos los edificios de Latina, esta ciudad creada por Mussolini. Y piensa en la frase del historiador del arte Flavio Cuniberto, que definió el estilo fascista como el canto del cisne de la arquitectura italiana. No es fácil admitir que algunos edificios *mussolinianos*, como el Palacio de la Civilización de Roma en el barrio del EUR, son bellos. Y en Latina abundan estas construcciones racionales y funcionales de muros blancos. Con estatuas y letras que unen el arte clásico romano con el siglo XX. Al viajero siempre le llama la atención que el pasado siga vivo en Italia. Y si aún resiste el Imperio romano, ¿cómo no va a estar vivo el fascismo? Llegando al estadio Olímpico de Roma, el nombre de Mussolini aparece en mosaicos en el suelo. En la estación central de Milán se lee la fecha de

construcción del andén en época fascista. Pequeñas fotos, pequeños recuerdos que el viajero ha ido acumulando antes de llegar a esta localidad.

En 1945, cuando Mussolini colgaba de una gasolinera milanesa, el periodista inglés Herbert Matthews escribió: "No habéis matado el fascismo". A Mussolini, sí. Al fascismo, no. Los italianos no enterraron al monstruo, muchos se cambiaron de sombrero y pasaron al bando demócrata en una semana mientras besaban los pies de los norteamericanos. Viendo los crímenes cometidos por los alemanes, crearon la frase "*italiani brava gente*", un mito que contaba que los soldados italianos habían sido muy majos durante la guerra. Que cuidaban a los prisioneros y simpatizaban con la población local en Libia, Grecia o Albania. Los italianos no querían sentirse culpables y perdedores, así que negaron haber cometido crímenes. Y los cometieron, claro. Le quitaron importancia al fascismo. Y este sobrevivió.

El viajero pasea por el centro de Latina pensando en cómo debe afectar crecer en una ciudad como esta, fundada en 1932. A finales de los años 20, Mussolini planeó reconvertir un barrizal de la región del Agro Pontino, al sur de Roma, en una fructífera llanura. A muchos dictadores les gustaba demostrar su capacidad de dominar la naturaleza, crear nuevas ciudades y ser los héroes para aquella gente que gozaría de una nueva oportunidad. La desecación de las lagunas pontinas, un rincón lleno de malaria y pobreza, fue uno de los grandes proyectos de Mussolini, que ordenó que más de 30.000 personas emigraran desde el norte de Italia para llegar a hacer realidad su plan. Las vueltas que da la vida. En los años 30 fueron los campesinos del Véneto los que emigraron al sur. Y, después de la Segunda Guerra Mundial, fueron los campesinos del sur los que emigraron al Véneto. La primera de las ciudades nacidas de la nada fue Latina, fundada el 30 de junio 1932 con el nombre de Littoria, en honor al Fascio Littorio, uno de los símbolos del fascismo tomado de la tradición de la vieja Roma. Mussolini siempre robó ideas, como el viajero aprendió en Saló. La ciudad no dejó de crecer, aunque ya en 1944, antes del final de la Segunda Guerra Mundial, se le cambió el nombre. Se la bautizó como Latina. El dialecto veneciano de los primeros pobladores poco a poco se convirtió en minoritario. Y en 1945 se fundó el Latina Calcio.

Cuando el fútbol empezó en Latina, el cuerpo de Mussolini seguía

caliente. El escritor Andrea Camilleri defiende que si el '*Duce*' no hubiese pactado con Hitler, hubiera muerto en la cama como Franco. En 1946, Giorgio Almirante, que había escrito en una revista llamada *La defensa de la raza*, fundó el MSI, el partido heredero del fascismo. En 1948 ya estaba en la Cámara de los Diputados, como si nada. El viajero se dirige al parque Falcone y Borsellino, bautizado así en honor de dos jueces asesinados por la mafia. Aunque hasta el año 2017 se seguía llamando parque Arnaldo Mussolini, el hermano del '*Duce*'. Justo delante, un café llamado Central Park juega a ser Nueva York en Latina. La vida siempre sigue. Por momentos el viajero piensa que quizás los visitantes que llegan de fuera son los que tienen más presente el pasado, a diferencia de la gente que se gana el pan como puede cada día. Luego recuerda que en 2021 un diputado pidió que el parque recuperase el nombre de Mussolini y cambia de opinión.

Latina, la segunda ciudad más poblada del Lacio, solamente por detrás de Roma, no dejó de crecer. Y las contradicciones formaron parte de su cotidianidad. El escritor Antonio Pennacchi las contó bien en sus novelas. Hijo de algunos de los primeros habitantes de la ciudad, de joven militó en la extrema derecha del MSI, aunque evolucionó hasta el maoísmo. Pasó de ser fascista a ser comunista. Lo expulsaron de todos lados, porque era demasiado libre. "Tardé toda una vida en entender que la gente no dice nunca lo que piensa. Dicen una cosa y piensan otra. Y la culpa es mía por creer en ellos", solía explicar el autor de libros como *Il fasciocomunista*, donde imagina a dos hermanos de Latina separados y unidos por la política. El fascismo triunfó porque, aunque pretendía ser moderno, no dejaba de ser conservador. Subió al poder gracias al rey y a los grandes empresarios, que le abrieron la puerta para alejar el fantasma del comunismo. Y Mussolini, robando ideas de aquí y allá, creó un culto a su personalidad que lo llevó a ordenar que algunos edificios, vistos desde el cielo, tuviesen la forma de una letra M en su honor. Uno de ellos es la comisaría central de Latina.

"Mussolini no tenía ninguna idea suya, no guardaba lealtad a nada. Estaba dispuesto a traicionar a todos y a todo, empezando por sí mismo. Ese fue Mussolini. Un táctico formidable que condenó al país a no tener ninguna estrategia, ningún futuro. A los italianos les gustan los ganadores y él proyectó esa imagen", defiende Antonio Scurati, el autor de una trilogía de libros descomunal sobre el ascenso al poder del militar.

Siendo contrario a él, Scurati quiso entender el fascismo alejándose de la imagen de bufón que muchos tenían de Mussolini al ver sus muecas en los balcones cuando daba discursos. Quiso explicar la historia, desnuda, sin maquillaje. Y acabó descubriendo que sus libros se vendían a la vez en librerías de izquierdas y en sedes de partidos neofascistas. Centros sociales donde en ocasiones daba charlas Pennacchi, que se definía de izquierdas, pero aceptaba invitaciones de los del otro lado para hablar de su libro *Canale Mussolini*, inspirado en el nacimiento de Latina. Para él, hablar y convivir con fascistas era normal. Scurati y Pennacchi, a diferencia de otros antifascistas, sabían que estos no son monstruos. Son gente normal. Y eso asusta más.

Si los italianos veneran a los campeones, el deporte siempre ha sido usado por los políticos. En su divagar, el viajero ha visitado estadios construidos por Mussolini. Ahora pisa una ciudad entera creada por el '*Duce*'. Aquí se vivieron muchos milagros deportivos en los primeros años del siglo XXI. El alcalde Giovanni Di Giorgio, un político que creció con el apoyo de Berlusconi, tejió una red que permitía a las empresas locales apostar por las entidades deportivas de la población. Di Giorgio tenía cargo en el Comité Olímpico Italiano y pasó por diferentes puestos relacionados con el deporte, así que entendía la fuerza de la que este gozaba en una ciudad. Durante los años de su mandato, el equipo de voleibol fue subcampeón de competiciones europeas. Y los equipos de fútbol sala, baloncesto y waterpolo llegaron a primera. Solo faltaba el premio grande, el fútbol. Así que Di Giorgio movió hilos desde el palco del viejo estadio de la ciudad, un recinto construido en los años fascistas con pista de atletismo incluida y que, hasta 1996, llevó el nombre de Italo Balbo, el popular aviador que, según se dice, era tan famoso que provocaba los celos de Mussolini.

En 2010, el Latina consiguió un ascenso en los despachos. Ya estaba en cuarta división, donde duró un solo año. En 2013, llegaría el primer ascenso a la *Serie B* y la urbe dejó de ser la segunda capital de provincia italiana más grande sin un equipo que hubiera llegado, como mínimo, a segunda. Algunos empresarios locales, como Paola Cavicchi, del sector de los camiones, consiguieron que el club se convirtiera en una potencia en la división de plata. Y en 2014, llegó a la final del *play-off* de ascenso a *Serie A*, eliminando por el camino al Crotone y al Bari. El sueño estaba más cerca que nunca, pese a perder el partido de ida en Cesena por 2-1.

En la vuelta, Alessandro Bruno marcó el 1-0, resultado que significaba el ascenso del Latina. Aunque en la segunda parte el Cesena rompió el corazón de todo el estadio con dos goles. Los locales pasaron de llamar a la puerta de la élite a caer al purgatorio con la misma velocidad que Pennacchi había dejado de ser fascista para levantar el puño cerrado. En 2017, un juez decretó la bancarrota de la entidad, que había gastado demasiado persiguiendo la quimera del ascenso. El equipo bajó a Lega Pro y desapareció. Ese verano, pues, tocó crear un nuevo Latina. Y el proyecto lo lideró Damiano Coletta, que en 2015 se había convertido en el primer alcalde de izquierdas de la ciudad, aprovechando que Di Giorgio había sido imputado en un caso de corrupción y había caído en desgracia por distintas pugnas dentro de la derecha. No, los perdedores no gustan en Italia. Di Giorgio fue apartado con la misma celeridad con la que había escalado.

El Latina empezó de cero. Si hace casi un siglo se levantó una ciudad de la nada, el club se puso en marcha otra vez gracias a Coletta. El viajero descubre cómo incluso en sitios con un pasado siniestro nacen historias hermosas. De Latina ha salido la pluma de Pennacchi, los sueños de Coletta y la voz de Calcutta, un músico local que le ha puesto poesía a los barrios periféricos italianos. Juguetón y travieso, consiguió su primer gran éxito con *Frosinone*, donde narra el día a día de una pareja sin esperanza y sin futuro en un barrio cualquiera. En un momento de la canción, lee en un periódico sobre el ascenso del Frosinone a la *Serie A* del año 2015. No deja de ser su forma de crear un ambiente más deprimente, pues el Frosinone es el eterno rival del Latina. Frosinone, situada en las colinas, era la mayor ciudad del sur del Lacio hasta que unos kilómetros más abajo surgió una urbe de la nada por orden del dictador. Y con ella, también nació una rivalidad. Si alguna cosa les gusta más a los italianos que los ganadores, es poder discutir con el vecino.

El viajero se dirige al hotel escuchando a Calcutta. Y piensa que tristemente no puede sorprender el retorno de la extrema derecha al poder en Italia. El fascismo jamás se fue. En 2016, el portero internacional Mattia Perin, hijo de Latina, recibió insultos de hinchas del Frosinone en las redes sociales. Un día decidió responder: "Tu abuelo habla árabe, el mío fundó Littoria". Perin se refería a las *marocchinate*, las violaciones de mujeres cometidas por tropas árabes del ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial. Y una zona donde se produjeron

muchas fue en Frosinone, como se recuerda en *La Ciocaria*, la película de Vittorio de Sica protagonizada por Sofia Loren y basada en un libro de Alberto Moravia. Si el escritor, que era comunista, rompió el silencio incómodo de la sociedad italiana de los años 60 para denunciar crímenes cometidos por soldados aliados, Perin lo usó para hacer daño. No le molestaba seguir usando la palabra 'Littoria' para referirse a su ciudad. El viajero pide un vino en la terraza del Hotel Europa, el típico edificio fascista, con vistas a la plaza principal. Jóvenes escuchan hiphop en sus bancos. Sonríen y se besan, sin prestar atención a los símbolos oscuros que los rodean. Aquí siguen, inmutables. Y el viajero piensa que si grandes pensadores aún sufren para entender por qué existe el fascismo, cómo podrá entenderlo él. Algo se le sigue escapando.

# Del amor a la ira hay un solo paso

"Se pide a todos los ciudadanos manifestarse
en la calle contra esta injusticia"
*Salvatore Di Nardo, alcalde de Caserta*

*Alrededor de la estación de Latina Scalo ha crecido con el tiempo algo parecido a un barrio. O una ciudad, quién sabe. Un lugar desalmado y gris. El viajero huye en dirección sur, hacia la luz de la Campania. Sabe que allí también hay grandes zonas pobladas de edificios feos, obra de constructores avariciosos que en los años 50 y 60 destruyeron paisajes levantando monstruos de cemento. En uno de esos sitios, Aversa, cambia de tren, rumbo a Caserta.*

La gente de Caserta considera que el resto de los italianos no saben nada de ellos. Y eso que millares de personas se acercan cada año a esta ciudad, normalmente en excursiones de un día desde Nápoles, para visitar la famosa Reggia, el palacio barroco encargado por Carlos III de España cuando era monarca del Reino de Nápoles. El viajero llega al lugar buscando su cafetería, evitando los grupos gigantes que han bajado de los cruceros y se pasean con un parche identificativo en la camisa, persiguiendo un paraguas. El viajero detesta los cruceros, detesta los grandes grupos, detesta seguir a un paraguas. Así que se atrinchera en un rincón de la cafetería. Es impersonal, como casi todas las de museos, aunque él está contento por haber visitado la sala donde en 1771 la reina

María Carolina ofreció café a sus invitados. Caserta fue la puerta de entrada del café en Italia. La inglesa Lady Anne Miller, que tuvo el privilegio de ser invitada al primer baile en este palacio, recordaría en sus memorias cómo María Carolina había pedido que una sala fuese destinada al café. Fue la primera cafetería italiana de la historia, reservada para las damas más elegantes de la corte. Ahora es visitada por hordas de turistas con sandalias, calcetines gruesos y crema solar en la nuca. Así es el café: democrático por naturaleza.

El viajero ha pasado de la arquitectura fascista, funcional y poco cargada a una sobredosis de barroco. Aunque a la gente de Caserta no le gusta ser conocida solamente por su gran palacio. Les duele que casi nadie sepa algo más sobre ellos. Aunque no pueden negar que esta construcción lo cambió todo. La Caserta vieja, con sus preciosas calles medievales y un aire medio abandonando, se encuentra en la cima de una colina. La Caserta nueva ha crecido alrededor del palacio, en el valle. Un valle lleno de historia. No muy lejos está la preciosa Capua, donde Aníbal luchó con sus elefantes contra los romanos. Un territorio famoso por su *mozzarella di buffala*. Pese a que los napolitanos se lleven la fama de tener la mejor *mozzarella*, la región italiana donde más se produce es Caserta. Y los habitantes se lo recuerdan a los viajeros siempre que pueden. Ellos no son napolitanos, aunque no puedan vivir sin sus vecinos. Incluso su gran tesoro no existiría sin ellos. El palacio lo encargó el rey de Nápoles, ya que necesitaba una residencia de verano alejada del mar, en un lugar más seguro, fuera del alcance de los cañones de las naves enemigas. Y eligió Caserta porque aquí encontró un espacio gigante para pedir al arquitecto Luigi Vanvitelli, un napolitano, que idease una casa real más grande que Versalles. La Reggia es el palacio más grande del mundo, con unos impresionantes jardines sin fin. Así que los turistas dedican todo el día a pasear por sus caminos y salas de techos altos, antes de volver a Nápoles.

Con su herencia monárquica y la tradición de las grandes familias de productores agrícolas, Caserta siempre ha sido una ciudad conservadora. De curas y obispos. Y de militares, pues el ejército italiano solía disponer aquí de diferentes bases y fábricas, provocando que en el pasado casi todas las familias casertanas tuviesen fotos de uno de los suyos con uniforme. Caserta era una ciudad de ley y orden. De saludos militares y rosarios en las manos. El último sitio donde alguien podía imaginar que

la población saliese a la calle con los ojos llenos de ira, apretando los puños, lista para romper cristales y desafiar a la autoridad. Del amor al odio hay un solo paso. Y cuando la gente de orden se siente abandonada, puede ser terrible. Decía el escritor siciliano Andrea Camilleri que al italiano le gusta creer en la palabra de las personas. Y por eso se ha entregado en el pasado a líderes autoritarios como Mussolini, o a pecadores confesos como Berlusconi: porque cumplían lo que decían. O sea, a muchos italianos no les importa si su presidente engaña a su mujer o recorta libertades, siempre que lo diga abiertamente y cumpla sus promesas, como hizo el '*Duce*' en Latina. Si el tren llega puntual y hay trabajo, los pecados se perdonan. "Al italiano le gusta el autoritarismo y esa sensación que transmiten algunos líderes de estar por encima de la ley. Le gusta formar parte de una masa. Y a la vez, le gusta proteger su independencia, su forma de ser", decía Camilleri. Esta alma con dos cabezas puede provocar que las mismas personas que piden orden lo rompan cuando se sienten traicionadas. Como sucedió en esta población.

En 1963, Giuseppe Moccia, empresario de la construcción, llegó a la presidencia de la Casertana y afirmó que conseguiría por primera vez el ascenso a la *Serie B*. Pese a que tardó algunos años, el sueño se convirtió en realidad en la temporada 1968-69, gracias a Tom Rosati, un entrenador especialista en ascensos, que se pateó todo el centro y el sur de Italia buscando dar alegría a aficiones históricamente maltratadas por la pelota. Pero la felicidad duró poco. El Taranto, el rival de los casertanos en la lucha por el ascenso, denunció que Moccia había pagado dinero a jugadores del Trapani, conjunto siciliano que había perdido 0-1 contra la Casertana en el tramo final del campeonato. El caso acabó en manos de la justicia, que decretó una sanción contra el club campano. Un defensa del Trapani, Renato De Togni, admitió que había dejado pasar un jugador rival en la jugada del gol. El ascenso se esfumaba delante de sus narices. A la población no le importaba si Moccia era un corrupto, pues el presidente había cumplido con su palabra y había conseguido un ascenso. "Como sea", había avisado. Los hinchas del equipo se sentían estafados por una decisión que, además, se había tomado en un juzgado de Florencia. En Caserta faltaba trabajo, se sentían ignorados y ahora les dejaban sin su única alegría. Al eterno agravio de los campanos, siempre listos para recordar que el Reino de Nápoles fue rico y que empezaron a ser pobres ya dentro de una Italia gestionada siempre desde el norte, se

sumaba la frustración de perder en un despacho lo que se había conseguido en el estadio.

Cuando el alcalde Salvatore Di Nardo, un hombre de orden de la Democracia Cristiana, decidió convocar una manifestación pese a que los líderes de su mismo partido le pidieron prudencia, nadie podía imaginar lo que sucedería. Durante tres días, Caserta vivió la llamada '*Rivolta del Pallone*'. Miles de vecinos se lanzaron a las calles y acabaron cortando el tráfico ferroviario en la estación central. Se saquearon comercios, se quemaron coches de policía y se atacaron edificios oficiales. En Caserta cuentan que los manifestantes y los policías se tomaban una pausa cada día cuando llegaba el vendedor ambulante de mazorcas hervidas, una tradición que se ha ido perdiendo. Como si fuese una tregua pactada, compraban la comida y poco después seguían a lo suyo, con piedras volando hacia un lado y gases lacrimógenos hacia el otro. En una época de gran violencia en las calles italianas, con trabajadores y estudiantes muy politizados y acostumbrados a enfrentarse con los policías, las autoridades aprovecharon los incidentes de Caserta para estrenar los nuevos escudos de plástico a prueba de piedras. Los agentes habían llegado de Nápoles o Foggia, ya que muchos policías de Caserta estaban entre los manifestantes. Ellos también se sentían víctimas. En la ciudad se cuenta que a la urbe incluso llegaron estudiantes comunistas que aprovecharon el caos para hacer de las suyas. Su influencia provocaría que los grupos de ultras de la Casertana, nacidos poco después de la '*Rivolta del Pallone*', se inclinasen hacia la izquierda en una ciudad tradicionalmente de derechas. Caserta, que durante décadas tuvo tantas bases militares, también contaba con un estadio con hinchas que colgaban pancartas contra la guerra de Irak o Afganistán. Muchos de esos chicos eran hijos de militares, cómo no. La doble alma italiana.

En total, más de 90 personas fueron detenidas y juzgadas, aunque solamente acabaron en la cárcel aquellos que no tenían un buen padrino. Algún obrero comunista, chicos en el paro y estudiantes. Los hijos de papá que cada domingo iban a misa antes de ir al estadio no acabaron en el calabozo. Y eso que también perdieron los estribos los tres días en los que incluso los sacerdotes justificaban los incidentes, perdonando los pecados de quien se confesaba. ¿Que habían roto cristales y lanzado piedras? Dos Ave María y perdonados. El odio los había poseído a todos.

La Casertana ascendería finalmente un año más tarde a la *Serie B*, en

1970. Aunque la aventura duró una única campaña. Es más, el equipo solamente ha jugado un curso más en la segunda división, en la temporada 1991-92, cuando fue entrenada por Giuseppe Materazzi, padre de Marco, el campeón del Mundo en 2006. La Casertana incluso ha vivido a la sombra del equipo de baloncesto local, la Juvecaserta, campeona de liga en 1991. Cuando en Nápoles celebraban que por primera vez un equipo del sur había ganado la liga de fútbol, en Caserta consiguieron lo mismo en el baloncesto. El empresario Giovanni Maggiò incluso consiguió que esta modesta entidad fuese capaz de llegar a una final de la Recopa contra el Madrid de Drazen Petrovic, en unos años en los que el presidente se ganó el corazón de los hinchas. Había cumplido su palabra. De eso se trata, de cumplir, aunque Hacienda investigue si pagas todos tus impuestos. Maggiò prometió éxitos y estos llegaron. Prometió un pabellón nuevo y lo levantó en 100 días. Lo bautizó *PalaMaggiò*. Si lo pagaba él, debía llevar su nombre. El viajero entiende que muchos casertanos aman más este pabellón que el palacio real de la Reggia. Lo sienten más suyo. Y les recuerda ese año en el que ellos fueron la capital italiana del baloncesto. Lo que fue odio en 1969, era amor en 1991.

# El mejor escenario del mundo

"Me encantaría vivir en un planeta enteramente napolitano porque sé que allí estaría bien"
*Marcello Mastroianni*

*El tren entre Caserta y Nápoles va lento, como si castigase al viajero posponiendo la llegada a la población partenopea. Cruza ciudades periféricas feas, laberintos de edificios gigantescos, barrios con mala fama por la corrupción y los clanes mafiosos. Nápoles te recibe con sinceridad, mostrando su cara más cruda en la estación central.*

La primera vez que el viajero llegó a Nápoles cuando era un crío, una motocicleta con tres adolescentes sin casco casi lo atropella nada más salir de la estación. Después, se hizo el amor. El viajero tiene un idilio con Nápoles. En el trayecto de tren ha escuchado *Napule è*, de Pino Daniele, el cantante que unió el blues con la lengua napolitana. "Nápoles es mil culturas, Nápoles es mil miedos. Nápoles es una voz de criaturas", pronunciaba Daniele, fallecido en 2015. En el primer partido después de su muerte, en el estadio San Paolo cantaron su declaración de amor a *Napule*. Qué bonito suena el nombre de la ciudad en napolitano. *Napule*.

Nápoles es un gran escenario. La cuna de la gran escuela del teatro napolitano, el hogar de grandes intérpretes y directores. "Nápoles es una de las pocas metrópolis que, si bien presenta un experimento social entre el centro y la periferia digno de las grandes ciudades del mundo, sigue

siendo un lugar donde la modernidad en sus peores aspectos no ha llegado del todo, donde, al caminar, te encuentras personas. Y esto es fundamental para los que hacemos teatro". Lo dijo el maravilloso actor Toni Servillo, que saltó de los escenarios a la gran pantalla. Esta es una urbe tan mágica que todos los directores se fijan en ella. Es un exquisito guion en el que cada día suceden historias sorprendentes, aunque el cine y el fútbol son como dos amantes que se acuestan juntos alguna vez, pero que jamás alcanzan la felicidad de la mano. Cuesta encontrar buenas películas en las que la pelota sea protagonista. Recientemente, Francesco Lettieri rodó un film llamado *Ultras* sobre los radicales del Napoli. Estos lo boicotearon al considerar que solo mostraba su peor cara. No fue un éxito, aunque su música atrapa, obra de Liberato, un misterioso DJ que esconde su identidad, como si fuera la escritora napolitana Elena Ferrante, quien se negaba a revelar su rostro hasta que un periodista descubrió que era la traductora Anita Raja.

El viajero llega al Caffè Gambrinus, donde los turistas que bajan de los cruceros se mezclan con los vecinos que se niegan a ceder sus lugares sagrados a las masas. Dicen que aquí nació la preciosa tradición del '*caffè sospeso*'. Cuando pides un café, pagas dos. El segundo lo aprovechará un desconocido sin recursos económicos o que simplemente está teniendo un mal día. En las mesas de las elegantes salas interiores se sentaron escritores como Oscar Wilde, Ernest Hemingway o Jean-Paul Sartre. Y, cómo no, Gabriele D'Annunzio, que escribió en sus mesas el poema *A vucchella*. No existe intelectual que no haya visitado esta ciudad. Nápoles imanta. Será la presencia del Vesubio, el volcán activo que preside de fondo el plano, amenazando con cubrir el cielo de ceniza. El recuerdo de la cercana Pompeya lleva a los napolitanos a vivir al día, a ser muy conscientes de la fragilidad de la existencia.

Esta gente es diferente. El productor de cine Carlo Ponti lo sabía bien. Se casó con Sofia Loren, napolitana. "Como milanés digo que los napolitanos son los únicos italianos que no son italianos porque son mucho más napolitanos que italianos. Tienen características especiales. Son diferentes, son napolitanos", argumentaba. El viajero deja pagado el segundo café. Allá los que quieran quedarse únicamente con la cara fea de Nápoles, y hablar de camorra y suciedad. El viajero cree que el amor es más fuerte. Que la luz, bellísima en este golfo, se impone a la oscuridad. Y sube al barrio del Vomero para gozar de la vista desde las alturas.

Una de las viejas mansiones con vistas sobre el mar era la de Eduardo Scarpetta, el hombre que inició una de las dinastías de actores y directores de teatro más gloriosas de todos los tiempos. Un linaje donde se cruzan los destinos de los hijos reconocidos y no reconocidos. Todo es una gran comedia en esta vida. Scarpetta fue de los primeros actores que reivindicó el teatro dialectal. Utilizaba el napolitano e imaginaba a personajes como Felice Sciosciammocca, un clásico de los escenarios que simboliza a la gente inocente a la que le toman el pelo. El apellido, de hecho, es una forma dialectal para referirse a aquellos que se quedan con la boca abierta.

En 1876, Scarpetta se casó con Rosa De Filippo, con quien tuvo a Domenico, un hijo que en realidad no era suyo, pues el padre era ni más ni menos que el rey Víctor Manuel II, el primero de Italia. El monarca había dejado preñada a esta chica cuando ya era la novia de Eduardo, pero este no tuvo problemas en darle su apellido. No deja de ser irónico que un actor de teatro popular cuide a un hijo del rey. Se cuenta que una vez, en una obra, escuchó que alguien le gritaba que llevaba cuernos. Él, con una carcajada, respondió alegremente: "Sí, pero los míos son reales". Con Rosa tuvo otros dos hijos. Uno murió cuando era un bebé. El otro, Vincenzo, creció con una hermana, María, hija de una amante de Eduardo. En una casa con tres criaturas, ninguna tenía los mismos padres naturales. Aunque la situación todavía era más complicada, pues Eduardo también tuvo una larga relación sentimental con la sobrina de su mujer, Luisa Di Filippo. Con ella tuvo tres hijos: Eduardo, Titina y Peppino De Filippo. Pero hay más, pues también tuvo descendencia con Anna De Filippo, la hermanastra de Rosa. Es decir, se acostó con tres miembros de la misma familia. Con esta última tuvo otras tres criaturas: Eduardo, también actor de teatro, Pasquale y Ernesto, un poeta que después fue el padre de uno de los cantantes más queridos de Nápoles, Roberto Murolo. Como toda la ciudad hablaba de ellos, Scarpetta ordenó grabar en piedra en su casa del Vomero una frase: "*Qui rido io*". O sea, 'aquí me río yo'. La cita se usó para titular un film sobre su vida en el que Servillo interpretó al protagonista. Scarpetta jamás perdió la sonrisa, aunque sufrió un duro golpe. En 1904 escribió una parodia de una obra de teatro que había triunfado ese año. Se trataba de *La figlia di Lorio*, de un tal Gabriele D'Annunzio. Sí, de nuevo el maldito poeta. D'Annunzio no tenía sentido del humor, se amaba demasiado a sí mismo. Pero

Eduardo vivía en las antípodas y se rió con aquella historia. Durante tres años, los jueces estuvieron discutiendo si Eduardo debía dinero a D'Annunzio. Al final, la justicia decretó que para hacer una parodia no era necesario pagar derechos de autor, un caso que creó jurisprudencia en Italia, aunque los gastos del proceso y el poco éxito del proyecto dejaron sin una lira a Scarpetta, que falleció pobre. De todos los hijos, el que llegó más lejos fue Eduardo De Filippo, un genio que daría el salto al cine. En 1931, estrenó su mejor obra, *Natale in casa Cupiello*, una comedia que él mismo interpretó tanto en el teatro como en la gran pantalla. Cada Navidad, los napolitanos tienen como costumbre ir a verla. También la pasan por la televisión. ¿Cómo no amar a Nápoles, con tantos enredos y esta fe en el humor?

El viajero vuelve al centro y se acerca al viejo puerto para comer en la Locanda del Cerriglio, un restaurante del que se tienen referencias ya en 1288, aunque en 1885 las autoridades lo cerraron. Los propietarios sobrevivieron convirtiéndolo en un almacén donde vendían comida hasta que, con unas obras, lo pudieron reabrir al público. En la puerta del local, en 1609, un grupo de lugareños le dieron una paliza a un forastero altanero, el pintor Caravaggio. Cada rincón de Nápoles esconde una anécdota a la que deberían dedicar una película. Cerca del restaurante, en Vico dei Panettieri, un artista urbano ha realizado un grafiti de Pino Daniele donde aparece como un santo. Para los vecinos, Daniele remite a los años 80, cuando realizó la banda sonora de hasta tres películas de un buen amigo, el actor Massimo Troisi. Es la santísima trinidad: música, cine y fútbol. Daniele, Troisi y Maradona.

Nápoles había sufrido una epidemia de cólera en los años 70. En 1980, un terremoto asoló la ciudad dejando a más de 3.000 personas sin casa en plena guerra de clanes de la Camorra. Luego, llegó la redención. Con Maradona, el conjunto local ganó dos ligas y cerró la boca a los fanfarrones del norte. "Era una ciudad oscurecida, violenta. Era la ciudad de la guerra entre la vieja y la nueva Camorra. Recuerdo que cuando salía de fiesta mi padre me repetía las normas: de noche no te pares nunca en un semáforo, tienes que pasar en rojo. Cuando llegó Maradona, nos liberó". Lo dijo Paolo Sorrentino, autor de películas como *La gran belleza* o series como *The Young Pope*. Sorrentino, napolitano y maradoniano, decidió llevar a las pantallas la historia de su infancia en *Fue la mano de Dios*. Es decir, una referencia al famoso gol con la mano de Maradona a

los ingleses en el Mundial de 1986. "He escogido ese nombre porque Maradona me salvó la vida. Y no es una exageración. Fue uno de sus milagros", bromeó para recordar que, siendo un adolescente, consiguió el permiso de sus padres para ir un 5 de abril de 1987 a ver un Empoli-Napoli. Ellos, a su vez, se marcharon a la casita que tenían en Roccaraso, un pueblecito cerca de Castel di Sangro. La mala combustión de una estufa los mató mientras dormían. Sorrentino sostiene que su obsesión por ver jugar al argentino le salvó la vida. Cuando ganó el Óscar por *La gran belleza*, el astro lo llamó para felicitarlo mientras embarcaba en el avión de vuelta a Roma en Los Ángeles. El director, para alargar la conversación con el ídolo, se negó a ocupar su silla y consiguió retrasar la salida del vuelo.

Cuando el Napoli ganó sus ligas, Troisi solía aparecer en la *RAI* haciendo de humorista. Esos días, celebró los éxitos del club en los morros de los tertulianos de la Juventus. Troisi ya se había convertido en el heredero del actor más querido quizá de todo el país, el también napolitano Totò, fallecido en 1967 y considerado el Chaplin italiano. Todos aquí sabían quién era Troisi, aunque el resto del mundo lo descubrió demasiado tarde. En 1994, participó en el precioso film *El cartero*, dirigido por Michael Radford. Troisi, que colaboró en la escritura del guion, pospuso una cirugía cardíaca para poder terminar la filmación. Fallecería un día después del fin del rodaje, con 41 años, y sería nominado al Óscar de forma póstuma. Maradona ya no estaba en Nápoles, Troisi había muerto y Daniele tenía problemas de salud. Se acababa una época preciosa.

El filósofo Benedetto Croce solía decir que para entender Nápoles era necesario entender que "estamos donde se encuentran el cielo y el infierno". Entre la vida y la muerte. El viajero se dirige a Quartieri Spagnoli, los barrios populares del centro, para ver el famoso mural gigante dedicado al 'Pelusa'. Aquí, los héroes deben surgir de los barrios bajos para poder escarmentar a los ricos. Personajes como el famoso Masaniello, un pescador que en 1647 lideró una revuelta contra los impuestos españoles. Pino Daniele le citaba en su canción *Je so pazzo*. Dicen que Maradona, un día que Daniele le daba un concierto privado, le preguntó quién era ese Masaniello que competía en fama con él. "Masaniello eres tú, Diego", respondió el cantante. Desde la muerte del argentino, el mural en los Quartieri Spagnoli, un laberinto de callejuelas,

se ha convertido en un lugar de peregrinación.

La gran obra de teatro que es esta ciudad no se puede entender sin Maradona, ni tampoco sin su equipo, nacido en 1926 gracias a la fusión de distintos conjuntos bajo la iniciativa del industrial Giorgio Ascarelli, miembro de la comunidad judía local. La historia del Napoli, con fama de perdedor, cambió en 1969, cuando el empresario Corrado Ferlaino logró hacerse con el control de la entidad. Poco a poco, Ferlaino construyó un vestuario ganador que superó por primera vez a los gigantes del norte. Como cuenta Sorrentino en su película, los napolitanos no se podían creer lo que leían en la prensa. Ferlaino afirmaba que ficharía al mejor jugador del planeta, Maradona, que jugaba en el Barcelona. Se sentían demasiado desgraciados entonces. Pero no era un sueño. Con el '10' ganaron dos ligas, una *Coppa*, una *Supercoppa* y una Copa de la UEFA en apenas cinco años, de 1985 a 1990. En Nápoles se cuenta la historia de un hombre que escribió en el muro del cementerio un mensaje: "No sabes lo que te has perdido, querido padre".

En el Bar Nilo, ubicado en el centro, exponen un pelo de Maradona como si fuera una reliquia. Si quieres sacarte una foto con él, tienes que tomar un café. El viajero lo consume, hace la foto y paga dos. Justo al lado del local, se encuentra una de las entradas a las galerías subterráneas de una urbe llena de misterios. Y a cinco minutos se levanta el precioso Duomo, que protege las reliquias de San Genaro. En esta ciudad de supersticiones, cada 19 de septiembre los napolitanos acuden a la catedral para ver cómo un cardenal saca de su recipiente una botellita que contiene sangre solidificada del santo. Si esta se vuelve líquida, la localidad queda protegida un año más. De vez en cuando, la sangre sigue siendo una masa negra y sólida. No hay milagro. Y los napolitanos esperan lo peor, como en el 2020, en plena pandemia. "Poco después murió Maradona, ¿te parece una casualidad?", le dice el camarero del Bar Nilo al viajero.

En una metrópolis convertida en un gran plató, los últimos años el equipo ha sido comprado por el productor de cine Aurelio De Laurentiis. Su padre Luigi fundó en los años 70 la productora Filmauro, que trabajaba con otra creada por Dino, su tío, en Estados Unidos. Por eso Aurelio se crió allí, al otro lado del Atlántico. Después de la Segunda Guerra Mundial, produjeron algunas de las cintas más famosas del cine italiano como *Riso amaro*, protagonizada por Silvana Mangano.

Invirtieron también en *La strada* de Fellini, que ganaría un Óscar. En total, firmaron 181 películas, a las que hay que sumar más de 350 como coproductores. Con *Las noches de Cabiria*, también de Fellini, llegó una segunda estatuilla norteamericana. También colaboraron con directores extranjeros del tamaño de Jean-Luc Godard, John Huston, Sydney Pollack, Ingmar Bergman, Robert Altman o Milos Forman. Los De Laurentiis fueron claves en la carrera de Sofia Loren y en los mejores años del neorrealismo italiano. Trabajaron con casi todo el mundo.

Pero el heredero, Aurelio, olvidó que el cine es un arte. Sus películas suelen tener muchos espectadores porque apuesta por comedias fáciles que llenan las salas justo antes de Navidad. Guiones de dudosa calidad, llenos de bromas burdas y de mujeres enseñando piernas muy largas. Solamente le interesa el dinero. Después de vivir en Estados Unidos, en 2004 decidió comprar el Napoli aprovechando la bancarrota de la entidad, que estaba en el pozo de la tercera división. En su primer año bautizó al equipo como '*Napoli soccer*', a la americana. La idea no gustó y duró poco. Vittorio Cecchi Gori, el gran rival de los De Laurentiis en la producción de películas, afirmó que Aurelio había comprado el club porque lo quería imitar a él, que había sido el presidente de la Fiorentina en los años de Batistuta, cuando ganaron una *Coppa*. Gori arruinó al club toscano, que acabó refundado en la quinta categoría. A De Laurentiis le va mejor. Gracias a su gestión, el Napoli ha ganado títulos, aunque no consigue la tan deseada tercera liga. Si un día la levanta, la ciudad volverá a ser un enorme escenario donde se vivirán escenas sorprendentes.

Tan sorprendentes como ver cada domingo a Corrado Ferlaino, el presidente que fichó a Maradona, visitando el mural dedicado al argentino en los Quartieri Spagnoli. Él, un napolitano rico, camina mientras casi le besan las manos por un barrio humilde, mira la imagen del mito y se marcha. El mural, por cierto, lo hicieron en un edificio calculando mal los tamaños, y el rostro del jugador queda justo sobre un ventanal. A la familia propietaria de ese piso le han pedido que no tiendan jamás la ropa en esa ventana, porque si la abren desfiguran a Maradona. Una historia digna de De Filippo o Sorrentino.

El viajero sale de Quartieri Spagnoli hacía el Castel dell'Ovo, una pequeña isla amurallada unida con la ciudad por un puente. Allí se encuentra la Bersagliera, un restaurante centenario donde se dispone a comer marisco. Si en algún sitio vale la pena rascarse el bolsillo, es en

Nápoles. Cierto que este es el lugar donde nació la pizza, pero el viajero quiere oler el mar. Y elige el restaurante donde en 1954 Roberto Rossellini rodó escenas de su *Viaggio in Italia*. ¿No es lo que está haciendo él, viajar por Italia?

# El mito de la *trasferta*

"¿Qué otro lugar, mejor que una estación,
refleja el espíritu de un país, el estado de ánimo
de la gente, sus problemas?"
*Tiziano Terzani*

*El Vesubio, imponente, parece querer controlar todos los movimientos que suceden a su falda mientras el tren lo bordea. Entre Nápoles y Salerno hay una hora de trayecto. Algunas vías siguen la costa, otras rodean el volcán por el norte.*

El tren traquetea mientras entra en los barrios periféricos de Salerno. Hay algo de mágico en ese ritmo lento de los vagones cuando se acercan a la estación, pese a que siempre hay gente que se levanta de sus sillas muchos minutos antes de llegar a destino. El tren pone nerviosas a muchas personas, a otras las relaja. El viajero es de las segundas, ocupando su lugar al lado de la ventana hasta que el convoy se queda quieto, después de frenar como si fuese un animal resoplando, cansado.

Cuando Italia empezaba a escribir su historia moderna, llegó el tren. Aunque curiosamente, el primer trayecto ferroviario se hizo técnicamente fuera del país, cuando el 3 de octubre de 1839 el rey Fernando II de Borbón inauguró un tramo de poco menos de ocho kilómetros entre Nápoles y Granatello di Portici. Fue el Reino de las Dos Sicilias el primero en gozar de esta posibilidad de desplazarse, ampliando su línea hasta Caserta en 1843 por el norte y hasta las puertas de Salerno por el sur. Cuando se proclamó el Reino de Italia el 17 de marzo de 1861, ya

existía una red ferroviaria considerable, especialmente en el norte, gracias al proyecto austríaco de unir Milán y Venecia, así como muchas líneas en el Piamonte. Incluso los Estados Papales se habían activado uniendo Roma con Civitavecchia y Frascati. La unidad italiana llegaba justo en el momento de la revolución sobre vías. Y el nuevo Estado invirtió muchos esfuerzos para unificar el país alrededor del tren.

El viajero baja en la estación central de Salerno y se pierde por el centro histórico de esta orgullosa ciudad. Pocos visitantes van más allá del sur de Nápoles y Pompeya. Algunos siguen hasta las ruinas griegas de Paestum, que no están lejos, aunque no suelen parar aquí. El viajero se encamina a la Piazza della Libertà, abierta al mar. Cerca está lleno de teatros. Delante del Giuseppe Verdi, resiste el Bar Verdi, inaugurado en 1910. El viajero pide un *caffè tostato a legna*, que gusta mucho en estas latitudes. En el golfo de Nápoles prefieren tostar los granos de café dentro de hornos de leña. El bar mantiene la estética de otros tiempos, aunque se ha modernizado y los últimos años se ha convertido en un local literario, donde se pueden comprar o intercambiar libros. El viajero rebusca entre títulos de Sándor Márai.

Luego vuelve a salir al centro, lleno de callejones que se encaraman al monte, alejándose del mar. El viajero se siente desorientado al principio, hasta que se adapta a la lógica del lugar, a sus escaleras y olores. ¿Qué es el Mediterráneo? Pues esto, piensa. Aunque toca alejarse de la zona dirección sur, para visitar el estadio Arechi, que construyeron tan lejos que ya no forma parte ni del término municipal de Salerno. En vez de tomar un bus, decide caminar y pasa por delante del Palacio de la Ciudad, construido por los fascistas y que, cosas de la vida, acabó por ser la sede de la primera reunión del Gobierno después de destituir a Mussolini. Salerno llegaría a ser la capital de la Italia liberada durante la Segunda Guerra Mundial y aquí el dirigente comunista Palmiro Togliatti realizó la llamada '*Svolta di Salerno*', cuando propuso crear un gobierno de unidad nacional contra los fascistas y los nazis, en el que pudieran estar unidos monárquicos y estalinistas.

El viajero se deja ir por el Lungomare Trieste, un bello paseo marítimo del siglo XIX que se construyó mientras la ciudad moderna se expandía hacia el sur. En una calle interior, Via Trento, vivió durante 20 años el escritor húngaro Sándor Márai, que escapó de su país cuando fue declarado enemigo del pueblo por los comunistas en 1948. Después de

residir en Suiza, Nápoles y Estados Unidos, él y su esposa decidieron fijar su residencia en Salerno. Muchos vecinos de Márai tardaron años en saber que ese apacible señor con acento extranjero era un autor famoso. "Pensamos a menudo en cómo Salerno representa la idea de casa para nosotros. Los años transcurridos allí fueron los mejores de nuestro largo exilio", escribiría cuando ya estaba de vuelta en Estados Unidos para tratarse de una enfermedad. Ahora, un busto delante del mar recuerda su paso por la localidad. El viajero mira el paisaje y piensa que si eres castigado con un exilio, este no es un mal sitio para pasarlo.

Finalmente, llega al estadio Arechi. La Salernitana siempre ha sido el orgullo de la gente de Salerno. En 1947, debutó en la *Serie A*, aunque aguantó un solo año en la élite. No volvería hasta 1998, cuando ascendió gracias al dinero del empresario Pasquale Castillo, quien en esos mismos años también era presidente del Foggia y directivo del Bologna. Castillo fue el primer empresario italiano que decidió invertir en varios clubes a la vez, provocando que la hinchada salernitana lo declarara persona *non grata*. La Salernitana, su Salernitana, no podía ser un negocio más en manos de un tipo que no la amaba. Aunque esos mismos hinchas acabaron por aceptar que Castillo tenía buen gusto futbolístico, ya que ficharía a jugadores como Marco Di Vaio, Gennaro Gattuso o David Di Michele. Y, jugando al ataque, casi se salvaron, sin suerte. Como sucede tantas veces en Italia, después del descenso, llegó otro. Y después, la bancarrota. La Salernitana acabó en ligas regionales y no pudo volver a la *Serie B* hasta que fue comprada en 2011 por Claudio Lotito, el polémico propietario de la Lazio. De nuevo, el club se convertía en un juguete en manos de un empresario desalmado que no ocultaba que amaba más al club romano. Como Castillo en los 90, Lotito no era bienvenido en Salerno, pese a que en 2021 llegó el tercer ascenso de la historia a primera. Además, la ley italiana dejó de permitir a un mismo empresario poseer dos clubes en la misma categoría, por lo que Lotito tenía que vender la entidad antes del 31 de diciembre. Y no lo hacía, lo que significaba que la Salernitana podía ser expulsada del campeonato. La hinchada celebró poco el ascenso, pues sentía que Lotito no los cuidaba. Por suerte, a pocas horas de la fecha límite, se traspasó el club. Y la Salernitana, por sorpresa, evitó el descenso, encadenando por primera vez dos años entre los mejores.

El viajero vuelve al centro y, detrás de la estación de tren, visita el

viejo estadio Donato Vestuti, donde entrenan clubes de atletismo. Durante años, esta fue la casa de la Salernitana, y en los exteriores del recinto lo recuerdan varias pintadas de los ultras locales. Un mural recuerda a Carmine Rinaldi, conocido como '*O' Siberiano*', un líder ultra local fallecido en 2010 de un ataque al corazón. Otro homenajea a los cuatro aficionados de la Salernitana que perdieron la vida el 23 de mayo de 1999 después de la última jornada de liga, cuando el equipo sureño descendió. Más de 1.500 hinchas del club viajaron en tren de Salerno a Piacenza para animar a los jugadores, que necesitaban ganar para no perder la categoría. Empataron. El viaje de vuelta fue un caos. Los ultras, dolidos por el descenso, tiraron del freno para parar el tren en la estación de Nocera Inferiore, pues allí los esperaban los ultras de la Nocerina, rivales históricos, con piedras. Cuando la policía consiguió que todos volvieran a los vagones, y el tren penetró en el largo túnel de Santa Lucía, empezó un incendio. Las llamas se expandieron por un vagón lleno hasta los topes y algunos chicos intentaron saltar del tren en marcha. El maquinista decidió frenar al salir del túnel. Decenas de personas resultaron heridas y cuatro chicos perdieron la vida carbonizados. Vincenzo Lioi y Ciro Alfieri solo tenían 15 años. Simone Vitale, que jugaba en el equipo de waterpolo de Salerno, 21. Y Giuseppe Diodato, 23.

Su muerte marcó un antes y un después en el fútbol italiano. Durante años, los viajes para seguir a tu equipo se hacían en tren, las *trasfertas*. Los primeros grupos de ultras, en ocasiones, subían sin pagar billete, acompañando a su equipo en alocados trayectos. Otras veces, el club pactaba con el ministerio de Transporte alquilar un tren entero para el desplazamiento, pero había reyertas cuando pasaban por poblaciones donde vivían aficiones rivales. En los años 80, estas rutas eran salvajes, con desorden, alcohol y peleas. En los últimos años, muchos grupos han empezado a hacer los viajes en pequeñas furgonetas. Intentan burlar así a las autoridades, aunque no lo suelen conseguir. Si durante los 80 y 90 las estaciones de tren vivían escenas de guerrillas, ahora los incidentes se han trasladado a las áreas de servicio.

Para toda una generación de italianos, esos periplos en tren para ir a ver un encuentro marcaron una era. No solamente los ultras los hacían. También jóvenes que querían animar a los suyos. El tren ha explicado el siglo XX, en Italia. "¿Qué otro lugar, mejor que una estación, refleja el espíritu de un país, el estado de ánimo de la gente, sus problemas?", decía

Tiziano Terzani. Las estaciones han inspirado libros y canciones y han roto corazones. Las personas que emigraban al norte lo hacían en tren, convirtiéndolo en una metáfora de una nueva vida. En 1946, el Partido Comunista italiano, viendo el país destrozado que había dejado la guerra, organizó unas expediciones que llevaron a 70.000 niños del sur hacía el norte, para que se alojasen de forma temporal con nuevas familias lejos de la miseria. Los trenes de la felicidad, como los bautizó Palmiro Togliatti, cambiaron la vida de millares de personas. Antes que eso, los poetas futuristas le dedicaban poemas de amor a esas máquinas, pues las consideraban un símbolo de modernidad. El viajero recupera esa genial historia que Marcello Mastroianni contó en su autobiografía. Durante la guerra, estando en Venecia, el actor realizó un viaje en tren de noche. Cuando sonó la alarma antiaérea, este frenó y se apagaron todas las luces para que los aviones no detectaran su ubicación. La tripulación se quedó en silencio. Mastroianni detectó el olor de perfume de una mujer. Y, en silencio, una desconocida lo besó. Cuando se encendieron las luces, ya no estaba. Pasaron los años y Mastroianni besó a las actrices más bellas del mundo. Pero él seguía pensando en la misteriosa mujer del tren.

# Cristo no llegó al partido

"La Lucania es como Libia,
rica en petróleo y pobreza"
*Marco Pannella*

*El tren entre Salerno y Potenza tarda un poco más de dos horas y media en completar su recorrido. Se despide del mar para entrar, primero, en una maraña de ciudades periféricas, después en una zona de campos y, finalmente, sube hacia las tierras altas del interior de la Basilicata.*

Unos 20 minutos después de dejar la estación central de Salerno, el tren pasa por la histórica villa de Éboli. El viajero está aún en tierras campanas. Pese a su pasado romano y medieval, esta ciudad es famosa por el libro *Cristo se ha parado en Éboli*, de Carlo Levi. Un libro cuya historia no sucede aquí. Levi, antifascista, sufrió la condena del exilio interior, una de las ideas de Mussolini para castigar a sus opositores: los mandaba a pueblos perdidos o a islas remotas, donde cada día debían presentarse delante de la autoridad para documentar que no se habían fugado. A Levi lo enviaron al corazón de la región más pobre de Italia, la Lucania. Y, camino de su martirio, pasó por Éboli. En su libro de memorias, escribió como "el camino y el tren salen de la costa de Salerno y del mar, y se adentran en las desoladas tierras de Lucania. Aquí nunca llegó Cristo, ni llegó el tiempo". Charlando con los lugareños de Aliano, el pueblo donde pasaría más de un año exiliado, Levi descubrió una Italia olvidada, dura y mágica, donde el tiempo realmente parecía no pasar, con costumbres anteriores al cristianismo. Por eso diría que Jesús se había

parado en Éboli y ya no había salido de allí.

Con las páginas de Levi en el equipaje, el viajero sonríe cuando el tren se detiene en Potenza, la capital de la Basilicata. Esta parte del sur de Italia, entre la bota y el talón, era históricamente conocida como Lucania, nombre ya usado por los griegos cuando merodearon por la zona. Aunque en las tierras de Matera, más cerca del mar, no se sentían lucanos. Así que el Gobierno de la nueva Italia inventó en el siglo XIX el nombre de Basilicata para una región que unía a la Lucania con Matera. "Nuestra provincia ha perdido su glorioso y antiguo nombre de Lucania, cambiándolo por el de Basilicata en honor a Basilio II, emperador bizantino, déspota feroz e hipócrita que vestía túnica de fraile bajo el manto imperial", escribiría el historiador y político local Michele Lacava a finales del XIX. Lacava ya había fallecido cuando Mussolini, en los años 20, decidió recuperar el nombre de Lucania. Duraría hasta 1947, cuando los demócratas italianos optaron otra vez por cambiar el topónimo.

En regiones como el Molise o en la isla de Cerdeña, los habitantes siempre se quejan de haber sido olvidados por las autoridades. Cuando los escuchan, los ciudadanos de la Basilicata suspiran y les dicen que se pongan a la cola. Pocos territorios menos atendidos que este, aunque en los últimos años la belleza ancestral de Matera la ha puesto un poco de moda. Su centro histórico lo forman dos barrios, Sasso Caveoso y Sasso Barisan, los Sassi, con casas excavadas en el monte desde hace siglos, donde la mano del hombre y el poder de la naturaleza se juntan. Cuando de noche las calles se iluminan, el espectáculo emociona. Una urbe donde se duerme en cuevas, como ya se hacía antes del Imperio romano. Cuando Levi pasó por Matera, las más de 15.000 personas que lo habitaban vivían en condiciones muy duras. Los turistas ahora se emocionan con la escena, pero quien la visitaba en los años 30 se asustaba por las familias harapientas y las viviendas sin luz ni agua. La mortalidad infantil en Matera era cuatro veces superior a la media italiana aún en 1955, cuando muchos vecinos fueron trasladados a barrios modernos dentro de un proceso de remodelación de los Sassi, que se caían a pedazos. Levi documentó cómo en Matera y muchos pueblos de la zona era normal ver cómo se hundían casas, desgastadas por el paso del tiempo. En ocasiones, un derrumbe provocaba que aparecieran viejos cementerios. Caía un trozo de municipio y los huesos de los antepasados quedaban expuestos al sol. Quien llegaba procedente de otras partes de

Italia, sentía que había retrocedido al pasado. En los 60, Pasoloni decidió rodar aquí su *Il Vangelo secondo Matteo*, pues imaginaba que la vieja Palestina de los Evangelios debió de ser algo parecido a Matera. Años más tarde, Mel Gibson haría lo mismo con *La pasión de Cristo*.

Pero el viajero no está en Matera. Ha llegado a Potenza. Si Matera no se considera parte de la Lucania y tiene más turismo, en Potenza se sienten orgullosamente lucanos, aunque lleguen pocos visitantes a los que contar las bondades de su cultura. El viajero alza la vista y observa la ciudad vieja encaramada en las alturas. Descubre pronto por qué a Potenza la llaman la 'Ciudad de las mil escaleras': hay que subir y bajar infinitos escalones para ir de un lado a otro. Los vecinos afirman que tienen el sistema de escaleras móviles más grande de Europa y el segundo del mundo por detrás de Tokio. El viajero no sabe cómo comprobar la veracidad del dato, así que se lo cree. La ciudad le gusta. No tiene el encanto de Matera, pero después de leer tantas veces que la Lucania es un lugar dejado de la mano de Dios, esta localidad le parece hermosa, con sus plazas abiertas a un balcón sobre los valles y sus callejuelas, llenas de cafés y negocios. Quizás a los lucanos les cuesta sacar pecho. Quizás son menos fanfarrones que otros compatriotas. "Muchos lucanos dan la vuelta al mundo, pero nadie los ve, no son exhibicionistas. El lucano, más que cualquier otro pueblo, vive bien en la sombra", explicaba el poeta Leonardo Sinisgalli. Como residió durante casi toda su vida en Milán y Roma, muchos se sorprendían cuando sabían que Sinisgalli era lucano. Les parecía que era demasiado talentoso y moderno, con sus originales versos uniendo humanidad y ciencia, como para haber nacido en una región tan pobre.

Aunque la Lucania tiene riqueza, con sus zonas de cultivo y algunas minas. Incluso encontraron pozos de petróleo, pero el dinero se fue rápidamente al norte. "La Lucania es como Libia, rica en petróleo y pobreza", diría el político Marco Panella en su visita en los años 50, cuando aún se registraban en la Basilicata algunos casos de malaria. En 1895, se calcula que una media de 15.000 personas fallecían cada año de esta enfermedad en la provincia, cifra que siguió siendo muy alta hasta finales de los 30. 20 años después, otro poeta, Guido Piovene, escribió: "Es una tierra ingrata. Numerosos pueblos no recibieron agua ni electricidad hasta 1945 o más tarde. Las estadísticas recientes indican que la mitad de la población es analfabeta. Sin embargo, Lucania posee

en abundancia las virtudes que llamaremos antiguas, siendo gente laboriosa, testaruda, tranquila, con un profundo sentimiento de familia". En la Basilicata casi no hay industria.

Esta ha sido históricamente la zona más olvidada de Italia, liderando las clasificaciones de analfabetismo y esperanza de vida más baja. La dureza, el clima seco, la dificultad del paisaje y la falta de infraestructuras de transporte la han mermado. El Gobierno, como vive poca gente en ella, se ha preocupado poco por enderezarla. Y por eso permaneció atrapada en el tiempo, provocando el interés de artistas como Levi, que se enamoró de ella: "La Lucania me parece, más que cualquier otro, un lugar verdadero, uno de los lugares más verdaderos del mundo. Aquí las cosas son verdaderas. El pan que falta es pan de verdad, la casa que falta es un hogar de verdad, el dolor que nadie entiende es dolor de verdad. La tensión interna de este mundo es la razón de su verdad: en él coinciden historia y mitología, actualidad y eternidad".

Cuando estaba por aquí, a Levi lo llamaban para que curase enfermos, pues había estudiado medicina. Se encontraba con ancianos que todavía seguían ritos ancestrales, usando monedas de oro para intentar sanar los cuerpos. Cuando alguien moría, cantaban canciones en dialecto local. Todo era superstición. En cada casa, se mezclan estampas religiosas con costumbres paganas. Y una escopeta de los años del bandidaje, cuando, durante la unificación italiana, muchos rebeldes que hubieran preferido seguir dentro de un Reino de las Dos Sicilias independiente se echaron al monte. Cuando el director de cine Francesco Rossi decidió llevar a las pantallas el libro de Carlo Levi, también fue seducido por esta región. Así que volvió para rodar dos películas más. Igual que Pasolini y Mel Gibson, quedó impactado por la belleza lucana otro de los grandes del cine norteamericano: Francis Ford Coppola. "Me gustaría ayudar a esta región que prefiero llamar Lucania y no Basilicata, y me gustaría iniciar un nuevo tipo de turismo, que combine la belleza de los lugares con su historia, cultura y delicias gastronómicas", manifestó el director de *El Padrino*. Así que compró un viejo edificio, el Palazzo Margherita de Bernalda, y lo convirtió en un hotel de lujo. La elección del pueblo no fue casualidad. En Bernalda, situada en las tierras bajas de la Basilicata, había nacido Agostino Coppola, su abuelo. Cuando Sofia Coppola, la hija del director, se casó con el músico francés Thomas Mars, lo hizo en el Palazzio Margherita.

No muy lejos de la estación de tren de Potenza está el estadio Alfredo Viviani. El club de fútbol local siempre ha sido el más grande de la zona, viviendo sus años de gloria en los 60, cuando encadenó cinco cursos en la *Serie B*. En 1965, se quedó a tres puntos del ascenso a primera, en una campaña en que le empataron los dos partidos a un Napoli que andaba perdido por la categoría. La delantera la formaban dos jóvenes jugadores norteños, Roberto Boninsegna, descartado por el fútbol base del Inter, y Silvino Bercellino, canterano de la Juventus. Juntos, lideraron el llamado '*Attacco raffica*' del Potenza, una máquina de hacer goles. Boninsegna volvería al Inter para ser campeón de Italia y Bercellino fue repescado por la '*Vecchia Signora*'. Aunque aquello fue un sueño, pues el conjunto ya no ha vuelto a la *Serie B* y en ocasiones juega el derbi local con el Matera. En la ciudad de los Sassi presumen que han ganado dos títulos. Menores, pero dos títulos. El ya desaparecido Trofeu Jacinto para los campeones de grupos regionales de la *Serie D*, y la *Coppa Italia* para equipos de la cuarta categoría en 2010. Además, jugaron un año en la división de plata, en la temporada 1979-80. La Basilicata, olvidada por políticos y empresarios, jamás ha destacado en el césped. En 1982, el materano Franco 'Spadino' Selvaggi, entonces delantero del Cagliari, fue campeón del Mundo con Italia cuando lo convocaron por sorpresa con la selección. No le concedieron ni un minuto, pero él sigue contando que jugó un papel clave, porque era el compañero de dormitorio de Marco Tardelli, quien sufría de insomnio. Selvaggi, con un apellido a juego con una región con fama de salvaje, sigue siendo uno de los dos únicos jugadores de la Basilicata que han jugado con la '*Azzurra*'. El otro es el ariete Simone Zaza. El portero Francesco Mancini brilló en los 90 con el Foggia de Zeman y Francesco Colonnese ganó la UEFA esa misma década con el Inter. Y ahí se acaba la relación de estas tierras con la élite del fútbol.

A las puertas del estadio Alfredo Viviani hay grafitis con los colores rojo y azul. Y leones, el símbolo de la ciudad. El estadio recibió el nombre del fundador del club, un chico lucano que realizó el servicio militar en el norte y se enamoró de la pelota en Milán. En 1910, Viviani acabó segundo en una lista de miles de personas que habían realizado las oposiciones para entrar en el servicio de correos. Era listo y trabajador, así que fue admitido en la sede central de Milán. Pero su padre, un terrateniente lucano, lo quería cerca, así que movió cuatro hilos y lo transfirieron a Potenza como jefe de los correos locales. Era el año 1911 y

Viviani sentía nostalgia de la vida milanesa. Buscó la forma de tener vida social, creó un semanario político donde firmaba con seudónimo y fue corresponsal de periódicos como *La Gazzetta dello Sport*. En 1920, lideró el proceso de fundación del Sport Club Lucano, equipo que sería rebautizado con el nombre de la ciudad de Potenza años después. Viviani sería su presidente, entrenador, directivo y jugador en esos primeros tiempos. Aunque en 1937, enfermó de polio y falleció a los 38 años.

El viajero ocupa una mesa en el Gran Caffè Italia, en una de las plazas de la parte alta de Potenza. Es un local histórico que han modernizado. Pide unos *taralli* dulces, unas galletas glaseadas. Es media tarde y la plaza se llena de niños jugando después de la escuela. Y el visitante pregunta por una buena enoteca, porque quiere degustar un Aglianico del Vulture, el vino típico del lugar. Le dicen que hay tantas opciones que le va a costar decidirse. Definitivamente, Cristo ya ha llegado a la Lucania. El fútbol de primer nivel, todavía no.

# Zemanlandia

"A este mago no lo quiere nadie,
su único truco es perder"
*Pasquale Casillo, presidente del Foggia*

*El tren hasta Foggia tarda unas dos horas. El Monte Vulture preside buena parte del trayecto. Volcán extinto, en sus laderas se produce el vino Aglianico del Vulture. Los vagones pasan por Melfi, que tiene uno de los castillos más impresionantes de Italia, y cerca de poblaciones con nombres que transmiten épica. Incluso hay una Troia. Y así, entran en la Apulia.*

La Apulia tiene la fama de ser una de las regiones más bonitas de Italia, con sus pueblos de mar o las seductoras casas de Alberobello. Y Foggia, en cambio, es célebre por ser una de las ciudades más feas del país. Su fealdad se ha convertido en una broma, de hecho, aunque indigna a muchos foggianos. Cuando una revista publicó en 2020 una clasificación de las zonas con peor calidad de vida de Italia, esta lideró la tabla. Un dicho local dice: "Escapa de Foggia, no por Foggia, sino por los foggianos". Ahora lo han modificado: "Escapa de Foggia. Por Foggia y por los foggianos". En el pasado era más agradable, pero en 1943 fue bombardeada con dureza por los norteamericanos, ya que era un nudo ferroviario muy importante. Más de 20.000 personas perdieron la vida bajo las bombas aliadas. Quedó poco de la vieja urbe. Y, a diferencia de Pescara, Foggia fue reconstruida sin demasiado gusto.

Durante siglos, el lugar era próspero gracias a su agricultura y

ganadería. Próspero para solo unos pocos, cierto. En los tiempos del Reino de las Dos Sicilias, las tierras del sur eran un gran latifundio. Los nobles se llenaban los bolsillos sin sentir la necesidad de invertir en la industria. Mientras en el norte ya se levantaban chimeneas, en el XIX en Foggia todo giraba alrededor de la Real Aduana de ovejas, que regulaba el pastoreo de los Abruzos y la Capitanata, una zona en el norte de la Apulia. En muchas áreas cercanas estaba prohibido cultivar en campos fértiles, pues los destinaban a las ovejas, que daban muchos beneficios a los nobles gracias al boyante mercado de lana. Los campesinos, emigraban. Con la unificación de Italia, las leyes permitieron acabar con ciertas prácticas despóticas, aunque nacieron otras igual de crueles cuando se apostó por el cultivo de tomates. En Foggia, cada generación recuerda una revuelta de campesinos que con piedras y guadañas en sus manos se enfrentaban a la policía cortando carreteras. Actualmente, el 50% de los tomates italianos provienen de Foggia. En las últimas décadas, las manos que se encargan de cuidar estos campos son extranjeras, tanto del este de Europa como africanas. Diferentes organizaciones han denunciado el trato que reciben, pues suelen trabajar sin contrato y residir en chabolas. En los últimos años, estas pésimas condiciones laborales han producido muchas muertes, con jornadas interminables bajo el sol. Cobran menos de lo que dictamina el salario mínimo y en ocasiones son agredidos por grupos armados cuando intentan entrar en sindicatos, pues algunos campos son controlados por mafiosos. Hechos que, desde luego, no ayudan a mejorar la fama de la ciudad.

El viajero degusta un *cornetto* relleno de *mascarpone* que ha comprado en la Antica Cornetteria, uno de los pocos negocios de toda la vida que resiste en el centro de la población, justo delante del Duomo, en una plazoleta donde en las noches de verano ponen mesas al aire libre. Y piensa que Foggia tampoco está tan mal, aunque no sería un sitio que elegiría para pasar unas largas vacaciones. Castigada por la pobreza, los terremotos, las bombas, el crimen organizado y la inestabilidad de depender de la agricultura, Foggia consiguió ser por fin conocida por algo positivo gracias al fútbol. Porque aquí se vivió un milagro. Durante un tiempo, esta localidad no formó parte de la Apulia: fue 'Zemanlandia', una república independiente donde se soñó a lo grande.

Oficialmente, en tierras italianas se han producido 22 milagros

reconocidos por el Vaticano. Pero, viajando por el país, se descubre que existen muchos más. En las afueras de Foggia, se encuentra el Santuario della Madonna Incoronata, construido en el lugar donde la Virgen se apareció a un pastor allá por el año 1001. Este, entusiasmado, construyó una lámpara que aún se conserva, muy venerada por los lugareños. La gente no se cansa de pedir a sus santos que les echen una mano, como sucede en la norteña Padua, no sea que les sobre algún milagrito.

El viajero busca un lugar para degustar una de las especialidades de la cocina local, la *muschiska*, que usa carne de oveja, cabra y ternera mezcladas y secadas durante 20 días. Y, sentado en la mesa del restaurante Terra Arsa, piensa que en las últimas décadas se producen más milagros en los campos de fútbol que en las iglesias. En las redes sociales se hicieron famosas imágenes de un hincha del Palermo que entraba de forma gratuita al estadio en silla de ruedas. Cuando el equipo marcaba un gol, el tipo se levantaba y saltaba, eufórico. "¡El Palermo es milagroso!", gritaban con humor el resto de espectadores. Cada vez que un equipo modesto se sube a las barbas de los grandes, se habla de milagro. Hay algo de hermoso en ello, pues se mantiene viva la fe de los que creen que los pequeños pueden derrotar a los gigantes. Aunque también hay algo ofensivo. Hablar de un milagro es quitar méritos a las personas que han trabajado duro para conseguir esos buenos resultados. Diferentes equipos italianos han protagonizado fenómenos de este estilo. Uno de los más conocidos fue el del Avellino, que consiguió encadenar diez años en la *Serie A*, de 1978 a 1988, evitando el descenso de forma dramática en 1981, justo el año en el que un terremoto golpeó la ciudad. Detrás del milagro estaba el presidente Antonio Sibilia, un constructor albañil desde los 13 años que acabó siendo propietario de centenares de edificios. Sibilia, por cierto, ofreció una medalla de oro en nombre de la entidad a Raffaele Cutolo, el capo de la Nuova Camorra Organizzata. Lo besó tres veces y le hizo una reverencia. Cuando le preguntaron por el gesto, afirmó: "La medalla no se la he dado yo, se la ha dado el consejo de administración del club".

Aunque, si hablamos de milagros, el más famoso fue el del Foggia, pues no se trató solamente de una gesta deportiva. Aquella hazaña también se recordará para siempre por cómo se consiguió. En 1991, pocos discutían que la *Serie A* fuese la mejor liga del mundo. Después del Mundial de 1990, cada equipo tenía en su plantilla genios provenientes

de cualquier rincón del planeta. Estaban el Milan de los holandeses, el Inter de los alemanes o la Juve de Baggio, Schillaci y Antonio Conte. Conjuntos tan pequeños como el Bari también tenían jugadores de mucho nivel, como el inglés David Platt o el croata Zvonimir Boban, mientras que el argentino Caniggia hacía goles con la Atalanta. En la Roma, compartían vestuario Hassler, Aldair y Völler, además del 'Príncipe' Giannini. Y sus vecinos de la Lazio habían apostado por Paul Gascoigne y Ruben Sosa. En el Torino, mandaban Scifo, Martín Vázquez y un joven Lentini. En el Cagliari, impartía cátedra el uruguayo Francescoli. Florencia era el territorio de Batistuta y Dunga. Los derbis de Génova reunían a nombres como el 'Pato' Aguilera y Skuhravy en el Genoa, mientras que Toninho Cerezo, Mancini, Vialli y Katanec eran los vigentes campeones de liga con la Sampdoria. En el Parma hacían de las suyas Brolin y Asprilla. Y en el Napoli todavía estaba Maradona, acompañado de Careca, Alemão y Zola. Era una constelación de estrellas, una orgía de talento, un torneo inigualable. Y, justo esa temporada 91-92, el modesto Foggia, que hasta los 70 no había debutado en primera, volvió a la élite. Lógicamente, nadie daba un duro por él.

El club '*rossonero*', dirigido por un Zdenek Zeman que jamás había entrenado en la *Serie A* hasta entonces, era el gran candidato para bajar, aunque ya en su primer partido le arañó un 1-1 al Inter en el Meazza. Y jugando mejor que los milaneses. Estaba naciendo el '*Foggia dei Miracoli*'. En pocas semanas, el *Corriere dello sport* tituló en su portada: "*¿Juve o Milan? Meglio il Foggia*". El técnico checo apostaba por un 4-3-3 muy ofensivo, solo ideado para atacar, porque, según él, "no hay que ganar 1-0, hay que ganar y divertir, que la gente vuelva feliz a casa".

Zeman no era un cualquiera. Nacido en Praga, donde jugó en los juveniles del Slavia tanto en fútbol como en hockey sobre hielo, vio cómo le cambiaba la vida a los 21 años. Fue a visitar a su tío, Cestmír Vycpálek, un exjugador de éxito que entrenaba en el Palermo. Esas pequeñas vacaciones llegaron justo cuando los tanques soviéticos aplastaron los vientos de libertad en la capital checa, en 1968. Zeman se quedaría a vivir en Sicilia con su tío, se apuntó a un curso de educación física y fue el mejor alumno de su promoción. En 1969, ya estaba dirigiendo a un modesto equipo regional, el Cinisi. Casado con una siciliana que era entrenadora de natación, Zeman, un tipo de pocas palabras y muchos cigarros, era conocido como el 'Mudo'. Sin duda, se trataba de un hombre

especial. Después de dirigir a los juveniles del Palermo, en 1983 llegó al Licata, club de una población al sur de Sicilia al que ascendió de cuarta a tercera, jugando solo con futbolistas locales y batiendo el récord de goles de la categoría. Ese equipo jugaba tan bien que personas de poblaciones lejanas conducían horas para verlo en acción. Lo bautizaron como la 'selección nacional siciliana'.

En 1986, el Licata visitó al Foggia en un duelo de liga. En la previa del partido, el director deportivo del Foggia, Giuseppe Pavone, le pidió al presidente Pasquale Casillo que se fijase en el estilo de juego de los sicilianos, ya que Zeman, decían, era un mago. Los locales ganaron 2-0. "A este mago no lo quiere nadie, su único truco es perder", soltaría Casillo en su dialecto napolitano. Casillo era conocido entonces como el 'Rey del grano'. Nacido en un pueblo cerca de Nápoles, había convertido el negocio familiar de cereales en un imperio que llegaría a controlar el 10% de la harina en circulación de la Unión Europea. Comprando campos, había invertido en la provincia de Foggia, donde le habían ofrecido ayudar al club local: lo adquirió. Pavone no cedió en su empeño, insistiendo en que debían fichar a Zeman. El checo acabaría firmando el verano de 1986. El equipo empezó ganando, aunque a mitad de temporada Casillo se enteró de que el Parma se había reunido con el míster, así que lo despidió. El club acabó la temporada en la mitad de la tabla. A Zeman, por su parte, no le funcionó la aventura de Parma pese a eliminar al Milan de la *Coppa*, y volvió a Sicilia para brillar en el banquillo del Messina, en la *Serie B*, donde descubrió a un goleador llamado Salvatore Squillaci.

Mientras, en Foggia seguían intentando ascender a segunda. Y ficharon a Giuseppe Caramanno, un siciliano de Piana degli Albanesi que lograría cumplir el objetivo, aunque Pavone consideraba que era un entrenador demasiado defensivo. Así que no lo renovó y volvió a pedir el fichaje de Zeman a Casillo, que accedió. Y, en menos de 24 meses, el Foggia ya estaba en la *Serie A*. Eufórico, el presidente reforzó el equipo, aunque la plantilla seguía siendo aparentemente demasiado modesta para luchar contra titanes. El buen ojo de Pavone y los métodos de Zeman obraron el milagro, con una delantera de ensueño formada por tres italianos: Baiano, Signori y Rambaudi. El ruso Igor Shalimov era el cerebro y Mancini, un buen portero. Gracias a ellos, el Foggia marcó 58 goles en la temporada 1991-92. Solo el campeón, el Milan, anotó más

tantos. Aunque el conjunto también encajó el mismo número de dianas. Y solo el colista, el Ascoli, recibió más. Cada partido era como un carnaval, pura felicidad. El Verona fue goleado 5-0 en el estadio Pino Zaccheria. Cuando llegó el Bari para jugar el derbi de la Apulia, fue aplastado por 4-1. En Bérgamo, el Foggia empató 4-4. Y en la última jornada, el equipo de Zeman quiso celebrar la salvación saliendo en tromba contra el Milan: perdió 2-8.

Esos futbolistas emocionaron a todo el país. Aunque también a los directores deportivos de otros clubes. Casillo vendió a Baiano a la Fiorentina, a Rambaudi a la Atalanta y a Signori a la Lazio. Así que todo el mundo imaginó que, esta vez sí, el Foggia bajaría. Pero no fue así. Con los goles del ruso Kolyvanov, el talento del rumano Petrescu y el trabajo de Luigi Di Biagio en el centro del campo, el equipo de Zeman acabó en la mitad de la tabla, fiel a su tradición de cerrar el torneo con una goleada en contra: 6-2 ante la Fiorentina, con dos goles de Baiano. En la temporada 1993-94, llegaría el tercer milagro gracias a los fichajes del holandés Roy y el argentino Chamot. Ese curso, el Foggia llegó a la última jornada con opciones de meterse en Europa, aunque perdió el partido clave contra el Napoli por 0-1. Era el final de la 'Zemanlandia', que fichó por la Lazio. Sin él, la entidad bajaría a la siguiente temporada. Jamás ha vuelto a la máxima categoría.

Zeman pasó por muchos clubes. Se enfrentó con la Juventus, a la que acusó de dopaje. Y fue fichado de nuevo por Casillo, ya que el 'Rey del grano' empezó a comprar clubes como el Avellino y la Salernitana, sin suerte. Solamente en el Pescara de la campaña 2011-12 su equipo volvió a emocionar como lo hacía ese Foggia de los 90. Zeman, por cierto, ha vuelto dos veces al club '*rossonero*' para ayudar. Siempre ha sido recibido con afecto, aunque los resultados ya no acompañan y el checo se ha convertido en el símbolo de una forma de entender el fútbol, que pasa por atacar, gustar y tener identidad, aunque no levantes un solo título.

El viajero pide de postre *grano dei morti*, un dulce local que se cocina con trigo, se deja enfriar y se le añade chocolate y nueces. Lo acompaña con *latte di mandorla*, leche de almendras. Un pequeño momento de felicidad, como cuando veías jugar a ese Foggia. O como cuando Zeman volvió en 2018 a Cinisi, donde había entrenado en 1969, para presentar un acto en memoria de Peppino Impastato. Durante años, el checo respondía que no sabía qué era la mafia. No quería hablar del tema, pese

a haber vivido tantos años en Sicilia. Él, que tenía una voz que era escuchada, no la usaba para denunciar a los criminales. Pero en 2018, finalmente, decidió tomar partido, y lideró un homenaje a ese militante de izquierdas y activista contra la mafia que tenía un programa de radio en el que combinaba música y alegatos. El capo local, Gaetano Badalamenti, lo mandó asesinar en 1978. Su cuerpo sin vida fue colocado en la vías del tren con una carga explosiva que lo destruyó. El grupo Modena City Ramblers le dedicaría una canción titulada *I cento passi*. El viajero se la pone en los auriculares mientras camina por Foggia pensando que los milagros no existen. Existen las personas y sus actos. Existen los lugares duros donde un gol o una canción pueden parecer algo extraordinario, aunque detrás siempre hay alguien con talento. Alguien especial.

# Cupido vivió aquí

"Sin ese Bari-Inter yo sería un ladrón,
un delincuente"
*Antonio Cassano*

*El tren abandona Foggia entre campos llenos de tomates y pronto llega al mar. Durante una hora deliciosa, los pasajeros que tienen ventana a su izquierda gozan de un paisaje hermoso. Las vías pasan por ciudades donde el viajero viviría semanas enteras, como Trani o Barletta. Cuando el tren llega a Bari, se adentra en la ciudad. A su izquierda queda la Bari vieja. A su derecha, la moderna.*

Al bajar en la estación de tren, el viajero sabe que ha llegado a un puerto. Los habitantes de Bari necesitan el mar. En algunas ciudades la gente vive de espaldas al agua. En Bari, no. El teatro Margherita se levantó en un muelle, rodeado por barcas. Debe de ser precioso entrar para presenciar una obra de teatro y a la vez ver a los pescadores faenar a pocos metros. La Bari vecchia, que durante años tenía mala fama y se consideraba un nido de delincuentes, se ha limpiado la cara y ahora invita al paseo para escuchar cómo las madres gritan en dialecto *barese* a los niños. Basta de jugar con la pelota, les toca subir a cenar. Hablar de la Bari vieja es hablar de su hijo más famoso, Antonio Cassano, que admitió que podría haber acabado convertido en un ladrón, como algunos de sus amigos, si no fuese por el fútbol. Un partidazo cuando era un crío en un Bari-Inter le cambió la vida. En pocos años llegó al Madrid, la Roma o el Inter. Inventó jugadas maravillosas y desperdició ocasiones para llegar

aún más lejos, pues le gustaba la buena vida. "Yo sin el fútbol estaría muy gordo", decía. Una vez se retiró, engordó, aunque nunca perdió su sentido del humor.

La capital de la Apulia es un cuento de hadas. El viajero se siente feliz, enamorado de esta ciudad. Pide una *focaccia* en el Panificio Fiore, un horno que parece la guarida de ladrones orientales cerca del mar. Bari tiene algo oriental, mira hacia el Este. "La Apulia es la región italiana donde más se percibe el oriente. Los bareses recuerdan como una fábula los años cuando los albaneses cruzaban el mar llenos de monedas de oro, pues entonces estos consideraban Bari su propio mercado y se acercaban hasta aquí para comprar incluso un sombrero", escribió en los años 50 el periodista Guido Piovene. No imaginaba que cuando la Albania comunista se desmoronara, en 1991 millares de albaneses ocuparían barcos mugrientos y destartalados para llegar a Bari escapando de la pobreza. El paso de los albaneses, que acabaron internados en el viejo estadio de fútbol de Bari porque no había espacio para ellos, marcó a la ciudad. Otros fueron alojados en las gradas del estadio nuevo, llamado San Nicola. Como el santo que cuida de todas estas calles. Un santo oriental.

Bari es una puerta abierta al Este. Durante siglos estaba más bien conectada con Grecia, los Balcanes e incluso Tierra Santa que con los pueblos del interior de Italia. Quizás por eso los marineros de Bari cuidan de las reliquias de San Nicola, protector de las chicas enamoradas y de los navegantes. Cuando los musulmanes ocuparon la población de Mira, en la actual Turquía, donde estaba la tumba del santo, los bareses y los venecianos iniciaron una carrera contrarreloj para rescatar sus restos en 1086. Llegaron antes los marineros de Bari. Por eso el santo descansa en esta ciudad, que durante siglos ha abierto sus puertas a rusos, ucranianos, serbios o griegos, ya que San Nicola es una figura muy amada en la iglesia ortodoxa. Aunque Bari, la oriental, ha evolucionado hasta ser una ciudad más moderna gracias al comercio. A diferencia de muchas otras localidades del sur, no ha sido levantada por grandes familias nobles. Bari es de gente trabajadora. Si la parte vieja huele a incienso y mirra, la nueva es más ordenada que Milán. Piovene, cuando la visitó, dejó por escrito que "desmiente los tópicos sobre el sur". Aunque no usó esa palabra, escribió "*mezzogiorno*". O sea, mediodía, una poética forma de definir el sur italiano. "Comercial y burguesa, tiene poca tradición aristocrática de

barones y terratenientes, como sucede en Lecce o Brindisi. El barés trabaja y se dedica a sus cosas. Sus calles son solo para ir de un sitio a otro a trabajar, con la excepción de la zona vieja. Aquí hay un gusto por la limpieza que no encuentras ni en el valle del Po, en el norte", recordaría el periodista. Bari tiene esta magia, esta dualidad. Las ganas de comerciar y trabajar, unidas a los misterios del Este. Por eso a sus habitantes les gusta creer en los milagros, como a sus vecinos de Foggia. De San Nicola se cuentan muchos milagros, como ese ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial, cuando una madre se separó de su niño en medio de un bombardeo. El niño apareció en casa sano y salvo horas después y contó cómo un hombre que describió como el santo lo había protegido.

¿A quién no le gustaría que un milagro lo cuidase? Aunque la gente de Bari, mientras observan cómo tantos peregrinos llegan a su ciudad buscando la ayuda de San Nicola, han aprendido que trabajar es mejor que rezar. Que no debes esperar a que te ayude un santo, que se avanza con el esfuerzo propio. El viajero ha llegado a Bari persiguiendo el amor. Un amor puro, sincero, irracional. Para millones de personas, Italia no deja de ser la tierra del amor. Y el italiano, la lengua para enamorarse. Cuántos viajeros se han enamorado en estas tierras. Italia es la tierra de Romeo y Julieta, aunque sus peripecias sobrevivieran gracias a un escritor inglés. El libro fundacional de la nueva literatura italiana en el siglo XIX es *Los novios (I promessi sposi)*, de Alessandro Manzoni, una historia romántica. Ya antes, el considerado padre de la lengua italiana moderna, el gran poeta Dante Alighieri, nos había mostrado por escrito todo su amor por Beatriz. Petrarca también estaba enamorado, en su caso de Laura. De la música, con esas canciones que el viajero canturreó en Génova, al cine, el amor siempre ha sido un pilar central de la cultura italiana. A sus habitantes les encanta hablar de dinero y de amor. Hay algo teatral en sus bodas o divorcios. Se ama a las madres, como descubrimos en Piacenza. Y se ama al equipo de fútbol incluso más que a las parejas. Porque, como la madre, es único.

El viajero entra en el bar Viola, en las primeras calles de la parte nueva de la ciudad, uno de los más antiguos y lugar de encuentro durante décadas de los hinchas del Bari, ya que aquí se vendían las entradas para los partidos del club. Un amigo italiano hincha de este conjunto le dijo una vez al viajero: "Cuando teníamos presidentes que sabíamos que eran ladrones, nos fascinaba ver al equipo en la *Serie A*. Cuando queríamos

tener gestores honestos, nos molestaba no estar compitiendo con otros. Es un debate moral complicado, aunque muchos no discutimos otra cosa: el amor". Sí, Italia tiene mil defectos. Pero es una tierra de amor. Aunque en ocasiones sea desproporcionado o demasiado pasional.

Los hinchas del Bari aman a su club. Es un acto irracional, casi incomprensible, porque el equipo no da muchos motivos para ser amado. Y pese a ello, los seguidores siguen ahí. Hasta el año 2014, el Bari fue propiedad de la familia Matarrese, que llegaron a volar muy alto. Antonio fue presidente de la federación italiana de fútbol de 1987 a 1996, por eso Bari fue sede del Mundial de 1990. Su hermano Giuseppe, obispo de Frascati de 1989 a 2009 y el tercer hermano, Vincenzo, presidente del Bari. Con esta familia en el poder, el conjunto jugó muchos años en la *Serie A*, fichando a jugadores buenos, como David Platt, o descubriendo talentos en sus plazas como Cassano, el chico travieso. En 2014, los tribunales dictaminaron que los Matarrese habían destrozado el club. Llegaron la bancarrota y una sentencia judicial que lo dejó sin propietario. Se organizó una subasta pública del club con la obligación de poner dos millones de euros como punto de partida para quien quisiera ser el amo. Además, el nuevo dueño debía pagar las deudas. La primera subasta acabó sin solución. Así, el 8 de marzo, el Bari saltó al terreno de juego de su estadio San Nicola con el palco vacío, sin directivos. Ganó ese partido contra la Virtus de Lanciano. Por primera vez en 37 años, el Bari jugaba sin ser propiedad de la misma familia.

Y en un milagro 100% italiano, el club, sin alguien al mando, empezó a ganar partidos. Los hinchas ponían dinero para pagar los viajes, los aficionados se ofrecían para trabajar gratis cuidando el estadio... El Bari estaba destinado a desaparecer y, en vez de eso, su campo lo abarrotaban 30.000 héroes animando a unos jugadores que, sin cobrar, se metieron en *play-off* de ascenso a primera. La campaña '*Salvate la Bari*' llenó la ciudad de pancartas y puntos de recogida de dinero para pagar los viajes de la plantilla. Uno de los jugadores era el delantero Edgar Çani, cedido por el Catania. Cuando tenía dos años, sus padres habían subido a bordo del Vlora, un barco construido en Ancona en los 60 que se convirtió en un símbolo cuando miles de albaneses lo abordaron en agosto de 1991 para escapar hacia Bari. Las imágenes del viejo buque, lleno hasta los bordes, conmocionaron al mundo entero. Gianni Amelio rodaría una película preciosa y dura sobre esos días, *Lamerica*, donde pretendía

recordar a los italianos que no querían abrir la puerta a los albaneses que estas dos tierras siempre han estado unidas. Los padres de Çani pudieron quedarse en Italia y unos años más tarde, Edgar marcaba los goles que permitían al Bari soñar con el ascenso más improbable.

Finalmente, el equipo perdió en los *play-off* de forma dolorosa contra el Latina, historia que ya ha saboreado el viajero. Para la hinchada del Bari fue un golpe duro, aunque también fue la temporada del amor y de los sueños. Se llegó a idear un plan para poder comprar el club y crear una entidad de accionariado popular. No pudo ser. Finalmente, fue adquirido por un grupo de empresarios liderado por el exárbitro internacional Gianluca Paparesta. Este grupo se cansó de invertir sin conseguir resultados y en 2016, uno de los accionistas minoritarios, Cosmo Antonio Giancaspro, lideró una ampliación de capital con la que pudo ser el presidente. Fue un desastre: en 2018, se decretó la bancarrota del conjunto con una deuda de más de 17 millones de euros. Como suele suceder en estos casos, el ayuntamiento crea un nuevo proyecto y busca socios para mantener vivo el fútbol en la ciudad. El alcalde Antonio Decaro fundó el Bari 1908, una nueva entidad que, usando el año de fundación del primer Bari, dejaba claro que era heredera de una tradición. Y encontró un comprador: la empresa de producción de cine Filmauro S.r.l., propiedad de Aurelio De Laurentiis. Exacto, el propietario del Napoli. De Laurentiis puso a su hijo como presidente del Bari y así empezó la nueva vida del club en la *Serie D*. Como si fuese una película, la historia de amor del Bari puede tener un final feliz.

El viajero vuelve a la Bari vieja para poder cenar alguno de los platos típicos de la cocina local, como unas *orecchiette con le cime di rape*, pasta con el brote floral del nabo. Y recuerda esa pintada en una pared italiana que se hizo famosa. "*Sei bella come un gol al 90!*". Solo quien ha gritado un gol importante en ese minuto sabe que es un piropo sincero.

# Vete de aquí y no vuelvas, jorobado

"Conte, hombre de mierda,
eres la vergüenza de nuestra ciudad"
*Pancarta de los ultras del Lecce*

*Aunque en ocasiones el trayecto está en obras, suele ser sencillo desplazarse de Bari a Lecce en tren. Sin salir de la Apulia, se entra en la orgullosa región del Salento, donde siempre blasfeman en su dialecto de Bari. Es el tacón de la bota italiana, una zona muy influenciada en el pasado por los griegos. Quizás por eso a sus vecinos les gustan las tragedias.*

Los alrededores de la estación de tren de Lecce están llenos de pintadas de los ultras del club local. Se citan aquí antes de subir a un vagón para cruzar media Italia siguiendo a su equipo. El viajero observa los garabatos. En la pared de una oficina bancaria han escrito "*Conte uomo di merda*". Uno de los nombres más importantes del fútbol italiano en los últimos años, Antonio Conte, no es bienvenido en su ciudad natal. ¿La razón? Lo consideran un traidor.

El francés Charles-Maurice de Talleyrand decía que "la traición es solo cuestión de tiempo". Calculador como era, no la consideraba un gran pecado, ya que formaba parte de sus estrategias. Los italianos, más pasionales, ven las cosas de una forma diferente. Cuando Sofia Loren aceptó ser la cara de una campaña de publicidad de la marca de pasta

española Gallo, el Ayuntamiento de Pozzuoli retiró una placa en su honor que había colocado en la casa donde nació. ¿Qué era eso de ayudar a una compañía extranjera? Aunque a los italianos les sucede un poco como a Julio César, quien decía: "Me gusta la traición, odio a los traidores". La figura del desertor fascina. Quizás el más famoso fue el siciliano Tommaso Buscetta, el primer '*pentito*'. O sea, el primer confidente que se atrevió a traicionar a la mafia siciliana colaborando con las autoridades. Los italianos asistieron fascinados al llamado 'Maxi proceso', en el que los jueces Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, que serían asesinados posteriormente y se convirtieron en símbolos de la Italia que resiste, interrogaron a Buscetta. Aquel hombre supo interpretar su papel, con unas gafas de sol y un traje elegante. La vida, como ya ha dicho el visitante en alguna ocasión, es una gran obra de teatro. Lo sabe bien Antonio Conte.

El viajero pasea por el precioso centro de Lecce repasando mentalmente los grandes traidores del *calcio*. Especialmente, los que han abandonado Nápoles para irse a la Juventus. El primero fue el italobrasileño José Altafini, que cambió el golfo por la niebla turinesa. En 1975, marcó el 0-1 en la victoria de la '*Vecchia Signora*' en San Paolo cuando los dos equipos luchaban por ser campeones. El Napoli, que entonces no había ganado jamás el torneo, acabó con el corazón roto. Y Altafini fue bautizado '*Core n'grato*'. Ciro Ferrara, partenopeo y campeón de liga con la entidad azul, vio cómo tiraban huevos a su casa cuando se marchó al norte y se vistió de '*bianconero*'. En la urbe de Sorrentino, las caras de los jugadores que se van al archienemigo acaban dentro de tazas de inodoro, expuestas en las calles para que la gente los insulte cuando va a comprar al mercado. Que se lo pregunten a Gonzalo Higuaín. También en Florencia se toman a pecho que un héroe abandone el barco. A Nicola Berti le lanzaron piedras la primera vez que volvió con la camiseta del Inter en 1989. Un año más tarde, la Juventus compró a un joven talentoso que jugaba con el pelo largo, Roberto Baggio. Los hinchas toscanos quemaron coches de policía en una noche de guerrilla urbana que no consiguió evitar la operación. Baggio, cuando volvió por primera vez a Florencia, se negó a lanzar un penalti. Algunos hinchas locales lo perdonaron, como perdonarían a Batistuta cuando regresó vestido de rojo con la Roma, ya que en el partido de ida había llorado al marcarle un tanto a su antiguo club. No fueron disculpados Di Livio, Chiesa o

Bernardeschi. La Juve siempre suele estar metida en todos los fichajes polémicos. Incorporaciones inesperadas que provocan insultos, manifestaciones y amenazas de muerte. La traición despierta algo visceral que se esconde en las entrañas de cada uno.

Los romanos castigaban severamente a los traidores. Les desposeían de la ciudadanía, los expulsaban y borraban cualquier recuerdo de su vida en la ciudad. En Lecce han hecho algo parecido con Antonio Conte. No se encuentran fotos suyas en los bares. Le han dado la espalda. En este país, la traición es un cóctel donde se mezcla la herencia de la vieja Roma con el cristianismo y la figura de Judas. Cuando en uno de sus cantos Dante baja al infierno, en el centro del fuego, donde arden los pecadores, encuentra a Judas, Bruto y Cassio. El primero había traicionado a Jesús. Los otros dos, a Julio César. La gente de Lecce metería en la misma olla a Antonio Conte.

Y eso que esta urbe, bautizada como la 'Florencia del sur' por sus preciosas iglesias barrocas, es una joya de la que enamorarse. El viajero se pierde en la Piazza Sant'Oronzo, donde quedan los restos de un anfiteatro romano. Lecce, como todo el Salento, es hija de muchas culturas. Tierra de marineros y agricultores, esta región se ha convertido en un destino turístico gracias a sus playas preciosas. Y en una de ellas, Spiaggiabella, Conte organizó en el verano del 2008 un partidito de fútbol en memoria de su primo, que había fallecido en un accidente durante unas vacaciones en Namibia. Centenares de curiosos seguían el encuentro, felices por estar cerca de un tipo que había sido campeón de Europa con la Juventus. Aunque de repente llegaron tres coches. De ellos se bajaron un grupo de ultras del Lecce con palos de madera, cadenas y uno de los grandes símbolos de las peleas en los estadios italianos: un cinturón bien amarrado en la mano, con la hebilla lista para golpear. Cuando el partido acabó, los salvajes entraron en el terreno de juego con la intención de linchar a Conte. Sus amigos y familiares se pusieron en medio. La trifulca acabó con sangre, aunque el exfutbolista se escapó por los pelos y se salvó de recibir una paliza. Esa semana, la policía envió una patrulla cada noche a la casa del míster en Lecce. Pese a que la mayor parte de la población condenó el incidente, siguió sin sentir simpatía por su vecino, pues ese verano todavía era entrenador del Bari. Y el Bari es el gran rival del Lecce. O sea, Conte era un traidor. Aunque eso ya lo habían descubierto en 1997.

Conte había crecido en una familia futbolera que amaba a la Juventus. El padre incluso presidió un equipo llamado Juventina Lecce, donde su hijo soñaba ser como el delantero '*bianconero*' Roberto Bettega. La mitad de los italianos aman a la Juve. La otra mitad, la odian. Con dinero, la '*Vecchia Signora*' ha comprado el corazón de muchos jugadores, bañándolos en oro y convirtiéndolos en traidores. En ciudades como Lecce, el conjunto provoca debates acalorados. Una parte de la población considera que se debe amar al equipo local aunque este sufra descensos, menospreciando a esos que entregan su corazón al eterno vencedor, como los Conte. Además, en los 80, dos jugadores nacidos aquí brillaron en la capital piamontesa: Franco Causio, campeón del Mundo en 1982, y el defensa Sergio Brio. Conte quería ser como ellos. Así que, cuando en 1991 la Juve presentó una oferta al Lecce para hacerse con sus servicios, pidió de rodillas que lo vendieran. La hinchada lo entendió. Incluso en una pancarta desplegada en su último encuentro le desearon buena suerte. No dejaba de ser un chico que había debutado en el Lecce con 15 años en la temporada de un ascenso a la *Serie A*. Un futbolista temperamental que había defendido con honor los colores.

El problema llegaría en la primera jornada de la campaña 1997-98. Conte, que había sufrido una grave lesión el día que la Juve se había proclamado campeona de Europa contra el Ajax, era ya capitán del equipo turinés. Y el calendario quiso que en el estreno del nuevo curso se enfrentara al Lecce. El viejo ídolo marcó el 2-0 en los últimos minutos de partido y lo celebró de rodillas, gritando al cielo. Era un bramido liberador, para expiar las dudas después de meses mortificado por las lesiones. Pero lo que Conte no sabía era que después de ese grito sus fotos serían descolgadas de los bares de Lecce. ¿Qué era eso de celebrar con pasión un gol contra el equipo de tu ciudad? El centrocampista fue declarado enemigo público número uno. Cuando esa temporada la Juve visitó el estadio del Lecce, los ultras mostraron una pancarta donde se podía leer "*Gobbo salentino, vattane a Torino*" ("Jorobado salentino, vete a Turín"). Los '*Gobbi*', los jorobados, son los juventinos, que en los años 50 se ganaron el mote por la forma de su camiseta, que se hinchaba cuando corrían y les aparecía un bulto en la espalda. Para media Italia, *gobbo* es sinónimo de traidor.

Conte abandonó la Juventus en 2004. Con 35 años, recibió una oferta para retirarse en casa. Pantaleo Corvino, el director deportivo del

Lecce, pensó que su experiencia ayudaría. Y que así podría hacer las paces con sus paisanos. Se equivocó. No lo querían los hinchas ni tampoco el entrenador, Zdenek Zeman. En el pasado, Zeman había incendiado el fútbol italiano cuando acusó a la Juventus de dopaje. Es más, había insinuado que Conte era uno de los jugadores que se podría haber dopado. El día antes de la presentación del hijo pródigo, 2.000 seguidores se manifestaron contra su llegada. Y Zeman añadió que él no lo había pedido. El contrato jamás se firmó.

Conte, que había entendido que no podía regresar a sus orígenes, colgó las botas e inició el curso para ser entrenador. Su primer trabajo, en la temporada 2006-07 en el Arezzo, acabó mal: lo despidieron. En enero de 2008, recibió una oferta de los propietarios del Bari, la familia Matarrese. Pocos días antes, el Lecce había ganado por 1-4 a su máximo rival, que andaba perdido en la zona de descenso a tercera. La hinchada '*giallorossa*' se lamía los dedos, eufórica. Y en plena resaca emocional, el Bari les provocó un corte de digestión anunciando el fichaje de Conte. A los bareses tampoco les entusiasmaba la idea de tener a un entrenador con ese pasado, aunque en pocas semanas este se ganó su respeto. El Bari, que parecía destinado a bajar a la *Serie C*, se salvó. Y ganó el derbi de vuelta en Lecce. Conte, pese a que no quiso celebrar sobre el césped el resultado, sería atacado en la playa de Spiaggiabella unos meses más tarde.

En los veranos siguientes, el técnico decidió no pasar las vacaciones en su tierra pese a que dejó de dirigir al Bari después de subirlo a la máxima categoría. Tras esa aventura, pasó por los banquillos de la Atalanta y el Siena. Cuando en 2010 se jugó un Lecce-Siena, le lanzaron tomate desde la grada. Aunque Conte encajaba ese tipo de incidentes con cierta normalidad, centrado en su objetivo de asentarse como entrenador de éxito. Lo conseguiría, primero con la Juventus y después con el Chelsea, con el que ganó la *Premier League*. En 2020, además, levantó el *Scudetto* con el Inter. Allí donde le han abierto las puertas, ha triunfado. Pero también se ha peleado con la directiva y se ha marchado generando debate. Siempre ha sido un tipo temperamental, el bueno de Antonio. Lo ha conquistado casi todo, incluido el desprecio de su propia ciudad.

El viajero toma asiento en una mesa del restaurante Dal 1960, en el centro, y pide un vino *negroamaro*, la variedad del Salento. También el plato tradicional, los *pezzetti e mieru*, unas albóndigas de carne de caballo

muy apreciadas por los lugareños. Mientras las degusta, recuerda ese derbi del 15 de mayo de 2011, cuando el Lecce se impuso por 0-2 en Bari, evitando el descenso a segunda. Fue un día feliz para la gente de la ciudad, aunque las siguientes semanas corrió un rumor de oreja a oreja: algunos jugadores rivales se habían vendido. Así se demostró después. El defensa Andrea Masiello, autor de un gol en propia puerta, admitió que el presidente del Lecce, Pierandrea Semeraro, le había ofrecido dinero a cambio. El conjunto fue sancionado y perdió dos categorías de golpe. Y Masiello no puede volver a Bari, aunque es menos odiado que Conte en Lecce. Su traición se puede comprender: quería llenarse el bolsillo. En Lecce, en cambio, siguen sin entender cómo puedes escupir en el plato del que comiste cuando eras niño. El viajero piensa en una frase del escritor Erri de Luca: "No existe el traicionado, el traidor, lo justo o lo ejemplar. Existe el amor hasta que se acaba y la ciudad hasta que no se hunde". El amor de Lecce por Conte se acabó. Y la ciudad se desmoronó.

# Un cura entre los ultras

"Cuando alguien que ayuda a los otros dice
ser ateo, miente. En el fondo es cristiano"
*Padre Fedele*

*Al viajero le espera un largo periplo. Se despide de la luz de Lecce en un tren que para en Brindisi, donde sube a otro que lo llevará hasta Sibari. Las vías besan toda la costa sur italiana, dejando la Apulia, recorriendo la costa de la Basilicata y entrando finalmente en Calabria. En Sibari toca encarar otro trayecto que se encarama a los montes calabreses hasta Cosenza. El viaje ha durado ocho horas.*

Por fin, Calabria. Pocas regiones han sido tan castigadas, ignoradas y vilipendiadas. Más de un norteño habla de esta tierra como si la habitasen brujas, campesinos supersticiosos y lobos que bajan a las ciudades para llevarse a los bebés. A inicios del siglo XX, los viajeros que llegaban a Salerno miraban desde el puerto las montañas en el horizonte. Y se daban cuenta de que pocos las habían pisado. Calabria parecía una frontera, un mundo aislado.

La punta de la bota sigue siendo una zona pobre, aunque en las últimas décadas ha remontado gracias al turismo y la industria. Pese a ello, sigue siendo una tierra de la que los jóvenes se marchan. Brunori Sas, uno de los mejores cantantes italianos de los últimos años, es calabrés y emigró al norte. En su canción *Rosa*, canta: "Tengo que tomar el tren a Milán, Turín o Bolonia, tengo que escapar. Que aquí en Calabria no hay nada que hacer. Solo hay los que cantan, los que cuentan los días y

los que siguen rezando". Se refiere a escapar de los sueldos bajos y de la presencia de la 'Ndrangheta, la mafia calabresa, que ya tiene más poder que la siciliana o la napolitana. De Calabria siempre se destaca lo malo y se ignora lo bueno. Su costa, agreste, posee puertos deliciosos. Sus montañas, salvajes, esconden bosques llenos de animales. La cultura popular, con sus dialectos y bailes, es de una riqueza sin parangón. Pero en la era de los aviones, pocos pasan por aquí. En la era de la navegación, se encontraba en una zona estratégica y todos la visitaban. Por eso florecieron numerosas civilizaciones, como los enotrios, que tenían un rey llamado Italo. Los primeros que usaron la palabra 'Italia' fueron los griegos antiguos, que la acuñaron para definir el interior de Calabria. Cosas de la vida, ahora a Italia parecen estorbarle estos paisajes. En Crotone, Pitágoras fundó su famosa escuela. En Locri nació Zaleuco, el primer legislador del mundo occidental. Esas efemérides quedan lejos, muy lejos. Aunque algo resiste. Aquí todavía hay pueblos donde se habla griego. Un milagro en un mundo globalizado.

El viajero llega a Cosenza, conocida como la 'Atenas de Calabria'. La llaman así porque siempre fue una ciudad llena de cultura. Malditos los que subestiman estas tierras y no quieren descubrir lugares como la Accademia Cosentina, uno de los centros de enseñanza más antiguos de Europa, fundada en 1511. Su segundo director fue Bernardino Telesio, un filósofo que estudió los clásicos griegos, como buen calabrés que era, para aprender a amar a la naturaleza. El viajero observa su estatua, delante de la academia. No sabía nada de él. También ha ignorado a Calabria, lo admite. Y se siente culpable. Cosenza no es fácil de caminar, pues se encarama por laderas. La urbe nació en la confluencia de los ríos Cratis y Busento, donde se dice que fue sepultado el rey visigodo Alarico en el año 410. Cruza un puente para llegar al Gran Caffè Renzelli, que lleva 200 años abierto y gestionado por la misma familia. Le llama la atención la torta Telesio. No conocía a este pensador al que incluso le dedican un pastel hecho a base de harina de almendras, harina de altramuces y bayas de cereza negra. También cata una *varchiglia*, un dulce creado en 1300 por las monjas carmelitas del Convento de San Domenico. Italia es una tierra bendecida por sus dulces y reposterías.

Durante muchos años, el viajero solamente conocía Cosenza por su equipo de fútbol, un clásico de la *Serie B* que jamás consiguió ascender a primera, a diferencia de sus vecinos del Catanzaro, que en los años 70

tocaron el cielo dando alegrías a los calabreses. En Cosenza jamás han logrado algo similar, aunque el estadio se sigue llenando. El viajero piensa en esa estrofa de la canción de Brunori Sas, cuando habla de los que se quedan y siguen rezando. Italia es una tierra de fe, como ha descubierto en las iglesias de Padua o en la tendencia de la gente a creer en los milagros. Quizás porque esconde en sus entrañas el Vaticano, Italia tiene una media de personas que se declaran católicas más alta que sus vecinos occidentales. Otra cosa es que después no se cometan pecados. Que se lo pregunten a Berlusconi. La religión forma parte de la identidad italiana, con sus fiestas patronales. Aunque en Cosenza, en el siglo XIX, los sacerdotes lo pasaron mal, pues fue un feudo de ideas liberales y anticlericales, cuando muchos criticaron a los curas por estar siempre de parte de los poderosos. Esta ciudad luchó por la unidad de Italia, soñando con un Estado laico y moderno, mientras buena parte de la Calabria prefería ser borbónica y católica. Cuando el fascismo llegó al poder, en Cosenza se opusieron tanto que Mussolini esperó 15 años en visitarla. Algo de aquella rebeldía queda aún, pues los ultras del club van al campo mostrando sus símbolos: el Che Guevara y una hoja de marihuana.

Quizás por eso sorprende descubrir que, durante años, entre los hinchas había un monje, el padre Fedele. Un anciano barbudo que iniciaba los cánticos con un megáfono y se ataba una bufanda al cuello encima de su traje monacal. El personaje de Fedele resume la relación del país con la religión. Una cosa son los suntuosos palacios romanos del Vaticano y otra los curas que se mezclan con el pueblo. A los italianos les gustan hombres como el napolitano Pío de Pietrelcina, el popular padre Pío, que falleció en los años 60 después de vivir entre los más necesitados. Su estampa se puede encontrar una y otra vez en cualquier rincón, especialmente en el sur, pues lo consideran un santo. Quién sabe cómo se recordará al padre Fedele cuando muera. En Cosenza lo aman. Cuando le preguntaron por su amistad con ultras marxistas, afirmó que ellos son cristianos, aunque no lo saben. “Cuando alguien que ayuda a los otros dice ser ateo, miente. En el fondo es cristiano”, expuso este calabrés nacido en una familia muy pobre cerca de la localidad. La madre falleció por una pulmonía y el padre emigró a los Estados Unidos. Jamás volvió y los niños acabaron en un orfanato. Fedele fue ordenado sacerdote en 1964 y en su primer destino, en Acri, una de sus primeras iniciativas fue

construir un campo de fútbol para atraer a los jóvenes. En una era en la que muchos sacerdotes se oponían a cualquier cambio, él los abrazaba. Era listo. Como no tenía dinero, tuvo una idea sorprendente: se llevó las reliquias del Beato Ángelo, un sacerdote muy amado del siglo XVII, de gira por Estados Unidos. Los calabreses residentes al otro lado del Atlántico donaron mucho dinero a Fedele y este, al regresar, lo invirtió para ayudar a familias con problemas económicos. El padre contaba que de niño metía la lana de las ovejas dentro de las medias de su abuela y así tenía un balón para poder jugar a fútbol. Entusiasta del deporte, en los 70 empezó a frecuentar el estadio, justo cuando Cosenza tenía mala fama, ya que en 1977, en un choque contra la Paganese, el árbitro fue agredido por hinchas que invadieron el terreno de juego. Los políticos exigieron castigar a esos ultras. Aunque Fedele prefería hablar con ellos. En 1985, organizó el primer encuentro entre ultras italianos en Cosenza. Él mismo moderó los debates.

El padre Fedele viajaría por medio mundo como misionero, de la India a Madagascar, pasando por Etiopía y la República Centroafricana, donde casi pierde la vida cuando le robaron a punta de metralleta. De vuelta a Cosenza, provocó un escándalo cuando en 1995 se presentó en el estadio de fútbol acompañado de la actriz porno Luana Borgia. Afirmaba que, después de largas charlas, la había convencido para que se dedicara a otra cosa. También montó colectas para obtener fondos para un asilo que había creado. "Cuanto más vas al infierno, más encuentras tu camino al cielo", se solía defender de los críticos. Lideró campañas contra la prostitución, se enfrentó a mafias que esclavizaban a chicas rumanas en prostíbulos y montó una discoteca libre de drogas y alcohol. En dos ocasiones, hizo huelga de hambre. Una, para pedir a las autoridades actuar contra el tráfico de estupefacientes. Otra, para exigir a la federación italiana que anulase el descenso a tercera del Cosenza por impagos. No lo consiguió. El equipo acabó desapareciendo y refundándose en quinta división. Cuando el padre, después de perder muchos kilos, salió del hospital, lo nombraron presidente honorífico de la nueva sociedad. Ya con 80 años, Fedele seguía asistiendo a los partidos, aunque dejó de hacerlo entre los ultras para ocupar una silla en la grada general, donde está más tranquilo. Los ultras, igualmente, se han seguido sumando a todas las aventuras del sacerdote cuando promueve campañas para recoger dinero o comida. Él llega con el rosario y ellos con el Che.

# El nieto del capo

"En la 'Ndrangheta, como en la Cosa Nostra,
se entra y se sale con sangre. No hay otras salidas"
*Nicola Gratteri*

*Para ir de Cosenza a Crotone hay que saltar de tren en tren. Primero, el viajero baja hasta el mar en Lamezia Terme. Después, cruza de costa a costa hasta la estación de Catanzaro Lido. Y finalmente, sigue las aguas hasta el norte para llegar a destino. En el mapa, las ciudades parecen cercanas. Sobre el terreno, el viajero tarda más de cinco horas. Podría ir en coche y tardaría menos de dos. Pero no tiene carnet de conducir.*

La estación de tren de Crotone recibe de forma perezosa al viajero.

Cae el sol sobre una plaza, un taxista le pregunta si necesita que lo lleve a alguna parte. Todo parece tranquilo. El viajero camina hacia el centro para buscar el Caffè Italia, situado justo donde hasta mediados del siglo XIX existían las murallas de la ciudad medieval. Las derribaron para que Crotone se expandiera hacia la modernidad, hacia nuevos retos. La misma familia sigue gestionando un local donde en una pared hay un divertido panel con dichos populares locales. Escritos en calabrés y con la traducción italiana debajo, para que todo el mundo lo entienda. El calabrés posee una musicalidad encantadora, con su sonoridad marcada por las omnipresentes letras 'u'. El viajero pide una *pitta calabrese*, un pan relleno. Y mira de reojo a los profiteroles, la especialidad de la casa.

Crotone, cuando derribó sus murallas, se expandió. Aunque no lo hizo de una forma armoniosa. Se anima más en verano, cuando llegan

muchos turistas para bañarse en las playas cercanas. Los nuevos barrios son feos. Los hoteles cerca del mar, impersonales. La población solamente mantiene su carácter en el pequeño centro histórico, con algunas torres medievales aragonesas que han sobrevivido. El viajero se emociona en el pequeño museo arqueológico. Desde fuera parece poca cosa, no invita a entrar. Pero a Crotone le sobra pasado, y así es fácil llenar salas con tesoros de la Magna Grecia. Coronas de oro, vasijas con figuras negras y rojas, estatuas, joyas... Esta fue hace siglos una de las principales colonias griegas, la patria de Pitágoras. Aunque nació en Samos, el pensador tiró el ancla en este puerto donde crearía su escuela de pensamiento. Al viajero siempre le ha parecido divertido que a los jugadores del equipo de fútbol local los llamen los '*Pitagorici*'. ¿Quién dice que no se puede unir el deporte con la filosofía?

El camino lo lleva hasta la Trattoria A' ra gghiazza. Solo tiene dos objetivos: comer pescado e intentar evitar cierto sentimiento de responsabilidad. En su largo viajar por Italia, hubiera deseado escapar de los tópicos. Pocas cosas le ponen de más mal humor que la gente que hace malas imitaciones de la lengua italiana, con exageradas muecas, y diciendo siempre la palabra 'mafia'. Como si fuera algo divertido. El viajero condenaría a penas de cárcel a quienes compran *souvenirs* relacionados con el crimen organizado. Son los mismos a los que les parece divertido hacerse con camisetas con la cara de Pablo Escobar en Colombia. Aunque el viajero no puede mirar hacia otro lado. La mafia existe. Es invisible, pero está. Y la calabresa, la 'Ndrangheta, se ha convertido en la más peligrosa del país. Su sistema, en el que ser parte del grupo es una cuestión familiar, la ha convertido en una organización difícil de penetrar. Pocos policías y jueces quieren ir a Calabria, donde décadas de abandono por parte del Estado permitieron a los clanes controlar a políticos y funcionarios. "En la 'Ndrangheta, como en la Cosa Nostra, se entra y se sale con sangre. No hay otras salidas", defendió el fiscal Nicola Gratteri, uno de los que más ha luchado en su contra.

En 2022, cuando los rusos invadieron Ucrania y anunciaron un referéndum en las zonas que habían ocupado para preguntar si querían integrarse en su país, el escritor romano Emanuele Trevi afirmó en televisión que era una farsa. "Es como si la 'Ndrangheta controlase un referéndum en Crotone", soltó. El alcalde de la ciudad lo denunció por injurias. Si durante décadas el mundo se asustó con el poder de la

Camorra napolitana o la Cosa Nostra siciliana, capaces de hacer dinero en Estados Unidos y Europa a la vez, en los 70 ganaron poder la Sacra Corona Unita, la mafia de la Apulia, y la mafia calabresa, sin hacer ruido. Las organizaciones criminales nacieron en el sur hace siglos, cuando la falta de una estructura de gobierno capaz de proteger a los habitantes y ofrecerles un futuro obligó a muchos a fortalecer los vínculos familiares como alternativa para obtener seguridad. Por eso los lazos de sangre son tan importantes en la mafia, especialmente en la siciliana y la calabresa. El hampa es el fracaso de Italia por no modernizar unas tierras conservadoras por su herencia borbónica, donde pocos mandaban sobre muchos.

La 'Ndrangheta se sostiene por una estructura piramidal que a su vez se rige por el código de honor y los lazos familiares. Si tu padre es mafioso, tú lo debes ser. Las familias gestionan subgrupos, las llamadas 'Ndrinas, para controlar mejor el territorio. Y en los años 90, un tal Giuseppe D'Agostino era el jefe de la 'Ndrina de Laureana Borrello, una población del centro de Calabria. Era un tipo peligroso. Su clan había ganado una guerra sangrienta para controlar la llegada de droga a la zona. Las autoridades lo tenían en la lista de criminales más buscados y en 1996, lo capturaron. Lo que pocos esperaban era que D'Agostino se convirtiera en el primer '*pentito*' de la mafia calabresa. O sea, el primer mafioso del lugar que aceptaba colaborar con las autoridades. Aportó información que permitió al Gobierno desarticular otras 'Ndrinas. La 'Ndrangheta juró que lo mataría. No hay nada peor que la traición, ya se sabe. Pusieron precio a su cabeza y a la de sus descendientes, entre ellos su hijo, un chico que soñaba con ser futbolista. Gaetano D'Agostino poseía talento, aunque tener que ir con escolta a los entrenamientos lo perjudicó. En el 2000 jugaba en la Roma, se marchó cedido al Bari primero y al Messina siciliano después. Allí coincidió con otro calabrés, Giuseppe Sculli. En un giro de guion, en el mismo equipo jugaron juntos el hijo de un mafioso que colaboraba con las autoridades y el nieto de uno de los miembros más buscados de la 'Ndrangheta, Giuseppe Morabito di Africa, conocido como '*u Tiradrittu*'. Un tipo que había sido detenido en 2004 cuando precisamente acudió al estadio para ver a su nieto jugar con la selección sub-21 italiana. Ese mismo año, Sculli ganaría la medalla de bronce en los Juegos Olímpicos. Fue el único medallista italiano al que no invitaron a una recepción con el presidente

de la República. "No me sentí ciudadano italiano. He sufrido la intolerancia, por ser nieto de Giuseppe Morabito, un mafioso", diría, herido. Algunos le dieron la razón.

Los dos jugadores separaron sus caminos en 2006 después de jugar muy bien en el Messina. D'Agostino brillaría en el Udinese y la Fiorentina, llegando a debutar como internacional. Sculli, por su parte, se marchó al Genoa y a la Lazio, aunque su carrera quedó manchada cuando fue detenido junto a su padre. Los acusaron de ayudar a una empresa de reciclaje de residuos gestionada por la mafia y de colaborar en las amenazas a los ciudadanos del pueblo de Bruzzano Zeffirio para que saliera reelegida la alcaldesa Rosa Marrapodi, que tenía vínculos con la 'Ndrangheta. Su nombre también apareció en una investigación sobre partidos amañados. El mundo le cayó encima. Sculli, pese a dedicarse al deporte, seguía los pasos de sus antepasados. Su carrera estaba acabada, aunque la intentó reanimar en 2016 con un breve retorno al Accademia Pavese, de liga regional. Un equipo de Pavía, la patria de Gianni Brera. Lástima que ya no estaba el periodista para escribir un reportaje sobre aquella inclasificable historia.

El viajero se pregunta cómo un futbolista profesional, que lo tiene todo, puede destruir así su vida. Le cuesta entender hasta qué punto es sólido el vínculo que te une a la 'Ndrangheta. Cuando en 2016 se inició el proceso judicial más ambicioso de la historia contra la mafia calabresa, uno de los investigados que declararon fue Vincenzo Iaquinta, delantero campeón del Mundo en 2006. Nacido en Cutro, un pueblo al lado de Crotone, el exjugador del Udinese y la Juventus pasó en diez años de levantar el Mundial a declarar delante de un juez por tenencia de armas y relación con mafiosos, a los que entregaba camisetas y balones firmados para que los regalaran en los municipios que controlaban. Su padre, Giuseppe, fue condenado a 19 años de cárcel. Vincenzo, a dos. No entró en prisión por los pelos.

El presidente de la Autoridad Nacional Anticorrupción de Italia explicaría en ese mismo proceso que casi todos los clubes de fútbol de Calabria estaban controlados de alguna forma por la 'Ndrangheta. El mismo año del inicio del juicio en el que declaró Iaquinta, el Crotone consiguió un sorprendente ascenso a la *Serie A*. Su presidente, Raffaele Vrenna, un emprendedor que había ganado dinero con una empresa que gestionaba residuos y con apartamentos turísticos, fue aclamado por la

ciudad. Su primo era Luigi Bonaventura, un mafioso que también había decidido colaborar con las autoridades y admitió haber lavado dinero gracias al club.

Cuando empieza a caer el sol, el viajero mira hacia el mar. En una pared resalta una pintada de los ultras locales, que gozaron de la élite durante cuatro años. ¿Qué culpa tienen ellos de las trampas que hicieron sus directivos, cuando todos los conjuntos del norte también han protagonizado escándalos? Tras su debut en primera, el Crotone evitó el descenso de forma sorprendente, y su entrenador Davide Nicola cumplió con la promesa realizada en caso de salvación: pedalear de Crotone a Turín, su casa. Más de 1.300 kilómetros en los que aprovechó para animar a la gente a que visitara el sur y pedir más seguridad en las carreteras. Su hijo de 14 años había perdido la vida ese año al ser golpeado por un autobús a escasos metros de su casa. Su periplo, vitoreado en cada ciudad por hinchas del Crotone que trabajan lejos de casa, terminó en el estadio Filadelfia. Nicola es hincha del Torino, claro.

Las historias tristes se mezclan con las alegres. Siempre fue así. Cuando Nicola, piamontés, hablaba bien de la ciudad en la que trabajaba, era para alejar tópicos negativos. No, todos estos escándalos no son solamente una cosa calabresa. Cierto es que la 'Ndrangheta se infiltró entre los ultras de la Juventus, consiguiendo incluso reuniones con el presidente del club turinés Andrea Agnelli para hablar del control de las entradas. La mafia es una enfermedad que se extiende por otras regiones. Ya en los 70, el Avellino, club de la Campania, consiguió llegar a la máxima categoría liderado por su popular presidente, Antonio Sibilia, un tipo que se había lucrado con el sector de la construcción. Sibilia solía llegar al estadio con dos guardaespaldas, pues era amigo de Raffaele Cutolo, el capo de la Nueva Camorra Organizada. En Nápoles, jugadores como Maradona, Cannavaro o Hamsik cenaron y salieron de fiesta con camorristas. Todos afirmaron desconocer que eran delincuentes. El argentino acabaría de fiesta en la casa de uno, fotografiado dentro de una concha marina gigante de oro. En Sicilia, Fabrizio Miccoli era el héroe del Palermo cuando la entidad llegó a jugar en Europa. Miccoli, un jugador bajito como un tapón y lleno de tatuajes, que sabía cuidar el balón pese a estar pasado de peso, fue juzgado por haber ayudado al hijo de un capo de la mafia siciliana en un caso de extorsión. El futbolista se desmarcó de las acusaciones, pero la policía había pinchado su teléfono. Su carrera

quedó opacada para siempre cuando se le escuchó decir en una llamada: "Nos vemos donde está el árbol del cerdo de Falcone". O sea, el monumento en Palermo dedicado al juez Giovanni Falcone, asesinado por la mafia en 1992.

Los tentáculos de la mafia llegan lejos. Se necesita coraje para plantarle cara, aunque siempre hay valientes. En 2006, el Gela, un equipo siciliano que jugaba en la cuarta división, lideró la lucha en su municipio a favor de dejar de pagar el '*pizzo*', la cuota mensual que se abona a la Cosa Nostra. El Gela incluso salió a jugar partidos con mensajes como 'No a la mafia' o 'Yo no pago el '*pizzo*'" en la camiseta. La directiva explicaba que era difícil alejar a los jóvenes del crimen organizado, cuando eran una de las ciudades con la tasa de paro más alta de Italia. En Crotone ha sucedido lo mismo. A finales de los 80, las dos principales empresas locales, la Pertusola Sud y la Montedison, del sector químico, cerraron y dejaron sin trabajo a más de 2.000 personas que durante tres días cortaron los accesos a la ciudad con barricadas. En los siguientes años, muchas se fueron al norte. Y la mafia ganó terreno.

# Adiós, adiós, amor

"Pienso en calabrés,
luego lo transformo en italiano"
*Gennaro Gattuso*

*El viajero desea que el trayecto de tren entre Crotone y Reggio di Calabria no acabe nunca. Tarda casi cuatro horas en cubrir un recorrido emocionante, siempre pegado al mar, pasando por pueblos de pescadores que parecen sacados de un sueño. La vida da la vuelta a la punta de la bota para llegar a la capital calabresa.*

Era el 13 de junio de 1999. En la última jornada de la *Serie B*, la Reggina visitaba el estadio Delle Alpi de Turín. El Torino, anfitrión, ya había sellado su retorno a la élite. Los calabreses debían ganar si querían jugar por primera vez en su historia en primera. Como los dos equipos vestían igual, en las gradas los aficionados se confundían. Era una gran marea granate, aunque cuando la Reggina marcó los goles que sellaron su victoria por 1-2, quedó claro que casi la mitad de la afición presente era visitante. El encuentro no se pudo ni acabar. A falta de tres minutos, las dos hinchadas saltaron a la pista de atletismo y rodearon el terreno de juego. Millares de personas esperaron en la línea de cal el pitido final. No tuvieron paciencia. En el 87', el primer loco entró corriendo. Los demás lo siguieron. Los jugadores acabaron en volandas y medio desnudos, porque iban regalando camisetas y pantalones. Fue una gran fiesta.

Cada vez que la Reggina juega en el norte, en las gradas aparecen centenares de aficionados. Los calabreses son un pueblo emigrante. El

viajero ya ha descubierto en su recorrido que el trabajo no sobra en esta hermosa tierra. La tasa de paro en Reggio di Calabria, la capital de la región, alcanza el 22%, la más alta de Italia. La media del país ronda el 13%. Una de cada tres familias de la zona se encuentra en situación precaria porque no entra dinero regularmente a casa. Así que los calabreses llevan más de 150 años haciendo las maletas. Dirección al norte, a Roma, a Suiza, a Alemania, a Australia, a Argentina o a Estados Unidos. El viajero recuerda una tarde de otoño en Nueva York en la que se metió en el café Reggio del Greenwich Village de Manhattan, lugar por donde pasaron Bob Dylan, Jack Kerouac, Allen Ginsberg o Al Pacino. Allí descubrió que el local se llamaba así por Reggio di Calabria. Domenico Parisi, un calabrés, compró en Italia una de las primeras máquinas de café expreso que llegaron al otro lado del Atlántico. Con ella, preparó el primer *capuccino* de la historia de Nueva York. Y eso que a finales del XIX e inicios del XX, los italianos eran linchados por turbas racistas en el país norteamericano, cuando en realidad los estaban culturizando con las costumbres más importantes que hay en esta vida: beber café y cocinar con aceite de oliva.

A los calabreses les gusta decir que muchos famosos que brillaron en América tienen su sangre. El abuelo del cantante de Aerosmith, Steven Tyler, era un músico de Cotronei, cerca de Crotone. En 2016, Tyler visitó el pueblo. Sus fotografías con el carnicero, el peluquero y las abuelas del lugar no tienen precio. ¿La actriz Marisa Tomei? Tenía un bisabuelo de Cosenza. ¿El cantante Tony Bennett? Su padre había nacido cerca de Reggio di Calabria. Los abuelos del guitarrista que acompaña a Bruce Springsteen, Steven Van Zandt, eran de Lamezia Terme. En el caso de Alicia Keys, el autóctono era su bisabuelo.

El viajero se dirige al paseo marítimo de Reggio di Calabria. Se le conoce como el kilómetro más bello de Italia. La leyenda popular afirma que la definición pertenece, cómo no, a Gabriele D'Annunzio. Aunque, por una vez, no es cierto. No se sabe el autor real, pero las vistas son preciosas. Justo delante, imponente, aparece Sicilia. En la ciudad cuentan que la zona era aún más bonita antes de 1908, el año en el que un terremoto destrozó todo el casco antiguo. Reggio di Calabria, presidiendo el estrecho por el que tantos imperios lucharon, es una de las ciudades más antiguas del país, fundada por los griegos. El viajero se dirige al majestuoso museo arqueológico, deseoso de poderse encontrar por fin,

cara a cara, con dos viejos conocidos que solo ha visto en libros. En 1972, un estudiante de Química romano que pasaba un verano por estas tierras estaba practicando pesca submarina. Perseguía a un mero, cuando divisó lo que parecía un brazo humano. Asustado, avisó a los carabineros. Y estos descubrieron que se trataba de los conocidos como *Bronces de Riace*, una pareja de estatuas griegas del siglo V antes de Cristo. Son dos de los pocos ejemplos en bronce que quedan del arte griego antiguo, junto al Poseidón de Atenas y al Auriga de Delfos. Son preciosos. El viajero los mira y recuerda un anuncio que lanzó la región de Calabria para promocionar el turismo. En él, aparecía un calabrés ilustre, Gennaro Gattuso, pidiendo a sus compatriotas que "le pongan corazón" para hacer sentir como en casa a los visitantes. En el *spot*, los Bronces de Riace acaban moviendo el brazo para poner la mano encima del pecho. Nadie le lleva la contraria a Gattuso.

El que fuera centrocampista peleón, campeón del Mundo con Italia en 2006, sabe cómo es Calabria. Nacido en un pueblo de pescadores, creció criado por una abuela que sufría la poca puntería del chaval, especialista en romper cristales a balonazos. "Mi padre se fue a trabajar a Alemania durante un año y medio. Una cuarta parte de mi familia está repartida por el mundo, todos fueron a buscar esa fortuna que Calabria no les había concedido", explicó en su momento. Unos días antes de la semifinal del Mundial que acabaría levantando, cuando a la '*Azzurra*' le tocaba enfrentarse a la anfitriona en Dortmund, Gattuso dio un golpe en la mesa. "Tengo tíos que viven hace años aquí, en Alemania. Han sufrido el racismo. No me gusta cómo tratan a los italianos aquí. Por ellos ganaremos". Cumplió su palabra. El mediocentro se comió a los centrocampistas germanos. El viajero entra en el Caffè Malavenda. Lleva más de 150 años cuidando de los clientes, que disfrutan de su *pignolata*, un dulce de carnaval glaseado. Se puede pedir con chocolate o con limón. La vida está llena de decisiones complicadas. Pero elegir entre estos postres no es una de ellas: puedes probar los dos.

Es difícil irse de casa cuando no tienes trabajo. Los calabreses son gente currante. Por eso muchos de sus hijos han triunfado lejos. Algunos veranos aparece por Reggio di Calabra el hombre más poderoso del fútbol mundial, Gianni Infantino. Su padre era de esta ciudad y emigró primero al norte de Italia, donde se casó con una bresciana, y más tarde a Suiza, donde nacería Infantino. Más lejos se fue Gianni Versace. Uno de

los mejores diseñadores de moda nació cerca del kilómetro más bello de Italia. "Reggio di Calabria es el reino donde comenzó el cuento de hadas de mi vida: la sastrería de mi madre, la *boutique* de alta costura. El lugar donde de niño comencé a apreciar la Ilíada, la Odisea, la Eneida, donde comencé a respirar el arte de la Magna Grecia", recordó en Miami, donde sería asesinado. Podría parecer que los calabreses exageran un poco al insistir en su pasado heleno. No es así. En el interior de esta urbe, en la montañosa zona del Aspromonte, aún quedan pueblos donde se habla el '*griko*', también conocido como grecocalabrés. Los expertos dudan de si es una evolución del griego clásico o del medieval. Pese a que cada vez quedan menos personas que lo usen, sobrevive. Un milagro en una tierra donde lo más fácil es marcharse.

El director de cine Gianni Amelio también es de por aquí. Se crió sin su padre, pues este emigró a Argentina, desde donde enviaba dinero. En varias de sus películas, la ausencia paterna aparece como tema. Muchos calabreses han vivido situaciones similares, como Gattuso. O el cantante Rino Gaetano, el amado rockero que divirtió a los italianos en los años 70 con sus melodías y su sentido del humor. A Gaetano, que fallecería muy joven en un accidente de coche, lo mandaron a un colegio de curas durante años, ya que sus padres trabajaban y no podían cuidar de él.

Italia es tierra de emigrantes. Lo saben bien en estos lares. Del 1880 al 1980, se calcula que 25 millones de italianos se fueron al extranjero. A partir de los años 50 la inmigración fue sobre todo interior, de sur a norte, con más de cinco millones de personas que cambiaron de casa. Este país ha despedido durante décadas a sus hijos, que le dieron gloria y mano de obra a naciones más jóvenes. El viajero recuerda sus días en Verona. El norte no sería tan rico sin los trabajadores del sur. Por eso a la Reggina siempre la acompañan tantos hinchas cuando juega de visitante.

El viajero se acerca al estadio Oreste Granillo, bautizado así para recordar a un alcalde de la ciudad. En 1999, aquí se disputaron partidos de la *Serie A* por primera vez. El presidente entonces era Pasquale Foti, un empresario que de joven había huido al norte. Aunque, en su caso, volvió. Si la Reggina pudo encadenar algunos años entre los mejores, fue gracias a chicos que llegaban de fuera. Si un jugador calabrés apunta maneras, es captado rápido por equipos norteños. Así que esa Reggina tuvo que fichar y pedir cesiones. En esa época llegaron al sur futbolistas como Andrea Pirlo, Mohamed Kallon, Carlos Paredes, Rolando Bianchi,

David Di Michele, Marco Borriello, Roberto Baronio, el japonés Shunsuke Nakamura o Simone Perrotta. Este último, nacido cerca de Mánchester, donde vivían sus padres. Sí, calabreses.

La Reggina ha sufrido bancarrotas y refundaciones. Ahora, vuelve a tener buena salud gracias a Felice Saladini, un joven emprendedor nacido en 1984. Es el padre de un conglomerado empresarial de venta *online*. Saladini ofreció la presidencia del club a Marcello Cadorna, un tipo peculiar que fue árbitro profesional de fútbol y policía en una unidad de lucha contra la mafia. Todo a la vez. Cadorna, hijo de Reggio di Calabria, pasó 25 años de su vida viviendo en el norte. Ahora ha regresado a casa con el reto de que la Reggina vuelva a lo más alto.

En una región donde tantas personas han emigrado, en las últimas décadas han empezado a llegar inmigrantes, especialmente africanos. Como la población calabresa ha envejecido, se necesitan brazos fuertes para el campo, especialmente. "¿Cómo puedo ser racista si mi familia vive en otros países?", suele decir Gattuso. Aunque el racismo existe, también aquí. Las autoridades afirman que el 10% del producto interior bruto de Italia lo producen los inmigrantes, pero las políticas xenófobas han aupado al poder a la extrema derecha. En 2018, las autoridades detuvieron a Domenico Lucano, el alcalde de Riace. Lucano fue acusado de favorecer la inmigración ilegal. Había convertido la localidad en un modelo de integración de los inmigrantes y de recuperación del territorio, pues facilitó que personas que escapaban de guerras y pobreza ocuparan casas que llevaban décadas abandonadas. Cada año, Riace había perdido habitantes porque los jóvenes se largaban al norte. Lucano reactivó la economía con sus políticas, aunque lo detuvieron cuando se supo que había facilitado matrimonios pactados entre extranjeros e italianos para conseguir papeles para los primeros. En 2010, el cineasta alemán Wim Wenders contó en su documental *Il Volo* la historia de cómo Lucano había logrado que el pueblo renaciera gracias a sus ideas, abriendo una guardería en unas calles donde hacía poco solo se veían ancianos. Su historia no tuvo un final feliz. La justicia lo persiguió y perdió la alcaldía.

El viajero vuelve al kilómetro más bello para mirar hacia la costa siciliana, su próximo destino. Y enumera canciones que la música italiana ha dedicado a los emigrantes. Temas como *L'italiano* de 'Toto' Cutugno, *Ciao amore, ciao* de Luigi Tenco, *Il Ragazzo Della Via Gluck* de Adriano Celentano o su preferida, *Amara terra mia*, una canción tradicional que

versionó Domenico Modugno en esos años en los que los barrios periféricos de Milán o Roma se llenaban de trabajadores que hablaban dialectos calabreses, napolitanos o de la Apulia. Y suena la voz rota de Modugno. “Adiós, adiós, amor. Yo me voy. Amarga tierra mía, amarga y hermosa”.

# Renacer es un arte

"Donde sobre las aguas violáceas se hallaba Mesina,
entre cables rotos y escombros, caminas a lo largo
de los rieles y agujas con tu gorro de gallo isleño"
*Salvatore Quasimodo*

*Durante años se ha hablado de construir un puente o un túnel para unir Calabria y Sicilia. Promesas incumplidas. Para cruzar aún toca subir a un ferry. Si se quiere ir en tren, es toda una experiencia, pues en Villa San Giovanni, un puerto al norte de Reggio di Calabria, embarcan los vagones en las naves. Tras media hora de navegación, el viajero llega a Mesina.*

Y, por fin, Sicilia. Leonardo Sciascia, uno de los mejores escritores nacidos en la isla, defendía: "Hay que ir a Sicilia para ver lo increíble que es Italia". En su viaje a inicios del siglo XIX, el poeta alemán Johann Wolfgang von Goethe argumentaba que "sin ver Sicilia no puedes entender Italia, Sicilia es la clave de todo". Y el ferry poco a poco se acerca al puerto de Mesina, con la catedral de Santa Maria Assunta dando la bienvenida a los barcos. El viajero sube hasta ella caminando. Se aleja del puerto mientras a su espalda los vagones de tren salen de la barriga de las naves para volver a las vías.

El Duomo de Mesina es curioso. El viajero piensa que es un bastardo, pues no tiene un padre y una madre claros. Es una mezcla de estilos. Incluso fue mezquita durante un periodo, pues la historia siciliana está bañada por la sangre de los diferentes pueblos que la han querido

conquistar. En la otra punta de la isla, en Trapani, cocinan un cuscús de pescado que recuerda el paso de los árabes. Y que África no queda muy lejos. Griegos, cartagineses, franceses, catalanes, aragoneses, castellanos, albaneses, americanos... Todos dejaron algo. Cuando los tanques de Estados Unidos desembarcaron en la costa sur durante la Segunda Guerra Mundial, cerca de Porto Empedocle, el escritor Andrea Camilleri, que era un chaval, bajó en su bicicleta desde Agrigento hasta las playas. Los soldados repartían chicles mientras los vehículos dejaban atrás el castillo ordenado por el emperador Carlos I de España. Un poco más arriba, en la misma carretera, bordearon la casa del Nobel de Literatura Luigi Pirandello. Y en cinco minutos llegaron hasta el Valle dei Templi, con sus impresionantes edificios del siglo VI antes de Cristo, mejor conservados que los de Atenas. Toda la historia, moderna y antigua, se mezcla en una sola carretera. Esto es Sicilia.

Aunque los encantos de esta isla siempre han sido arrinconados por los prejuicios. Sicilia, pasional, tiene energías oscuras que la empujan hacia la tragedia. "Todas las manifestaciones sicilianas son manifestaciones oníricas, incluso las más violentas: nuestra sensualidad es un deseo de olvido; nuestros tiros y puñaladas, un deseo de muerte; deseo de inmovilidad voluptuosa, es decir, también de muerte, nuestra pereza, nuestros sorbetes de mora o canela; nuestro aspecto meditativo es el del vacío que quiso escudriñar los enigmas del nirvana", escribiría Giuseppe Tomasi di Lampedusa. "Los sicilianos ni siquiera somos masoquistas: nos hacemos daño continuamente, pero sin disfrutarlo", añadiría el actor Pino Caruso. Sicilia tiene algo de misterio, de amante que jamás se deja conocer del todo. Y eso atrae al viajero.

Aquí cuesta diferenciar la vida y la muerte, lo bueno y lo malo. En el monte Etna crecen viñedos gracias a una tierra volcánica que recuerda que, en cualquier momento, puede estallar el infierno. Al norte, en las islas Eolias, sucede lo mismo. Uno puede estar en una idílica playa de Stromboli mientras un volcán gruñe en su nuca. Los sicilianos intentan sacudirse de encima sus defectos, aunque cuesta, como si se hubiesen quedado atrapados en un círculo sin salida, pasando de lo bello a lo trágico con suma facilidad. "La cultura de la muerte no pertenece solo a la mafia: toda Sicilia está imbuida de ella", decía el juez Giovanni Falcone, uno de los sicilianos más universales, asesinado por gánsteres. Aunque ya en los siglos anteriores existía esta cultura de las venganzas y las

matanzas, como las vísperas sicilianas de 1282, cuando se asesinaron a cuchillo centenares de franceses. O la misteriosa ola de apuñalamientos en Palermo de 1862, que Sciascia explicó en una de sus obras. En 1947, once personas fueron asesinadas en Portella della Ginestra, un campo donde se reunían militantes comunistas para celebrar una fiesta. Nunca quedó claro quién ordenó a la banda de Salvatore Giuliano disparar a esas personas indefensas. Hay quien dice que fueron los servicios secretos norteamericanos. Otros, que fueron militantes independentistas, pues siempre ha habido sicilianos que preferirían tener un Estado propio. O que fue la mafia, que después de haber sido perseguida por el fascismo, tenía miedo de la fuerza electoral de la izquierda. ¿O quizás lo organizó el Gobierno precisamente para mancharlos a todos y de paso castigar a los comunistas? Sicilia es tierra de tragedias. Ni siquiera la naturaleza es clemente aquí. Si toda Italia, por su situación geográfica, sufre muchos desastres naturales, en Sicilia los habitantes están especialmente acostumbrados a tener que volver a empezar de cero. Y han hecho de esos renacimientos un arte. Las ciudades se levantan de nuevo, las familias se cuidan, el orgullo se recupera. Lo saben bien en Mesina.

En Roma, el viajero descubrió a la escritora siciliana Nadia Terranova, que ha echado raíces en la capital buscando historias en sus barrios que narra con maestría. "Vivir en otra ciudad significaba que podía mirar a Sicilia con el desapego correcto, en la distancia es posible una mediación literaria. Sicilia está llena de historias, de lugares que quizás necesitan que se reconozca su identidad. Mesina está entre ellos. Porque tiene una identidad fuerte pero ha sido barrida por la repetición constante de que todo desapareció con el terremoto, que todo se destruyó, que es una ciudad que ya no tiene nada", escribió sobre su tierra. Sí, en Mesina todo gira alrededor del terremoto. Bueno, de los terremotos, en plural.

El viajero no se lo puede sacar de la cabeza. En 1783 Mesina sufrió un seísmo que dejó a miles de personas en la calle. Pocas semanas después, Goethe llegó a la ciudad. "La primera noche nos acomodamos en nuestra carroza, posponiendo la búsqueda de un mejor alojamiento hasta el día siguiente. Esta decisión nos permitió formarnos la aterradora idea de una ciudad destruida desde el principio, ya que durante un cuarto de hora solo vimos filas y filas de escombros a nuestro alrededor, antes de llegar a la posada, el único edificio reconstruido", dejó escrito. Azotada por la naturaleza, Mesina sufriría por culpa del hombre en el siglo XIX, ya que

fue una de las primeras poblaciones donde los tumultos en favor de la unidad italiana estallaron. Los Borbones la reprimieron con dureza dos veces, dejando un rastro de sangre que llegaba al mar. Solo en 1860, tras la batalla de Milazzo, las tropas de Garibaldi liberaron la ciudad. Y luego, la tierra tembló otra vez. La localidad fue casi enteramente destruida por un terremoto y un tsunami asociado en la mañana del 28 de diciembre de 1908. Murieron 60.000 personas y se desplomó la mayor parte de la antigua arquitectura. La ciudad fue reconstruida al año siguiente, aunque los nuevos edificios fueron destruidos de nuevo por los masivos bombardeos aéreos estadounidenses de 1943. El poeta Salvatore Quasimodo, nacido en el sur de la isla, donde están las ciudades barrocas de Modica, Noto y Ragusa, lo vivió todo con siete años. A su padre, ferroviario, lo mandaron a dirigir la reconstrucción de las vías. De esos recuerdos, escribiría el precioso poema *Al padre*. Poesía que nace de la desolación, pues en un ciudad convertida en una gran morgue, Quasimodo vio el dolor, el esfuerzo y el trabajo incansable de su progenitor.

Pobre Mesina, siempre castigada. Pobres sicilianos, siempre sufriendo. Aunque el viajero se puede olvidar de todo ello bajo los árboles de la Piazza Cairoli, cuando llega a la centenaria pastelería Irrera y duda delante de los mostradores. Los dulces sicilianos deberían estar expuestos en los museos. Los *cannoli*, la *cassata*, la *frutta a la martorana*... El viajero elige las *'nzuddi*, unas galletas locales. Y en un periódico busca la sección de Deportes, para ver cómo le van las cosas al club que siempre renace, como la ciudad. El Messina se ha refundado un total de once veces. Aunque sus hinchas lo consideran siempre el mismo. En los últimos años, se ha llamado Football Club Messina Peloro, Associazione Calcio Rinascita Messina, Associazioni Calcio Riunite Messina o, con cierto sentido del humor, Associazione Calcio Rilancio Messina. O sea, Asociación de Fútbol Relanzamiento Messina. La situación tiene algo de trágico. Es como el mito de Sísifo, el personaje mitológico griego, destinado a empujar cuesta arriba una piedra que, antes de llegar a la cima, volvía a rodar hacia abajo, una y otra vez. El Messina se hunde, se refunda, se ilusiona. Y vuelve a empezar.

El viajero recuerda al conjunto en la *Serie A*, ganando un partido en San Siro al Milan por 1-2 en la temporada 2004-05, cuando finalizaron en la séptima posición gracias a los goles de Riccardo Zampagna. El

presidente de esos años en primera, del 2003 al 2007, era Pietro Franza, un empresario local del sector naval y turístico que le había comprado la entidad al amado Emanuele Aliotta, un joyero que asumió la presidencia del club en cuarta y lo subió hasta segunda. Afectado por una enfermedad, tuvo que vender sus acciones a Franza. Este gastó tanto en su empeño de mantenerse entre los grandes que dejó arruinado al Messina. Y en pocos años, el club acabó en la quinta división jugando un humillante derbi contra el Città di Messina, el segundo equipo de la urbe, en la temporada 2012-13. Ese Città di Messina, con pocos hinchas, era, cómo no, consecuencia de la refundación de otro club, el USD Camaro Messina. Aquí todo se refunda, todo se recicla, todo se aprovecha. Muchos edificios actuales tienen piedras que han caído al suelo en terremotos pasados. Todo tiene una segunda vida.

En 2014 llegó al club Pietro Lo Monaco, un empresario de pasado oscuro muy vinculado a uno de los eternos rivales del Messina, el Catania. Los hinchas se indignaron. Aunque Lo Monaco consiguió un ascenso con el que se recuperaba el gran derbi del estrecho con la Reggina. En Mesina, el '*campanilismo*' no se da con otros clubes sicilianos, sino con el rival del otro lado de la costa. Y precisamente en un derbi contra la Reggina, el Messina bajó a cuarta en 2015 entre incidentes en el estadio y la ciudad. Lo Monaco abandonó la urbe. Jamás había sido amado porque se dejaba ver poco por sus calles. Algunos sábados, mientras su equipo jugaba, él comía en buenos restaurantes parisinos, donde visitaba a su sobrina, Eleonora Abbagnato, bailarina de la Ópera de la capital francesa. Lo Monaco se largó y dejó el club con los bolsillos vacíos. En la temporada 2016-17, el Messina cambió de propiedad en tres ocasiones. Evitó el descenso, aunque a finales de esa temporada las deudas eran terribles y llegó otra bancarrota. Fue entonces cuando apareció el empresario Pietro Sciotto, conocido en la zona por ser el rey de los concesionarios de automóviles. Él lideró el nuevo renacer del conjunto, haciéndose con el 90% de las acciones.

El viajero sale a pasear. Debe de ser complicado amar a tu club sin saber cada verano si desaparecerá y volverá a empezar en campos regionales. La mayor parte de hinchas del Messina han visto a la Juventus empatar en su ciudad, pero también han viajado en coche hasta pueblos vecinos para animar a los suyos mientras competían en campos minúsculos. Pueblos de costa, como esos donde en 1948 Luchino

Visconti rodó *La tierra tiembla*, el drama neorrealista que grabó a los pescadores de Aci Trezza para contar cómo malvivían. En el film, inspirado a su vez en el drama *I malavolgia*, de Giovanni Verga, los pescadores son azotados por tempestades y por el mar. Y por los ricos del pueblo. Pero hay un momento de la película en el que piensan que podrán burlar a los gobernantes, a los empresarios explotadores, a los que siempre mandan. Como ocurrió en 2006, cuando Sicilia pensó que por fin su fútbol estaba donde le tocaba, pues por primera vez tres clubes de la isla jugaron a la vez en la *Serie A*: Messina, Catania y el Palermo, que finalizó quinto. Fue un espejismo. Una década después, en 2017, ya no quedaba ninguno. Los tres conjuntos desaparecieron y se refundaron. De nuevo, de los palacios llenos de oro al barro.

El viajero se pone en los cascos *Malarazza*, de Domenico Modugno, canción con la que acompañó con música un poema siciliano en el que un labrador le pide a una estatua de Jesús que acabe con sus amos, que lo explotan. Y Jesús abre los ojos y, desde la cruz, le contesta que si quiere justicia, la haga él mismo. Que a él ya lo crucificaron personas similares a las que durante siglos han condenado a millones de sicilianos a la pobreza y la emigración.

# "*Clamoroso al Cibali!*"

"Si Dios quiere, ahora vamos
a tomar un buen *whiskaccio*"
*Nicolò Carosio*

*El tren abandona Mesina para iniciar uno de los recorridos más bellos de Italia. A la derecha, al otro lado del mar, saluda Calabria. A la izquierda aparece el Etna, imponente con sus tierras negras, donde producen buen vino. Se pasa por la elegante Taormina y su teatro griego, donde llevan 23 siglos haciendo funciones. Y finalmente, en dos horas, emerge Catania.*

Como sucede en Nápoles, vivir a la sombra de un volcán llena de vida a Catania. Lo primero que hace el viajero después de bajar del tren es caminar por la '*Pescheria*', su popular mercado del pescado. Cada día se instalan las paradas en plena calle, con los turistas sorteando tripas lanzadas al suelo. Los vendedores gritan y ofrecen su género, en un cantar que los locales han bautizado como la '*vuciata*'. En ocasiones, sabiendo que los extranjeros no entienden su siciliano, se mofan de alguno de ellos. El viajero deambula entre cabezas de peces espada, calamares y animales desconocidos que parecen llevar armaduras medievales.

La leyenda dice que Catania fue destruida siete veces. Y siete veces se levantó. Como toda leyenda, no es cierta. Una cosa es que en algunas erupciones las piedras expulsadas del Etna perforaran algunos techos, y otra imaginar ríos de lava deslizándose por las calles. En 1693, un terremoto sí que azotó el centro de la ciudad y las casas cayeron como

naipes. La localidad tuvo que volver a erigirse con largas avenidas ideadas por el duque de Camastra, Giuseppe Lanza. Arquitectos de diferentes lugares de Europa llegaron para levantar palacios e iglesias barrocas que convirtieron a Catania en una de las ciudades más bellas y modernas de Europa. Aunque seguía teniendo dos almas. Una cosa era lo que decidían los nobles en sus mansiones y otra, lo que gritaba el pueblo en el mercado. Catania aún mantiene esa dualidad, con sus leyendas, como esa sobre *U liotru*, la curiosa estatua de un elefante que podría tener más de 2.500 años. Se dice por un brujo al que quemaron en la hoguera. Después de 1693, al elefante le colocaron un obelisco con una cruz encima, como si fuese una forma de imponer la modernidad sobre las tradiciones. No lo consiguieron.

El viajero entra en el Menza, un café popular donde se puede comer, pensando en el gran libro sobre la historia de la ciudad, *Los Virreyes*. Federico De Roberto narró el proceso de la unificación italiana a través de una familia de nobles locales, los Uzeda di Francalanza. De Roberto, que trabajó hasta el final de sus días como bibliotecario, se inspiró en familias reales. Esas que se oponían a la unificación por miedo a perder derechos y que luego supieron remar a favor para seguir mandando. Todo cambió para que nada cambiara, como se dice en la otra gran novela siciliana sobre esa época, *El Gatopardo*, del palermitano Giuseppe Tomasi di Lampedusa.

En Catania, el viajero se siente más joven. Es una ciudad con sentido del humor. ¿Que existen las tragedias de los terremotos, la mafia o la violencia como la que provocó la muerte del policía Filippo Raciti durante un derbi Catania-Palermo en 2007? A las penas, puñaladas. La población se llena de chistes y de chismorreos. Aquí se rodó en 1961 *Divorzio all'italiana*, de Pietro Germi, con los bellísimos Stefania Sandrelli y Marcello Mastroianni mofándose de las tradiciones conservadoras de Sicilia. Tanto gustó el film que provocó el nacimiento de la expresión "*comedia all'italiana*", para definir todo un nuevo género cinematográfico. En 1949, el escritor Vitaliano Brancati publicaría *Il bell'Antonio*, otra comedia que se ríe de esa sociedad cotilla, que pasa de adorar a un tipo por ser muy guapo a burlarse de él cuando se sabe que es impotente. En Catania nació la cantautora Carmen Consoli. Y, no muy lejos, uno de los grandes genios del siglo XX italiano, el cantante Franco Battiato, siciliano universal que supo unir la modernidad con historias

clásicas. Encontró un centro de gravedad permanente entre divertir y educar, emocionar y bailar, y lo hizo sentado encima de alfombras árabes en Bagdad o de pie en el teatro romano de Catania. Fallecido en 2021, los últimos años de su vida fue asesor cultural del Ayuntamiento, y consiguió que grandes grupos internacionales actuasen en la ciudad. Cuando ganó la alcaldía Umberto Scapagnini, del partido de Silvio Berlusconi, renunció y se refugió en una casita en el Etna.

Battiato pensaba que Catania había perdido mucho por culpa de políticos como Scapagnini. Lo mismo que le había sucedido a Italia con Berlusconi, a quien culpaba de crear una televisión banal y de perseguir a los intelectuales y artistas para dar su espacio a chicas medio desnudas y a tipos ignorantes. "En 30 años, Italia no será como la han hecho los gobiernos, sino como la haya hecho la televisión", decía en los 90 el guionista Ennio Flaiano. Razón no le faltaba. El imperio de Berlusconi se creó gracias al fútbol y a la pantalla. El viajero recuerda la televisión antes y después de '*Il Cavaliere*' y casi siente una náusea. Los canales italianos se han llenado de debates pueriles. El papel de la mujer se suele reservar a una chica que lee los mensajes de los espectadores. Mientras los señores están sentados en una mesa, ella está de pie con una falda corta. Personajes que tenían cierto prestigio se han dejado arrastrar al lodo, como Tiziano Crudeli, que a sus 80 años aparece en el estudio gritando los goles del Milan en la cara de Elio Como, que pasó de jefe de redacción de periódicos a hacer de ultra del Inter con corbata.

La radio primero y la televisión después sirvieron para convertir a los futbolistas en héroes. El éxito del deporte va de la mano de la voz de los narradores y periodistas que llevaron a las casas de millones de italianos las gestas de los equipos del país. Antes de la irrupción de las televisiones privadas, el monopolio lo tenía la *RAI*, con su programa estrella, la *Domenica Sportiva*, nacido en 1963. Dos años más tarde, el presentador Enzo Tortora y el técnico Heron Vitaletti idearon un sistema que les permitía analizar en directo las jugadas de los encuentros: la '*moviola*'. Adaptaron una máquina que editaba películas cinematográficas para ofrecer repeticiones de las jugadas. Inicialmente se usó para mostrar al detalle tantos hermosos, aunque poco después ya fue utilizada para descubrir si los colegiados se habían equivocado. El 22 de octubre de 1967, la '*moviola*' permitió ver que el gol del empate del Milan en un derbi contra el Inter, obra de Gianni Rivera, no debería haber subido al

marcador, pues el balón no había entrado del todo. A partir de ese instante, la historia de la televisión deportiva cambió para siempre.

La televisión italiana fue la primera en emitir en directo desde la sede de la federación los días que se cerraba el mercado de fichajes. Ahí nació el mito del '*calciomercato*'. También se crearon programas de repaso de la jornada en canales que no tenían los derechos para mostrar los partidos. Se usaban trampas legales, como poner una cámara en el campo que enfocaba a un periodista narrando y no al terreno de juego. En más de una ocasión, la pantalla mostró cómo el locutor que cantaba un gol era agredido por los hinchas del club que lo había encajado. Señores empujándose, entrevistas surrealistas, bailes sensuales, insultos, polémicas. El descenso a los infiernos de la televisión es aterrador. Como saltar al cráter del Etna.

Todo había empezado un 25 de marzo de 1928, cuando por primera vez se narró un partido de fútbol por la radio. Se lo pidieron a Giuseppe Sabelli Fioretti, periodista de la *Gazzetta dello Sport*, a quien instalaron en una silla encima de la tribuna del estadio del Partito Fascista, el actual estadio Flaminio de Roma, para contar un Italia-Hungría que acabó 4-3. Aunque el hombre que lo revolucionó todo con su voz fue el siciliano Nicolò Carosio. Hijo de un trabajador de aduanas del puerto de Palermo, pasó su juventud viajando por media Europa detrás de su padre. Se cuenta que, en un viaje a Inglaterra, escuchó por la *BBC* cómo narraban partidos en una época en la que los británicos habían ideado un sistema para ayudar a los espectadores a seguir el juego. Consistía en dividir de forma imaginaria el terreno de juego en zonas, que eran nombradas en la transmisión para que la gente supiese dónde estaba el balón en cada momento. Carosio, que había jugado a fútbol en la Spezia y amaba la lengua por herencia de su abuelo, un librero, se presentó poco después en la sede de la radio estatal con una propuesta para narrar partidos. No dejó de insistir hasta que pudo narrar un derbi turinés imaginario. La idea gustó tanto que lo contrataron y en 1933 debutó en un amistoso Italia-Alemania. En 1934, narraría los partidos del Mundial ganado por la '*Azzurra*' en casa, aunque su fama llegaría el noviembre de ese mismo año, cuando el combinado nacional fue invitado a jugar un encuentro en Londres contra Inglaterra. En ese entonces, los ingleses no jugaban los Mundiales porque, como inventores del juego, se sentían superiores. Por si acaso, quisieron bajar los humos a los italianos después de la Copa del

Mundo. El choque, jugado en Highbury, empezó con un dominio total de los locales, que se pusieron 3-0 arriba en el marcador. Aunque en la segunda parte, liderados por Giuseppe Meazza, los italianos se quedaron a un paso de empatar y perdieron 3-2 en un duelo muy violento. Caruso bautizó a los jugadores como los "leones de Highbury". En esa Italia fascista que quería italianizarlo todo, el periodista fue el creador de nuevas expresiones como '*rete*' en vez de '*goal*' o '*calcio d'angolo*' en lugar de 'corner'.

Después de la guerra, la *RAI* empezó a trabajar en la creación del primer canal de televisión italiano y, en 1949, empezaron a grabar programas experimentales. Ese mismo año, Carosio pidió no ser enviado a un viaje de trabajo porque quería asistir a la comunión de su hijo. Y así se libró de desplazarse a Lisboa con la expedición del '*Grande Torino*', que acabaría con el accidente de Superga. Salvó su vida. El 5 de febrero de 1950, la *RAI* realizó la primera retransmisión de un partido por televisión. Debutó a lo grande: el Milan goleó por 1-7 a la Juventus en su estadio. Aunque poca gente pudo escuchar la narración de Carlo Bacarelli, ya que seguían siendo emisiones de prueba. El primer duelo que los italianos vieron por televisión fue el Italia-Egipto del 24 de enero de 1954, con 5-1 a favor de la '*Azzurra*'. Carosio lo narró desde San Siro, con la ayuda en los comentarios de Carlo Bacarelli y Vittorio Veltroni. Este último era el padre de Walter Veltroni, el futuro alcalde de Roma que perdería unas elecciones a la presidencia del Estado contra Berlusconi.

La voz de Carosio fue durante mucho tiempo la voz de Italia. Se hizo famoso su "*quasi gol*", que los niños imitaban cuando en el patio de la escuela chutaban el balón al palo. En una ocasión, después de narrar en directo un Celtic-Milan en Glasgow, despidió la retransmisión con un "si Dios quiere, ahora vamos a tomar un buen *whiskaccio*". Metódico, coleccionaba fotos y dibujos de jugadores para reconocer su rostro desde las alturas de los estadios. A veces parecía que trabajase en el nido de un pájaro. Siguiendo a la selección en una gira, sufrió una caída desde su empinado asiento en Buenos Aires. Lejos de irse al hospital, narró el encuentro con tres costillas rotas. "Una voz que tenía la vibración épica adecuada. Su relato arrastró a la multitud de oyentes a emociones no menos intensas que las que vivían los experimentados espectadores en directo en el estadio", diría de él Gianni Brera. Aunque en esa Italia aún

con pocos televisores, seguía mandando la radio. Por eso Carosio fue una de las voces elegidas cuando en 1960 nació *Tutto il calcio minuto per minuto*, un carrusel radiofónico que saltaba en directo de estadio en estadio. A finales de los años 60, este programa llegó a ser escuchado por 25 millones de personas.

Y precisamente esa primera temporada de programa, el Catania vivía el que era su segundo curso en la *Serie A*. El 4 de junio de 1961, el estadio Cibali se llenó con la visita del Inter en la última jornada del campeonato después de una semana muy caliente. La Juventus y los '*Neroazzurri*' estaban empatados a puntos antes del último partido, ya que la federación le había dado el triunfo al Inter ante la '*Vecchia Signora*' por 0-2 en un encuentro que se había suspendido por la invasión del terreno de juegos de hinchas, que saltaron a la pista de atletismo porque en las gradas no había espacio. La Juve, que había vendido más entradas de las permitidas, presentó un recurso y justo tres días antes de la última jornada se decretó que el partido se debería finalizar. Así que el Inter se presentó en Sicilia con dos puntos menos: le tocaba ganar sí o sí a un Catania ya salvado, para llegar al duelo ante la Juventus con opciones de ser campeón. Millones de italianos escuchaban ese día *Tutto il calcio minuto per minuto*. Y de repente, mientras hablaba el cronista del partido de la Juve, se escuchó una voz: "*Clamoro al Cibali!*" ("¡Clamor en Cibali!"). Esta frase se convirtió en una de las más famosas de la historia de la radio italiana y aún hoy, cuando alguien la repite, todos entienden que se refiere a un resultado poco esperado, ya que anunciaba el primer gol del Catania, que acabaría ganando por 2-0, y por tanto, dejando al Inter sin *Scudetto*. Curiosamente, nunca quedó claro quién fue el autor de la expresión. Algunos consideran que fue el periodista romano Sandro Ciotti, aunque otros defienden que fue Ezio Luzzi o el mismo Carosio.

Quizás alguien descubrirá algún día quién dijo la frase, del mismo modo que se tardaron años en saber qué había sucedido con un Italia-Israel del Mundial de 1970, que acabó 0-0. En ese partido, a Italia le anularon un gol legal cuando el juez de línea, el etíope Sejum Tarekegn, levantó el banderín. La embajada etíope presentó una queja a la *RAI* denunciando que en su transmisión, Carosio había pronunciado comentarios racistas. Etiopía había sido invadida por los italianos en los años 40, así que el caso era espinoso. A Carosio lo apartaron del resto de partidos de esa Copa del Mundo, pese a que nadie sabía exactamente qué

había dicho. Algunos juraban que había maldecido a los etíopes en general. Otros, que no habían escuchado nada polémico. Y los últimos, que quizás había dicho que eso era la venganza del '*Negus*', como se conocía al emperador etíope. No sería hasta el año 2009 cuando se encontró una copia del partido, que se creía perdida, y se identificó que efectivamente se dijo la frase "es la venganza del '*Negus*'", aunque la soltó Antonio Ghirelli, director del *Corriere dello Sport*, que colaboraba en los comentarios.

Cuando Carosio falleció en 1984, Brera lo despidió diciendo que se iba "el fantasioso Homero de tantas batallas, el aedo del fútbol de otros tiempos". El viajero llega al quiosco Costa pensando en él. Inaugurado en 1896, es el quiosco más antiguo de una ciudad en la que presumen de estos pequeños negocios donde puedes comprar bebida y comida. El Costa es hermoso, con un estilo *art nouveau*, donde ofrecen zumos naturales, como el *mandarino*. El tipo que lo prepara grita y bromea con los clientes. Carosio no dejaba de ser heredero de los viejos narradores griegos, romanos o medievales. En una era donde todo parece regirse por la imagen, qué hermoso es escuchar una voz que sabe hablar, ya sea para vender el pescado en la '*Pescheria*', para narrar las leyendas del '*u liotru*' o para cantar goles. Quién pudiera haber crecido escuchando a Carosio.

# La camiseta que se destiñó para siempre

"Incluso si pinto una manzana, en ella está Sicilia"
*Renato Guttuso*

*El viaje hasta Palermo solía ser delicioso sin prisa, pues el tren rara vez era puntual. Por suerte, en 2015 la cosa mejoró con una línea rápida que en tres horas cubre el trayecto desde Catania, con los últimos kilómetros recorriendo la costa. ¿Existen lugares más bellos que la capital de Sicilia? El viajero cree que no.*

Palermo es el centro del mundo. Bueno, es el centro de un mundo diferente de los otros. "¿Cómo se puede vivir sin conocer Palermo?", se preguntaba el escritor checo Milan Kundera. Pocos sitios atrapan tanto como la capital siciliana. Una ciudad abierta al mar de forma desacomplejada. Hay algo mágico en poder llegar en uno de esos barcos procedentes de Nápoles después de navegar toda la noche parando en las preciosas islas Eolias, donde los volcanes, más que castigar, han dado vida a lugares mágicos como Stromboli, Vulcano o Salina. Aunque al viajero, que llega por tierra, Palermo lo cuida igual. Es una localidad generosa, pese a su mala fama. Malditos ignorantes los que no se dejan seducir por Palermo. Víctimas de estereotipos, de tópicos, de miedos. Palermo, piensa el viajero, es como una amante a la que hay que dejar que te ate en la cama. Cerrar los ojos y que tus sentidos te hablen.

El director de cine alemán Wim Wenders decía: "No creo conocer otra

ciudad con un sentido de la vida tan fuerte. Quizás porqué también tiene un fuerte sentido de la muerte". Cuando las manadas de turistas que viajan en cruceros bajan como rebaños de sus naves, condenados a la triste costumbre de perseguir ese paraguas que el viajero ya ha visto antes, muchos se escandalizan por la suciedad de algunas calles céntricas. Palermo no se puede conocer en pocas horas, con rutas planificadas. Es una ciudad con tantas capas que se tiene que vivir con calma. El viajero entra a tomar un café en el Grand Hotel et des Palmes, donde durante medio siglo vivió un barón misterioso, Giuseppe Di Stefano, de quien se decía que escapaba de un asesinato. Sicilia es tierra de misterios. Quizás por ello uno de los mejores escritores de novelas policíacas, Andrea Camilleri, es siciliano. Quizás por eso Leonardo Sciascia explicó las historias de una tierra donde jamás se conoce del todo la verdad. Y piensa en ello en el *hall* de este hotel donde Richard Wagner había terminado en 1882 su última ópera, *Parsifal*. Donde murió el escritor francés Raymond Roussel en 1933. Y donde las grandes familias de la mafia siciliana se habían encontrado con los clanes de Nueva York para hacer negocios en 1957. Palermo es un regalo para los apasionados de las historias. Y para los amantes del arte.

"En Palermo, más que en cualquier otro lugar de Sicilia, las épocas históricas reveladas por los diferentes estilos arquitectónicos se superponen. El centro es testigo de una época más cercana, cuando la ciudad, con sus teatros, palacios, plazas barrocas y accesos triunfales al mar, disputaba con Nápoles la primacía urbana del Reino de las Dos Sicilias. Por otro lado, Monte Pellegrino esconde recuerdos de una época mucho más remota: no lejos de los rascacielos, en cuevas habitadas por el hombre prehistórico, han salido a la luz grafitos rupestres de belleza arcaica", escribía Sciascia, enamorado del lugar. El viajero siente compasión por esas personas que al escuchar hablar de Palermo piensan rápidamente en la mafia. ¿Existe? Claro que sí. El monumento a Falcone y Borsellino, dos magistrados asesinados, lo recuerda. Y por eso el viajero pide *bucatini* con sardina e hinojo silvestre en el Antica Focacceria San Francesco, uno de los primeros locales que desafió a la Cosa Nostra, negándose a pagar un impuesto. Qué derrota para la humanidad es reducir Palermo a su condición de víctima del crimen, cuando en realidad es un regalo para los sentidos.

El viajero camina hacia el palacio Abatellis, sede de la Galleria

regionale della Sicilia, para ver uno de sus cuadros favoritos, la *Annunciata* de Antonello da Messina, un pintor siciliano del siglo XV. Ya antes que Caravaggio, que también vivió en Sicilia cuando escapaba de la justicia, Antonello da Messina representó a la Virgen inspirándose en las mujeres de la calle. Bellas y reales. Su *Annunciata*, que representa a María en el momento en el que recibe la noticia de que será la madre de Jesús, es un símbolo de la isla. Aquí el arte se mezcla con la vida en las calles. Tiene sentido que hayan sido artistas sicilianos los que mejor han conectado con el pueblo. Italia es tierra de pintores. No se entendería el arte moderno sin el Renacimiento. Algunos de los mejores pintores y de las mejores obras de la historia nacieron en este país. El viajero recuerda ese partido de fútbol entre filósofos que imaginaron los humoristas británicos Monty Phyton y piensa que si existiese un Mundial de pintura, Italia llegaría a la final con Botticelli, Leonardo da Vinci, Tintoretto, Michelangelo, Rafael, Caravaggio, Fra Filippo Lippi o Modigliani y sus largos cuellos seductores.

Nadie como Renato Guttuso supo plasmar en telas la vida de Palermo, con sus preciosos cuadros sobre el mercado de la Vucciria, en el centro de la ciudad. Una zona popular, donde el forastero percibe caos y los locales, una lógica. Calles estrechas, negociaciones para rebajar el precio de los víveres en las esquinas. Entrañas de pescado en el suelo, ofertas gritadas a viva voz, cabezas de pez espada, embutidos envueltos en papel de periódico con los resultados del Palermo. Guttuso, que militó en el Partido Comunista, siempre se inspiró en las calles. Jamás le dio la espalda a su gente, como hacían tantos intelectuales. A él le interesó lo que hacían los palermitanos. Por eso le gustaban los deportes y había practicado boxeo en el gimnasio de Antonio Pandolfini, un legendario entrenador que organizaba combates en verano en una tarima de madera que flotaba sobre el mar, delante de la playa. Guttuso también seguía los dramas del Palermo. El club local tiene cierta tendencia a romper el alma de su afición. En 1982, a Guttuso le encargaron el diseño del sello para celebrar que Italia había ganado el Mundial de España. Dos años después, organizó una exposición llamada *Elogio allo sport*, donde aparecieron sus famosas obras dedicadas al fútbol, *I Calciatori e Il Calciatore*. El fútbol y la pintura se han buscado siempre, en ocasiones con poca fortuna. El futurista Carlo Carrà dedicó un cuadro a los jugadores italianos campeones del mundo en 1934 en *La partita di*

*calcio*. Carrà, anarquista que evolucionó hacia el fascismo, sentía fascinación por las actividades deportivas, claves en la construcción de una nueva Italia. Años más tarde, Gigi Meroni dedicaría su tiempo libre a la pintura en Como. También los jugadores podían interesarse por el arte.

El viajero sale de las calles llenas de vida de la Vucciria para ir a los barrios elegantes, cerca del teatro Politeama Garibaldi, donde se encuentra el Antico Caffè Spinnato. Desde hace más de 150 años, en este local cuidan la sagrada tradición de los dulces sicilianos. Los *cannoli*, las *cassata* y los dulces de almendra. Sicilia puede seducir de muchas formas, tres, por ejemplo: con la repostería, el pescado y los licores. El viajero ya le ha entregado su alma a Palermo desde hace años. Y ocupa una mesa pensando en las bailarinas de la Ópera de Roma que en 1947 derrotaron a periodistas de Palermo en un partido del que conoció su existencia en Trieste, ciudad ahora tan lejana en el tiempo y el espacio. Y recuerda el nombre de Franca Viola, la siciliana que desafió a su violador para acabar con los matrimonios reparadores. Otra siciliana, Maria Paternò, ya había sido la primera del país en conseguir el divorcio en 1808. Piensa también en la fotógrafa Letizia Battaglia, que desafió a la mafia con sus imágenes en los años pasados cerca de Palermo; en la escritora Dacia Paola Maraini; en la voz rota de Rosa Balistreri, la mujer que fue maltratada, agredida y oprimida trabajando como criada o campesina. Después triunfó cantando en siciliano sobre las penas que sufrieron tanto ella como su tierra. Guttuso y el escritor Leonardo Sciascia la admiraban. Cómo no hacerlo, si su voz hace llorar. Palermo es muy femenina. Por eso su patrona es Santa Rosalia. Cuando llegan las fiestas, las calles se llenan de luces y bailes. Un canto a la vida.

Palermo es un gran cuadro de Guttuso. O de Pippo Madè, considerado su heredero, quien llegó a donar obras al club local para ayudarlo cuando sufría una de sus frecuentes crisis. La historia del equipo es una historia marcada por el dolor. La historia del club es la historia de la ciudad, empezando por los misterios, como las teorías sobre el color de la camiseta. Muchos palermitanos cuentan que su equipo viste de rosa porque una camiseta azul y roja destiñó. Otros dicen que fue idea del inglés Joseph Whitaker, quien propuso como colores el rosa y el negro, como símbolos de las victorias y las derrotas. Y de paso, hacía un homenaje a su negocio familiar, basado en los licores. El rosa en honor del *rosolio* y el negro por el *amaro*. El viajero pide un *rosolio*, pues,

mientras lee sobre la vida del presidente de los años 50. El príncipe Raimondo Lanza di Trabia fue un aristócrata que luchó en la Guerra Civil española con los fascistas, acabó condecorado por los Estados Unidos cuando cambió de bando en la guerra y se codeó con la *jet-set* internacional, invitando a Palermo a Rita Hayworth. El príncipe fichó a jugadores de primer nivel para el Palermo y él mismo los invitaba a fiestas, provocando que rindiesen poco. Lanza di Trabia se quitaría la vida en un hotel de Roma en 1954. Y el gran cantante Domenico Modugno se inspiraría en ello para componer la canción *Vecchio frack*. En Palermo todo se puede cantar, escribir o pintar.

También las peripecias del Palermo, que durante décadas era capaz de atraer a más de 30.000 personas a los partidos que jugaba en categorías regionales. Después de unos años buenos en los que llegaron a perder una final de Copa siendo equipo de segunda, sufrieron de lo lindo. En 1990, el estadio fue sede del Mundial, pero el club, refundado, luchaba por campos humildes en la *Serie C1*. En 1998 descendió a la *Serie C2* después de una temporada humillante en la que perdió un derbi siciliano, ya no contra el Catania, sino contra el Atlético Catania, segundo equipo de la ciudad con la que mantiene una rivalidad eterna. Posteriormente, con 15.000 hinchas en las gradas, perdió la promoción con la Battipagliese. Pero ese mismo verano, el Ischia quebró y el equipo siciliano salvó la categoría de milagro. Doce meses después, el propietario de la Roma, Franco Sensi, compró el Palermo, que en 2001 ascendió a la *Serie B*. Luego, Sensi vendió la entidad a un empresario del norte, Maurizio Zamparini, que lo subió a Primera en 2004 por primera vez en 31 años. La fiesta en la ciudad fue histórica. El Palermo dio el salto, se consolidó y llegó a las competiciones europeas. Aunque la ciudad nunca amó a Zamparini, un tipo con una extraña costumbre: cesar entrenadores para contratarlos pocos meses después otra vez. En 15 años trabajó con más de 30 técnicos diferentes. Los intercambiaba como si fuesen cromos Panini. El propietario incluso se dejó ver en el banquillo durante algún partido, amenazando con coger él mismo las riendas del plantel. Algunos entrenadores le duraron menos de una semana. Otros fueron contratados en tres ocasiones en solamente 14 meses. En un mismo curso, desfilaron siete nombres diferentes. Pese a jugar en Europa seis temporadas y ganar una liga juvenil, Zamparini perdió poco a poco el control de la situación, y negoció vender al Palermo hace unos cinco años.

Entabló conversaciones con jeques árabes para que invirtieran dinero en el club y, finalmente, anunció que lo vendería a un exjugador de baloncesto famoso por su paso por *Gran Hermano*: Paul Baccaglini. Llegó a ser nombrado presidente, aunque no se firmó jamás el contrato de venta y la gestión de Zamparini se alargó hasta el 2018, con otro intento fallido de vender el club, en esta ocasión a unos británicos. En junio de 2019, el Palermo no pudo ser inscrito por deudas en la *Serie B* y desapareció. El Ayuntamiento, entonces, abrió un concurso público para crear otro Palermo. Se presentaron seis propuestas y ganó una liderada por el empresario italoamericano Tony Di Piazza y el siciliano Dario Mirri. Lorenzo Barbera, nieto del presidente del club en los años 60, Renzo Barbera, diseñó el escudo del club. De nuevo el arte se unía con un conjunto que ha acabado en manos del grupo del Manchester City, con capital árabe detrás. Tiene sentido, pues los árabes dejaron su huella en la ciudad, como lo hicieron en el pasado romanos, normandos, franceses, aragoneses, americanos...

Palermo se ilusiona con su equipo con la misma facilidad con la que este pierde. El ciclo de la vida. Los cuadros de Guttuso lo explicaron con la misma inteligencia que el arte urbano actual. Uno de los mejores grafiteros del mundo, TvBoy, es palermitano. Crítico con el poder, ha unido en besos a grandes enemigos, como políticos o futbolistas, como Messi y Cristiano. El Palermo lo invitó a diseñar su camiseta en 2021. Y le pidió plasmar en el túnel de vestuarios del estadio una de sus obras, un retrato de Santa Rosalia. Pese a que algunos ancianos se escandalizaron, el club ha cedido los muros de su campo para una exposición de arte urbano que ha atraído a algunos de los mejores artistas a Palermo. Y el viajero piensa en los murales de Totti que vio en Roma o en ese de Maradona del artista Jorit en Nápoles. Arte popular. Su mirada sincera sobre las ciudades y sus gentes, mirando directo a los ojos en vez de instalarse en una atalaya de superioridad moral, le conecta con Caravaggio, Antonello da Messina y Guttuso.

Aunque, en ocasiones, el equilibro entre arte y deporte se rompe de forma cómica. En 2021, en la ciudad de Magnago, cerca de Milán, el encargado de confeccionar los carteles de una calle bautizada con el nombre de Renato Guttuso cometió un error. Y durante unos días, se llamó Renato Gattuso, con el apellido del futbolista. El viajero sonríe. Tiene su gracia.

# El reino de los malhechores

"Joder, esto es África"
*Gigi Riva*

*El viajero podría optar por la comodidad de un vuelo de poco más de una hora, pero elige ir en barco. A las nueve de la mañana, sube a un ferry que se despedirá de Sicilia rumbo a Cerdeña, donde llegará doce horas después. Empieza el último tramo del viaje.*

Mientras el ferry se acerca a Cagliari, el viajero observa desde cubierta las gradas del estadio de Sant'Elia, donde se jugaron partidos del Mundial de 1990. El campo se inauguró el verano de 1970, uno de los más felices que se recuerdan en el sur de la isla, ya que el equipo local ganó su única liga. Mucho antes que el Napoli de Maradona, el club sardo fue el primero del *Mezzogiorno* que plantó cara a los equipos del norte. Luego, poco a poco, el estadio se fue desmoronando, hasta que quedó en unas condiciones tan ruinosas que ya no se puede ni jugar en él. Los aficionados esperan el día que sea derribado, para que en su lugar se levante un campo moderno. Mientras, el Cagliari juega en el Sardegna Arena, una sede provisional justo al lado del viejo recinto. A su sombra.

El viajero desembarca en Cerdeña, feliz de pisar esta tierra. Su mirada se ha dirigido a los estadios, bien visibles desde el mar, recordando todos los grandes jugadores que han defendido la camiseta del Cagliari, el único club sardo que ha alcanzado la *Serie A*. Y también, por supuesto,

que la ha levantado. Incluso ha competido en Europa muchos años. Cagliari es una ciudad especial, aunque los lugareños señalan que una cosa son las calles de la capital y otra muy diferente el resto de la isla. "Cagliari era diferente al resto de la isla. Desde la antigüedad, había sido el baluarte de los gobernantes, y su población mixta, formada por una mezcla de razas, despreciaba a cualquier persona del campo", escribía Giuseppe Dessì en su novela *Paese d'ombre*, de 1972. Sí, por Cagliari han pasado mil culturas y mil lenguas. Y sí, la gente de Cagliari desprecia al Gobierno italiano, del mismo modo que el resto de Cerdeña duda de Cagliari. Del poder siempre se debe desconfiar un poco. Y los sardos son especialistas en desconfiar.

El viajero pasea por el centro, camino del Duomo, que empezaron los pisanos y acabaron los aragoneses. En un muro de la catedral, busca la imagen de la Virgen de Montserrat. El paso de los catalanes por la localidad se nota en este tipo de detalles. Una virgen negra en una isla cuya bandera la componen cuatro rostros del mismo color. Los "*cuatru morus*", como se dice en sardo, recuerdo de cuando los cristianos derrotaron a los musulmanes en la región. El escritor Carlo Levi se emocionó cuando visitó Cagliari en los 60: "Es una ciudad hermosa, agreste, pedregosa, de colores cambiantes entre las rocas, la llanura africana y las lagunas, con una historia toda escrita en las piedras, como los signos del tiempo en un rostro: prehistórica e histórica, capital de los sardos y capital colonial de los aragoneses y piamonteses, una de las más destruidas por los bombardeos de la última guerra y, en pocos años, una de las más completamente reconstruidas". Cuando llegan a Cerdeña, muchos turistas perciben algo africano en ella. A Levi le sucedió. También a Gigi Riva, el delantero nacido en Varese, cerca de la frontera suiza, que fichó por el Cagliari en 1962. "Cuando llegué, pensé: joder, esto es África", confesaría. Unos años más tarde se sentía sardo, ya era campeón de liga y en su tiempo libre salía a navegar con pescadores que le enseñaron a comer peces con las manos, dejando solamente la espina.

Cerdeña es una de las cinco regiones italianas con estatus especial, ya que es una nación. Cuenta con historia, costumbres y lengua propia, el sardo. Los partidos políticos nacionalistas autóctonos tienen bastante fuerza, aunque el independentismo es minoritario. Situada a mitad de muchas rutas, la isla es la tercera región italiana más grande, pero también una de las que tiene menos densidad de población y una de las

más envejecidas de Europa. Los jóvenes se van. Se está quedando desierta, exceptuando el norte, donde empresarios desalmados han construido grandes hoteles o complejos residenciales para la gente rica. La costa Esmeralda es un destino de lujo donde veranean futbolistas o Silvio Berlusconi. Es decir, gente que no suele pisar el resto de la isla.

El sardo tiene fama de ser belicoso. El viajero piensa en los preciosos textos del escritor Emilio Lussu, recordando cómo a los soldados de Cerdeña los usaron de carne de cañón en las peores batallas de la Primera Guerra Mundial. Los sardos saben luchar contra el clima y los invasores. Y, si es necesario, también se pelean entre ellos. Pese a que casi nunca coinciden en la misma categoría, existe una gran rivalidad entre el Cagliari y el Sassari Torres. Aunque se trata de '*campanilismo*'. El fútbol, una vez más, tiene poco que ver. La confrontación entre las dos ciudades proviene de los tiempos de la conquista de la isla por las tropas catalanoaragonesas, cuando Sassari era capital de un reino independiente. Se cuenta que las luchas de poder dentro de Cagliari obligaron a un tipo llamado Pietro Torchitorio II, odiado por su propia gente, a buscar refugio en Sassari. Los cagliaritanos lo persiguieron, ocuparon el territorio y, según dicen los relatos, el monarca de Cagliari violó a la mujer del rey de Sassari dentro de una iglesia. Lo hizo como represalia por haber dado cobijo a su enemigo. Así que, en 1323, los vecinos de la población ocupada se tomaron la revancha y se aliaron con las tropas de la Corona de Aragón en la invasión de la isla. Aunque, para su decepción, la capital siguió siendo Cagliari. Las dos urbes, pues, se enfrentan por todo. No se ponen de acuerdo sobre quién tiene la universidad más vieja o la diócesis con más tradición. Y en el deporte, sucede lo mismo.

El viajero busca refugio en el Caffè Svizzero, un negocio gestionado por la misma familia desde hace 200 años, aunque en 1977 tuvieron que trasladarse a un local más nuevo. En su libreta de notas, encuentra una frase que apuntó de la poeta sarda Grazia Deledda, que en 1926 fue galardonada con el Nobel de Literatura: "Cagliari es la ciudad del amor, no hay chica que no le hable a su amante desde su balcón". Cuando acaba el café, sale a mirar los balcones. Hay vida, aunque no declaraciones románticas. Qué lástima. Al viajero le gusta imaginar Cagliari como una ciudad llena de amor, pues siente que esta isla sigue siendo una gran desconocida. Aún hoy, preguntar por Cerdeña en la península es recibir

respuestas sobre pastores y bandidos. El viajero recuerda cómo muchos extranjeros que visitaron Italia en el siglo XVIII o XIX ponían en el equipaje pistolas, pues creían que se dirigían a un país lleno de bandidos y ladrones. Si Italia era caricaturizada por los extranjeros, los italianos caricaturizaban a los sardos. Ni unos ni otros querían entender que el mito de los bandidos esconde una crisis económica grave. En Cerdeña, el número de malhechores creció a finales del siglo XIX, cuando las leyes del Estado provocaron que miles de campesinos sardos perdieran sus tierras. En 1899, el Gobierno envió al 67º regimiento de infantería a la isla. El teniente Giulio Bechi, un veterano de la primera guerra colonial italiana en Eritrea, escribiría en sus memorias cómo una redada para capturar a cinco fugitivos se aprovechó para apropiarse de muchas cabezas de ganado. Bechi describía a los sardos como salvajes, como un pueblo que tenía dentro "el germen del bandido". Las memorias, por cierto, se titularon *Caza mayor*. Para él, perseguir sardos era como salir a cazar. Uno de los primeros políticos locales que le plantó cara, lo acusó de racista y habló de que Italia trataba a Cerdeña como una "colonia" fue Antonio Gramsci, el gran líder del comunismo italiano, nacido en Ales, en el interior de la isla.

El viajero entra en el Caffè Tramer de la Piazza Martiri. Se dice que Gramsci, mientras estudiaba en un instituto cercano, lo visitó alguna vez, aunque como no tenía dinero, pedía un vaso de agua. Quien tenía una mesa reservada cada día era Emilio Lussu, pues vivía en el piso de encima. Menudo tipo fue Lussu, piensa el viajero. Fundó el Partito Sardo d'Azione y se opuso al fascismo. Cuando en 1926 un grupo de fascistas lo quiso linchar en su piso, él disparó por la ventana y mató a uno. Los demás escaparon, aunque Lussu acabó condenado al exilio en Lípari. Y, cómo no, se marchó de la isla siciliana en una fuga novelesca, para participar en la Guerra Civil española en el bando republicano y volver a Italia para ver la caída de Mussolini. Hasta el final de sus días, defendió a Cerdeña. El viajero pide un merengue, especialidad del Caffè Tramer. También un vaso de vino Cannonau, una denominación de origen sarda. Y brinda por Lussu y Gramsci.

A los dos los llamaron bandidos por defender su tierra. Ellos no miraban a los campesinos o mineros con desprecio, ellos los querían entender y detectaron rápido que las políticas del Gobierno empobrecían Cerdeña y solo llenaban el bolsillo de unos pocos terratenientes. En los

60, los bandidos volvieron con fuerza con una oleada de secuestros. La banda de Graziano Mesina se convirtió en uno de los grandes enemigos de las autoridades, que aun así eran incapaces de dar con el cabecilla del grupo, ya que tenía el apoyo de la población local. Mesina era un ferviente anticapitalista y la mayor parte de sus víctimas eran empresarios. Cuando lo capturaron, '*Gratzianeddu*', como era conocido, llegó a actuar en 1992 de mediador en el secuestro del niño Farouk Kassam, de 7 años, cuya oreja fue parcialmente rebanada por sus captores para acelerar el pago del rescate. Mesina secuestraba, pero una cosa era llevarse al director de un banco y otra, muy distinta, a un crío. Aquel chico fue liberado después de 177 días de encierro.

La isla estaba llena de grupos criminales. En 1979, el cantautor Fabrizio De André y su mujer Dori fueron secuestrados durante cinco meses. A los dos los llevaron a un monte donde permanecieron en cautividad en una pequeña cueva. Los bandidos llamaban al sitio 'Hotel Supramonte', así que De André, una vez liberado, compuso una canción con este mismo nombre en la que contaba, de una manera pausada y lejos de dramatismos, los sentimientos de aquellos días. El cantante genovés empatizó con los chicos que lo vigilaban. Entendió que el delito era una de las únicas formas que tenían para ganar dinero.

En 1960, aún se detectaban casos de malaria en la isla, y el 30% de la población era analfabeta. En el interior se seguía aplicando el *codice barbaricino*, un código de honor que fomentaba la venganza y que durante siglos ha regido la vida del lugar. Los sardos eran insultados o humillados con bromas cuando viajaban al continente. Muchos no se sentían italianos, pues el resto de sus compatriotas no hacían nada para que así fuera. Y el fútbol, de alguna forma, los salvaría. "En los años 70 aún teníamos algún pueblo sin luz y bandidos. Se trabajó muy duro para poder avanzar, en parte gracias al turismo, en parte gracias a la industria. Por eso fue importante ese *Scudetto*. Este equipo nos inspiró a todos", escribió en sus memorias Efisio Corrias, presidente del Cagliari en 1970 y de la región de Cerdeña.

El Cagliari había trepado por primera vez a la *Serie A* en 1964 gracias al empresario Enrico Rocca, un entusiasta del fútbol. Con el ascenso, el club empezó a sufrir pese a los goles de Riva, bautizado por Gianni Brera como '*Rombo di tuono*' (caja de truenos) por su fortaleza física. Para reforzar el proyecto deportivo, en 1967 llegó el entrenador Manlio

Scopigno. El problema era la falta de recursos, con vuelos cada dos semanas y concentraciones de muchos días fuera de la isla. Ese mismo año, el club decidió vender a Riva para ingresar dinero, pese a que el goleador no quería irse. Más de 10.000 personas se manifestaron en contra de la operación y la directiva se asustó. El presidente Rocca no tenía muy claro cómo salir del embrollo y se reunió con Efisio Corrias, que le garantizó el apoyo del Gobierno regional para transformar el club en una Sociedad Anónima y convenció a los empresarios locales para que ayudaran a la entidad. En 1968, el mismo Corrias asumió la presidencia. Uno de los empresarios que puso dinero, curiosamente, fue el presidente del Inter Angelo Moratti, pues quería invertir en las refinerías de Sarroch de la isla. Moratti negoció una operación con Corrias. Boninsegna ficharía por su club y llegarían a cambio tres jugadores a Cerdeña: Domenghini, Poli y Gori. Los tres serían claves para que el Cagliari ganara la liga quedando, por supuesto, justo por delante de los '*Neroazzurri*'.

"Cada vez que jugábamos en Milán, en Turín o en Brescia, llegaban decenas de autobuses con hinchas sardos que venían de Suiza o Alemania. Se habían ido a trabajar allí para buscar una nueva vida. Y pasaban horas en la carretera para ver a su Cagliari. Si ganábamos, esa gente volvía a casa con la cabeza alta. Y les decían a sus vecinos que su equipo era líder. Que, por primera vez, su equipo jugaba en Milán o en Turín y podía ganar", admitió el portero Albertosi en los actos de celebración de los 50 años de ese *Scudetto*. "La gente ahora no puede imaginar lo que significó eso. Una vez me llevaron a un pueblo cerca de Nuoro. Y visitamos a una anciana que debía de tener más de 90 años. Pues bien, tenía un altar lleno de santos y en medio, mi foto. Le preguntaron por eso y ella, en sardo, pues no hablaba italiano, dijo que la tenía porque esa persona era buena. ¿Cómo podía dejar ese equipo? Cada año pude fichar por la Juve. Cada año. Pero prefería seguir en Cagliari", explicó una vez Luigi Riva.

Con el paso de los años, circuló la leyenda de que en las gradas del viejo estadio de Amsicora, el famoso bandido '*Gratzianeddu*' presenciaba los partidos de su Cagliari. Y era cierto. No solamente eso. También le mandaba cartas a Riva y le deseaba suerte. El jugador, asustado, las quemaba por si la policía lo podía incriminar. Aunque luego entendió que Mesina era amado por la población. Los dos se conocerían cuando

este salió de la cárcel en los 90. Incluso le explicó cómo se disfrazaba y charlaba con policías en las gradas del viejo estadio, que cedió paso al nuevo, Sant'Elia, en 1970. El jugador Corrado Nastasio rememoraría que el día que el Cagliari se proclamó campeón de liga, en uno de los últimos encuentros disputados en el Amsicora, detuvieron a dos fugitivos en las puertas del campo. No habían querido perderse el partido. Riva se enteró y negoció con los carabineros para que pudieran seguir viendo el choque esposados. Al final, los acompañaron a los vestuarios para que conocieran a los jugadores. Y así fueron llevados a la cárcel donde estaba '*Gratzianeddu*', que había sido detenido unos meses antes y había conseguido poner la narración por radio en la megafonía del penal.

El viajero acaba su día en la Antica Hostaria. Un viejo restaurante donde se degustan los sabores de Cerdeña. De primero pide *malloreddus alla campidanese*, un tipo de pasta sarda con una salsa hecha con salchichas e hinojo. De segundo, pescado del día, que los marineros han cogido no muy lejos de las costas africanas. E imagina la primera vez que Gigi Riva llegó a la isla y creyó que Cerdeña era otro continente. Tardó poco en descubrir que eso era algo bueno. Esta tierra tiene diferentes padres y madres. Y un carácter único.

# El chico de pueblo que desayunó con la reina de Inglaterra

"De algunos de estos viejos pastores y
campesinos sardos he aprendido verdades y
conocimientos que ningún libro me ha revelado"
*Grazia Deledda*

*La forma más cómoda de alcanzar Oliena es con un bus que tarda dos horas y media hasta Nuoro. Y luego, un segundo que se demora 30 minutos. Otra opción es coger el tren que cruza la isla de sur a norte hasta Macomer. Y después, eso sí, subirse a dos autobuses más. El viajero, fiel a sí mismo, escoge la ruta más laboriosa. Aquí acaba su trayecto.*

El viaje llega a su fin. Y al viajero casi se le quiebran las costillas en un bus que acelera por las carreteras de Cerdeña. La red de transportes no es la mejor, especialmente en el centro de la isla. La mayor parte de turistas que están de visita alquilan coches y se quedan en el norte, en las playas de la costa Esmeralda. El viajero piensa que Cerdeña, pese a su fuerte personalidad, no deja de ser un resumen de la Italia moderna. Todo el mundo habla de la costa Esmeralda, en esta época de etiquetas y superficialidades. Pocos hablan de la Gallura, la región donde se encuentran estas playas, que hasta no hace tanto no era más que una paraje remoto poblado por pastores y pescadores. Luego, en los 60, un

grupo de empresarios descubrió sus calas idílicas y empezó a comprar tierras para crear el Consorzio Costa Smeralda. Y en pocos años, se levantó una ciudad: Porto Cervo.

El alma de ese macroproyecto era Shah Karim al-Hussayni, el Aga Khan IV. O sea, la persona que ostenta el cargo de imán de los musulmanes chiítas ismaelitas nizaríes. El Aga Khan se considera descendiente directo del profeta Mahoma. El primero, allá por el siglo XIX, era un gobernador iraní que veló por sus fieles. Aunque sus descendientes prefirieron juntarse con famosos y aristócratas europeos, residiendo en palacios, invirtiendo en negocios y apareciendo en la prensa rosa. Si el primer Aga Khan daba dinero a los pobres, el Aga Khan IV creó Porto Cervo con la idea de que atrajera a multimillonarios. Contrató a un suizo especialista en integrar edificios en el paisaje, a buenos arquitectos y sedujo a empresarios italianos. Consiguió el permiso para crear un puerto y un aeropuerto en pocos meses. Y los milaneses más influyentes no tardaron en comprar casas. En dos años, donde antes comían cabras, ya había discotecas y restaurantes que contrataban a buenos cocineros. ¿A quién pertenece ahora el Consorzio Costa Smeralda? Pues a un fondo empresarial del Gobierno de Catar. Que esta zona sea ahora un destino turístico de primer orden también ha provocado que Arzachena, un pueblo que en 1960 tenía apenas 200 habitantes, cada año vea como su población crece un 15%, ya que en él residen los trabajadores del sector hostelero. Como consecuencia, el Arzachena Costa Smeralda, el club local, algunas temporadas ya ha sido el segundo mejor equipo del fútbol sardo, en la *Serie C*, por encima de conjuntos de ciudades grandes como la histórica Sassari Torres.

Todo tiene un precio. Todo se vende y se compra, incluida la belleza. Italia sigue siendo un tesoro para los extranjeros, como esos intelectuales que llegaban en el siglo XIX para descubrir ruinas y palacios. Gente que se enamoraba de lo que veía, aunque en ocasiones les sobraban los vecinos. A muchos de los ricos que van a Porto Cervo, italianos o no, les sucede lo mismo. Se encierran en grandes villas, *resorts* y yates, alejados de la población local.

Cerdeña, pequeña metáfora de un país colmado de historias, recuerda lo que los actores napolitanos saben tan bien: que todo puede ser una gran comedia o una gran tragedia, solo depende de cómo se mire. No muy lejos de Porto Cervo está la isla de Caprera. En ella se retiró el gran

héroe italiano y padre de la nación, Giuseppe Garibaldi. Pidió que a su muerte dejaran el ataúd descubierto, para que el cuerpo, enfundado en su famosa camisa roja, fuese bañado por el sol una última vez. Y luego ser quemado, para que sus cenizas se mezclaran con la tierra italiana por la que tanto había luchado. No le hicieron caso y lo enterraron para que la gente pudiera visitar su tumba. Ni a Garibaldi le dejaron cumplir su deseo, víctima de los intereses políticos y económicos. En 2012, las autoridades abrieron su ataúd porque temían que algún seguidor lo hubiese saqueado para quemar el cuerpo y cumplir con el deseo del revolucionario. Allí seguía. Sus descendientes, por cierto, lo quieren quemar. El Gobierno, no. Ah, la burocracia italiana.

Las historias se mezclan en una gran realidad dual. La casa de Berlusconi, en la que organizó orgías, no está tan lejos de pueblos donde la vida pasa tan lenta que el tiempo no avanza. El centro de Cerdeña es una de las zonas del mundo con la población más envejecida. Las familias tienen pocos hijos y los jóvenes se marchan. Además, los sardos son famosos por llegar con facilidad a los 100 años. El viajero ve a una anciana mirándolo desde una ventana. Desearía que le contase todo lo que ha visto. En la zona de Nuoro y Oristano, una treintena de pueblos corren el riesgo de desaparecer, ya que se están quedando sin vecinos. Es en ellos donde más fácil puede encontrarse el alma sarda, con su rico folclore y los yacimientos misteriosos que fascinan a los arqueólogos. Hay municipios en los que parece que no pasa nada hasta que se descubre que son la cuna de uno de los grandes políticos del siglo XX, Antonio Gramsci. O del idealista y aventurero Emilio Lussu. Incómodo en un bus, el viajero cruza la provincia de Nuoro leyendo a Grazia Deledda, otra hija de esta tierra. "Pretendo recordar la Cerdeña de mi infancia, pero sobre todo la profunda y auténtica sabiduría, la forma casi religiosa de pensar y de vivir de ciertos viejos pastores y campesinos sardos. A pesar de su absoluta falta de cultura, nos hacen creer en un atávico hábito de pensamiento y contemplación superior de la vida y de las cosas más allá de la vida. De algunos de estos viejos he aprendido verdades y conocimientos que ningún libro me ha revelado. Son las grandes verdades fundamentales que los primeros habitantes de la tierra tuvieron que desenterrar por sí mismos, maestros y discípulos a la vez, en presencia de los grandiosos misterios de la naturaleza y del corazón humano". ¿Acaso no se viaja para descubrir esas grandes verdades?

Esto se acaba. Y pese a todo, el viajero se mantiene optimista. Pese a la corrupción, el populismo, algún tren que llega tarde y los dos Mundiales consecutivos sin Italia. Esta tierra sigue siendo fértil en genialidad. Con personas como Deledda, la segunda mujer en ganar el Nobel de Literatura, en 1926, cuando ya mandaba Mussolini. De nuevo, los extremos que se tocan y las contradicciones. Deledda fue una autora irreductible que en 1909 se convirtió en la primera italiana en ser elegida como candidata a las elecciones, representando la provincia de Nuoro por el Partido Radical. Sucedió en una época en la que las mujeres no podían ni votar. El gran teatro italiano estaba escribiendo otra obra sorprendente, con peleas en los cafés de Nuoro entre conservadores y progresistas.

El viajero llega a Oliena, su destino final. En uno de sus libros, Deledda lo definió como un "pueblo blanco bajo las montañas azules y claras como de mármol y aire". Y añadió: "Ardía como una cantera de cal, pero de vez en cuando una marea de viento lo refrescaba y los nogales y los melocotoneros de los jardines murmuraban entre el susurro del agua y los pájaros. Giacinto miró a las mujeres que iban a misa, serenas, rígidas, de caras cuadradas, pálidas en el marco de los cabellos brillantes como raso negro, los maléolos desnudos de una cierva, los hermosos zapatos floreados: sentadas en el suelo de la iglesia, con corsés rojos, casi todos cubiertos por pañuelos bordados, daban la idea de un campo de flores. Y toda la iglesia se llenó de cintas e ídolos; santitos negros de ojos nacarados, grandes santos deformes, más monstruos que ídolos". Cuánta belleza. Y qué alegría siente el viajero cuando le cuentan que en las fiestas locales los habitantes de Oliena siguen vistiendo sus trajes tradicionales, pues esta población destaca por su patrimonio inmaterial. Se reinventa con un turismo sostenible, con nietas que cuentan a sus abuelas que esas telas que sus manos crearon, que esos platos que sus manos cocinaron, ahora pueden salvarlas a ellas, atrayendo a personas como el viajero. Él también quiere probar la gastronomía local, dormir con vistas a montes de ensueño y escuchar cantar en sardo. En Oliena el calendario está lleno de festividades. Cuando llega la Pascua, tiene lugar el *S'incontru*, donde se representa el momento en el que la Virgen María se reencuentra con Jesús resucitado. Se disparan salvas al cielo y se comen las *hasadinas*, unos dulces de queso. Cada septiembre, los visitantes pueden entrar en las casas más viejas para ver sus patios y comprar artesanías. Y en el

Ayuntamiento explican todas las danzas populares, que los jóvenes aprenden en la escuela, con nombres de gran sonoridad: *S'Arciu*, *S'Arciu Antihu*, *Su Durdurinu*, *Su passu torrau*, y los famosos *canto a tenore*, un canto especial a cuatro voces sin música que emociona. La voz y las manos de gente humilde le dan una nueva vida a una población que se resiste a ser solamente pasado.

En Italia, se puede perder la fe en las largas colas delante de una oficina, en las elecciones o viendo cómo un joven pierde la vida en un estadio. Y luego recuperarla en cualquier momento. Es el secreto del país. La esperanza vuelve en un restaurante escondido, un simple café, una canción o un gol de Gianfranco Zola. Porque en Oliena, este pueblo de menos de 7.000 habitantes, nació la que acabaría siendo una leyenda del Chelsea. "¿Cómo puedo dejar de volver a mi Cerdeña? Si todo lo que soy es gracias a mi gente", suele decir uno de los mejores jugadores italianos de todos los tiempos. Quizás el Estado decepciona, pero los genios nacionales llegan lejos gracias a la individualidad y a lo que aprendieron en casa, en un bar, en un beso una noche de *ferragosto*. Zola le contó una vez al viajero que sus recuerdos más bellos eran las partidas de cartas que jugaba cuando era un niño con su tío, al que jamás derrotaba. O los primeros partidos en clubes perdidos sardos, donde en ocasiones, el primer día de entrenamiento, se encontraba solamente a tres jugadores. ¿Qué posibilidades tenía un chico de Oliena que jugaba en la *Serie C* de ser fichado por el Napoli de Maradona y que el argentino, al abandonar el club, exigiera que su dorsal número 10 se lo quedara él? ¿Quién podría haber imaginado que este sardo de mirada tímida que con 23 años aún jugaba en su isla llegaría a desayunar con la reina de Inglaterra cuando era capitán de uno de los mejores conjuntos de Londres? En Buckingham Palace, Zola pidió un café, como buen italiano. "Aquí solamente tenemos té, *sir*", le respondieron.

Zola, que podría vivir en un palacio inglés, siempre que tiene la opción vuelve a Cerdeña. Incluso consigue poner de acuerdo a ciudades enfrentadas. A la Sassari Torres le dio tres años de magia cuando era un chaval. Y cuando ya había conquistado el corazón de Inglaterra, en 2003 regresó a la isla para defender la camiseta del Cagliari, entonces en segunda. Con el ídolo en el césped, volvió a *Serie A*. Por eso, cada año lo invitan clubes de aficionados de los dos equipos. Ha participado en campañas del Gobierno sardo a favor de la educación o la vacunación, e

incluso ha pedido a la gente que no se lleve la arena de las playas. Muchos turistas llenan botellas con ella para tener un recuerdo y dañan el paisaje. Zola les dice a los jóvenes del lugar que cuiden de su tierra, que vuelvan para ayudar a sus familias, de la misma forma que él vuelve a Oliena, donde le preguntan por ese gol en Wembley con la selección en 1997, o por el majestuoso tacón que soltó ante el Norwich con el Chelsea. O por las aventuras con Maradona en Nápoles. O qué sintió cuando fue expulsado de forma injusta en el Mundial de 1994. Y Zola, de memoria, recita la alineación de la Nuorese, el equipo en el que jugó con 17 años. Fue entonces cuando el Cagliari lo descartó por ser demasiado bajito. Hay algo en la carrera del exfutbolista que habla de toda Italia, una tierra de la que muchos desconfían como se desconfió del talento de ese muchacho endeble. Pero una tierra, también, en la que la genialidad acaba venciendo siempre.

El viajero ocupa una mesa en la posada Masiloghi, dedicada a la cocina tradicional. Un patio con las mesas debajo de una parra, con los marcos pintados de azul. Y descubre que también por aquí pasó Gabriele D'Annunzio. Maldito poeta, siempre llegó antes. E incluso le dedicó unos versos al vino Nepente, originario de Oliena. Así que el visitante pide una botella de Nepente, feliz de terminar un viaje en el que se ha enamorado, todavía más, de Italia, pese a que sigue sin saber cómo describir a los italianos. Quizás la mejor definición sea la de Andrea Camilleri: "Hoy en día, la cara del italiano no es agradable a la vista. Es como una moto. Para entender lo que quiero decir, basta con mirar el tráfico rodado en cualquier gran ciudad italiana. Mientras que los coches respetan las reglas, los ciclomotores desenfrenados no. Se suben a las aceras, se pasan un semáforo en rojo, giran donde no deben, no toman en cuenta los pasos de peatones. Incluso los policías de tránsito fingen que no pasó nada y cierran los ojos. Así que quizás el ideal del italiano de hoy es ser un ciclomotor. Un italiano es un ciclomotor".

El viajero sonríe. ¿Una moto? Hay algo de verdad en esas palabras del novelista, pero él prefiere pensar que el italiano es alguien como Gianfranco Zola, a quien dijeron que no valía por ser demasiado bajo y, unos años más tarde, estaba sentado delante de la reina en una visita oficial. En Italia, hogar de muertos muy vivos, nacen genios como este sardo que volvió a casa para contar a sus amigos de siempre cómo fue el encuentro con Su Majestad. Cualquiera puede imaginarlo una noche de

verano en Oliena, no muy lejos del mar, charlando mientras degusta un vino que solamente se encuentra aquí, en su pueblo. Un vino que han elaborado unos jóvenes en los mismos viñedos donde se dejaron la espalda sus abuelos.

“El viaje a Italia se ha terminado:
volvemos a lo feo”,
Stendhal